

# El camino de los Madigan

## ANNE ENRIGHT

Nuevos Tiempos Siruela



Anne Enright

**El camino de los Madigan**

Traducción del inglés de  
María Porras Sánchez

 Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: agosto de 2016

Este libro ha sido publicado con la ayuda de Literature Ireland.



Título original: *The Green Road*

En cubierta: fotografía de Annie Spratt, en *unsplash.com*

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Anne Enright, 2015

© De la traducción, María Porrás Sánchez

© Ediciones Siruela, S. A., 2016

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-16854-36-3

Conversión a formato digital: María Belloso

*Para Nicky Grene*

**PRIMERA PARTE**

**LA PARTIDA**

## Hanna

Ardeevin, condado de Clare

1980

Al rato, después de que Hanna preparara unas tostadas con queso, su madre regresó a la cocina y llenó una bolsa de agua caliente con la tetera grande que había en el fogón.

—Hazme el favor y ve a la tienda de tu tío —le pidió—. Trae analgésicos.

—¿Sí?

—Tengo la cabeza embotada —dijo—. Y pídele amoxicilina también. ¿Quieres que te deletree la palabra? Estoy incubando una gripe.

—Vale —respondió Hanna.

—Seguro que te acuerdas sola —añadió, mimosa, llevándose la bolsa de agua caliente al pecho—. Ya verás.

La familia Madigan vivía en una casa que tenía un riachuelo en el jardín y el nombre en la verja: «Ardeevin». A pie no quedaba lejos del pueblo, más allá del puente de arco y el taller mecánico.

Hanna pasó junto a los dos surtidores de gasolina que montaban guardia a la entrada del taller, que tenía las puertas abiertas de par en par. Pat Doran debía de andar dentro, leyendo el periódico o trasteando en los bajos de algún coche. Junto al cartel oscilante de lubricantes Castrol, había un barril de aceite con un arbolito seco que Pat Doran había ataviado con un par de pantalones viejos y dos zapatos que asomaban de entre las ramas, como si fuera un hombre que agitara las piernas desesperadamente tras haber caído en el bidón. Era de lo más realista. Su madre decía que estaba demasiado cerca

del puente, que algún día provocaría un accidente, pero Hanna lo adoraba. Y le caía bien Pat Doran, a quien supuestamente debían evitar. Les llevaba a pasear en coches rápidos y cruzaban el puente a toda velocidad, como un rayo.

Después del taller de Doran venía una fila de casitas adosadas. Cada ventana exhibía su correspondiente decoración y sus cortinas o persianas características: un barco velero hecho de asta pulida, una sopera llena de flores de plástico, un gato de fieltro rosa. A Hanna le gustaban todas por igual, de la misma manera que le gustaba que el orden se repitiera al pasar. En la esquina de Main Street estaba la consulta del médico y en el pequeño vestíbulo había un cuadro hecho a base de clavos y alambre. La composición se retorció sobre sí misma, a Hanna le encantaba que pareciera móvil e inerte al mismo tiempo, resultaba científico. A continuación aparecían las tiendas: la mercería, con un gran escaparate forrado con celofán amarillo, la carnicería, con las bandejas de carne ribeteadas de hierba de plástico manchada de sangre y, después de la carnicería, el negocio de su tío, que antes perteneció a su abuelo: la Farmacia Considine.

En lo alto del escaparate había una tira de plástico donde se leía «Película Kodachrome a color» y, en el centro y en negrita, «Carretes Kodak». En el extremo volvían a repetirse las palabras «Película Kodachrome a color». En el escaparate habían colocado unos anaqueles de color crema donde exhibían unas cajas de cartón descoloridas por el sol. «Ideal para el niño estreñado», rezaba un cartel en letras rojas de lo más modernas, «Senokot, la elección idónea contra el estreñimiento».

Hanna empujó la puerta e hizo sonar la campanilla. La niña levantó la vista para mirarla: el mecanismo en espiral estaba cubierto de polvo pero la campanilla se limpiaba sola cada vez que sonaba.

—Pasa —dijo el tío Bart—. O entras o sales.

Y Hanna entró. Bart estaba solo en el mostrador mientras una mujer con una bata blanca trajinaba en la trastienda, donde Hanna tenía vetado el acceso. Antes de conseguir un trabajo en Dublín, Constance, la hermana de Hanna, atendía el mostrador. Ahora andaban cortos de personal, cosa que irritaba soberanamente a su tío, como demostraba la miradita que le lanzó a

Hanna.

—¿Qué es lo que quiere ahora? —preguntó.

—Mmm. No me acuerdo —dijo Hanna—. Algo para el pecho. Y analgésicos.

Bart le guiñó el ojo. Lo hacía de tal manera que el resto de la cara no se movía. Era difícil probar que hubiera hecho guiño alguno.

—Coge una pastilla de regaliz.

—Prefiero uno de estos —contestó Hanna. Hurgó en una latita de caramelos de violeta que había delante de la caja registradora y luego se sentó en la silla con ruedas.

—Analgésicos —repitió él.

Su tío Bart era atractivo, como su madre, ambos habían heredado los huesos largos de los Considine. Cuando Hanna era pequeña, estaba soltero y era un rompecorazones, pero ahora se había casado con una mujer que ni siquiera pisaba la farmacia. A él le enorgullecía su actitud, aseguraba Constance. Ahí le tenías, pagando a dependientas y ayudantes, mientras su mujer tenía prohibido el paso por si se le ocurría reírse del estreñimiento crónico del sacerdote. Bart tenía una esposa completamente inútil. No había tenido hijos pero sí poseía una preciosa colección de zapatos de todos los colores, cada uno con su bolso a juego. A juzgar por cómo la miraba Bart, Hanna habría asegurado que la odiaba, pero su hermana Constance le había contado que ella tomaba la píldora porque, al ser farmacéuticos, eran de los pocos que tenían acceso a ella. Afirmaba que lo hacían dos veces todas las noches.

—¿Cómo están todos? —se interesó Bart mientras abría una caja de analgésicos Solpadeine y sacaba el contenido.

—Bien —dijo ella.

Tanteó el mostrador como si buscara algo y preguntó:

—¿Tienes tú las tijeras, Mary?

En medio del establecimiento había un nuevo expositor que contenía perfumes, champús y acondicionadores. En las baldas de abajo había otros artículos y Hanna se dio cuenta de que había estado mirándolos fijamente cuando su tío salió de la trastienda con las tijeras. No se dignó a darse por aludido, ni siquiera pestañeó.

Luego cortó el blíster por la mitad.

—Dale esto —le dijo, entregándole solo cuatro pastillas—. Dile que lo del pecho otra vez será.

Sería alguna clase de chiste.

—Lo haré.

Hanna sabía que era el momento de marcharse, pero la distrajeron las nuevas baldas. Eran frascos de colonia 4711 y espuma de baño marca Imperial Leather en cajas de cartón granate y crema. Había un par de frascos de perfume Tweed y otros que le resultaron nuevos. «Tramp», se leía en una etiqueta, con un trazo limpio en lugar del palito de la te. En la balda intermedia los champús no trataban la caspa, sino que evocaban escenas soleadas y melenas al viento: Silvikrin, Sunsilk, Clairol Herbal Essences. En el anaquel inferior vio unos esponjosos paquetes de plástico que identificó como algodones. Cogió Cachet de Prince Matchabelli, un frasco oblongo y enroscado, y aspiró justo donde el tapón se encontraba con el cristal frío.

Notó que su tío la miraba fijamente con cierta pena. Aunque quizá fuera con placer.

—Bart —le dijo—. ¿Crees que mamá está bien?

—Oh, Dios santo —exclamó Bart—. Pero ¿qué estás diciendo?

La madre de Hanna estaba acostada. Llevaba en cama casi dos semanas. No se había vestido sola ni tampoco peinado desde el Domingo de Ramos, hacía una semana, cuando Dan les contó que quería ordenarse sacerdote.

Dan estudiaba primero de carrera en Galway. Le permitirían finalizarla, les contó, pero lo haría desde el seminario. Así, en dos años habría terminado la universidad y en siete sería ordenado sacerdote. Después le enviarían a las misiones. La decisión estaba tomada. Se lo anunció cuando regresó a casa para las vacaciones de Semana Santa y su madre subió al piso de arriba y ya no bajó. Aseguraba que le dolía el codo. Dan dijo que se marcharía después de empaquetar sus escasas pertenencias.

—Vete de tiendas —le decía a Hanna su padre.

Pero no le daba dinero y ella no quería comprar nada. Además, temía que pudiera pasar algo si se marchaba, que se liarían a gritos. Dan no estaría

cuando regresara. Nunca volverían a pronunciar su nombre.

Pero Dan no se marchó, ni siquiera a dar un paseo. Se quedó en casa, sentado en un silla, luego en otra, evitando la cocina, aceptando o rechazando un té. Hanna le llevaba de vez en cuando una taza a su habitación con algo de comer en el platillo. A veces le daba un bocado y Hanna se lo terminaba de regreso a la cocina. Al roer la corteza de pan duro sentía un aprecio renovado por su hermano, allí enclaustrado.

Dan era tan infeliz. Hanna solo tenía doce años y le resultaba horrible ver a su hermano recluido, esforzándose por encontrar sentido a sus creencias. Cuando Dan estaba aún en el instituto, solía leerle los poemas de su clase de literatura inglesa, luego hablaban sobre ellos y sobre infinidad de cosas. Su madre también lo diría más tarde. Diría: «Yo le contaba cosas que no le contaba a nadie más». Estas palabras le sonarían a broma a Hanna, porque su madre no se callaba casi nada. No se podía decir que les ahorrara nada a sus hijos.

Hanna culpaba al papa. Había estado de visita en Irlanda justo antes de que Dan se marchara a la universidad y era como si lo hubiera hecho adrede, puesto que la misa de la juventud se celebró en Galway, en el hipódromo de Ballybrit. Hanna asistió a otra misa en Limerick que se celebró en mitad del campo, se pasó seis horas de pie con sus padres, pero a su hermano Emmet le dejaron ir a Galway también, aunque solo tenía catorce años y se suponía que tenía que tener dieciséis para asistir a aquella misa. Se marchó en un minibús fletado por la iglesia del pueblo. El cura se llevó un banjo y, al volver, Emmet sabía fumar. No distinguió a Dan entre la multitud. Les contó que vio a dos personas manteniendo relaciones sexuales en un saco de dormir, pero eso fue la noche anterior, tras acampar en unos terrenos; no supo decirles a sus padres dónde exactamente.

—¿Dónde dices que estabais? —preguntó el padre.

—No lo sé —dijo Emmet.

No mencionó lo del sexo.

—¿Era un colegio? —insistió la madre.

—Eso creo —respondió Emmet.

—¿Más allá de Oranmore?

Durmieron en tiendas, o al menos lo intentaron, puesto que a las cuatro de la mañana tuvieron que levantar el campamento y se dirigieron al hipódromo en la más absoluta oscuridad. La gente caminaba en silencio. Era como el fin de una guerra, dijo Emmet, era difícil de explicar: el sonido de las pisadas, el resplandor de la brasa de un cigarrillo que iluminaba por un instante el rostro de alguien. Estaban haciendo historia, les dijo el sacerdote, y cuando amaneció, vio a hombres con brazaletes amarillos vestidos con trajes de domingo bajo los árboles. Y, según Emmet, eso fue todo. Cantaron «By the Rivers of Babylon» y regresó afónico y con la ropa más sucia que su madre había visto jamás. Tanto que tuvo que lavarla dos veces

—¿Estaban en la carretera de Athenry? —preguntó su padre—. ¿Los terrenos?

Para la familia Madigan, la ubicación de los terrenos a las afueras de Galway se convirtió en un misterio sin resolver. Qué le había ocurrido a Dan después de marcharse a la universidad era otro misterio. Regresó por Navidades y discutió con la abuela sobre la necesidad de tomar precauciones. Esta estaba completamente a favor de tomarlas, lo cual era muy gracioso según su hermana Constance, porque «precauciones» era lo mismo que decir condones. Más tarde, después de flambear el pudín, Dan se cruzó con Hanna en el pasillo y la abrazó mientras le decía: «Sálvame, Hanna. Sálvame de esta gente espantosa». Y la estrechó muy fuerte.

El día de Año Nuevo, un sacerdote acudió a la casa y Hanna lo vio sentado en la sala de estar con sus padres. El pelo del sacerdote aún tenía la marca del peine, como si lo tuviera húmedo, y su abrigo, colgado bajo la escalera, era suave, muy negro.

Después de aquello, Dan regresó a Galway y no pasó nada más hasta las vacaciones de Semana Santa, cuando anunció que quería ser sacerdote. Lo anunció a bombo y platillo durante la comida del domingo, que era cuando los Madigan engalanaban la mesa sin excepción con un mantel de tela y servilletas en condiciones. Ese domingo, que era Domingo de Ramos, comerían col en salsa blanca con beicon y zanahorias: verde, blanco y naranja, como la bandera irlandesa. Había un vasito con perejil sobre el mantel y la sombra del agua temblaba al sol. Su padre unió sus enormes

manos y dio gracias. Después se hizo el silencio, aparte del sonido que hacían al masticar, evidentemente, y del que hacía su padre al carraspear más o menos a cada minuto.

—Ejem-ejem.

Los padres se sentaban en ambos extremos de la mesa, los hijos a los lados. Las chicas frente a la ventana, los chicos frente a la habitación: Constance y Hanna, Emmet y Dan.

El fuego crepitaba en la chimenea y el sol brillaba de vez en cuando, de manera que, cada cinco minutos, se asaban por partida doble.

Dan dijo:

—He vuelto a hablar con el padre Fawl.

Casi estaban en abril. Había lloviznado. La luz clara multiplicaba el reflejo de las gotas en el cristal de la ventana mientras, en el exterior, las hojas nuevas se rebatían contra las ramas empapadas.

En el interior, su madre aferraba un pañuelo de papel con la mano. Se lo llevó a la frente.

—Oh, no —dijo, girando la cara.

Se veían las zanahorias en el interior de la boca.

—Dice que os debo preguntar de nuevo. Que es difícil para aquellos que no cuentan con el apoyo de su familia. Para mí es una decisión trascendental y dice que debo pedirlos, que debo rogaros que no antepongáis vuestros propios sentimientos y preocupaciones.

Dan habló como si estuvieran a solas. O habló como si estuvieran en un salón de actos. Pero aquello era una comida familiar y no se parecía a nada de eso. Se notaba que a su madre le habían entrado ganas de levantarse de la mesa pero que se estaba conteniendo.

—Dice que debo implorar vuestro perdón por la vida que habíais deseado para mí y los nietos que nunca tendréis.

Emmet resopló sobre el plato. Dan apretó las manos sobre el mantel antes de asestarle una colleja rápida y enérgica a su hermano menor. Su madre contuvo el aliento, como un caballo que se dispusiera a saltar un foso, pero Emmet evitó el golpe y, después de un largo segundo, su madre volvió en sí. Bajó la cabeza, como si quisiera ganar velocidad. Comenzó a emitir un

gemido, tenue e inarticulado. El sonido, además de causarle sorpresa, debió de complacerla, porque lo repitió. El siguiente gemido fue suave y prolongado, con un bisbiseo antes de la cadencia final.

—Oh, Dios —dijo.

Echó hacia atrás la cabeza y parpadeó mirando al techo, una vez, otra.

—Oh, Dios mío.

Las lágrimas comenzaron a surcarle las sienes una encima de otra, hasta el nacimiento del pelo: una, dos, tres, cuatro. Se quedó así un momento, mientras los hijos observaban y fingían no hacerlo, a la vez que su marido carraspeaba en silencio.

—Ejem-ejem.

La madre levantó las manos y agitó las muñecas para remangarse. Se secó la humedad de las mejillas con la palma y, con los dedos, deformes y huesudos, se atusó el pelo, que siempre llevaba recogido en un moño. Luego se enderezó y se quedó mirando a la nada con gran atención. Cogió el tenedor y ensartó un trozo de beicon que se llevó a la boca, pero el roce de la carne con la lengua fue su perdición: el tenedor cayó al plato y el beicon se desprendió. Puso los labios como si fuera a llorar —unidos hacia la mitad y abiertos a ambos lados—, lo que Dan llamaba el modo «bocaza de rana», luego inspiró ruidosamente y exclamó:

—Aaag-aaahh. Aaag-aaahh.

A Hanna le pareció que su madre tendría que haber dejado de comer o que, si aún tenía hambre, podía haberse llevado el plato a otra habitación para llorar a sus anchas, aunque claramente esto no se le había ocurrido a la interesada, que continuó sentada, comiendo y llorando al mismo tiempo.

Mucho llorar, poco comer. El pañuelo trabajó sin descanso y acabó hecho jirones. Era espantoso. El dolor era espantoso. Su madre se estremecía y escupía, se le caían tropezones de zanahoria de la boca que iban formando montoncitos.

Constance, la mayor, ordenó con un gesto al resto de hermanos que dispusieran platos y tazas ante su madre, mientras que ella continuaba babeando, de una manera u otra, sobre la comida.

—Oh, mami —dijo Constance, inclinándose hacia ella y rodeándola con el

brazo, antes de retirarle el plato con discreción.

Dan era el primer varón, por eso le correspondía cortar la tarta de manzana, cosa que se dispuso a hacer, paleta de plata en mano, a contraluz ante la ventana.

—Conmigo no cuentas —dijo su padre, que había estado jugueteando tímidamente con el asa de su taza. Se levantó y salió de la habitación. Dan dijo:

—Entonces somos cinco. ¿Cómo voy a cortarla en cinco trozos?

Había seis Madigan. El número cinco era una novedad, pensó mientras trazaba una cruz en el aire con la paleta y luego la giraba dieciocho grados a la derecha. Se había inaugurado un nuevo ciclo de relaciones familiares. Lo nunca visto. Como si pudiera existir un número indeterminado de Madigan y, aguardando en el mundo exterior, un número indefinido de tartas de manzana.

Mientras escarbaba en el postre con una cucharilla, el llanto de su madre se convirtió en una extraña serie de hipidos entrecortados (fuuu, fuuu, fuuu). Los chicos también encontraron consuelo en el hojaldre y en el dulzor con aroma a madera de las manzanas del otoño anterior. Aun así, ese domingo nadie tomó la tarta con helado, ni nadie lo solicitó, aunque todos sabían que quedaba un poco: estaba en un rincón del congelador, en la esquina superior derecha de la nevera.

Después de aquello, su madre se marchó a la cama y Constance tuvo que quedarse en casa en lugar de regresar a Dublín en autobús. Estaba furiosa con Dan: empezó a lavar los platos sin ningún miramiento mientras él subía a su habitación a leer sus libros y su madre se acostaba tras la puerta cerrada. El lunes, su padre fue a Boolavaun y regresó a casa por la noche, sin manifestar ninguna opinión.

Aquella no era la primera vez que la madre optaba por la posición horizontal, como la llamaba Dan, pero era el lapso más largo que Hanna recordaba. La cama crujía de vez en cuando. Sonaba la cadena del retrete y la puerta del dormitorio volvía a cerrarse. El Miércoles Santo salieron antes del colegio y ella seguía encamada. Hanna y Emmet merodeaban por la casa, grande y silenciosa en su ausencia. Todo parecía extraño e inconexo: la curva

de la barandilla en lo alto de las escaleras, el pequeño despacho sin bombilla, la mancha de humedad en el papel pintado del comedor, extendiéndose por el bosquecillo de bambú.

Después, cuando Constance subió al piso de arriba y les arreó un sopapo, comprendieron —demasiado tarde— que habían alborotado mucho y habían sido desconsiderados aunque pretendían ser joviales y divertidos. Cayó al suelo una taza, una lengua de té frío se extendió hacia el libro de la biblioteca que había encima de la mesa, un cinturón de cuero blanco resultó ser de plástico después de que Emmet lo usara de brida con Hanna y la sacara a hombros por la puerta delantera. Después de cada desastre, los chicos se dispersaban y actuaban como si no hubiera sucedido nada. Y nada sucedía. Ella continuaba dormida en el piso de arriba. O muerta. El silencio era más apremiante, más cadavérico. El silencio empezaba a ser trágico, hasta que el picaporte golpeó la pared y su madre salió de manera precipitada de la habitación. Bajó las escaleras como un rayo, con el pelo revuelto y la sombra de los pechos balanceándose bajo el algodón de la bata, la boca abierta y la mano levantada.

Quizá rompería otra taza, o tiraría la tetera entera, o arrojaría el cinturón roto en el parterre a través de la puerta abierta.

—Ya está —sentenció.

—¿Ya estáis contentos?

—Yo también sé devolver un golpe —dijo.

—¿Qué os habéis creído?

Se quedó mirándoles un instante, como si se preguntara quiénes eran aquellos niños desconocidos. Después de un momento de confusión, dio media vuelta y volvió a encerrarse en el dormitorio dando un portazo. Diez minutos más tarde, o veinte, o media hora, la puerta se abrió una rendija y su madre dijo con un hilo de voz:

—¿Constance?

Estas escenas tenían algo de cómico. Dan torcía el gesto antes de volver a enfrascarse en su libro, Constance preparaba el té y Emmet hacía algo muy noble y puro: traía una única flor del jardín, le plantaba a su madre un beso solemne. Hanna no sabía qué hacer, salvo entrar en la habitación y dejarse

querer.

—Mi niña. ¿Cómo está mi pequeña?

Mucho después, cuando todo estaba olvidado, con la tele puesta y tostadas de queso para acompañar el té, su padre regresó de la finca de Boolavaun. Subió los escalones, uno a uno, y después de llamar dos veces, entró en el dormitorio.

—¿Entonces? —dijo, antes de cerrar la puerta silenciando sus palabras.

Tras un buen rato, bajó a la cocina y pidió un té. Dormitó en silencio durante una hora aproximadamente y se despertó sobresaltado con las noticias de las nueve. Luego apagó la tele y preguntó:

—¿Quién de vosotros ha roto el cinturón de vuestra madre? Decídmelo ahora mismo.

Y Emmet dijo:

—Ha sido culpa mía, papá.

Se puso en pie con la cabeza gacha y las manos pegadas al cuerpo. Emmet te sacaba de quicio de lo obediente que era.

El padre sacó una regla de debajo del mueble de la tele y Emmet le tendió la mano. El padre sostuvo la punta de los dedos hasta el último milisegundo antes de descargar el golpe. Luego se giró y suspiró mientras devolvía la regla a su sitio.

—A la cama —ordenó.

Emmet se marchó con las mejillas encendidas y Hanna recibió una caricia barbuda de su padre, que consistía en rozarle la mejilla con los pelillos de la barba después de darle un beso. Su padre olía a la jornada de trabajo: aire libre, gasolina, heno y, de fondo, una reminiscencia a ganado y, aún más allá, a leche. Cenaba en Boolavaun, donde seguía viviendo su madre.

—Vuestra abuela os desea buenas noches —dijo. Otra especie de broma suya. Y ladeó la cabeza—. ¿Te vienes mañana conmigo? Claro que sí.

Al día siguiente, que era Jueves Santo, montó a Hanna en el Cortina naranja, que crujía cada vez que se abría la puerta. Pasados unos kilómetros comenzó a tararear. El cielo se volvía cada vez más blanco a medida que se aproximaban al mar.

Hanna adoraba la casita de Boolavaun: cuatro habitaciones, un porche repleto de geranios, la montaña en la parte de atrás y, delante, el cielo impredecible. Si cruzabas el extenso prado, llegabas a un camino en pendiente desde donde se divisaban las islas Aran en la bahía de Galway y los acantilados de Moher, que también eran famosos, a lo lejos, en dirección sur. Este camino se convertía en una vereda que cruzaba el pedregal de Burren y discurría junto a la playa de Fanore, el sendero más hermoso del mundo sin lugar a dudas, decía su abuela —«celebrado en las canciones y en los cuentos»—, con rocas que formaban tímidos muros antes de desparramarse por los campos y pastos pedregosos llenos de flores dulces y singulares.

Y si levantabas los ojos del paso escarpado, siempre te encontrabas con una vista distinta: las islas dormitando en la bahía, las nubes que sombreaban el agua, el oleaje del Atlántico contra los acantilados distantes, silencioso penacho de espuma.

Abajo quedaban las losas de caliza conocidas como Flaggy Shore, rocas grises bajo el cielo gris. Había días en los que el mar grisáceo resplandecía y era imposible distinguir si despuntaba el amanecer o si se avecinaba el ocaso, la vista no acababa de ajustarse. Era como si las rocas absorbieran la luz y la escondieran. Eso es lo que pasaba con Boolavaun, era un lugar que sabía ocultarse.

Y Hanna adoraba a la abuela Madigan, una mujer que parecía tener mucho que decir, pero que nunca soltaba prenda.

Cuando llovía, los días se hacían muy largos: su abuela siempre andaba de un lado para otro, movía cosas, las frotaba sin ton ni son; les echaba de comer a unos gatos que nunca atendían a su llamada, o perdía alguna cosa que había tenido en la mano hacía menos de un minuto. No había mucho de qué hablar.

—¿Qué tal la escuela?

—Bien.

A Hanna no le permitían tocar casi nada. Menos aún el aparador de la salita donde se guardaba la porcelana. Otras superficies estaban cubiertas de macetas de geranios en distintas fases de floración y declive; había toda una balda de plantas amputadas en un alféizar de la parte de atrás, con las ramas

bulbosas truncadas. Las paredes estaban desnudas, excepto por un cuadro de los lagos Killarney en la salita y un crucifijo negro y liso sobre la cama de la abuela. Ni rastro del Sagrado Corazón, ni agua bendita, ni ninguna Virgen. Cuando le daba por ir, la abuela Madigan asistía a misa con una vecina, y recorría ocho kilómetros en bici para llegar a la tienda más cercana lloviera o tronara. En caso de enfermedad —y nunca enfermaba— estaría en apuros, porque nunca ponía un pie en la Farmacia Considine.

Ni lo había hecho antes, ni lo haría nunca.

A Hanna le interesaban sus motivos porque, tan pronto como su padre desapareció en busca del ganado, su abuela la llevó a un rincón —como si hubiera un gentío observándolas— y le entregó un billete de una libra.

—Ve donde tu tío —le dijo—. Y pídele la crema de la última vez.

La crema era algo horrible, cosas de señora mayor.

—¿Y qué le digo? —preguntó Hanna.

—Oh, nada, no hace falta —dijo su abuela—. Él ya lo sabe.

Claramente, Constance se había encargado de esa tarea hasta entonces, y ahora era el turno de Hanna.

—De acuerdo —dijo Hanna.

El billete de una libra que le entregó su abuela estaba doblado por la mitad y enrollado. Como Hanna no sabía dónde guardarlo se lo metió en el calcetín para no perderlo, deslizándolo junto al hueso del tobillo. Miró por una ventana y distinguió la intensa luz marina, luego por la otra y vio la carretera que conducía al pueblo.

Los Considine y los Madigan no se llevaban bien.

Cuando el padre de Hanna regresó para tomar el té, su figura llenó por completo el umbral y tuvo que agacharse para pasar. Hanna habría preferido que la abuela le hubiera pedido la crema a su hijo, fuera lo que fuera, aunque presentía que tenía que ver con la sangre rojo encendido que había visto en su orinal, que estaba incorporado en una silla con un agujero en el asiento.

La casa de Boolavaun tenía cuatro habitaciones. Hanna entró en todas y escuchó con atención los distintos sonidos de la lluvia. Se quedó en el dormitorio trasero que su padre había compartido con sus dos hermanos más jóvenes, que ahora vivían en América. Observó las camas donde solían

dormir.

En la cocina, su padre se había sentado frente al té y la abuela leía el periódico que él le traía todos los días del pueblo. Bertie, el gato, se restregaba contra los ásperos pies de la abuela y la radio estaba desintonizada.

Sobre el fogón, una olla grande llevaba el agua a ebullición con una lentitud épica.

Después de la lluvia salieron en busca de huevos. Su abuela llevaba un cuenco blanco esmaltado decorado con una delgada franja azul y algunos desconchones aquí y allá, que dejaban el metal negro al descubierto. Agachada, avanzó rápidamente más allá del gallinero hasta el seto que separaba el patio del huerto. Hurgó entre los arbustos, curioseando entre las ramas.

—¡Ajá! —exclamó—. Te pillé.

Hanna gateó junto a los pies encallecidos de la abuela para recoger el huevo bajo el seto. Era marrón y estaba manchado de caca de gallina. La abuela lo sostuvo en alto para admirarlo antes de depositarlo en el cuenco vacío, donde rodó con un sonido hueco y amenazador.

—Baja hasta allí —le dijo a Hanna—. Y comprueba si hay alguno en los huecos del muro.

Hanna fue adonde le indicaba. En aquella finca había muros por doquier pero Emmet y ella tenían prohibido escalarlos por miedo a que se desprendiera alguna piedra y les cayera encima. Los muros eran más antiguos que la casa, aseguraba la abuela: tenían miles de años, eran los muros más antiguos de Irlanda. De cerca, se distinguían en las piedras motas blancas y monedas de líquen amarillo, que refulgían al sol como el dinero. Y había un huevo blanco e impoluto encajado en una grieta donde crecía la hierba de Santiago.

—¡Ajá! —exclamó la abuela.

Hanna depositó el huevo en el cuenco y la abuela metió los dedos para impedir que los dos hallazgos entrechocaran. Hanna se coló en el gallinero de madera para recoger el resto, un lugar que olía a rancio, paja vieja y plumas, mientras la abuela esperaba en la puerta y bajaba el cuenco para recibir cada huevo que ella encontraba. De camino a la casa, la anciana se agachó y

levantó a una de las aves que estaba escarbando en el patio con tal facilidad que no tuvo ni que soltar los huevos. Cada vez que Hanna intentaba coger un ave esta salía despavorida tan rápido que le preocupaba provocarle un ataque al corazón, pero su abuela la había agarrado como si nada y la llevaba bajo el brazo, con las plumas color teja refulgiendo bajo el sol. Un gallo joven, a juzgar por el penacho negro de plumas timoneras que asomaban allí donde algún día, cuando creciera, luciría una iridiscente cola verde.

Mientras atravesaban el patio trasero, el padre de Hanna salió del garaje, que estaba en una construcción aledaña entre el establo y el cobertizo para la turba. La abuela se puso de puntillas para entregarle el ave y esta se balanceó al pasar de una mano a otra. Su padre tenía al gallo asido por las patas con una mano y con la otra sujetaba un hacha casi por la hoja. La sopesó mientras se dirigía hacia un banco roto en el que Hanna nunca había reparado, instalado debajo del alero del tejado del garaje. Sujetó la cabeza del animal sobre la madera, de manera que estirase el pico, y se la cortó.

Lo hizo con la misma facilidad con que la abuela había levantado al ave del suelo, del tirón. Sostuvo el gallo sacrificado en alto y bien alejado mientras la sangre manaba y goteaba sobre los adoquines.

—¡Oh! —exclamó la abuela, como si se hubiera perdido algo precioso. Los gatos aparecieron de repente, levantándose sobre las patas traseras para alcanzar el tajo del cuello del gallo.

—¡Fuera! —exclamó el padre, espantando uno con la bota, mientras le pasaba a Hanna el ave, que aún aleteaba, para que la sujetase.

Hanna se sorprendió al notar calor en las patas del gallo, que eran escamosas y huesudas y no deberían desprender calor en absoluto. Comprobó que su padre se reía de ella antes de dejarla sola y entrar en la casa. Hanna apartó de sí todo lo que pudo el gallo sujetándolo con ambas manos y procuró que no se le cayera, pues el ave no dejaba de aletear y de revirar en torno al punto donde antes tenía la cabeza. Uno de los gatos enganchó la carnosa cresta entre los dienteillos y se escabulló con la cabeza colgando bajo el mentón blanco. Normalmente Hanna se habría puesto a gritar ante tal escena —el cuello flácido y desgarrado y la mirada ultrajada del gallo—, pero estaba demasiado ocupada intentando que el cadáver no se le escapara de las

manos. Tenía las alas desplegadas y las plumas bermejas erizadas, dejando al descubierto el revés amarillento. Un chorro de mierda salía de entre las plumas negras de la cola, emulando la sangre que manaba del pescuezo.

Su padre salió de la cocina con una tina de agua que depositó sobre los adoquines.

—Ahí sigue —dijo.

—¡Papá! —gritó Hanna.

—Son solo reflejos —contestó él.

Pero Hanna sabía que se estaba riendo de ella, porque pronto todo terminó, el despojo soltó otro espasmo y su abuela emitió un sonido que Hanna no había oído nunca, un cacareo jovial que notó en la piel del cuello. La anciana regresó a la cocina para dejar los huevos en el aparador y salió hurgándose en el bolsillo del delantal, del que sacó un pedazo de bramante. Mientras tanto, su padre por fin cogió el gallo y lo sumergió en la tinaja de agua hirviendo.

Incluso entonces el cadáver se convulsionó y batió las alas con fuerza, dos veces, contra las paredes de la tina.

El despojo salió del agua y volvió a entrar. Luego se quedó inmóvil.

—Ahora te toca a ti —le dijo él a su madre, mientras sostenía una pata en alto para que pudiera atar el trozo de bramante.

A continuación, Hanna vio cómo su abuela colgaba al gallo por una pata de un gancho del garaje y lo desplumaba con un sonido desgarrador. Las plumas húmedas se le pegaban a los dedos a puñados, para desprenderlas tenía que dar palmas y sacudirlas en el delantal.

—Ven aquí para que te enseñe cómo se hace —le pidió.

—No —dijo Hanna, que no se había movido del umbral de la cocina.

—Vamos —dijo su abuela.

—Que no —contestó la niña, llorando.

—Ya pasó, querida.

Hanna apartó la cara, avergonzada.

Hanna siempre estaba llorando. Así era ella. Siempre estaba moqueando, como decía Emmet. «Tienes la vejiga al ladito de los ojos», solía decir su madre. «La inundación», lo llamaba Constance. Una frase que todos usaban: «Se avecina una inundación», aunque hubieran sido sus hermanos los que la

hubieran hecho rabiar. Sobre todo Emmet, que siempre le hacía llorar, le arrancaba las lágrimas de la cara, acalorada e irritada, y corría con ellas, exultante.

—¡Hanna está llorando!

Pero Emmet ni siquiera estaba ahí. Y Hanna estaba llorando por un pollo. Porque eso es lo que había bajo las plumas sucias: carne de pollo, blanca, perfecta con patatas asadas.

El pollo del domingo.

Su abuela la abrazó por el costado. Luego le acarició el brazo.

—Ya pasó —dijo.

Mientras, el padre de Hanna había regresado del establo con un balde de leche que se llevarían a casa.

—¿Sobrevivirás? —preguntó.

Cuando Hanna se montó en el coche, el padre le dejó el balde de leche entre los pies para que no se derramara. El pollo estaba en el asiento trasero, envuelto en periódicos y atado con cuerda, destripado, junto a una bolsa de plástico con los menudillos. El padre cerró la puerta del coche y Hanna permaneció sentada en silencio mientras él rodeaba el vehículo hasta el lado del conductor.

A Hanna le fascinaban las manos de su padre, eran enormes. Al verlas sobre el volante le pareció que el coche se había vuelto de juguete, que sus sentimientos eran sentimientos infantiles que algún día superaría. La leche que golpeaba las paredes del balde seguía caliente. También notaba el billete de una libra pegado al tobillo.

—Tengo que ir a la farmacia a hacerle un recado a la abuela —dijo.

Pero su padre no contestó. Hanna se preguntó por un segundo si no la había oído o si era ella quien no había pronunciado las palabras en voz alta.

En una ocasión, su abuelo, John Considine, se lio a gritos con una mujer que entró en el dispensario y pidió algo innombrable. Hanna nunca supo lo que había sido —corría el riesgo de morir de vergüenza—, pero se rumoreaba que su abuelo había echado a la mujer a empujones. Aunque había quienes decían que era un santo —un santo, aseguraban— con los del pueblo, que lo

despertaban a cualquier hora por un niño con un resfriado galopante o una viejecita atormentada por las piedras del riñón. Desde Gort hasta Lahinch, había hombres que no hablaban con nadie salvo con él si las gallinas tenían lombrices o si a las cabras les entraba diarrea. Le llevaban los perros atados con cordel —hombres montaraces venidos de Dios sabe dónde— y entraban en la farmacia a ver cómo su abuelo canturreaba y mezclaba sus ungüentos: alcanfor y extracto de menta, tintura de opio y extracto de helecho macho. Por lo que Hanna sabía, el viejo John Considine era un santo para todo el mundo menos para los que le detestaban, que era la mitad del pueblo —la otra mitad—, que preferían acudir a Moore's, la farmacia al otro lado del río.

Aunque ella desconocía el motivo.

Pat Doran, el del taller, argumentaba que en Moore's eran mucho más comprensivos con los asuntos «bajo el capó», pero que Considine era superior cuando tenías algún problema con el maletero. Así que quizá ese fuera el motivo.

O puede que fuera algo completamente diferente.

Su madre diciendo: «Nunca les hemos gustado».

Su madre pasando junto a un par de monjas viejas por la calle, con su sonrisa de «no os paréis».

Emmet decía que habían disparado al abuelo Madigan durante la guerra civil y que el abuelo Considine se había negado a auxiliarle. Los hombres corrieron a la farmacia en busca de antiséptico y vendas pero, al parecer, él acababa de echar el cierre. Aunque nadie se creía ni media palabra de lo que Emmet decía. El abuelo Madigan había muerto a causa de la diabetes hacía años, tuvieron que amputarle el pie.

Fuera cual fuera la historia, Hanna se dirigió esa tarde a la farmacia sintiéndose señalada, elegida por el destino para ser la repartidora de pomada para pompis de las abuelitas, mientras Emmet ignoraba que la abuela tuviera culo, porque Emmet era un chico. A Emmet le interesaban las cosas y le interesaban los hechos, hechos que no fueran insignificantes o estúpidos, sino cosas sobre Irlanda, sobre gente a la que mataban a tiros.

Hanna recorrió Curtin Street y pasó junto a las ventanas con el barco de asta, la sopera y el gato de fieltro rosa. Estaba anocheciendo y las luces

amarillas de la farmacia relucían contra el azul de la calle. Se agachó delante del mostrador para sacar el billete del calcetín.

—Es para la abuela Madigan —le dijo a Bart—. Dice que ya sabes a qué se refiere.

Bart guiñó el ojo con presteza y luego comenzó a envolver una cajita en papel marrón. El dispensador de celo emitió un quejido mientras él sujetaba el papel.

—¿Y cómo está? —preguntó.

—Bien —dijo Hanna.

—¿Igual que siempre?

Hanna había fantaseado con quedarse con la libra, pero Bart le tendió la mano y se vio obligada a entregarle el billete, patético y blando de tanto manoseo.

—Supongo —dijo.

Bart alisó el billete, mientras comentaba:

—Aquello es precioso. Puede que hasta la genciana haya florecido. Una florecilla azul, ¿sabes la que te digo? Se parece a la violeta y crece entre las rocas.

Depositó el viejo billete sobre una pila de billetes de una libra en la caja registradora y dejó caer la horquilla.

—Sí —contestó Hanna. Estaba harta de la gente que hablaba de una florecilla como si fuera algo increíble. Y harta de la gente que hablaba de la vista de las islas Aran y la maldita Flaggy Shore. Se quedó mirando el billetito sobado encima de la pila de billetes nuevecitos y pensó en el monedero de su abuela, completamente vacío.

—¿Todo bien? —preguntó Bart, porque Hanna se quedó allí clavada durante un momento, la piel encendida de pura indignación. Su padre venía de gente pobre. Puede que fuera guapo y alto, pero el pequeño terruño que poseía era un pedregal y hacía sus necesidades detrás de un seto, como todos los Madigan que le precedieron.

Pobres, estúpidos, sucios y pobres.

Ese era el verdadero problema entre los Considine y los Madigan. Ese era el motivo de que no se llevaran bien.

—Aquí tienes el cambio —dijo Bart, deslizando una moneda de diez peniques y otra de cinco por el cajón de plástico ondulado de la caja registradora.

—Quédate con él —dijo Hanna con un gesto despreocupado. Luego cogió el paquete y salió de la tienda.

Más tarde, en la iglesia, se sentó junto a su padre, que estaba de rodillas con el rosario colgado en el respaldo del banco de delante. Las cuentas eran blancas. Cuando terminó de rezar lo levantó, lo sostuvo sobre la bolsita de cuero y lo dejó caer como una cascada. Los Madigan siempre iban a misa aunque no hiciera falta ir a misa en Jueves Santo. Dan solía hacer de monaguillo, pero este año llevaba un alba blanca con un cinturón de seda y, debajo, sus pantalones. Encima se había puesto una especie de túnica de paño basto color crema. Estaba arrodillado junto al padre Banjo y le estaba ayudando a lavarle los pies a la gente.

Había cinco feligreses sentados en sillas delante del altar y el sacerdote pasó ante la fila con una palangana de plata y les salpicó los pies a todos, jóvenes y viejos, con sus juanetes y sus callos y sus uñas gruesas y amarillentas. Luego se giró hacia Dan para tomar el paño blanco y lo pasó por encima de cada pie.

Era un ritual simbólico. Evidentemente, todas aquellas personas se habían lavado los pies a conciencia antes de salir de casa. El cura no se los había secado como es debido, de modo que después tuvieron problemas para ponerse los calcetines. Dan le seguía pausadamente, intentando no enredarse las rodillas con los pliegues de la túnica, con cara de santo.

En Viernes Santo no ponían nada en la tele salvo música clásica. Hanna miró el calendario que había colgado en la cocina, con fotos de niños negros y relucientes con la barriga hinchada bajo vestidos de colores, posando junto a curas de blanco. Sobre sus ropajes, caras ordinarias, irlandesas. Parecían muy orgullosos de sí mismos junto a aquellos niños negros a los que tomaban de los hombros con manos grandes y cuidadosas.

Por fin, a las ocho, en RTÉ 2 pusieron *Tomorrow's World*. Lo estaban viendo cuando oyeron que Dan entraba en el cuarto de su madre. Pasó horas

en el dormitorio, sus voces eran un murmullo apasionado. Su padre se quedó sentado junto al fogón fingiendo que dormía y Constance se llevó a rastras a los dos niños, que cotilleaban al pie de las escaleras. Pasó mucho rato antes de que Dan bajase. Parecía que todo estaba arreglado, parecía satisfecho consigo mismo.

Su hermano, sacerdote. Era, en palabras de Emmet, «una puta broma». Pero Hanna se sintió triste, como si presenciara algo trascendental. De las misiones no se volvía. Dan se marcharía de Irlanda para siempre. Y, además, podía morir.

Más tarde, esa misma noche, Emmet se burló de él.

—Ni siquiera crees en Dios —le dijo—. Solo te crees que crees.

Dan le dirigió su nueva y beatífica sonrisa.

—¿Y qué diferencia hay?

Y así fue como se hizo realidad. Dan les abandonaría para salvar a los niños negros. Su madre ya no tenía potestad para detenerle.

Por otra parte, estaba el asunto de la novia de Dan, que aún no había sido informada. Hanna se acordó después de la cena del Domingo de Resurrección, que presidió el pollo, muerto y no resucitado, en el centro de la mesa, con medio limón metido en el pecho o en el culo, Hanna no supo precisar qué extremo. Su madre no bajó a comer con ellos, continuaba en la cama. Nunca volvería a levantarse, declaró. Hanna se sentó en el descansillo ante el dormitorio y estuvo jugando a las cartas en el suelo. Cuando su madre abrió la puerta todas las cartas se mezclaron. Entonces Hanna se echó a llorar y su madre le pegó una bofetada por llorar, y Hanna lloró con más fuerza y su madre reuló y comenzó a gimotear. El martes, Dan se llevó a Hanna a Galway a pasar unos días con él. Aseguró que lo hacía para alejarla de todo el follón, pero se encontraron con un follón muy distinto esperándoles en Eyre Square.

—Ella es Hanna —dijo su hermano, empujándola hacia delante.

—Hola —la saludó la mujer, tendiéndole una mano enfundada en un guante de cuero verde oscuro. La mujer parecía simpática. El guante le llegaba hasta la muñeca, con una fila de botones forrados en el lateral.

—Vamos —dijo Dan, y Hanna, que aún desconocía los modales, le tendió la mano a la mujer y se la estrechó.

—¿Te apetece un helado? —preguntó ella.

Hanna echó a caminar junto a ellos, intentando asimilar el tráfico y la gente que les rodeaba, pero había tanto ajetreo en la ciudad que no le daba tiempo a digerirlo todo. Un par de estudiantes se detuvieron a charlar con ellos. La chica vestía con una chaqueta a cuadros abierta sobre un jersey de lana y el hombre lucía gafas grandes y una barba descuidada. Iban cogidos de la mano, incluso allí parados hablando con ellos. La chica cambió de postura y le lanzó a Dan algunas miraditas a través del pelo revuelto, como si esperase que dijera algo desternillante. Y, justo entonces, dijo algo. Dijo:

—¿Acaso no vamos de mal en peor? —Y la chica se mondaba de la risa.

Se separaron, con cierta incomodidad, de la pareja, y la novia de Dan les hizo pasar a un pub. Comentó:

—Debes de estar muerta de hambre. ¿Te apetece un sándwich de jamón? — Y Hanna no supo qué decir.

El interior del pub estaba muy oscuro.

—Sí le apetece —dijo Dan.

—Y ¿qué más? ¿Tú quieres una pinta?

—Ella tomará una naranjada.

Y así fue como apareció ante ella un vaso refulgente de burbujas que flotaban hasta la superficie antes de perderse en el aire.

—¿Vas al colegio de los mayores? —preguntó la novia de Dan, mientras arrojaba tres bolsas de patatas sobre la mesa y se sentaba—. ¿No te han matado ya las monjas?

—Lo intentan —dijo Hanna.

—Pasa de ellas.

La chica estaba ocupada guardando los guantes en el bolso. Llevaba un pasador en el pelo hecho de madera pulida, se lo quitó y se lo volvió a colocar. Luego levantó el vaso.

—*Gaudeamus!* —exclamó. Era latín, una broma.

Hanna estaba alucinando con la novia de Dan. Era tan refinada. No había otra palabra para definirla. En su voz se superponían distintos estratos de

sentimiento e ironía, y no tenía ni idea —entendió Hanna con una extraña sensación de abatimiento— de lo que le tenía reservado el futuro.

¡Dan iba a ordenarse sacerdote! Nadie lo diría al verlo bajar la pinta y chuparse los labios para secarse la espuma. Nadie lo diría por la forma que tenía de mirar a aquella chica sentada a su lado, con aquella cascada de pelo castaño claro.

—Entonces, ¿cómo lo ves?

—Está más que dispuesta —contestó ella.

—¿Tú crees?

La novia de Dan era una tragedia en potencia. Y, aun así, esos guantes verdes auguraban una vida maravillosa. Ella estudiaría en París. Tendría tres hijos y les enseñaría el hermoso irlandés y un francés perfecto. Nunca olvidaría a Dan.

—Perdona, ¿cómo te llamas? —quiso saber Hanna.

—¿Yo? —dijo ella, riéndose sin motivo alguno—. Oh, lo siento. Me llamo Isabelle.

Por supuesto. Tenía un nombre sacado de un libro.

Después del pub echaron a correr por un callejón y se encontraron repentinamente en un lugar donde todo el mundo olía a lluvia. Dan ayudó a Hanna con el abrigo a pesar de que ella podía quitárselo sola perfectamente e Isabelle regresó con unas entradas en la mano. Iban a ver una obra de teatro.

La habitación a la que accedieron no tenía pinta de teatro, no había telón ni terciopelo rojo, sino bancos largos con el respaldo acolchado. Cuando encontraron su fila, se encontraron con dos sacerdotes. Sacerdotes de verdad. Uno de ellos era viejo, el otro joven, y se afanaban con movimientos a cámara lenta con los programas y las bufandas. Isabelle tuvo que abrirse paso entre ellos y, por fin, los curas les dejaron pasar y se sentaron con aire ofendido. Asomaron un poco el trasero y se acomodaron en los cojines de polipiel. En cualquier otra ocasión, Dan se habría reído ante tal escena, pero solo dijo: «Buenas noches, padres», e Isabelle se sentó, callada y meditabunda, hasta que los focos crujieron y bajaron de intensidad.

La oscuridad del teatro era una oscuridad nueva para Hanna. No era la oscuridad de la ciudad del exterior, ni la del dormitorio que compartía con

Constance en Ardeevin. No era la negrura del campo en Boolavaun. Era una oscuridad compartida: con Isabelle y Dan, con Dan y los curas. Era una oscuridad tras la vigilia que precedía a los sueños.

La obra se desarrolló tan rápido que, después de verla, Hanna no habría sabido decir cómo la habían hecho. La música era atronadora y los actores corrían de un lado para otro. A Hanna no le gustó ninguno excepto el más joven. Tenía unas cejas con forma de acento circunflejo y, cada vez que pasaba corriendo, ella se fijaba en los pies descalzos, la forma en la que el pelo le crecía y el tamaño de cada dedo. Era muy real, tan real como el hilo de saliva que se le escapaba de la boca, aunque las palabras que emitía no eran reales; quizá por eso ella no era capaz de seguirlas.

La trama giraba en torno a Granuaile, la reina pirata, que se convertía, en mitad de la obra, en otra reina, Isabel I. La actriz se quitó la máscara y su voz cambió, y su cuerpo cambió, como las burbujas que se escapaban de la naranjada de Hanna, solo que esta vez estaban en su cabeza. Los átomos de polvo bailaban ante las luces, los focos del techo crujían. La mujer se giró y la máscara giró despacio y, de repente, todo estaba sucediendo en la cabeza de Hanna y ella notó que la misma sensación, fuera lo que fuera, quizá la misma obra, se propagaba entre el público como el rubor, y entonces todas las palabras cobraron sentido. Luego los actores salieron corriendo y encendieron las luces normales. Los dos sacerdotes se quedaron sentados un momento, como si se les hubiera olvidado dónde estaban.

—Bueno está —dijo el mayor. Cuando llegó la hora de la segunda parte, no regresaron.

En el vestíbulo, abarrotado y diminuto, Isabelle preguntó:

—¿Te apetece un helado?

—Sí —dijo Hanna. Isabelle se perdió entre la gente y regresó con una tarrina.

Durante la segunda parte, el actor guapo le habló a Hanna. Se detuvo en el escenario y levantó la cabeza para decir algo en voz baja mientras la miraba fijamente a los ojos. A pesar de que no podía verla. O precisamente porque no podía verla. Hanna sintió la necesidad repentina de ir en su busca al otro lado, como un fantasma invitado a abandonar la oscuridad.

Cuando terminó la representación, Hanna fue a buscar el baño, donde las mujeres charlaban despreocupadamente mientras se lavaban las manos o se las secaban con un trozo de papel. Hanna no quería que la vida real comenzara de nuevo. Trató de aferrarse a la obra mientras atravesaban las calles bajo la lluvia y giraban al llegar a un gran río. A pesar de lo sugerente que resultaba el río de noche, trató de conservar la obra en la memoria.

Una mendiga que había sentada contra el pretil en mitad del puente le pidió a Hanna una moneda, pero Hanna no tenía dinero alguno. Se volvió para decírselo pero se contuvo, porque la mujer tenía un bebé —esa mujer mayor y sucia tenía un bebé auténtico— bajo una manta de cuadros que usaba a modo de echarpe.

Dan tomó a Hanna del brazo para que no se detuviera e Isabelle sonrió.

—Espera un momento —dijo, y retrocedió para darle una moneda.

El piso de Dan estaba situado sobre una ferretería. Se detuvieron un momento junto a una puertecita y subieron una escalera estrecha hasta la primera planta, donde había una habitación grande con una cocinilla integrada y un sofá donde Hanna dormiría. El sofá tenía las patas de acero y cojines marrones llenos de bultos. Hanna desenrolló su saco de dormir y se quitó los zapatos, luego se metió dentro y se quitó los pantalones, sacándolos por la boca del saco. Estiró el brazo para alcanzar los calcetines, pero no llegaba con tanta estrechura y acabó quitándoselos frotando los pies. Era el mismo saco de dormir de nailon azul oscuro que Emmet había llevado a la misa del papa y Hanna creyó notar el olor de los cigarrillos que había fumado esa noche. Se imaginó lo celoso que se pondría con todas las cosas que ahora podría contarle.

Hanna se apeó del autobús, se dirigió a Curtin Street y atravesó el puente de arco. La casa se le antojó vacía y la rodeó hasta llegar al garaje, donde Emmet tenía su guarida, pero no le encontró. Estaba en el invernadero roto con una nueva camada de gatos, la madre esperaba, furiosa y erizada, ante la puerta.

Hanna le contó lo de la novia.

—Para lo que le va a durar —dijo él, incorporándose.

—Ahora no es como antes —explicó ella—. Te animan a que salgas con chicas hasta que haces los votos.

—A que salgas con chicas —dijo Emmet.

—¿Qué pasa?

—¿A que salgas con chicas?

La agarró de la oreja y se la retorció.

—¡Ay! —exclamó—. ¡Emmet!

A Emmet le gustaba mirarla a la cara cuando le hacía daño, como si quisiera ver los efectos de sus actos. A decir verdad, era más por curiosidad que por crueldad.

—¿Se quedó?

—¿Quién?

—La novia.

—No, no se quedó. ¿A qué te refieres?

—¿Durmió con él?

—Por Dios santo, Emmet. Claro que no. Si yo estaba en la habitación de al lado.

No le contó lo hermosa que era Isabelle; cómo Dan se sentó después de que se marchara, se quitó las gafas y se apretó el puente de la nariz.

Hanna entró en la casa por la puerta trasera, atravesó el pasillo donde estaban la lavadora, la carbonera y el barril de las manzanas y entró en la cocina, donde el fogón estaba a punto de apagarse. Atravesó el recibidor, echó un vistazo al pequeño despacho, donde algunos de los papeles apilados en el escritorio ahora formaban abanicos amarillentos en el suelo. Una corriente de aire frío se colaba por la chimenea agrietada de la salita, debía de tratarse del fantasma de alguien, pensó. La casa era un extraño caparazón vacío, con su madre «enclaustrada», como Dan solía decir. En horizontal. Con su madre muerta.

Entonces Hanna subió al piso de arriba para contarle a su madre muerta que ya estaba en casa, para preguntarle si le apetecía un té o para sentarse en la cama junto a ella y luego tumbarse. Su madre, que estaba vivita y coleando, levantó la colcha para que Hanna pudiera acurrucarse con ella, procurando que los zapatos no tocaran el colchón. Porque Hanna era su niña pequeña, la

que nunca haría llorar a su madre, que se conformaba con estar ahí tumbada, con el brazo fuera de la cama, rozando los libros que se amontonaban en el suelo.

*Rain on the Wind.*

—Ese no —dijo la madre—. Es para mayores.

En la portada había una chica con pintalabios pálido coqueteando con un hombre. «Drama, pasión y romance enmarcados en la terrible belleza de la costa de Galway».

—Tiene novia —dijo Hanna.

—¿Ah, sí? —dijo la madre.

—Sí —dijo Hanna.

—¿De verdad? —dijo la madre.

—Es muy simpática —dijo Hanna.

Y, antes de que Hanna se diera cuenta, su madre retiró las mantas y salió por el otro lado de la cama. Le lanzó la chaquetilla de poliéster acolchado color turquesa a la niña y atravesó el dormitorio como un rayo y se colocó al lado de Hanna.

—Venga, ¡sal de ahí! —dijo. Pero Hanna se acurrucó entre las sábanas, mientras su madre hormigueaba por la habitación haciendo cosas que solo podía adivinar. Era tan agradable estar ahí tumbada en la oscuridad, oyendo los golpes del cepillo sobre el tocador y el tintineo de las horquillas. Hanna distinguió que su madre se enfundaba una falda y que abandonaba la habitación después de tropezar con algo. Un zapato de su padre, quizá. Cuando se marchó, Hanna se asomó a la luz del dormitorio y miró a los pies de la cama. Ahí estaba, huérfano, negro y pulido, listo para ir a misa.

—¡Vamos, Hanna!

En el piso de abajo, su madre volvía a llenar las habitaciones. Tenían tareas domésticas pendientes. Y charla.

—Cuéntame todo sobre Galway, ¿fuisteis al teatro?

Hanna le habló de la reina pirata y de la mendiga del puente. Su madre se puso un trapo de cocina a modo de turbante y comenzó cojear mientras recitaba: «¡Oh, si tuviera una casita! ¡Si tuviera una chimenea, un escabel y demás!». Hanna se unió a ella, llevaban sin recitar el poema juntas desde que

Hanna era pequeña. Su madre le contó la historia del día que comenzó la guerra y fue a ver a Anew McMaster en el papel de Otelo. Solo tenía diez años y puede que fuera en Ennis. Él llevaba la cara pintada de negro, unos aros enormes en las orejas y brazaletes, e iba desnudo hasta la cintura. Era como si su voz te empujara en la oscuridad. Después, miró el trapo de cocina que tenía en la mano y lo arrojó al fregadero mientras decía: «Dios, me he puesto eso en la cabeza», y sacó la olla grande para hervir todos los trapos de cocina. Antes de que se diera cuenta, la casa entera olía a jabón con fenol y algodón sucio y caliente. Hanna regresó a la cocina llena de vapor, buscando algo de comer, pero Constance había vuelto a trabajar en Dublín y lo único que había al fuego eran trapos sucios. Hanna levantó la tapadera y miró el agua gris y la espuma del jabón. Su madre estaba sentada en la mesa, con la mirada fija en el horizonte.

—Igual puedo preparar tostadas con queso —dijo Hanna, y su madre dijo:

—Fui yo. Yo le hice así. Y no me gusta su manera de ser. Es mi hijo y no me gusta, y yo tampoco le gusto a él. Y no hay manera de evitarlo porque es un círculo vicioso y toda la culpa es mía.

A Hanna todo esto le pareció cierto o irrelevante. Pero, en lugar de decírselo a su madre, dijo lo que se suponía que tenía que decir:

—Pero yo te gusto, mamá.

—Me gustas ahora —puntualizó su madre.

Al rato, después de que Hanna preparara unas tostadas con queso, su madre regresó a la cocina y llenó una bolsa de agua caliente de la tetera grande que había en el fogón.

—Hazme el favor y ve a la tienda de tu tío —le dijo—. Trae analgésicos.

—¿Sí?

—Tengo la cabeza embotada —contestó. Y, cuando Hanna fue a la farmacia de su tío Bart, vio que habían traído perfumes nuevos.

# Dan

Nueva York

1991

Todos pensamos que Billy estaba con Greg, aunque, a decir verdad, ambos habían pasado página meses atrás, si acaso alguna vez estuvieron juntos. Era difícil etiquetar las cosas en el East Village aquellos días, cuando todo el mundo se estaba muriendo o estaba muerto de miedo de pensar que se moría, con tantos que ya no estaban. La agenda no contenía más que tachones, en sueños te asaltaban por sorpresa los rostros dulces e imposibles de los muertos.

Pero si la pregunta era si Billy seguía durmiendo con Gregory Savalas, la respuesta era que casi nunca habían dormido juntos. Billy era un chico rubio y robusto, con un aspecto angelical y de tipo duro al mismo tiempo. Siempre había un montón de tipos tristes haciendo cola delante de su casa: la mitad estaban casados, la mayoría iban de traje. Y Billy odiaba el armario. Lo que Billy quería era sexo a lo grande, sin miedo y sin ataduras, con alguien que no llorara, que no le complicara la vida y que no remoloneara después del zumo de naranja y el cruasán. Billy había salido del armario alegremente y quería hombres que fueran como él: tipos dulces, que levantaran pesas en el gimnasio y que follaran bien, que te dieran una palmada en la espalda cuando tocaba intercambiar los papeles. No quería a alguien como Greg, un hombre aniquilado por el miedo a la muerte, neurótico, varado. Durante aquellos meses y años había un montón de tíos neuróticos en el East Village, había un montón de tíos sensacionales. Aquellas personalidades diferentes también

han desaparecido.

Greg era la clase de tío que tenía un espejo de mano en el armario del baño para poder mirarse la piel de la espalda en busca de marcas y llagas y solía usar ese espejo una, dos, seis veces al día. En dos ocasiones que había quedado para comer se marchó del restaurante y corrió a la oficina para encerrarse en el baño, desnudarse y examinarse, para luego vestirse y recorrer cinco manzanas corriendo y sentarse a tiempo en la banqueta con una sonrisa mientras, en la espalda, el picor del sudor se convertía en la punzada de la enfermedad bajo la piel.

De todos los síntomas, el sarcoma de Kaposi era el más odiado porque no ofrecía lugar a dudas y, después de que la primera madre le dijera a su hijo que no se sentara a tu lado en el metro, resultaba más difícil salir de casa. También dificultaba el sexo. Incluso un abrazo, cuando uno está moteado por la muerte, se vuelve algo complicado. Y la gente dispuesta a dormir contigo... ¿qué clase de gente es?

No queríamos que nos amasen cuando caíamos enfermos, porque resultaba insoportable, aunque no buscábamos más que amor en nuestros últimos días.

Por eso, Gregory Savalas, galerista intrépido, marchante buscavidas, albacea, todo sonrisas y sudores durante dos platos y un café, cuando regresa a su pequeña galería del centro y no tiene nada que hacer excepto buscar manchas imaginarias en su espalda, coge el teléfono y marca.

Los que están en casa están casi todos enfermos también, y a los que no están enfermos no les gusta que les llamen en horario de trabajo, porque estas llamadas son largas, sin objeto, llenas de insinuaciones y silencios, por lo que la tensión que Greg transmite desde el otro lado de la línea resulta difícil de digerir. Solía llamar a Max, que trabajaba todo el día en su estudio, pero Max era demasiado arrogante, y luego murió. Solía llamar a mucha gente. Su amiga Jessie se siente abandonada —o algo así—, el caso es que últimamente está loca de atar, por eso Greg llama a Billy, porque, aunque Billy sea un poquito normal, a veces solo necesitas a alguien normal.

—Diseño gráfico.

—Hola, habitante del cubículo.

—El mismo que viste y calza.

Y Greg consigue evadirse. Primero le cuenta a Billy que Massimo se pasó la otra tarde en casa de Oscar hablando de la iluminación para la exposición de otoño y llegó aquella mujer con cuatrocientas bolsas y un chico para llevarlas. Resultó que era la maharaní de Jaipur, lo que viene a ser lo mismo que la Jackie Kennedy de la India, y lleva una esmeralda en el pecho más grande que tu ojo izquierdo. Resulta que el porteador es un auténtico príncipe —con turbante y todo, con una pluma delante— y Massimo lo ha engatusado para cenar el jueves por la noche. Greg dice que se ha ofrecido a hacer *risotto* pero que no es capaz de encontrar la receta que le gustó a todo el mundo la última vez, la que llevaba vino tinto. Le cuenta que su madre ha llamado desde Tampa hecha un mar de dudas acerca de si es apropiado llevar pendientes con chándal, pero no ha mencionado a su padre ni una sola vez. Y, cuando él se lo ha hecho notar, ella ha exclamado: «¡Oh, por Dios, Gregory!».

He aquí una conversación peligrosa. Palabras como «*risotto*» trasladan a Billy a la infancia de su dormitorio en Elk County, Pennsylvania: una palabra como «*risotto*» encierra años de soledad. Billy está hoy con las noticias, trabajando en «El jefe de bomberos de Nueva York informa sobre los riesgos de los colchones» con su programa de edición. Dice «ajá» y «psé» mientras retoca algo con el lápiz óptico hasta que el efecto del *risotto* se pasa, mientras Greg parlotea sin llegar nunca al fondo de la cuestión. Por fin, después de un pequeño silencio, Billy consigue sonsacárselo.

—Dime, ¿cómo estás?

Y Greg contesta:

—Creo que me duele el pulmón.

—¿Sí?

—Bueno, ya sabes, cuando inspiro.

—Ah.

—Como si fuera una punzada.

—Bueno, quizá sea una punzada —dice Billy, a sabiendas de que no debería decirlo aunque es lo único que se puede decir, mientras espera a que Greg desenmarañe el silencio para contestar.

—Quizá.

No se le puede colgar a un moribundo, pero en aquellos días todos nos colgábamos unos a otros en Nueva York. Nos estábamos zafando, con delicadeza.

—Quizá necesitas hacerte una radiografía.

Nos dejábamos marchar, retrotraernos a las habitaciones y camas en las que moriríamos algún día, aún no. No hasta que colgáramos. Porque nadie ha muerto mientras hablaba por teléfono.

—Quizá. Es una especie de jadeo. Como... ahí está.

—¿Ahí?

—Probablemente no lo oigas... ¡Ahí está! ¿Lo has oído? Probablemente no puedas oírlo por teléfono.

—¿Quieres que me pase por tu casa? —dice Billy. Y, como resulta difícil tratar con Greg últimamente, este contesta:

—Esta noche no. Tengo trabajo pendiente.

—También podríamos salir.

—No puedo salir.

Claro que no puede salir, Greg ha dejado de ser atractivo. ¿Cómo ha podido Billy sugerir semejante plan?

—De acuerdo. Me pasaré.

Cuando tenía diecinueve años, recién llegado de Nueva Jersey, Gregory Savalas se enamoró de un galerista llamado Christian que tenía los ojos del color del hielo cuando es azul.

Christian era danés y se hizo las pruebas tan pronto como las inventaron. Después intentó matarse de una manera deliberada, de lo más danesa. Greg nunca sabía con qué se encontraría cada vez que abría la puerta del apartamento. Sangre por doquier (Christian sangrando en la bañera o en las sábanas de lino brasileño); Christian tiritando en la cama, rodeado de frascos vacíos de paracetamol tirados por el suelo, la barbilla brillante de bilis. Irónicamente, la enfermedad tardó mucho en llevárselo. Se consumía y se consumía. Temblaba bajo la esponja cuando Greg le bañaba y los ojos, dos lascas azules, le miraban enloquecidos.

Estaban en el Hospital St. Vincent, en la séptima planta. El personal llevaba trajes espaciales y a Christian le habían colocado seis tubos distintos cuando,

por fin, se presentó su madre. Era guapa, evidentemente, con el cabello rubio sombreado de plata. Se acercó apresuradamente a su hijo irreconocible y se inclinó sobre su cama de hospital.

—Hola.

Se miraron a los ojos, hielo contra hielo, susurraron en danés y algo le sucedió a Christian. Se volvió humano de nuevo. Se volvió puro. Se miraron el uno al otro durante tres días seguidos. Después, él murió.

Greg era capaz de reconocer tan bien como cualquiera un momento de gracia, pero continuaba creyendo que la muerte era una gran sorpresa a pesar de ser la mayor jodienda posible. Peor que cualquier otra cosa. Christian estaba muerto y el mero hecho de ver a los vivos llenaba a Greg de desdén. Corría el año 1986 y el horror era palpable: tus vecinos usaban un pañuelo de papel para pulsar el botón del ascensor, los extraños te gritaban «¡espero que te mueras, maricón!» al cruzarse contigo por la calle. A Greg le resultaba difícil recordar a su amante como una persona. Pasó mucho tiempo pensando en sus relaciones sexuales y en la sangre que había fregado y tocado, pero lo cierto es que tardó mucho en dejar que Christian se la metiera, eso no le iba demasiado.

Esto sucedió cuando Gregory el Griego era rollizo y suave como un muchacho de Caravaggio. Cuando Billy llegó a la ciudad, unos años más tarde, con la misión de comer *risotto* y cuantas más pollas mejor, Greg era asiduo del gimnasio y había adelgazado, casi había «madurado». Ligaron entre las estanterías de una librería de Christopher Street y se colaron en el baño de los empleados. Luego fueron a tomar café, la verdad es que empezaron al revés. Unas semanas después se vieron mientras observaban cómo unos tipos se lo montaban en la parte de atrás del Meat en la calle Catorce y Billy le hizo un gesto como diciendo: «Salgamos de aquí». Greg obedeció al momento. Evidentemente.

—¿En qué estábamos pensando? —dijo Billy cuando salieron al aire libre y, tomando a Greg por las solapas de la chaqueta, le besó, un beso grande y musculoso. Billy era tan sexi. Tan sexi como Greg cuando llegó a la ciudad. Greg notaba que la magia le abandonaba, fluía y se introducía en Billy, aquel chico dorado y complaciente contra las sábanas gris oscuro. Porque Greg

solía ser el que todos deseaban. Ahora era él quien deseaba. Durante el resto de su vida, tendría que ser él quien les entrase a otros en lugar de esperar a que le entrasen a él. Tenía veintinueve años.

A los veintinueve años, Greg había acudido al Meat porque deseaba una mamada desesperadamente, creía que si no conseguía una acabaría tirado en el suelo jadeando como un perro viejo. Un tirón en la rodilla había interrumpido su carrera matutina y el dolor se había traspasado a la cadera y al tren inferior. Cuando Billy y él dieron por terminado su beso, casi seis semanas después del primero, Greg caminaba como si se le hubiera metido algo en el zapato, con una leve cojera.

En enero de 1991, Greg se escurrió con la nieve recién caída de la Tercera Avenida. Se colocó de espaldas y se quedó tumbado un momento. Eran las cuatro de la mañana y se había roto la clavícula, incluso había oído el crujido. Greg levantó la vista a los copos de nieve, tratando de adivinar cuáles le caerían sobre la cara y cuáles no. Sorprendentemente, muchos no le dieron, luego uno se le posó en la frente, como una chispa de frío retardado. Otros dos lo siguieron: uno en el labio superior y otro en una aleta de la nariz. El dolor del hombro era intenso y Greg notaba el sabor de la saburra en la lengua, pero se quedó tendido, vaticinando la trayectoria de la nieve, a sabiendas de que, tan pronto como entrara en el hospital, comenzaría a morir.

Max y Arthur le acompañaron al St. Vincent en busca de los resultados del test del VIH. Hablaron de David Wojnarowicz, que estaba en las últimas, y Max comenzó a gritar sobre Rothko mientras esperaban en las sillas de plástico apilables. Porque Max se enfrentaba a la enfermedad con determinación, de manera implacable. Ver al personal del hospital histérico le producía satisfacción. La lástima le volvía impaciente.

—Que se joda Rothko —decía—. Que se joda Rothko.

—No puedes decir eso —le reprendió Greg.

—Pues acabo de hacerlo.

—No puedes decir que se joda Mark Rothko —dijo Arthur—. Creo que a Max le incomoda el lado espiritual de su obra.

—Que le den. Me incomoda la manera que tiene de adueñarse de un color.

—Uno no se adueña de un color, uno crea un color.

Max tenía la cabeza estrecha y afeitada, como una comadreja, y las manos sorprendentemente pequeñas, casi infantiles. Estaba sentado con una gabardina verde militar y botas de combate, con los codos en las rodillas.

—Pues claro que se adueña. No hace otra cosa. Dice: «Este color es mío». O dice: «Soy tan importante como este color. Así soy yo de importante».

—Eres despiadado —dijo Greg.

—¿Cómo puedo ser despiadado? —dijo Max—. Si me estoy muriendo.

—Te estás muriendo despiadadamente —dijo Greg. Pero en realidad estaba pensando en Christian, acordándose de cómo los ojos de Christian le miraban desde la silla mientras él se movía por la habitación; ya no se sentía atraído por él, ni siquiera estaba celoso. Le había tachado de la lista. Su cuerpo joven. Sus caderas. Sus manos.

Adiós. Adiós. Adiós.

Ahora, Gregory Savalas sería el siguiente en morir. Y no estaba seguro de saber hacerlo bien.

Y ahí estaba el doctor Torres, que le llamaba a su consulta. Todo un héroe, Gabriel Torres, un hombre tan excitante y amable. Hablábamos sobre él indefinidamente, sobre su manera de sonreír, de vestir, si estaba contento con nuestra sangre, nuestras retinas, nuestros pulmones.

Cuando Greg salió de la consulta, Arthur preguntó:

—¿Cómo está Gabriel? ¿Qué ha dicho?

Billy no tenía la culpa de no saber nada acerca de los resultados del test de Greg, porque Greg no se lo había contado. Pero Greg le guardó rencor igualmente. Acudieron juntos a algún evento en el Fawbush y había tantos hombres consumidos por la enfermedad que se palpaba un coraje sombrío en la habitación. Entonces Greg le perdió el respeto a Billy por ser tan jodidamente normal y farfulló entre dientes:

—Pues últimamente tengo motivos para no estar muy animado. Tengo motivos para no coger el teléfono.

Eso sucedió cuando caminaban de regreso a casa.

—¿Pasa algo? —dijo Billy.

—¿Cómo que si pasa algo? No puedo caminar tan rápido, ya no.

—Lo siento.

—No te he pedido que lo sientas, te he pedido que vayas más despacio.

Billy redujo el paso y luego se detuvo.

—¿Greg?

Greg se giró.

—¿Qué? —dijo.

—Oh, Dios mío.

Billy, para sorpresa de Greg, se mostró desolado. Dio media vuelta y luego otra, como si no encontrara la silla. Se quedó inmóvil en mitad de la calle y miró a Greg, luego levantó las manos para taparse los ojos. Comenzó a llorar.

—Oh, Dios mío, Greg. Oh, Dios mío.

—Bueno, ¿qué esperabas? —dijo Greg.

—No lo sé —dijo Billy—. Nada. No me esperaba nada.

Fueron a un bar, luego a otro, y cogieron una tremenda borrachera. En determinado momento Billy se echó a llorar y Greg le consoló, mientras miraba al techo y le acunaba, pensando: «Pero si soy yo. Yo soy el que va a morir».

Durante todos aquellos años, cada vez que Greg se miraba al espejo y contemplaba los cambios en su rostro, pensaba en Christian y se preguntaba si su amante estaría orgulloso de él ahora. Después de que Billy y él echaran un polvo por lástima (borrachos, sí, pero muy precavidos), entró en el baño y se examinó la piel en busca de manchas negras, se miró a los ojos y recordó lo muerto que estaba Christian después de morir. Nadie le miraba en el reflejo del espejo salvo él.

Era difícil llorar cuando no había testigos, pensó. Luego se cepilló los dientes y regresó a la cama. Durante los meses siguientes hablaron por teléfono con frecuencia. Cuando Greg perdió peso, Billy le acompañó a comprar vaqueros más pequeños. Le llevaba vino y otros caprichos de la tienda cercana que pronto se convirtieron en bolsas de comida normal.

—Solo te traigo las cosas de peso —le decía, sonriendo desde la puerta del apartamento de Greg, sin faltarle el resuello después de tres pisos de escaleras.

—No tenías que molestarte.

—Me apetecía hacerlo.

Y era cierto. Billy sabía que, aunque no amara a Greg, aunque se viera con otros tíos y tuviera otros planes a largo plazo, no dejaría de ocuparse de él. Ayudaría a Greg en sus últimos meses o años de vida. Y puede que le resultase una molestia, pero nunca se arrepentiría, porque eso era lo que se suponía que debía hacer.

Esto no significaba que Greg fuera fácil de complacer. Para empezar, nunca le llevaba los comestibles adecuados. Billy no era capaz de distinguir los caprichos —como las Oreo, por ejemplo— de la comida basura pura y dura.

—¿Y a esta cosa la llamas queso?

Lo cierto es que en la cena del jueves en casa de Massimo no hubo ni rastro del príncipe indio. Sí que tomaron un *risotto* excelente, que Billy encontró un tanto decepcionante.

—Se parece al... ¿arroz? —comentó.

El novio de Massimo, Alex, estaba recién llegado de la Costa Oeste y había traído consigo a una entrecana Ellen Derrick, que se dedicó a beber ginebra y a fumar sin parar. Jessie también estaba, evidentemente, igual que Greg. Había un chico dominicano maravilloso que habló poco y, según Jessie comentó más tarde, solo comió tres granos de arroz en toda la noche. Estaba Arthur, que tanto había envejecido desde la muerte de Max. Y había un tipo irlandés llamado Dan con el pelo color arena, casi rojo, de piel clara y hermosa.

El piso de Massimo en Broome Street había sido en tiempos un taller clandestino y tenía el suelo de planchas de madera de sesenta centímetros de ancho. El local tenía unas ventanas altísimas que dejaban entrar y salir todo, ya fuera el calor, el frío o el ruido de la imprenta situada dos pisos más abajo, pero eran hermosas, cada una dividía la puesta de sol en treinta rectángulos de luz agónica. En el interior, muchas velas y una mesa tan larga y monástica que ocho personas parecían pocas. El piso tenía columnas de hierro fundido, sonaba Marsalis en el estéreo y una obra enorme y llena de garabatos de Helen Frankenthaler ocupaba toda la pared divisoria. El *risotto* dio paso a unas *noisettes* de cordero con ajo asado y puré de guisantes a la menta, que

Massimo sirvió con un Saumur-Champigny idéntico a un ascensor en una copa, tal y como dijo Greg, pues te elevaba hasta otro nivel. Massimo, con sus gestos pausados y su voz melodiosa y prudente, estuvo pendiente de todo el mundo, hasta del más mínimo detalle, sin presionar, con profesionalidad.

Greg miraba a Billy, como si quisiera decirle: «Mira y aprende».

Trataban de no hablar de la enfermedad. Después de comentar *Twin Peaks*, charlaron sobre la escena artística, la próxima exposición de Larry, cómo el dinero estaba jodiendo el East Village y qué le había pasado al tipo que solía andar por la cuerda floja y luego echaba una hermosa meada en forma de arco, sin perder el equilibrio, sobre el East River. No, meaba en la calle, sobre aquel club de la calle Cuarenta y Ocho. Debería haber sido el río. ¿Qué fue de él? Todos los nombres que pronunciaban acarreaban sus pequeños silencios.

Se habían marchado. Habían callado. En vida.

Arthur había dado positivo hacía seis años y no había tenido ningún síntoma desde entonces, la gente quería tocarle, era ya tan viejo. Arthur recordaba cosas que nadie más recordaba. ¿Cómo podía retener tantos datos? ¿Quién podía conservar tantas cosas? Su cabeza era un museo. Y, cuando muriera, el museo quedaría vacío. El museo se vendría abajo.

Greg ya solo leía a los clásicos, por deferencia a sus ojos y al tiempo que le quedaba, y hablaba de cuando Aquiles sueña con la muerte de Patroclo, cómo el muerto le da órdenes en lugar de tocarle, cuando Aquiles no desea más que estrecharle entre sus brazos. ¿Por qué sucede eso? ¿Por qué los muertos en nuestros sueños tienen voz pero no densidad? Como si fueran autorreferenciales, llenos de significado sin necesidad de palabras. Porque las palabras también son físicas, ¿no creéis? A su modo, te tocan.

—A veces sí lo hacen. Quiero decir que sí usan palabras —dijo Arthur—. «Mi árbol es un hibisco». Una vez me dijeron eso.

Nadie le preguntó quién.

—Es una guerra —dijo Massimo.

Greg respondió que él no se había alistado para ninguna puta guerra, joder. Que quería una muerte de civil, aseguró. Una muerte personal. Quería una muerte que pudiera considerar suya.

Massimo dijo que Gabriel Torres entrenaba en el YMCA en la calle

Veintitrés Oeste y que causaba conmoción cada vez que secaba el sudor de una máquina y pasaba a la siguiente. Gabriel Torres era el hombre más guapo que caminaba sobre la Tierra.

—¿De dónde saca el tiempo? —comentó Arthur.

—¿Sabéis qué? —dijo Greg—. A veces creo que nos iría mejor si saliéramos con mujeres sin plataformas.

Durante toda la conversación, Dan se mostró atento y callado. Su tez pálida absorbía la luz de las velas y sabía escuchar tan bien que parecía que toda la mesa le hablaba únicamente a él. Greg levantó su copa y dijo:

—Menudos pómulos. —Y Dan sonrió.

—El poeta. Ese poeta irlandés.

—¿Yeats? —dijo Arthur.

Con esto, para sorpresa y deleite de todos, Dan abrió la boca y de ella cayó una resma de poesía. Verso a verso, como un papiro que se desplegara sobre la mesa, como una alfombra que se desenrollara. Y todos nosotros, al escucharlo, nos dimos cuenta de dónde estábamos y quién nos acompañaba. Vimos nuestras sombras moverse en la pared del fondo, a la limpiadora de la oficina colarse en la imagen bajo un fluorescente parpadeante y verdoso, el marrón del cielo de la ciudad oscurecida.

Dan terminó, se llevó una mano al pecho e inclinó la cabeza. A continuación, aplausos. Alex aseguró que su voz era como la miel silvestre. Y el rostro, añadió Massimo, como un retrato con sombrero rojo, ¿cuál era? El del Palazzo Pitti. Un cardenal o alguien así, con un gorro rojo.

Dan dijo:

—A mí no me vengas con cardenales, joder. Cualquier cosa menos eso.

Y todos nos echamos a reír. Y luego le miramos. Esa mezcla de timidez y arrogancia abrupta: pensamos que era auténtico. Y también pensamos en su piel blanca y pecosa, en las venillas azules que la surcaban y en su polla irlandesa sin circuncidar.

—Estáis completamente equivocados —dijo Arthur—. Estoy pensando en algún pintor de los Países Bajos. Algo directo y absolutamente austero. Como ese maravilloso muchacho de pelo color arena del Met.

De hecho, Arthur entró en el museo un par de días después y visitó distintas

salas hasta que lo tuvo delante, un joven de dieciséis años vestido de terciopelo negro sobre un fondo verde. Óleo sobre tabla. Era la honestidad de la madera la causante del efecto, porque ese joven de labios carnosos no parecía especialmente honrado o sincero en sí mismo. La obra rezumaba integridad, aunque el chico podría haber sido cualquiera.

Después del cordero sirvieron higos cocinados en marsala con mousse de mascarpone. Alex se quitó la chaqueta para ayudar con los platos y Massimo y él se movieron con soltura, en sincronía, evidenciando que todavía se querían.

Greg encendió un cigarrillo y escrutó a Dan con los ojos entrecerrados.

—Así que Irlanda —dijo—. ¿Has salido de una granja, o qué?

Dan se negó a contestar con una sonrisa.

—Lo siento mucho —dijo Greg. Ahora estaba flirteando.

—La verdad es que sí —dijo Dan, ablandándose—. Sí, tenemos una granja.

—Billy se crio en Elk County, Pennsylvania, pero no se pone a recitar a Whitman. ¿A que no, Billy?

—¿Por qué no? —dijo Dan, mirando a Billy—. ¿¡Por qué!?

—Porque no —dijo Billy.

—Es maravilloso.

—¿De veras?

—Yo canto al cuerpo eléctrico —dijo Dan, levantando sus manos de predicador, y todos se las miramos: los huesos cuadrados de los nudillos, el leve temblor de las puntas de los dedos, abiertos un instante demasiado largo.

Y miramos a Billy, que se había sonrojado a la luz de las velas.

—¿Cuál es el siguiente verso, Billy? —preguntó Greg—. ¿Ves lo pésimo que es el sistema educativo americano? ¿Cuál es el siguiente verso?

Pero Billy estaba demasiado ocupado enamorándose para pensar en el siguiente verso, por eso Alex lo completó discretamente:

—Me abrazan los ejércitos de quienes amo y yo los abrazo —recitó mientras Massimo colocaba unas copas para el oporto y se acercaba a la encimera en busca de la bandeja de quesos.

Más tarde, Greg se preguntó si, de no haber pinchado a Billy, Billy se habría interesado en la mesa por Dan y por todo lo que Dan le ofrecía: la

culpa y la gloria, la pompa y la crueldad de su amor. Y se preguntó también si las cosas habrían podido desarrollarse de otra manera. Hacían una pareja preciosa. Tenía que pasar, todos lo sabíamos. Dan y Billy, Billy y Dan. Tenía que pasar.

Después, queso y más cigarrillos, y los anfitriones ofrecieron whisky, tequila, más vino. Massimo fue hasta la ventana para dejar caer una llave y subieron un montón de personas que salían de marcha: Jerry, de la galería Fawbush; ese paisajista que diseñaba jardines blancos en los Hamptons; Estella, que era una reinona escandalosa, y un tipo con una especie de atuendo de cuero estilo Weimar —llámalo corsé— con un acento alemán que nadie se creería ni por un segundo y un alijo nada desdeñable de cocaína. Mandy, la archienemiga de Jessie, también venía con el grupo, con sus rastas estudiadas y relucientes y su acento pijo. Años más tarde, cuando Jessie se puso realmente gorda y Mandy seguía maravillosamente delgada, ambas coincidieron y recordaron aquella noche que continuó hasta el amanecer y lo mucho que bregaron, todos esos años, ayudando, queriendo o llorando a aquellos hombres.

Unas semanas después de aquella cena, Greg fue ingresado en el St. Vincent por primera vez. Era una nimiedad, le aseguró a Billy, le fumigarían con funguicidas y le dejarían marchar. Jessie le acompañó en el taxi con seis pijamas planchados y un kimono de algodón color azul índigo degradado. Greg tenía un problema en la boca y en la lengua. También una hemorroide que le obsesionaba más de la cuenta, aunque Jessie le animó diciéndole que durante un tiempo su padre tuvo un auténtico racimo de uvas en el culo. Luego se fue a buscar hielo. También encontró una bolsa de donuts para que Greg cogiera algo de peso, pero ella acabó comiéndose la mayoría y estuvo una hora sentada riéndose por cualquier tontería.

Arthur se presentó con champán y todos fingieron beber. Dijo que la primera vez que ingresaron a Max en la séptima planta, dos habitaciones más allá, el personal le deslizaba la bandeja de comida por el suelo y tenía que cambiarse las sábanas él solo. Aseguró que ahora era mucho mejor, gracias al doctor Torres. ¿Cómo estaba, por cierto? Y Greg comentó:

—Creo que está exhausto, trabaja demasiado.

El goteo de amigos continuó. Billy no fue y, un rato después, las visitas se marcharon a casa.

Tres horas más tarde, Greg comenzó a tiritar. Tenía frío en lugares que eran nuevos para él y el sudor se le acumuló en la base del cuello. Entró una enfermera para encender un ventilador junto a la cama y le dobló el embozo. Era una mujer blanca normal y corriente, de unos cincuenta años. Al mirarle vio el terror en sus ojos. Luego se marchó.

Greg podía respirar. Inspiraba pequeñas cantidades de aire una tras otra, sin parar, hasta que su cuerpo entró en pánico y su mente se liberó y comenzó a deambular por la estancia, entre los pensamientos que la habitaban y los recuerdos que se ocultaban en los rincones y bajo la cama. Sufrió alguna alucinación ocasional: una mujer —que se parecía a su madre pero no era su madre— sentada en una silla cosiendo el largo sudario gris que llevaría cuando muriera. El doctor Torres, quizá no se lo había imaginado, inclinado sobre él sin dejar de sonreír. Un gato furioso le cubría la coronilla y Greg sintió pánico de sus garras. Así pasó la noche, hasta que una bandeja lo sacó de su ensimismamiento y se dio cuenta que era la hora de la cena. La noche aún estaba por llegar.

Dos hombres murieron rayando el alba. Al menos Greg estaba convencido de ello. Oyó a gente rezando en español, luego gente llorando y saliendo apoyados los unos en los otros. Por la mañana, un hombre cubierto de sarcoma se plantó ante su puerta y dijo:

—Solo necesito lo bastante para hacerlo. ¿No crees?

Le bajó la fiebre al segundo día. Greg fue capaz de tomarse un Xanax de un tubo grande que una enfermera transexual llamada Celeste le había guardado en la taquilla.

—¿Quieres un cigarrillo, querido? ¿Quieres un té?

Greg pasó todo el día en un duermevela, observando la luz del sol atravesar la habitación con la sombra en los talones. Sonrió y pensó en Billy y Dan, tratando de imaginarles juntos: no era capaz.

Y era raro, porque nadie más tenía problemas para imaginárselos. Eran dos hombres jóvenes y guapos en la gran ciudad. Uno era pálido e interesante, el

otro complaciente y bronceado. Billy le pasó el brazo amistosamente a Dan por encima del hombro cuando tomaron el ferri que les llevaría a Fire Island mientras, en el St. Vincent, el Xanax hacía efecto.

Fue un fin de semana largo y caluroso.

El lunes por la mañana, cuando Greg se despertó, se encontró a Billy de pie en mitad de su habitación de hospital.

—Hola.

Hay horas y hay días que cambian a las personas. Ambos habían cambiado. Ahora eran personas diferentes. Un momento después, Billy se adelantó y depositó un beso leve en los labios de Greg. Un gesto precioso en este lugar de muerte. Fue como si Greg nunca hubiera tenido fiebre y Fire Island hubiera sido un sueño, aunque no había sido así. Billy y Dan habían tomado múltiples y variadas sustancias, habían bailado hasta al amanecer. Todos los habíamos visto, y nos gustó la forma en que Dan conservó la camisa mientras los demás iban con el torso desnudo; los dos primeros botones desabrochados y, en medio, el esternón resplandeciente, blanco como el interior de una caracola.

—¿Dónde estabas? —quiso saber Greg.

—Conseguí un alquiler compartido en Pines —dijo Billy—. ¿No te lo conté?

—Menudo tesoro —dijo Greg.

—Lo sé.

Cuando Billy regresó al hospital al día siguiente, Greg estaba sentado en el borde de la cama, muy débil pero decidido a marcharse a casa. Billy tuvo que encontrar sus pantalones y ayudarlo a meter las piernas en las perneras hasta la rodilla. Se aproximó para darle un abrazo incómodo, lo levantó de la cama y terminó de subírselos.

—Dios mío —dijo Greg.

—Ya está —dijo Billy.

—Dios mío. Dios mío. Dios mío.

—Buena suerte con ese hijo de puta —dijo Billy—. ¿Es esa tu camisa? Dame el brazo. Tranquilo.

Greg había comenzado a gemir. Gemía con incontinencia. Un goteo

continuo.

—Chsss, tranquilo.

Billy le puso a Greg la camisa y se peleó con los botones y los puños. Le ciñó el cinturón, intentó abrocharle la bragueta pero desistió, luego se giró para sentarse al lado de Greg. Por un momento, los dos permanecieron hundidos al borde de la cama.

—Cálmate, ¿quieres? Vamos.

Las piernas que acababa de tocar eran las mismas piernas que Billy se había llevado a ambos lados del cuerpo mientras Greg le miraba con sus ojos oscuros y soñadores desde la almohada. Eran las mismas piernas, solo que se habían quedado en la mitad. Eran los mismos huesos.

Después llevó a Greg al piso inferior y lo metió en un taxi y le ayudó a subir las tres plantas hasta su apartamento en el East Village, pero Billy no tuvo fuerzas para ayudarlo a instalarse. Llamó por teléfono a Jessie y dejó un mensaje en su contestador automático. Luego se volvió hacia Greg, que se había derrumbado en una silla sin quitarse el abrigo.

—Creo que funciona —dijo Greg—. Noto que se me está pasando. —Inspiró hondo y se echó a temblar.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? —preguntó Billy, poniéndole una mano en el hombro. Luego se marchó.

Greg permaneció sentado en silencio después de que la puerta se cerrara y se dio cuenta de que era verdad. Se sentía pletórico, como si se hubiera quitado un peso de encima. No le importó que Billy se hubiera ido en busca de Dan el irlandés, que fueran a pasar la noche juntos y también la mañana. Tampoco le importó que Dan acabara encontrando la manera de manipular el amor de Billy, ni que le hiciera sufrir, porque Greg había sobrevivido a un tratamiento de anfotericina B, esa pedazo de puta. Y seguía vivo.

Dan no se apartó cuando Billy le pasó el brazo por encima del hombro en el ferri, pero no quiso acostarse con él cuando llegaron a Pines, ni tampoco quiso sexo de calidad, distinto o lento. Esto resultaba sorprendente porque nadie acudía a Fire Island solo para pasear por la playa. El único paso que dio Dan, cuando por fin llegaron a la casa que Billy había alquilado, repleta de

sillas tubulares y suelos de nogal, con cortinas de lino blanco y Billy sensualmente tumbado en la cama, fue bajarse la bragueta. No permitió que Billy se le acercara al culo, lo cual era una lástima, porque Billy se moría por su culo. Apartó la cara (a Billy no le importó) cuando este fue a besarle. Prácticamente podía haberse cruzado de brazos. Para muchos otros, esto podría haber representado un desafío, un placer: un fin de semana entero para sacar a este chico irlandés del armario, entre gritos y pataletas, a base de gozo y empalmadas. Pero ese no era el estilo de Billy. Billy quería hablar con Dan. Quería lamerle el lagrimal cuando cerrara los párpados temblorosos. Quería hacerle feliz.

Por otra parte, también quería correrse. Pero, en ese aspecto, Dan era un maleducado y, cuando Billy acabó haciendo los honores él mismo, le pareció que Dan se burlaba ligeramente desde lo alto. Lo cual tampoco le parecía mal, había muchos tíos a los que les ponía esa actitud.

No se puede decir que Fire Island fuera un lugar completamente alegre en el verano de 1991, pero era un lugar desafiante, y la felicidad estaba en el horizonte si levantabas la vista al mar. Dan no se fijó en el mar. Observó a la multitud del viernes por la noche en el Botel parapetado tras sucesivas cervezas, mientras Billy sonreía y declinaba distintas proposiciones para pasar un buen rato.

Dan dijo:

—Todos parecen idénticos.

—Lo sé —dijo Billy. Aunque él llevaba los mismos pantaloncitos cortos y las mismas botas de cordones que los otros doscientos hombres de la pista de baile.

A Billy, mientras tanto, le preocupaba la casa, que había alquilado a través del amigo de un amigo sin llegar a mencionar el precio. Las cervezas eran escandalosamente caras y Dan bebía a un ritmo constante y no se saciaba. Cuando iba por la mitad de su, posiblemente, tercera botella, se giró hacia Billy y le preguntó:

—Dime. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Qué es lo que quiero?

Esa pregunta sonaba totalmente extraña ahí, en medio de doscientos torsos

desnudos que despedían el aroma de los rayos del sol del día que espiraba, tanto que Billy se distrajo ligeramente y tuvo que repetirla:

—¿Que qué es lo que quiero yo?

Más tarde, en la oscuridad del dormitorio, Dan se relajó un poco. No se quejó de la cama de matrimonio y dejó que Billy le tocara la espalda y las piernas. Eso sí, se quedó encogido, sin duda tratando de ocultar una rabiosa erección. Billy se despertó temprano, tan cachondo que tuvo que marcharse antes de que Dan pudiera darse cuenta.

—¿Dónde estabas? —Cuando Billy regresó, Dan estaba en la cocina abriendo y cerrando armarios.

—Salí a dar un paseo —dijo Billy, sin mencionar las sobras de la juerga de la noche anterior que había encontrado deambulando al amanecer: un chico rubicundo de piel muy rosada que se arrodilló frente a él y un enorme afrolatino completamente colocado que le metió un dedo por el culo y luego se empleó a fondo con él.

—¿Un paseo?

—Por el bosque.

—Qué bien.

Bajaron al puerto a desayunar y luego caminaron por la playa en busca de un lugar tranquilo. Dan se desnudó debajo de una toalla pequeña y, con muchos aspavientos, logró ponerse el bañador antes de dejarla caer. Billy pensó que era lo más dulce que había visto hacer a alguien en mucho tiempo. Ya hacía calor. El océano era un ente grande y lánguido que deslizaba olas lentas sobre la arena. Se bañaron de inmediato. Billy estuvo chapoteando un poco y regresó corriendo adonde estaban sus cosas, mientras Dan flotaba entre las olas observándose los dedos de los pies. Luego echó a nadar a crol perezosamente. Un grupo de tíos salió de una de las casas frente a la playa desprendiéndose de las chanclas y los pantalones por el camino antes de lanzarse al agua, espaldas morenas y glúteos blancos. Billy sintió el placer del agua en la piel ajena mientras el mar se arremolinaba a su alrededor y dos de ellos se besaron en medio de las olas. Billy los observó un rato, luego entrecerró los ojos para avistar a Dan; se había alejado bastante, su silueta se confundía con los rayos del sol en el agua.

Los minutos pasaban. Dan era un punto tan diminuto en la distancia que Billy no podía saber si se alejaba o regresaba. Se quedó allí sentado, con la crema protectora en la mano, esperando a que Dan volviera y, después de un buen rato, le pareció que sí —definitivamente sí, pensó Billy—, que Dan se aproximaba. La figura pasó del crol a la braza; Billy distinguía los rasgos pálidos y el cabello oscurecido por el agua. Era Dan, era él evidentemente. Estaba justo ahí, más allá del rompeolas. Se sumergió con un gesto sinuoso, dándose impulso con un movimiento rápido de las espinillas pálidas, luego reapareció e hizo el muerto un rato. Cada ola que le levantaba le acercaba a la orilla. Luego se puso boca abajo para enfrentarse a una ola que lo zarandó entre la espuma. Acabó con las rodillas y las manos sobre la arena y así se quedó un momento antes de erguirse pesadamente y echar a caminar por la arena seca.

Billy cambió de postura en la toalla de rayas, fingiendo indiferencia.

—¿Por qué has tardado tanto?

Sintió a Dan cuando se sentó a su lado: mojado, frío, muy sólido.

—Quería nadar hasta casa.

—Ay, Dios.

—Solo hasta allí... ¿Lo ves? Poco menos de cinco mil kilómetros en esa dirección, de ahí es de donde vengo.

—Echas de menos aquello —dijo Billy.

—Qué va, joder.

Dan estiró las piernas, con la piel de gallina, luego se tumbó al sol con precaución. Sus músculos se contrajeron y se relajaron y, un rato después, se quedó quieto. El viento era cálido. Las olas alcanzaban la orilla una a una. Dan se incorporó un poco y apoyó la cabeza húmeda en el pecho de Billy. Luego la movió ligeramente para acomodar la oreja en el arco suave que dibujaban sus costillas.

Billy permaneció tumbado contemplando el azul de julio. Se preguntó si debía acariciar el pelo húmedo de Dan y luego decidió no hacerlo. Por alguna razón, se acordó de un chico de su instituto —no tan guapo como Dan, desde luego—, un chico llamado Carl Medson.

—Una vez conocí a un tipo —dijo—. Cuando tenía dieciséis años.

—¿Y?

La hermana de Carl Medson abusaba del brillo de labios y su madre tonteaba con Billy de manera inquietante. Estaba medio loca. El retrete estaba cubierto por un protector de papel y, cuando abrías la nevera, todo estaba tapado con plástico, incluso los envases y los botes de cristal. Carl Medson estuvo casi un año bebiendo los vientos por Billy aunque nunca hicieron nada más que despatarrarse en su dormitorio para escuchar música, hasta que Billy no soportó más la espera. Un día deslizó la mano —¡es broma!— hasta el paquete de Carl y, en un visto y no visto, Carl Medson se la sacó. Al pene de Carl no se le movía la piel —Billy nunca había visto algo así—, era como una bolsa que aprisionara la pobre picha. ¿Sabes lo que te digo? Como si gritara: ¡Sácame de aquí! Se suponía que al crío se le tendría que haber movido el pellejo, pero él nunca se había tocado, ni una sola vez. Entonces Carl se apartó de Billy, se subió la cremallera y no volvieron a quedar nunca más. Ahora estaba casado, se había mudado a Phoenix.

—Así que debió de resolver su problema.

—Ajá —dijo Dan.

Poco después, Dan dijo:

—Voy a casarme. —Y se sentó, mirando el océano.

—¿Sí? —dijo Billy.

—Claro. —Dan le dio una patada al pico de la toalla para estirla sobre la arena.

—Y ¿tienes a alguien en mente?

—Sí.

Estudió el horizonte.

—La quiero —dijo—. Y me gusta ella, sus formas, me encanta su cuerpo, creo que así es como tiene que ser. De verdad lo creo. ¿Sabes lo que te quiero decir?

—Genial.

—Nos hemos acostado —dijo Dan.

—Lo sé —dijo Billy, que conocía a un montón de hombres casados, pobres diablos, y no necesitaba otro, aunque esto era lo que había depositado la marea, una vez más, junto a su puerta.

Fueron a comer a la casa, donde se encontraron con los demás inquilinos recién llegados del ferri, y el amigo de su amigo resultó ser estupendo y no les cobró de más. Dan no dijo: «Oh, yo no pago porque en realidad no soy gay, ya sabes». De hecho, ahora que habían dejado clara su heterosexualidad presente y futura, Dan tonteó, bebió vino y persiguió a Billy hasta la habitación, donde pasaron una tarde soleada y salada en la cama, en la ducha y también en la silla, más una última embestida contra la pared con aroma a cedro. Durante toda la tarde, Dan besó a Billy como si le amara.

La cena fue festiva, con otros dos inquilinos de lo más extrovertidos y su silencioso anfitrión, que había traído filetes y ensalada de Chelsea. Después todos se ducharon, se cambiaron y tomaron un preceptivo Martini antes de encaminarse al paseo marítimo. La fiesta estaba en su punto álgido ese fin de semana en Fire Island y las tentaciones acechaban por doquier, pero Billy y Dan estuvieron bailando juntos toda la noche; se rieron e incluso se enrollaron un poco en medio de la pista, y cuando Billy fue a hacer cola para el baño regresó con un par de pastillas. Él se tomó una y dejó que Dan lamiera la otra de la palma de su mano.

Qué delicia.

Podemos asumir, evidentemente, que Dan regresó a su pisito melancólico con su intrépida prometida y que pensó con desdén en todos los hombres guapos de Fire Island por ser maricones perdidos mientras él lo tenía todo bajo control. Pero, colocado de éxtasis bajo la luna de julio, Dan fue el marica más feliz del estado de Nueva York. Claro que todos sabíamos que no era realmente marica, solo era marica con Billy. Y ¿quién no? No era como si quisiera chupársela a... no sé, Gore Vidal. Dan quería a Billy porque era imposible no querer a Billy, así que todos entonamos la misma canción triste mientras ellos se acariciaban a la sombra de los árboles iluminados por la luna, cada vez que se detenían e inspiraban ante la ineludible presencia del otro.

Conocimos a la intrépida prometida tiempo después, cuando regresó de Boston, donde había estado estudiando una especie de posgrado en Bellas Artes. Era simpática. Delgada, como solían ser ellas. Ligeramente inconformista e intensa pero, ante todo, una mujer ética. Tenía el pelo largo,

un acento adorable y estaba escribiendo un libro sobre algo, evidentemente... —nunca nos acordábamos exactamente de qué iba el libro—. Algo muy irlandés. Era la clásica tapadera. Una mujer extraordinaria —porque hacía falta una mujer extraordinaria para mantener hetero a un tipo como Dan— malgastando su corazón.

O no.

¿Quién soy yo para juzgar, *meine Damen und Herrrrren*? Al menos ella tenía un corazón que malgastar.

Era el quinto año que Dan pasaba en Nueva York, en principio solo pretendía quedarse uno. Llegó en el verano de 1986 y se fue a vivir con Isabelle, que llevaba allí desde mayo. Un amigo le consiguió un par de turnos por las noches en un bar en la Avenida A y los días se los pasaba metiendo y sacando cajas de zapatos en un sótano de la Quinta. Después de unos meses en la oscuridad, le permitieron subir a la tienda y Dan fingió que se le daba bien vender zapatos para ocultar que realmente se le daba de maravilla vender zapatos. Era un hombre joven y guapo de acento dulce y ojo certero. Para Navidades ya era frecuente verle llegar apresuradamente a las sesiones de fotos con unos Manolos de emergencia, o les llevaba las cajas a los clientes directamente a su domicilio. Algunos de ellos trataron de seducirlo. Todos sin excepción eran ricos y en su mayoría eran hombres.

La primera vez que le sucedió, Dan estaba arrodillado a los pies de un multimillonario sesentón en un ático próximo a la esquina de Central Park West. Le estaba abrochando un par de mocasines marrón chocolate a la altura de los tobillos huesudos, enfundados en calcetines de lana gris, cuando el tipo dijo:

—Conque Irlanda, ¿eh?

—Exactamente —dijo Dan, mientras el multimillonario se subía el paquete unos centímetros, repantingado en su sillón blanco.

—Una vez tuve un amigo, un joven maravilloso, que era irlandés. ¿De dónde eres?

—Soy del condado de Clare.

—Ah, él también era de allí. Menuda coincidencia, ¿no?

—Sí, menuda coincidencia —asintió Dan.

—Era un joven maravilloso.

Los ventanales daban a Central Park y la Sexta Avenida. Los suelos eran blancos, los muebles eran blancos y la picha del viejo, en medio de aquel panorama impresionante, era un objeto triste y enigmático. Esta es la carne, reflexionó Dan mientras tiraba de los cordones, que encierra todo este dinero.

Y Dan olvidó por un momento que era un sacerdote arrepentido y un graduado en Literatura Inglesa con intenciones de regresar a casa para hacer un máster en Biblioteconomía después de pasar un año en el extranjero. Olvidó que era vendedor de zapatos, camarero e incluso inmigrante. Por un momento, Dan fue un espacio abierto, rodeado de un futuro distinto al que había traído consigo cuando cruzó la puerta.

Dijo:

—Creo que son de su talla. Creo que le van perfectos.

Dan bromeó con Isabelle sobre el multimillonario, pero se guardó de mencionar a los hombres que le atraían o a los que le regalaban cosas, en el bar o en la calle. Le contó que se moría por dejar la zapatería, pero no le mencionó que se había despertado en él una nueva ambición mientras ella subsistía enseñando inglés como lengua extranjera y dejaba su novela abandonada. Isabelle se preguntaba si su trabajo de posgrado era la respuesta a la sensación que tenía de callejón sin salida: no con la ciudad, sino consigo misma. A Dan le habría gustado decirle que ella había dejado de ser el proyecto. Estaban en Nueva York, la respuesta estaba a su alrededor, por Dios, no en su cabeza.

Ahora Dan mantenía los ojos abiertos. Sabía reconocer el deseo en los demás. Consiguió trabajo con un fotógrafo de moda que consistía en patearse todo Manhattan cargado con el material. Se pasaba los días acarreado trípodes y bolsas, soportando gritos y frío, corriendo a por una sopa de miso, corriendo en busca de huevos duros, café expreso, salsa Tabasco, champán muy seco. Cobraba poco pero nadie lo diría viendo a Dan, al que obsequiaban con chaquetas de muestrario y diversas invitaciones por ser un chico abierto y un tanto irónico. Dan siempre aparentaba sorpresa, pero no se escandalizaba por nada. Y nunca se molestaba.

Ese fue el hombre del que Billy se enamoró cuatro años después. Para entonces, Dan se había pasado a la escena artística. Billy se enamoró de un hombre que se estaba desprendiendo de su antiguo yo antes de encontrar al nuevo, un tipo vagamente interesado en el sexo con hombres que todavía quería a su novia. Se enamoró de un mentiroso y de un creyente, aunque era difícil saber en qué creía Dan en realidad.

Nos pareció tan pálido y tan etéreo la primera vez... Pero al final del verano pensamos que había algo extraño en Dan: aquella cabeza ascética, con esos pómulos tan orgullosos, casi salvajes. Bajo la luz apropiada, parecía la ira de Dios, le dijo Billy en una ocasión. Dan se echó a reír y dijo: «No te lo puedes ni imaginar».

Si Fire Island había sido una aberración debía ser la última, porque Isabelle estaba a punto de terminar sus estudios en Boston, volvería a Nueva York a finales de julio. Cuando los chicos regresaron a la ciudad tuvieron diez días de besos y despedidas que deberían de haber bastado, puesto que Billy prefería estar en activo y Dan no era gay, lo suyo era la estética. En aquellos diez días hicieron de todo: encontraron la cafetería perfecta a la altura de Christopher Street y una vinoteca en Bleecker. Compraron dos mesillas de noche *art decó* para Billy, de una madera hermosa y amarillenta que resultó ser tejo. Vieron *La doble vida de Verónica* y *The Commitments*, visitaron la Frick Collection, donde Dan contempló el *Retrato de hombre con gorro rojo* de Tiziano por primera vez. Y, cuando regresaban al apartamento de Billy, mantenían conversaciones que duraban hasta el amanecer. En ellas convivían la amargura, la culpa y el sexo sin sentido. Follaban. Sexo repentino, sexo entre llantos y sexo con ternura, y sexo duro y sexo de despedida. Y, entonces, Isabelle regresó a la ciudad.

Pero para Billy Isabelle no fue lo peor de aquel verano del noventa y uno. Fue su incapacidad de llegar hasta Dan, sin importar lo fuerte que se lo follara, como si todos los gestos de su amor fueran hermosos y falsos. Eso no implicaba que Billy buscara una relación a largo plazo, sino que buscaba algo concreto en ese momento. Reconocimiento. Saber que el auténtico Dan estaba con él.

Oh, Danny Boy.

Evidentemente, era adorable. Evidentemente, era hermoso. Evidentemente.

Cuando Isabelle regresó, Dan y ella tomaron un vuelo a California para asistir a la boda de unos amigos en Big Sur. A Billy lo volvieron a invitar a Fire Island, pero no fue capaz de enfrentarse a la isla y tampoco volvió a la escena gay. Sí que se acostó con un tío un sábado por la noche, pero cuando se corrió sintió que estaba intentando alcanzar algo que se le derretía entre los dedos. De modo que fue a visitar a Greg, que no se alejaba mucho de su aire acondicionado, y se hicieron compañía mutuamente, sin mencionar dónde se había metido Billy las últimas semanas, mientras Jessie limpiaba las encimeras de la cocina y le lanzaba miradas reprobatorias por lo fácilmente que había sido perdonado, nada más plantarse en la puerta, tan macizo con su camiseta estilo Marlon Brando.

Greg había ganado algo de peso. Ya no chasqueaba la boca como antes, como si estuviera saboreando algún residuo. Estaba sentado en su butaca con una pierna despreocupadamente echada por encima del reposabrazos y mostraba entusiasmo por todo, incluso por su enfermedad.

—Ay, Dios —dijo, cuando Billy le aseguró que tenía un aspecto estupendo. Greg le contó que sentía ansiedad todo el tiempo, que se tomaba los Xanax de dos en dos y que había un fármaco llamado Demerol, un opiáceo que habían empezado a distribuir, que le hacía sentir en la gloria. Se sentía como si estuviera conectado con todo el mundo.

Eso bastaba, aseguraba Greg, para que te entraran ganas de volver al hospital. Lo único que tenías que hacer era subir al ascensor e ir hasta la consulta de la hermana Patricia, que te envolvía con su amor, y luego estaba el Demerol para llenarte de amor por dentro. Decía que había cambiado de bando, que el doctor Torres era un cielo, pero cuando uno miraba a la hermana Patricia a los ojos, uno veía que...

Se detuvo y volvió a intentarlo.

Uno veía que...

Billy se inclinó como para mostrarle sus ojos, fieles hasta el final, pero Greg se apartó. Estaba pensando en acudir a terapia, dijo con voz entrecortada mientras citaba a Celeste, la enfermera transexual: «Nada mejor para relajar a una chica que un par de litros de líquido de embalsamar».

—No —dijo Billy—. ¿De verdad dijo eso?

—Oh, Celeste es absolutamente encantadora —dijo Greg, y Billy miró de reojo a Jessie, que se abstuvo de comentar.

El corazón de Billy no comenzó a romperse hasta el día que supo que Dan había regresado a la ciudad después de la boda en California y que no tenía intención de retomar el contacto. Y, durante una semana o dos, no se le rompió del todo, hasta que se dio cuenta de que no se sentía decepcionado, sino esperanzado, y que la esperanza se evaporaba con los días de verano. Pronto, de un momento a otro, se volvería realidad. Dan no le llamaría. Además, si Dan le echaba de menos no tenía más que salir a la calle a buscar a algún tío que se pareciera un poco a Billy y bajarle la cremallera. Y, en teoría, eso estaba bien. Porque si Dan salía, significaría que era feliz y todos los gais de Nueva York serían felices y el mundo entero sería un lugar feliz donde reinaría la autenticidad.

Pero a Billy no le importaba si Dan salía, ya no. Solo notaba el peso de la cabeza de Dan sobre su plexo solar, allí en la playa, con las olas rompiendo pesadamente para después retirarse, una y otra vez. Y quería que Dan volviese a ver a Greg antes de que muriera.

Pero septiembre pasó y Dan no llamó.

Ocurrieron varias cosas. Massimo se marchó con Mandy a visitar su refugio familiar en el Caribe, Billy organizó una cena que fue un éxito relativo. Arthur publicó su libro sobre Bonnard y lloró por Max (que detestó a Bonnard en vida, que escupía si alguien mencionaba a Bonnard) durante la presentación. Luego Emily von Raabs llegó a la ciudad y montó una cena informal con muchos invitados en su desastrosa y maravillosa casa de la calle Diez Este. En su día, Emily quiso a Christian, por eso Greg llevó a Billy de acompañante, para protegerse del pasado. Pero la condesa tenía un nuevo favorito, un joven marchante irlandés llamado Corban, que era el hombre más encantador que uno podía echarse a la cara. Y Corban vino acompañado de su vieja amiga Isabelle e Isabelle vino acompañada de su novio, el interesante Dan.

Emily Gräfin von Raabs (originaria de Ohio, ahora habitante del mundo) sentó a los dieciséis invitados en torno a una mesa oval antigua y no se

complicó la vida. Ofreció un plato principal estilo bufé en un aparador situado en la cabecera de la habitación y fueron pasando la ensalada de izquierda a derecha: todo muy casero y práctico, con un único camarero para rellenar las copas de vino.

A su lado se sentaba Richard Serra, un hombre increíblemente apuesto y, si me lo permiten, monumental. Y Kiki Smith también estaba allí, siempre algo positivo. Los artistas, decía Greg, se comportaban como animales salvajes en este tipo de lugares, es como si de repente estuvieras en el bosque en lugar del zoo.

Por lo que respecta a los demás, nos dedicamos a beber vino, y el volumen fue subiendo y la pregunta que flotaba sobre la mesa era: ¿quién se había acostado con quién? Daba igual, evidentemente, porque el sexo en tiempo pasado no es tan excitante como el sexo en tiempo futuro, no es más que un leve tarareo que subyace a la melodía de lo que está por venir. Billy repasó a Isabelle de arriba abajo mientras atravesaban las puertas dobles para tomar café: la caja torácica, tan pequeña y precaria, con unos pechitos triangulares, casi planos, como si fueran un diseño de origami orgánico. También detectó unos bultitos entre la cintura y la cadera que revelaban que su ropa interior era más bien pragmática; estaría mucho mejor si no llevara, pensó él, aunque Isabelle no era la clase de chica que salía sin bragas. Lo más sorprendente en ella eran los zapatos, que eran negros como el resto de su atuendo pero escondían unas fabulosas suelas rojo sangre. Caminaba con ellos como una niña que jugara a disfrazarse.

Bueno, sobre gustos no hay nada escrito, pensó Billy, y miró a Dan a los ojos con la falta de interés que había aprendido a mostrar a lo largo de su vida. Dijo:

—¿Conoces a Gregory Savalas? Es el albacea de Clements. Y ahora también de Max Ehring, ¿no es así? —Podrían no haberse conocido nunca. Podrían no haberse besado nunca. Ese era el código.

—Oh, no —dijo Greg—. Legalmente está todo en el aire. Llevará un tiempo. De momento estoy recopilando toda la obra.

—Es tan triste —dijo Dan—. Soy uno de los mayores fans de Ehring.

—¿De veras? Me alegra oírlo.

—Así es. Creo que su obra tiene tanta vitalidad, ¿no crees? Resulta difícil creer que ya no esté.

—Sí —coincidió Greg—. Era un buen amigo.

—Lo siento —dijo Dan.

Se quedaron inmóviles. Greg que amaba a Billy Walker y Billy que amaba a Dan Madigan y Dan que amaba a Isabelle McBride. De verdad que la quería.

E Isabelle, que se sentía cohibida por alguna razón que no lograba identificar, tomó otro sorbo de vino.

—¿Sabes que dejó cientos de obras sin catalogar por ahí tiradas? —dijo Greg—. Por supuesto, hemos dejado su estudio principal tal y como estaba.

—Eso es increíble —dijo Dan.

Billy no podía soportarlo. Ahí estaban esos dos hombres con los que se había acostado hablando de chorradas, empleando una especie de antilenguaje entre ellos.

—No puedo evitar preguntarme —dijo él— si la muerte no ha sido lo mejor que le podía pasar a Max. Como artista, me refiero. ¿Os parece algo horrible?

Greg parpadeó despacio. Se giró hacia Dan.

—¿Sabes? A veces creo que debería haberme dedicado a otra cosa —dijo—. Porque preferiría que Max no hubiera pintado nada con tal de que continuara entre nosotros. Vivo, quiero decir. Preferiría que estuviera vivo. Aunque estuviese sirviendo el vino, por poner un ejemplo.

—¿De veras? ¿En serio lo preferirías? —Dan parecía genuinamente sorprendido.

Isabelle, como si estuviera acostumbrada a esta ligera brecha entre su novio y el resto del mundo, se adelantó y le estrechó a Greg la mano.

—Tienes toda la razón —afirmó.

—¿De verdad? —insistió Dan.

—Pues claro que sí —dijo ella.

Y Greg se hizo a un lado por un momento para ocultar las lágrimas.

Dos días después de ese encuentro, Dan el irlandés se presentó ante la puerta del joven Billy, claramente avergonzado. Follaron pero no se gustaron. Al

terminar, Dan se marchó a casa.

—Todo el mundo muere.

Eso fue lo que dijo en la sala de estar de Emily von Raabs, después de que Greg se enjugara las lágrimas con el índice y el pulgar.

—Te mueres de alguna enfermedad —dijo Dan—. Te mueres joven, te mueres viejo, el hecho de que mueras no importa. Lo que importa es lo que haces. Lo que creas.

No quedaba claro a quién intentaba convencer.

—No sabía que te gustara tanto su trabajo —dijo Isabelle. Y Greg pensó en el cadáver, tirado en una mesa de caballete en el estudio, con el mono y las botas de trabajo, que no se parecía a Max en nada, porque Max era puro movimiento, puro enojo. Max era un tocapelotas constante.

—Respeto su obra —dijo Dan—. No son obras bonitas, aunque preferiría que fueran bonitas. Son obras violentas y estridentes y supo volcar en ellas todo lo que llevaba dentro, eso lo respeto.

—Vale —dijo Isabelle.

—Además, la obra pertenece al momento. A este momento. Me gusta eso. Lo necesito. Creo que si no lo tuviéramos sería como si vagáramos ciegos.

Dan dibujaba grandes gestos con las manos. Ahí estaba de nuevo el sacerdote, ofreciéndolo todo, exigiéndolo todo: verdad, belleza, vida eterna.

O seis meses en una pared del MoMA, pensó Greg, seguido de mil años en depósito, en algún almacén perdido.

Dos noches después, a las once cuarenta y cinco de la noche, Dan el cura arrepentido se plantó en la puerta de Billy Walker en busca de sexo. Otra vez. Y sexo obtuvo. A media noche estaba ya en la calle y se dirigía a casa.

Eso sucedió el 5 de noviembre. Ocho días después volvió a por más. Tardó dos días en volver. Consiguió no regresar durante una semana. El 21 de noviembre, Billy descolgó el interfono y dijo: «Que te follen, Dan». Pero le dejó subir igualmente. Tres noches después bajó las escaleras hasta la puerta de la calle y propuso: «Vamos a dar un paseo».

Las calles estaban mojadas y la lluvia había limpiado la atmósfera. Esa noche templada los chicos llevaban los abrigos abiertos y las bufandas

sueñas, una azul y otra gris. Dan le contó que solía discutir con Isabelle. Ese era uno de los motivos de que ella se hubiera marchado a Boston, llevaban al menos dos años discutiendo. También había conocido a alguien allí, un tipo que era marica perdido, por cierto. Él habría preferido otra cosa para Isabelle, pero era su elección, quizá su relación había sido una completa pérdida de tiempo, toda esa culpabilidad acumulada durante tantos años.

—¿Se lo has contado?

—¿Contarle el qué? —dijo Dan—. La quiero. Siempre la he querido. Y me gusta follar con ella. Y nada de eso es mentira.

Terminaron besándose contra una alambrada, en un solar desierto junto al East River, las manos cubiertas de corrida ajena, expuestos a que cualquier viandante les apuñalara.

Y eso fue todo. Dan se marchó a casa por Navidad como un hombre nuevo y regresó a Nueva York listo para otra dosis. Encontró a Billy metido en la cama con un resfriado y le preparó un whisky caliente con limón y clavo, una receta irlandesa, y criticó a su familia: a su madre, una auténtica pesadilla, a su hermana, que estaba embarazada otra vez y comenzaba a adquirir un aire de mártir.

—¿Cuándo lo dejas atrás? —dijo—. ¿Cuándo te libras de todo eso?

Billy se sentó en la cama, llevaba un pijama de rayas azul celeste y tenía el pelo rubio alborotado y sudoroso y un termómetro en la boca. Había estado en casa de Massimo con Greg el día después de Navidad, le contó, y Mandy había traído a uno de los Kennedy —¿el más guapo de todos?— y se habían pasado toda la tarde hablando sobre Castro porque Castro entendía, ¿me entiendes?

—Ah —dijo Dan, muerto de celos.

Billy le contó que había estado en una fiesta enorme en uno de los muelles para celebrar el fin de año y que conoció a un montón de gente, la mayoría travestis.

—¿Travestis? —dijo Dan.

—Yo no iba travestido —dijo Billy—. Aunque sí que lucí (brevemente, que lo sepas) un arrebatador tutú blanco. Es mentira, la verdad es que fui fiel a

mis 501.

—Me alegra oírlo —dijo Dan.

—¿Me estás controlando? —dijo Billy, y ambos se detuvieron justo ahí. No estaban listos para esos momentos de domesticidad ñoña.

—No —dijo Dan.

—Pero sí que pesqué un resfriado —dijo Billy—. Así que quizá no te falte razón.

Cuando Greg llamó al día siguiente, Billy seguía encontrándose mal —no lograban ponerse de acuerdo, la verdad—. No dilataron la llamada. Puede que la invitación a la felicidad espantara a Dan. El caso es que nadie vio a Billy durante las setenta y dos horas siguientes, hasta que un vecino que pasaba casualmente oyó que su puerta se abría y, al mirar hacia atrás, le vio asomarse y caer en mitad del portal.

En el St. Vincent le examinaron superficialmente y le enviaron a la séptima planta.

La noticia se difundió rápidamente. Massimo llamó a Greg. Le contó que Mandy había ido a visitar al bailarín que estaba con Pina Bausch y que no se lo podía creer, que iba andando por el pasillo y que había un tipo montando jaleo que no dejaba de tirar del tubo respiratorio y de incorporarse. Era Billy.

—¿Billy? —dijo Greg—. No. ¿Estás segura?

Mandy se había acercado a él, estaba muy agitado y ella lo reclinó en la camilla, trató de calmarle un poco, y era Billy. Neumocistosis: infección pulmonar galopante.

—No creo que sea Billy —dijo Greg, que estaba rebuscando algo en un armario de la cocina.

—Oh, Greg, lo siento mucho —dijo Massimo, y Greg dejó de hurgar en el armario y dijo:

—¿Billy?

Cogió un abrigo y tomó un taxi hasta el hospital, recorrió el pasillo pensando que ninguna noticia podía ser peor; aparte de su enfermedad, esto era lo peor que podía sucederle en la vida. Comprobó una cama tras otra y luego se detuvo en medio del pasillo y pensó: «Yo no he sido, tuvimos precaución. Yo no he sido». Un momento después echó a caminar de nuevo y

su subconsciente le dijo que su propia muerte sería ahora más llevadera. Porque la muerte no es lo peor que te puede ocurrir. Todo el mundo muere.

El momento es lo que importa. A quién le toca primero y a quién le toca después. El orden en que desaparecemos.

Y ahí estaba la testa rubia de Billy, y ahí su pecho, subiendo y bajando mecánicamente, con la boca inutilizada por el respirador, sin poder hablar, aunque la mirada enloquecida que le dirigió a Greg fue más elocuente que cualquier palabra. Greg no apartó la vista, no dejó de mirarlo mientras cogía una silla y se sentaba junto a la cama.

Arthur llegó a continuación, Jessie una hora después. Tan formidable como siempre, se las había arreglado para colarse en el apartamento de Billy y había traído una bolsa con algunas de sus pertenencias, incluida la agenda que, como la de todos en aquella época, estaba plagada de tachaduras de títex. Allí, rodeada de tréboles saltarines, aparecía la entrada «¡¡DAN!!».

—Le llamaré —dijo Jessie. Billy la entendió y parpadeó, agradecido. Luego buscó a Greg con la mirada y, a partir de ese momento, no separó los ojos de los suyos.

Diez minutos después, Jessie regresó a la habitación.

—¿Estás bien? —preguntó Arthur, y Jessie, con una tristeza renovada, respondió:

—Está de camino.

Continuaron sentados en silencio, solo interrumpido por el pesaroso crujido de una bolsa de Cheetos que Jessie encontró en el bolso. El tiempo pasaba.

Jessie nunca mencionó la conversación que mantuvo con Dan por teléfono, ni lo educado que estuvo ni lo poco sorprendido que se había mostrado. Le llevó años entenderlo. La sensación que tuvo mientras hablaba con él, como si Dan ya lo supiera, como si siempre lo hubiera sabido, como si no tuviera nada de extraordinario —al contrario, casi como si le complaciera— que Billy estuviera muriendo. ¿Cómo hizo para distanciarla de la noticia, para hacerle sentir que articulaba sonidos en lugar de palabras de verdad? ¿Cuánto rato pasó antes de que la dejara decir lo obvio?

—Creo que deberías venir.

—¿Cuándo empieza el horario de visitas? —preguntó Dan. A lo que ella

replicó:

—Siempre, no hay restricciones en la séptima planta.

—Vale —dijo Dan—. Deja que termine unas cosas.

En aquel momento, Jessie estuvo tentada de colgar el teléfono de golpe. Fue una conversación plana y extraña de principio a fin, Jessie trató de no darle vueltas mientras estuvieron sentados con Billy durante la hora siguiente, y la siguiente, hasta pasada la media noche. Greg no se apartó de la cabecera. No soltó la mano de Billy. Se negó a comer e ignoró a todos cuantos había a su alrededor. A las tres y diez de la madrugada comenzó a cantar en voz bajita, y cuando Billy reconoció la melodía intentó sonreírle y murió.

Después, pasaron años sin que viéramos a Dan. No le culpamos. O intentamos no culparle, al menos. Aquello fue durísimo.

# Constance

## Condado de Limerick

1997

Constance no acababa de creerse el nuevo tramo de carretera; después de años de curvas peligrosas y visibilidad nula, ahora solo había que pisar el acelerador y dejarse llevar, como si los campos se abrieran a su paso.

Antes era tan genial, con los cuatro niños en la parte de atrás del viejo Cortina, buscando las señales que indicasen que el viaje tocaba a su fin: un avión enorme descendiendo sobre los pantanos que rodeaban el aeropuerto de Shannon, después el castillo de Bunratty, lleno de americanos con pantalones a cuadros, y Durty Nelly's, el pub amarillo y achaparrado junto al puente.

Ahora Constance lo dejaba todo atrás en un instante. El castillo seguía tan bonito como siempre pero parecía muy expuesto junto a la autopista, y echaba de menos la emoción del viejo puente. Su amiga Lauren solía cantar en los banquetes medievales que organizaban en Bunratty. No solo les interesaba la voz de las chicas, solían hacer un castin para ver cómo les sentaban los vestidos de terciopelo, al menos eso aseguraba Lauren, que hacía doblote como camarera entre número y número de «Danny Boy».

—Es para verlos —solía decir, porque los americanos no tenían modales pero daban unas propinas astronómicas. Todos los hombres intentaban ligar con ella, sin importarles el vestido sobado. El último verano que pasó en Irlanda, Lauren trabajó como guía de turistas franceses en Folk Park y ahora que estaba trabajando en Estrasburgo para la Unión Europea solo vestía pantalones de Prada. Aunque quizá contrataran a las traductoras según lo bien

que les sentaran los pantalones, ¿quién sabe?

Fue un pensamiento amargo, pero la blusa que se había puesto por la mañana era su última blusa buena y Constance tuvo que añadir un fular para ocultar los botones tirantes a la altura del pecho, que clamaban que hacían lo que podían.

«Se hace lo que se puede», pensó Constance, cerrando el espejo de la puerta del armario.

Tendría que conformarse.

A Constance solía gustarle el cuerpo que tantas sorpresas le había dado a lo largo de los años. Había tardes en las que se tumbaba en el sofá y un niño le pisoteaba la barriga mientras otro le estrujaba el costado carnoso a la altura del pecho, como si estuviera en trance. A Shauna, la más pequeña, le gustaba sentarse en el suelo para tirarle de la pantorrilla, zarandeándole las carnes. «¡No! ¡El ombligo no, por favor!». Los dedillos de los niños se abalanzaban sobre ella y Constance chillaba y se escabullía. «Diversión para toda la familia», pensaba. Su cuerpo era un objeto fabuloso. Incluso Dessie, su marido, parecía entusiasmado con él. Pero Constance estaba harta de sí misma. Y sabía perfectamente que estar gorda no ayudaba.

A medida que se aproximaba a Limerick el tráfico se hizo más denso. Constance vio el ancho río a su izquierda y recordó, de repente, que había olvidado sacar el salmón del congelador.

—Maldita sea —exclamó, y apagó la radio. Ahora tendría que comprar otra cosa para la cena de camino a casa. Pero no se encontraba lejos de Dooradoyle y había menos tráfico hasta el hospital. Constance encontró un espacio donde aparcar cerca de la zona de consultas y se sacudió las migajas de su última blusa buena. Luego recogió el bolso y el abrigo y salió del coche para enfrentarse a las dificultades del peatón.

Una vez dentro del edificio, dejó que sus pasos siguieran las bonitas flechas amarillas del suelo, una tras otra, como si le fueran a poner buena nota por llegar puntual y ser buena. «Serás idiota», pensó, cuando se encontró con la cola que se extendía por el pasillo. Daban cita a un montón de mujeres a las diez, pero todas se presentaban a las nueve y media porque sabían algo que Constance ignoraba sobre los hospitales. Este era el precio que debía pagar

por una vida sana, pensó Constance. Hasta ahora había tenido suerte. La mujer que iba tras ella venía de Adare y el tráfico era infernal. La carretera estaba en obras, según le explicó.

Sus historiales estaban apilados en un carrito en dos montones inclinados. La enfermera que estaba a cargo trabajaba sin parar, hasta tenía tiempo para bromear mientras iba y venía con expedientes y radiografías.

—Oh, ¡me encanta la purpurina! No nos dejan pintarnos las uñas, ¿te lo puedes creer? ¡Lo echo de menos!

No había forma de saber cuánto tiempo pasaría cada mujer en la consulta al otro lado del pasillo. Algunas la abandonaban y se dirigían directamente a la salida, pero si una mujer con una bata blanca salía antes que ellas con un sobre grande marrón, acompañaban a la paciente hasta una nueva fila de mujeres sentadas en un banco más adelante. Estas mujeres iban vestidas con batas de hospital con la espalda al aire y llevaban sus camisas y sus abrigos en una cesta de plástico que dejaban en el suelo ante ellas. Algunas eran bastante jóvenes. Aquella mañana, Constance no era la más joven de todas, ni de lejos.

La mujer que había sentada a su lado tenía unos muslos enormes. Uno de ellos había rebasado los estrechos confines de la silla naranja y rozaba a Constance. La grasa estaba un poco más fría de lo que cabía esperar, pero desprendía una calidez secreta y resultaba sorprendentemente gustosa gracias a su suavidad. Constance trató de dar una cabezada en la atmósfera cargada del hospital. Ese olor... El producto que utilizaban para fregar el suelo. Era casi dulce, como el olor que desprende tu cuerpo después de dar a luz.

Se retrotrajo a la carretera a la altura de Bunratty, atravesando los campos con una facilidad pasmosa, y recordó cómo se le adaptaron los huesos para que nacieran sus hijos. La pelvis abriéndose —extraño placer, como el momento culmen de un bostezo— para que el bebé saliera de ella. Todo fue tan sencillo. Y el bebé siempre era una fuerza de la naturaleza. Donal, con cara de gruñón; Shauna, con una llamarada de pelo rojo; y Rory, el de en medio, tan dulce, que convirtió a su madre en una autopista de varios carriles al final, provocándole un buen desgarró. Había intentado tomar dos salidas a la vez, le explicó a Dessie.

—¿En qué quedó eso? —le preguntó Dessie un par de años después. Y Constance se echó a reír.

—¿En qué quedó eso? —se burló ella. Y añadió—: Todo está bien.

Porque era cierto. Todo estaba bien. Su cuerpo había sido tan diligente que se había curado solo. Había sido muy bueno con ella y estaba dispuesto a hacerlo de nuevo.

O quizá fuera estúpido. Su cuerpo era un trasto estúpido.

La mujer a su lado se agachó para hurgar en una bolsa y sacó una botella de plástico. Llevaba botas sin cordones debajo de una falda amplia de estopilla y al quitarse el cárdigan, que le quedaba demasiado ajustado, se notaba que no le cerraban los puños de la blusa. Se remangó para combatir el calor del hospital y abrió la botella de agua. Mientras lo hacía, Constance se fijó en que tenía en el antebrazo unas rayas plateadas, como el negativo de un tatuaje, rematadas por un borde rojizo. Le atravesaban las muñecas y el efecto era bonito hasta que te dabas cuenta de que las rayas eran cicatrices y que la autora había sido ella. Algunas eran muy antiguas y muy anchas —uno podía datarlas como los anillos de un árbol—, pues se habían dilatado a medida que había crecido. Una de esas cicatrices antiguas había sido reabierto recientemente. Constance sintió que su piel se contraía solo de pensarlo. Sintió un dolor a lo largo de los muslos; más que un dolor sintió que le fallaban las fuerzas, una sacudida empática. Repentina y pasajera. Se revolvió en la silla de plástico y la sensación desapareció.

La mujer levantó la botella de plástico y luego la miró.

—Uno cincuenta —dijo.

—No —repuso Constance, tratando de mirarla—. ¡Por una botellita de agua!

Evitó mirar el cuello y el pecho de la mujer y se entretuvo en el nacimiento del pelo antes de mirarla a los ojos. Era un rostro sencillito y bastante ordinario. Sin marcas.

—Te engañan como quieren —dijo Constance.

La mujer estaba intentando perder algo de peso, según le contó. Tenía que asistir a una boda en Inglaterra y se había comprado un traje fabuloso en Marks and Spencer, pero tenía que perder unos kilos para entrar en la falda.

Le entraba, solo tenía que conseguir cerrársela. Su problema era que se hinchaba tanto...

Miró al otro lado del pasillo mientras hablaba del peso, balanceando la cabeza ligeramente como un boxeador.

—Lo que necesitas es algo de Playtex, ya sabes —dijo Constance.

—Ah.

—Unas de esas bragas elásticas. Moldean la figura.

La mujer volvió a mirarla con recelo.

—Ya sabes a cuáles me refiero —dijo Constance.

—Oh, sí, claro.

La mujer no tenía cáncer de mama, pensó Constance. Era evidente que no tenía. Si lo tuviera, sería una coincidencia. Una doble tragedia. La mujer era una hipocondriaca, una de esas personas que disfrutaban haciendo cola. No podían curarla porque no le pasaba nada malo. Aparte de todo lo demás, claro. Todo lo que le pasaba era malo. Y, aun así, ¿qué se le iba a hacer?

Sin darse cuenta, Constance se había llevado la mano al pecho, al lugar donde se fusionaba con la axila. Notaba el encaje del sujetador y, debajo, la piel suave, y aún más abajo, unos bultos informes.

Pero quería que la mujer disfrutara del día. Pensó que se merecía al menos eso. No se merecía quedar como una estúpida con una estúpida falda que no tendría que haberse comprado, porque no le quedaba bien.

—¿Ya tienes sombrero? —preguntó.

—Pues la verdad es que no —dijo ella—. Estoy completamente desesperada.

—¿De qué color?

—Quería que fuera rojo —dijo—. De plumas y redecilla con puntitos, pero no lo hacen en rojo.

—No —dijo Constance, pensando que tenían un buen motivo para no hacerlo—. ¿Te has planteado llevar uno negro?

Pero antes de que pudiera rechazar su idea con un gesto de la mano, la enfermera exclamó:

—¡Margaret Dolan!

Y, con mucho trajín, la mujer cogió sus bolsas y se levantó de la silla. Al

llegar a la puerta gris, se giró para decir:

—Deséame suerte.

—Buena suerte —dijo Constance. Y, repentinamente, pareció una mujer apasionada, predestinada. Luego volvió a girarse y se marchó.

—Pronto irá de boda —le contó Constance a la mujer de Adare. Ambas se acomodaron en sus asientos para afrontar la espera.

Las mujeres entraban de dos en dos, una veía al radiólogo y otra se desnudaba en la estancia anterior, por eso Constance no supo cómo le había ido a Margaret Dolan cuando llegó su turno.

Se quitó el cárdigan y la blusa ante la pared del pequeño cubículo amparado por cortinas. Los depositó en la cesta con el abrigo y el bolso y metió los brazos en las mangas de la bata del hospital, luego se sentó en un banquito y esperó una vez más, frente a la cortina. Ahora que estaba sola, se levantó la bata y se palpó el pecho en condiciones, buscando el lugar exacto. La cosa se movía como si estuviera rellena de líquido o de gel, con una densidad extraña en su interior. Casi todos los bultos estaban anclados a la pared del pecho. No tenía, según le había dicho el médico, los pechos especialmente grumosos, pero Constance se imaginaba el interior como un cuenco de gachas y, aunque le gustaba el aspecto de sus pechos —en serio, le gustaban sus propios pechos—, aunque distinguía algo elegante en los pezones, se preguntaba qué pretendían los hombres cuando le manoseaban las tetas a una mujer. Palpó cada nódulo con los dedos hasta que encontró el bulto en cuestión: una masa pequeña y escurridiza, como un trozo de cartílago, que estaba suelta y no respondía al tacto. Esto era lo que andaba buscando, una parte de sí misma que no sentía. Solo una parte diminuta. No le pertenecía, ese era el motivo de que no la sintiera.

Constance no tenía cáncer. Era solo un quiste, un conducto, algún cambio provocado por la maternidad. Tenía solo treinta y siete años, por amor de Dios. Tenía que cuidar de tres hijos y un marido, por no mencionar a su madre viuda. Constance no tenía tiempo para el cáncer.

Estaría bien.

Pero era difícil mantenerse firme igualmente. Estaba a punto de soltarle algún improperio a la enfermera que descorrió la cortina, una chaladura:

«¿Quién va a cuidar de los niños si muero?». Pero se abstuvo de decirlo, evidentemente.

La enfermera la invitó a sentarse en una silla y estuvo repasando los detalles de su ficha: Constance McGrath, dirección, fecha de nacimiento, familiar más cercano.

—Dessie McGrath —dijo Constance—. La dirección es la misma.

—¿Teléfono de contacto?

Constance le dio el número del móvil de Dessie, un gesto extrañamente íntimo.

—Pero no le llamen, por favor. Este tipo de cosas le ponen de los nervios.

—Ah —dijo la enfermera.

Constance se sintió ligeramente traicionada, aunque era cierto que Dessie se ponía un poco raro cuando ella enfermaba. No había escapatoria: se pasaba toda la noche tomándole el pulso y acababa diagnosticándole esclerosis múltiple. La verdad es que era bastante gracioso. Sabía que lo hacía porque se preocupaba por ella.

—¿Toma alguna medicación?

Constance tomaba unas pastillas pero solo le incumbían a ella.

—No —mintió.

Entonces, la enfermera hizo algunas anotaciones en su historial y se marchó. Regresó para indicarle a Constance que atravesara la última puerta, donde una mujer esperaba detrás de un gran aparato blanco. Era la radióloga, que recibió a Constance con una sonrisa. Era una mujer de unos treinta años con mechones preciosos, en varios tonos, parecía agradable. Eso sí, las mechas le habían costado una fortuna; una pelambreira de ciento cincuenta euros cada tono.

—Por favor, retírese la bata —le pidió, porque la gente siempre se retiraba la ropa en los hospitales, nadie se desnudaba. Notó la ligereza del algodón al quitársela. Constance dejó la bata en una silla y se dio la vuelta.

En la habitación no había ni rastro de la mujer de las cicatrices, pero Constance se sintió agradecida de que la hubiera precedido mientras se aproximaba al aparato, su torso desnudo de treinta y siete años debía de ser una visión más agradable. Mientras tanto, pensaba: «Este es el pecho que mi

marido adora y que mis hijos adorarán durante algunos años y que yo nunca he adorado, no mucho, ¿por qué iba a hacerlo?».

Tampoco es que deseara que se lo extirpasen.

—¿Dónde se encuentra la zona afectada? —preguntó la radióloga mientras le colocaba el pecho en la plataforma cubierta de cristal. La radióloga no llevaba guantes pero fue tan cuidadosa y experta que sus manos ejercieron una especie de efecto calmante sobre Constance. La última persona que la había tocado era la mujer de las cicatrices y Constance trató de imaginarse qué aspecto y qué tacto tendrían de cerca. Quería saberlo todo sobre los cortes y en qué punto de su cuerpo finalizaban. Había tantas personas diferentes y tantas historias ocultas en sus cuerpos. Se preguntó cuántas veces al día la radióloga colocaba el pecho de una mujer en la repisa del aparato y bajaba la placa superior hasta el punto donde estaba localizado el dolor. En cualquier caso, se le daba bien. En el preciso instante en que Constance inspiró hondo, desapareció tras el panel de control y la mampara protectora. Se oyó un zumbido, luego un pitido y el aparato la dejó marchar, como escandalizado por su comportamiento. La charla se prolongó durante todo el proceso, algo molesto, si eres de las que se molestan por esas cosas.

—Oh, adoro las islas Aran —dijo la radióloga, mientras levantaba el brazo de Constance por encima de la máquina—. Sé que es una postura un poco forzada, aguante un poco, por favor. No, para ser sincera, fui con una excursión del instituto y me encantó. Tenía dieciséis años.

El Perspex descendió mientras la radióloga colocaba a Constance en la posición adecuada y fue hasta el escritorio antes de que Constance pudiera contestar que a ella también le encantaban las islas Aran, tan pacíficas y tan llanas que se confundían con el medio.

—Si te da igual la lluvia —dijo, mientras el aparato pitaba, se retiraba y la dejaba marchar.

—Oh, claro.

—Voy a pintar una marquita con el boli, si no le importa —dijo la radióloga—. Para saberlo.

Aunque no aclaró qué había que saber y, cuando Constance bajó la vista, vio cuatro puntos formando un cuadrado pulcro que marcaba el lugar donde

creía que estaba el bulto.

Todo parecía estar sucediendo tan rápido.

Antes de que se diera cuenta, la radióloga estaba concentrada en la pantalla y pulsaba los botones con determinación.

—¿Puede ver algo? —preguntó Constance.

—Ejem. El especialista se lo explicará. Podría ser. Podría ser de los que se solucionan. Podría calcularlo.

A Constance todo le sonaba a sinsentido, por eso dijo:

—A veces, cuando hay niebla, no te ves la mano aunque la tengas a un palmo de la cara.

—Ya puede colocarse la bata, por favor —dijo la radióloga, y comprobó que Constance estuviera decente antes de abrir la puerta de la habitación contigua.

—Bríd la llevará a ultrasonidos, ¿de acuerdo?

Y ahí estaba la auxiliar con la bata blanca, sosteniendo el sobre. Al menos Constance supuso que era una auxiliar porque su bata no estaba impoluta e iba un poco desaliñada, aunque también podía haber sido la directora del departamento.

—Me encantaría estar allí ahora, ¿sabe? —dijo la radióloga. Estaba hablando de las islas Aran.

—En cualquier sitio menos aquí —dijo Constance. Quiso que sonara a broma pero la voz le salió un poco precipitada y agresiva, y ambas sanitarias la miraron con tristeza. No era culpa suya que la gente padeciera cáncer. En todo caso, sería al revés. Era tan duro que las malinterpretaran...

Constance siguió a la auxiliar sin despegar la vista del sobre marrón, con la espalda de la bata medio desabrochada, y se sentó al lado de Margaret Dolan en la banqueta.

—Dios mío —dijo.

—Bueno, una prueba menos —dijo Constance.

—Por Dios bendito —dijo Margaret Dolan—. Creí que era cosa del útero.

Después volvió a hablar de su hinchazón. No había manera de detenerla. La experiencia de ambas en la máquina blanca había desencadenado una reacción.

—Ay, Dios —dijo Constance—. Ay, Dios. —Y hurgó con los dedos bajo la manga para mirar el reloj. Las doce y media.

Nadie sabía que estaba allí. Ni siquiera Dessie, que obviamente había olvidado el día que era. Ni su madre. Ni sus amigas, todas desperdigadas por el mundo. Eileen en América, Martha Hingerty en Londres y Lauren, la última en marcharse, en Estrasburgo. Volvían a Irlanda muy de vez en cuando. Cuando Constance lograba ponerse al corriente de sus vidas, sus novedades estaban rancias.

Y ¿cuáles eran sus novedades? Tenía cáncer. O quizá no tuviera cáncer. Pero esa no era exactamente la cuestión. Constance se dio cuenta de que había conservado los detalles para las chicas: las mechas de la radióloga, el aspecto antihigiénico de la bata de la auxiliar, la mujer que creía que había venido a una revisión de útero. No tenía sentido contárselos a Dessie, que no sabría ver la conexión entre el coste de la peluquería y el bulto del pecho. Solo las chicas podrían apreciar la ironía, el «Oh, Dios mío» en el trasfondo del asunto. Eran una piña desde el colegio.

Eileen Foley, Martha Hingerty, Lauren O’Dea. Nada más acabar la secundaria se marcharon juntas a Dublín, mientras Constance se quedaba rezagada otro año para repetir los exámenes y despachar en la farmacia. No se había sentido tan sola en su vida. Se suponía que Constance estudiaría Farmacia, pero no logró entrar en la facultad. Cuando suspendió por segunda vez, hubo muchos llantos y mucho rechinar de dientes en Ardeevin. Su tío Bart acabó apiadándose de ella y le consiguió trabajo en la capital en una farmacia grande de Grafton Street para que aprendiera el lado práctico del negocio antes de regresar al pueblo. Pero Constance no tenía ninguna intención de volver a la farmacia de su tío. Eileen Foley estaba ahorrando para ir a Nueva York y, con diecinueve años, Constance estaba segura de que también iría.

Llegó al piso en Baggot Street con una maleta enorme y cuarteada. Después de las cartas, tan escandalosas y divertidas, descubrió que aquello era una leonera y que las demás casi nunca estaban. Constance se agobiaba con el alquiler aunque a sus amigas no parecía importarles. Lauren se presentó un sábado por la mañana con un cheque manchado diciendo: «¿Es que no lo has

recibido?». Como si fuera un descuido de Constance. Pero merecía la pena formar parte de esa pandilla de locas desatadas, sobre todo Lauren, que analizaba a los hombres que conocían como si el mundo estuviera de rebajas y ellos fueran una colección de ropa.

«¡Horrible!».

«Mmmm».

Ninguno la complacía.

«Oh, mira, es guapísimo. ¡Oh, no! No sienta bien».

Constance era incapaz de adivinar cuál era el problema —o mostraban demasiado interés o no llamaban nunca—, pero no se podía convencer a la gente de esas cosas, no se podía obligar a nadie a enamorarse.

En lo referente a hombres, Constance no sabía exactamente qué le gustaba, aunque sabía lo que quería. Quería que su primera vez fuera en suelo irlandés. Su virginidad, declaró, no se subiría con ella al avión que las llevaría al JFK. Constance trabajaba en el centro de Dublín y cada cliente que atravesaba la puerta venía con cara de vergüenza y una receta para condones doblada en cuatro. Acudían a la capital para que no lo supiera el farmacéutico de su pueblo. Era como trabajar en un *sex-shop*, aseguraba. Compraban montones de cosas. Estriados, para un placer más intenso. Adquirían lubricante, que se guardaba tras el mostrador, entre supositorios y esteroides tópicos. A veces incluso de sabores.

—¡Basta!

—¡Oh, no!

Lauren afirmaba que el lubricante era signo de una esposa vieja o frígida. Aunque todas las chicas se quedaron con un bote cuando Constance se los ofreció junto con un montón de paquetes de Durex de contrabando, lisos y de colores.

A pesar de que Constance vivía en el bazar del sexo, los hombres que llegaban hasta el mostrador se alejaban de ella corriendo. No solo no flirteaban, es que ni siquiera la miraban a la cara. Era lo menos emocionante que uno se podía imaginar. Salió un par de semanas con un tipo de Malasia que estudiaba Medicina que conoció en una fiesta de la facultad. Constance habría hecho cualquier cosa que él le hubiera pedido, pero no le pidió nada y

después, sin saber muy bien cómo, se marchó. Para animarla, las chicas la llevaron a tomar cócteles al bar Coconut Grove con unos tipos del extrarradio con pinta de jugadores de rugby que se pirraban por Lauren. Pidieron bebidas de la carta y los hombres pagaron la cuenta, luego brindaron y rieron y después Constance perdió la virginidad bruscamente en el asiento de atrás de un coche a manos de un hombre con los dedos tan gordos que se habían tragado su alianza y el sello que llevaba en el meñique. Después, cuando Constance devolvió, el vómito salió azul. El tipo, de modales exquisitos, pidió un taxi que la llevaría a casa.

—Asegúrate de que llega bien —le dijo al taxista, mientras le entregaba unos billetes a ella para pagar la carrera. Hasta la llamó unos días después para preguntarle si podía volver a verla. Constance, de pie junto al teléfono de pago en el rellano del piso de Baggot Street, se sintió muy confundida por un instante. Quizá ella se encontraba en un universo paralelo mientras aquel tipo vivía en el mundo real. Lo cierto es que sonaba como si lo fuera.

—Sí —dijo ella—. Espléndido. ¿Dónde?

Al final le dio plantón. Se quedó tumbada boca abajo agarrada al colchón, como si este fuera a ponerse a girar y a tirarla de la cama. Se lo imaginó bajo el reloj de la cafetería Bewleys's con su chaqueta de borrego, esperando bajo la lluvia.

Había sido una violación, pensaba Constance, o lo habría sido de haber sabido cómo negarse. Reconozcámoslo: no la habían enseñado a utilizar esa palabra. «¿Qué quieres decir? ¿Cómo que no?». Y los tipos que compraban mucho gel lubricante y ningún condón seguramente fueran gais, algo que solo comprendió muchos años más tarde. Lo de la penetración le pareció algo descarnado, al menos entonces, cuando el cuerpo era un lugar estúpido, cuando la piel era el elemento más inteligente, pues sabía cómo sonrojarse, mientras ella no sabía ni cómo se llamaban sus partes íntimas.

—Me parece que aquella lo tiene difícil.

—¿Disculpa?

—La última mujer que ha entrado en la consulta, lleva ahí siglos —dijo Margaret Dolan—. Lleva un montón de rato.

—¿De veras?

Constance esperaba oír lágrimas o lamentos procedentes de la consulta de ultrasonidos.

—Quizá han salido a tomar café.

—Ah.

Margaret se llevó la mano a la espalda y comenzó a rascarse a través del hueco de la bata.

—Pero nos han visto llegar —replicó.

A Constance le seguía gustando Irlanda, donde todavía se podía hablar con cualquiera. En América no habría sido lo mismo, pensaba, y trató de recordar por qué no había conseguido subirse al avión. El precio tuvo mucho que ver. El billete costaba unas doscientas libras, un dineral en aquella época. Aunque Constance ahorra como una loca, era difícil ahorrar cuando siempre estaba por ahí de juerga (a pesar de que no se lo pasaba demasiado bien, porque el tipo con la chaqueta de borrego le había arrebatado además su lado despreocupado). Después del Coconut Grove, a Constance se le pasaron las ganas de aventuras durante un tiempo.

Si se hubiera marchado a Nueva York ahora no tendría que preocuparse por el cáncer. Llevaría años corriendo o alimentándose a base de germen de trigo, iría a clases de yoga, puede que incluso tuviera un entrenador personal, y sus hijos serían... No podía imaginarse cómo habrían sido sus hijos en Nueva York —quejicas, por decir algo, con esa mezcla de ansiedad y engreimiento tan propia de los niños de ciudad—. Tendría menos hijos. Sus hijos no existirían. Sus almas le hablarían desde los ojos de los extraños, como si no hubieran encontrado otra manera de asomarse al mundo. Ella se giraría por la calle para mirarlos dos veces: ¿quiénes sois?

Había estado el año pasado con Dessie. Un viaje de compras, nada menos. Constance se lo contó a todo el mundo: a su peluquero, al repartidor de los huevos, a las otras madres en la puerta del colegio. «Nos vamos de compras a Nueva York». Y se subieron al avión en Shannon como si fuera la cosa más simple del mundo. Nueva York era el lugar donde uno iba en busca de una nueva vida, y todo lo que ella encontró fueron dos jerséis de Eileen Fisher en lila y gris. Tampoco es que fuera una desgracia. Eran unos jerséis muy útiles. Dessie y ella se quedaron en el sofá cama del apartamento que su hermano

Dan tenía en Brooklyn. Por lo visto era un apartamento grande (Dessie no mencionó la casa de cuatro mil metros cuadrados que estaba construyendo en Aughavanna). También estaba justo al lado de la heladería donde vendían «el mejor helado de cereza del mundo», decía Dan, porque para el Dan neoyorkino las cosas siempre eran «espectaculares» o «las mejores del mundo». El helado pilló a Constance un poco desprevenida, las cerezas eran deliciosas pero la pesada crema le dejó una película grasienta en el paladar.

—¿A que es el mejor? —dijo Dan—. ¿A que es increíble?

—Es espléndido —dijo ella, mientras pensaba: «¿Por esto te marchaste?». «¿Por el helado?».

Pensó que a Dan le gustaban las cosas hasta ese extremo o fingía que le gustaban porque era un poco hipócrita. Estuvieron en una especie de *brasserie* donde servían comida judía con un toque moderno, pescado *gefилte* y pan ácimo, que supuestamente también era «espectacular». Pero aquello era comida, sin más. Había hecho un viaje muy largo, pensó Constance, solo para comer albóndigas. Constance sabía qué le había aguado la fiesta: todos los años que pasó deseando ir sin llegar a ir, vendiendo condones a hombres que no querían acostarse con ella; los años de Baggot Street, la época en que fingió que era estudiante, cuando no era estudiante, sino dependienta, lo que equivalía a ser una chica deseando casarse. Cuatro años después de terminar el instituto, la espera (que había sido espantosa) terminó. Dessie McGrath comenzó a cortejarla cuando volvía al pueblo y por eso ella empezó a ir cada vez más a menudo, le gustaba estar entre sus brazos.

Y le seguía gustando. Dessie McGrath, con sus entradas y su franqueza. Con tres hijos, el sexo era matinal —de hecho, esa misma mañana habían follado—, así se entonaba para el resto del día, según decía. Constance volvía a dormirse mientras él se marchaba a su pequeño despacho y, un rato después, silbando de contento, preparaba a los niños para el colegio. A Constance le gustaba estirarse entre las sábanas y el rumor de su charla, solía detenerse a recordar lo que Dessie y ella habían hecho un par de horas antes. Conservaba el recuerdo de él en su interior durante todo el día. Ahí lo tenía, en caso de que quisiera rememorarlo, a pesar de estar duchada, con las axilas especialmente rasuradas para el médico y desnuda hasta la cintura bajo su

bata de hospital. ¿Quién lo hubiera dicho? Constance no era una mujer despampanante, tampoco Dessie era un hombre despampanante, ahí precisamente estaba la gracia. Tenían suerte. Porque ¿qué sentido tenía ser sexi si uno no mantenía relaciones sexuales? Era algo que sucedía a menudo, incluso a Lauren, que siempre estaba rechazando hombres.

Constance recordó el día que le habló de Dessie por primera vez, cómo se había echado a reír como una loca.

—¿Dessie? ¿Dessie McGrath? —Y luego añadió—: Es un buen tipo. —Y lo decía en serio. Y parecía triste.

Al otro lado del pasillo, la auxiliar de la bata blanca salió de la consulta con un sobre y una mujer con la cabeza gacha la siguió en dirección al banco de la siguiente fila. Se llevó las manos al esternón, con la cabeza inclinada, como una pintura de la Virgen María que Constance recordaba. Ella también se inclinó ligeramente, como diciendo: «Mi vida no me pertenece».

—¿Y quién se casa? —le preguntó Constance a Margaret Dolan.

—¿Disculpa?

—La boda.

—Oh, la boda. Mi hija.

—Dios mío —exclamó Constance—. La madre de la novia.

—Ajá —dijo ella. Se inclinó hacia delante y la espalda desnuda se desbordó por la abertura de la bata mientras ella se frotaba las manos heridas.

—Yo también tengo una hija —dijo Constance.

Pero la mujer no la oyó. Estaba hablando de las damas de honor, que irían vestidas de color lila para resaltar el pelo negro de la novia. Le preocupaba el asma de su hija, cuando se estresaba le daban ataques.

—Vaya —dijo Constance.

Los hijos de los demás son un tostón, solía decir su madre. Y, en cierto modo, era verdad. Constance se acordó del año que Lauren se mudó a Estrasburgo, cuando vino de visita y se sentó en la cocina con una copa grande de vino blanco y le habló de las escapadas de esquí y los restaurantes y las francesas flacas horrorizadas por la cirugía estética. A un niño le estaban saliendo los dientes y otro se metió detrás del sofá para hacer caca sin que le

molestaran; durante todo el rato, Lauren no mostró ni la más mínima comprensión y continuó charlando sobre la diferencia entre una base de maquillaje de subtono rosado o amarillo.

—¿Qué edad dices que tenía Rory? ¿Tres años?

Hasta su madre la escuchaba como quien oye llover.

—Oh, no me acuerdo —solía decir ante cualquier problemilla—. Eso fue hace mucho tiempo.

Pero para Constance no había pasado tanto tiempo, ella seguía en el mismo punto. Sus hijos se acercaban a la adolescencia sin que se hubiera producido ningún salto —al menos ninguno que ella supiera discernir— entre darles de mamar y el cáncer de mama, entre cuidarles y morir. Era lo único que ella sabía hacer.

—¡Haz algo! —le decía su madre.

Rosaleen creía que una mujer debía ser interesante. Debía mantener la figura y ver siempre las noticias.

—¿Como qué?

—Montar a caballo.

—Claro —decía Constance. Su madre siempre había deseado una hija que fuera una amazona estupenda, o una hija que hiciera ballet, como una hija sacada de un libro. Rosaleen siempre tenía alguna novela empezada, ópera en la radio, esquejes en las macetas de los alféizares que colgaban hasta el suelo. Ese no era el estilo de los McGrath para nada, ellos disfrutaban de los encantos de un chalé junto a la carretera.

—Eres tan afortunada —solía repetir. Aunque quería decir lo contrario.

Pero también tenía razón. Constance tenía suerte. Los viajes a Nueva York eran solo la punta del iceberg. A Constance la consentían con entradas para Bruce Springsteen y las carreras de Galway, una pierna de cordero los viernes, bombones si le apetecían o nada de bombones si no era el caso. Tan pronto como se lo pudieron permitir, Dessie encontró una chica que la ayudara con la casa y, si una cuñada iba a Praga, la otra viajaba a París, porque desde que ella los conocía, a los McGrath les habían ido bien las cosas y mejor que les irían. Nadie podía pararles los pies. Si Constance tapizaba los sillones, otra cuñada descubría el minimalismo y una tercera

apostaba por el rústico, por lo que no había más remedio que volver a empezar.

—Me están volviendo loca —le contaba a su madre, y ambas se reían del arribismo del clan McGrath: el agente inmobiliario, el aparejador, el constructor y también Dessie, que fabricaba pérgolas y vallas de jardín de allí hasta Galway.

—Tan bonitas —decía Rosaleen.

Constance no le había contado a su madre lo de la mamografía. Era lo mejor. No había necesidad. En días como estos era cuando más echaba de menos a sus amigas, que tenían su vida y sus problemas en ciudades lejanas. Porque Constance tenía dos hijos que no le contaban nada y un marido que no le contaba nada y un padre que no le contaba nada y que luego murió. Y Dessie se había olvidado del bulto, evidentemente. Por increíble que pareciera. Había olvidado que tenía las pruebas esa mañana, porque siempre se olvidaba de ese tipo de cosas. Le ponían demasiado nervioso. A las cinco de la mañana se colaron en el baño y luego volvieron a la cama: aquel sería el último revolcón antes de que le diagnosticaran cáncer o le dijeran que no tenía nada, pensó Constance. El sexo entre la vida y la muerte era verdaderamente tierno, muy hermoso. Luego, mientras metía el almuerzo de los niños en las mochilas y él cogía las llaves para salir de casa, Dessie le preguntó:

—¿Qué planes tienes?

—¿Cómo dices?

—Para hoy.

—¿Por qué lo preguntas? —contestó con despreocupación, solo para asegurarse.

—Por nada. Estaré en Aughavanna, solo eso, para supervisar los trabajos de hoy, así que quizá llegue un poco tarde, si te parece bien.

—Claro, márchate —dijo ella, y él la besó, le metió mano cariñosamente y se fue.

Hacía un par de años que a Constance le habían sacado la muela del juicio, debía de haberlo mencionado unas cien veces, necesitaba que la trajeran de regreso a casa porque no te permitían conducir después de la anestesia.

Cuando llegó el día, Dessie exclamó: «¿Cómo?». Dijo que se organizaría de otra manera, que iría a buscarla como fuera, y comenzó a ponerse nervioso y a revolver papeles hasta que Constance le dijo que no se molestara. Iría en su coche al dentista y le sacarían la muela sin anestesia. Fue bastante doloroso, pero tampoco fue el fin del mundo.

—Me gusta saber por dónde piso —le dijo al dentista, que prometió mitigar el dolor con anestesia local. Luego se levantó del sillón con un dolor atroz en la mandíbula, se metió en el coche y condujo hasta casa.

Su madre estaba escandalizada.

—¡Deberías haberme llamado! —dijo. Pero a Rosaleen le gustaba decir cosas así, cuando la oportunidad de ayudar había desaparecido.

—Dessie se preocupa demasiado —dijo Constance—. Ese es el problema. Me quiere demasiado. —Y no se oyó más que silencio al otro lado de la línea.

Evidentemente, a Constance le gustaba aprovechar para jactarse cuando le daba las quejas a su madre. El cariño de Dessie era legendario y la propia Constance era indestructible, era bien sabido.

—Dios, eres indestructible —decía Rosaleen. En su boca sonaba como un insulto.

Porque Rosaleen estaba deprimida, pensaba Constance, había que llamar a las cosas por su nombre. Había enviudado hacía dos años y Constance notaba a su madre siempre ausente.

—Qué engreída —le decía, cuando Constance parloteaba sobre sus hijos, cosa que hacía, a decir verdad, a todas horas.

—Qué engreída.

Sus propios nietos.

«Al escarabajo sus hijos le parecen granos de oro».

Y ¿por qué no? ¿Por qué no iba a tener unos hijos maravillosos?

Últimamente todo el mundo parecía tan desencantado, pensó Constance, era como una epidemia. Lauren estaba claramente decepcionada con su vida en Estrasburgo, a pesar de sus pantalones de Prada. Y Dessie consideraba su cuarenta cumpleaños como un insulto personal, no podía creerse que le estuviera sucediendo a él, sin importar los viajes a Nueva York y las carreras

de Galway, ni la casa que estaba terminando en Aughavanna, con más espacio del que Constance podría llenar nunca. Había plantado un cerezo enano y todo: un arbolito hortera con flores rosas y sólidas como pompones en mitad del jardín. Un horror. Su madre pensaba que era de una vulgaridad absoluta, evidentemente.

—Qué espléndido —le dijo a Dessie. Lo sacaba de quicio.

Cuando Constance le contó a su madre que se iba a casar, Rosaleen le dijo que Dessie era una «elección excéntrica», lo que no dejaba de ser un comentario raro, porque Dessie en realidad era todo lo contrario. Doce años después, suegra y yerno eran uña y carne.

—¿Has comido bastante, Desmond?

A veces, Constance se sentía como una intrusa.

—Córtale otro trozo de tarta, Constance. ¿Tomarás otro trozo de tarta?

Su madre apoyaba la mano ligeramente en el brazo de Dessie, le echaba miraditas por encima del hombro con coquetería. Uno se desternillaba al verlos. Después de dos copas se iban a cuchichear y a reírse a una esquina. Dessie, colmado de halagos y de comida, le cubría los hombros a su suegra con la chaqueta colgada en el respaldo de la silla; «Hay que cuidar de ella», como si Rosaleen fuera un oponente digno de un hombre como Dessie. Después, tan pronto como atravesaban la puerta de la calle, solía decir: «Vaya mujer», porque se la había jugado una vez más.

Aunque, para ser sinceros, desde la muerte de su marido le costaba cada vez más.

Constance estaba muy preocupada por Rosaleen. Seguía viviendo en la vieja casa de Ardeevin, que estaba llena de goteras, y padecía un centenar de enfermedades indeterminadas. Rosaleen había sido así toda la vida, pero ahora le había dado por ver a un curandero en Ennis que le decía que no comiera brócoli o que comiera mucho brócoli, Constance nunca recordaba qué era. El médico de toda la vida, mientras tanto, aseguraba que los resultados de los análisis eran excelentes, y Rosaleen venga a pelear con él, pues nunca le había gustado, ni él ni su padre, afirmaba.

Estaba fatal. Estaba cansada a todas horas.

Lo más absurdo era que si le dabas la razón y coincidías en que le pasaba

algo, Rosaleen te soltaba que se encontraba perfectamente bien. O si, en mitad de una discusión médica particularmente acalorada, le sugerías que se hiciera un escáner del órgano afectado, fuera cual fuera, entonces Rosaleen se sentía profundamente ofendida, porque, evidentemente, su enfermedad no podía verse con una máquina cualquiera.

—Oh, no lo sé —decía, volviéndose a mirar por la ventana, y esbozaba una sonrisilla, como si disfrutara de verse incomprendida.

Constance no pensaba que hubiera una cura para la tristeza, pero sí creía que un antidepresivo podía hacer maravillas. Ella misma tomaba unas pastillas desde que su padre enfermó y no sabía pasar sin ellas, pero no era una medida que se le pudiera sugerir a una madre.

Papá había dicho que se encontraba bien.

—Me encuentro perfectamente bien —había dicho. Doce meses y dos tratamientos de quimioterapia después, murió. Así las cosas, había un hombre sano bajo tierra y una mujer misteriosamente enferma que conducía por el campo encendiendo el limpiaparabrisas cada vez que quería girar a la izquierda. Y, después, volvía a una casa que se le estaba cayendo encima.

Dessie quería construir viviendas en Boolavaun, Rosaleen solía tomarle el pelo a propósito del tema, había urdido un plan. Él le pagaría y Rosaleen le entregaría las escrituras del terreno a cambio —se lo compraría legalmente— y el dinero serviría para reparar las goteras del tejado y para comprarse cremas buenas. Pero a Rosaleen parecían agradarle las goteras del tejado. Como si le gustara decir: «¿Qué va a ser de mí? No sé qué hacer». Le gustaba ponerse histérica con los cubos y las ollas y verse rodeada de ellos. Cada vez que llovía llamaba a Constance. También llamaba a Constance cada vez que saltaba una ratonera, para decirle: «Creo que es una rata».

A Constance, que tenía cáncer. O que no tenía cáncer.

¿Cuál era la palabra que estaba buscando?

«No».

«¿Qué quieres decir con “no”?».

«No, estoy ocupada. No, tengo cosas más importantes que hacer. No, no voy a hacerte ese favor. No».

—¡Margaret Dolan!

La mujer sentada al lado de Constance se inclinó hacia delante para recoger la cesta, su bolso y la botella de agua vacía, y la bata se le abrió dejando al descubierto una espalda cremosa y enorme. Constance sintió el impulso de tocarla. Quería apoyar la cabeza en medio de esa extensión y decir: «Para. Tranquila». Y cuando Margaret Dolan se detuviese, ella la tomaría de esa mano regordeta llena de cicatrices y la mujer le estrecharía la suya.

—Bueno —dijo Margaret Dolan, incorporándose del asiento con cierta dificultad—. Bueno —dijo, girándose ligeramente hacia Constance—. ¡Tampoco es para tanto!

—Tómalo con calma —la tranquilizó Constance.

El espacio vacío que dejó tras de sí seguía ocupado por el peculiar olor punzante a sudor.

—¡No olvides beber agua! —le dijo Constance en el último instante, justo antes de que la puerta se cerrara, y la mujer de Adare la miró fugazmente.

Era cierto.

Lo único que quería Constance era hacer feliz a la gente. Pero ¿por qué le correspondía a ella sanarlos? Ninguna de las personas por las que ella tanto se preocupaba sabía dónde se encontraba en esos momentos. Ni Dios recordaba que tenía que hacerse una mamografía, ni se molestarían en preguntar qué tal había ido. A Constance le entró un deseo irrefrenable de decir que se trataba de un tumor maligno, para poder echarle a Dessie en cara: «¿Sabes adónde he ido esta mañana?». Y decirle a su madre: «Sí, mami, cáncer, lo han visto en el escáner», y luego esperar a que la noticia circulase y llegara finalmente a oídos de Lauren, Eileen y Martha Hingerty, que entonces sí que se sentirían en la obligación de llamar. «¿Por qué no me lo habías contado? Me acabo de enterar».

Ahí lo tenía. Estaba en la consulta y ahí lo tenía: una radiografía de su pecho pegada a una caja de luz en la pared, y en la red de líneas blancas e intersecciones que era la mama, había un bulto. Parecía un nudo, una maraña de luz. Todo era muy hermoso a su alrededor —la línea que delineaba el pecho, el mapa de los conductos, o quizá venas—, como un paisaje visto desde el espacio, una de esas imágenes nocturnas de la Tierra.

Tanto daba que hubiera una flecha apuntando a esa cosa. O que tuviera pegado un cartel de cartón donde pusiera CÁNCER con rotulador rojo. Hasta Constance podía verlo, no había lugar a dudas de que ahí estaba. Pasó un rato antes de que pudiera apartar la vista y escuchar lo que la doctora le estaba diciendo.

—Eres un poco mayor para eso y demasiado joven para lo otro, no sé si me explico.

¿Eso era algo bueno?

Constance estaba tumbada en la camilla. La doctora empuñaba un dispositivo ultrasónico que Constance recordaba de sus embarazos, y se preguntó si se oiría el latido líquido del corazón del bebé en la ecografía Doppler. Entonces entendió que lo que se colaba por sus oídos era el sonido de su sangre.

La doctora examinó la imagen de la caja de luz y palpó —sin desviarse un ápice— el bulto. Trazó el contorno con el dedo índice mientras manipulaba el dispositivo con la otra mano. La pantalla que había junto a Constance se iluminó. La imagen era en blanco y negro y esta vez el interior del pecho se parecía al mármol; al igual que este, tenía vetas. Tantas vetas como un filete tiene nervios, pensó, porque lo que estaba viendo era grasa. Pero antes de que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, la mujer le clavó una aguja, demasiado delgada para que le doliera, aunque podía verla en la pantalla, aproximándose al nódulo en la oscuridad. Cuando bajó la vista, vio que en la vida real le estaban extrayendo la aguja y se dio cuenta de que una enfermera la sujetaba por los hombros para que no hiciera ningún movimiento brusco. Tan pronto como sacaron la aguja sintió la necesidad de incorporarse y respirar hondo, cosa que hizo. Se limpió la gelatina de la piel con unas toallitas de papel verde y basto. Se disponía a coger la cesta con su ropa cuando la doctora le dijo: «Espera». Luego le repitió lo que acababa de decir. Palabras como «adenoides» o «carcinoma» y luego: «Creo, espera, estoy un noventa y cinco por ciento segura, ¿vale? Un noventa y cinco por ciento segura de que es lo que es. Eres un poco mayor para tenerlo, pero eres demasiado joven para lo otro, ¿no? Me baso en tu historial y en lo que veo en la pantalla».

Constance seguía sin entender ni una palabra. Por eso las pacientes tardaban tanto en salir de esa consulta. Se debía a que todas esas mujeres eran tan estúpidas como ella.

Pero la doctora, lejos de decir la palabra «estúpida», le acarició a Constance el brazo.

—¿De acuerdo?

La caricia era un gesto premeditado, lo repetiría cientos de veces al día. Pero era agradable de todas formas.

—De acuerdo —dijo Constance, y salió de la consulta arrastrando los pies, con la espalda al aire, aferrada a la cesta de plástico que contenía la ropa con ambas manos.

La llevaron escaleras arriba hasta una habitación grande.

—El doctor Murtagh pronto estará con usted.

En esta ocasión, las mujeres esperaban encamadas. Todas las camas estaban rodeadas de cortinas, por eso Constance no fue capaz de distinguir dónde estaba Margaret Dolan o si ya se había marchado. Un rato después, oyó que la mujer de Adare entraba en otra cabina, la distinguió por el sonido de las pisadas. Y mientras esperaba —debía ser por el estrés— le entró un sopor irreprimible y soñó con la suavidad de la piel y los rizos espesos y pegajosos de Rory. Era una criatura marina entre algas que rozaba el rostro de su hermano mayor al pasar, mientras este movía el hombro huesudo y palmoteaba cada vez que se cruzaba con ellos antes de hundirse en las profundidades perfumadas del pelo rojo de Shauna. Cuando se despertó —unos minutos después o media hora—, se puso histérica al acordarse del salmón congelado. Y pensaba: «¿Qué voy a comprar para la cena si tengo cáncer?». Y después: «Joder. Joder. Joder. ¿Cómo voy a coger el coche para volver a casa?».

Al otro lado de la cortina, Margaret Dolan decía:

—La semana que viene no puedo, tengo una boda.

Y una voz de hombre replicaba:

—¿Quién se casa?

—Mi hija. Tengo una hija.

—¿Una hija?

El hombre era un imbécil. No hacía falta mostrarse tan sorprendido.

—Adoptada —dijo Margaret, como pidiendo disculpas, y luego se apresuró a añadir—: Ella me encontró. Fue adoptada y me encontró el año pasado.

—Oh. —El tono parecía implicar un «oh, mierda»—. De acuerdo. Y ¿cuándo dice que es la boda?

—Es en Birmingham.

—De acuerdo.

—Doctor, ¿no lo tengo en el útero?

Y Constance comenzó a llorar por Margaret Dolan en el silencio de su cubículo, lágrimas y más lágrimas. También lloraba por su propio egoísmo. Cómo podía haber sido tan tan egoísta. Constance McGrath se sentó en la cama sobre la sábana almidonada, sintiéndose abandonada e insignificante. Porque ella lo tenía todo, más de lo que podía desear, su vida era pletórica, y Margaret Dolan tenía tan poco en comparación. Constance quería sacar la cabeza por la cortina y mirarla a los ojos. Y decirle... ¿qué? «Siento mucho que tengas problemas. ¿Quieres que te acerque a casa?».

Pero la enfermera se la estaba llevando a otra consulta.

—Eso es, Margaret —le decía—. Buena chica. Te vas a poner bien. Buena chica.

Atravesaron las cortinas en grupo: la enfermera del sobre, la doctora de los ultrasonidos y dos chicos con bata blanca que debían de ser estudiantes. Todos seguían a un hombrecillo de mirada penetrante. Él era el doctor Murtagh.

El doctor Murtagh le exploró el pecho con la mano superficialmente, pero no estaba demasiado interesado, se lo apartó con un gesto. Luego la examinó tan intensamente que Constance temió haberse olvidado de afeitarse las axilas.

—Estamos muy contentos con usted —dijo el doctor Murtagh.

No parecía contento, más bien un poco impaciente. «Esto significa que estoy bien», pensó Constance, «le he hecho perder el tiempo con mi salud de hierro. ¡Les he hecho perder el tiempo a todos!». Su diligente cuerpo había hecho un gran trabajo. Complejo. Microscópico. Silencioso. El mapa de luz

que era su pecho izquierdo no era una visión temible sino hermosa, y el mármol blanquinegro de las profundidades sónicas era igualmente maravilloso.

—Me he librado —dijo ella.

—Sí.

«Librado».

—Ahora ya puede ponerse su ropa —dijo la enfermera, como si Constance fuera a echar a correr hacia el aparcamiento en bata, pegando saltos y haciendo cabriolas bajo la lluvia. Constance se vistió, abrigo incluido, y retiró la cortina, exponiendo la cama a una sala vacía.

—Gracias por todo —le dijo Constance a la enfermera aficionada a la laca de uñas con purpurina que no le permitían llevar. Estaba acabando de anotar las observaciones en el historial de Constance en una carpeta metálica a los pies de la cama.

—Ya ha oído lo que ha dicho el doctor Murtagh. Ya sabemos a qué atenernos. No hay nada de que preocuparse.

—Muchísimas gracias.

—Conduzca con cuidado.

La atmósfera en el exterior del hospital era increíble, estaba cargada de oxígeno y de lluvia. Constance no podía recordar dónde había aparcado el coche pero no le importó caminar bajo la llovizna, inspirando el cielo. Bebiendo el mundo a sorbitos.

Constance encendió el limpiaparabrisas cuando la lluvia arreció. Sujetaba y giraba el volante con cuidado y el objeto tenebroso bajo la axila izquierda floreció y comenzó a diluirse. A unos kilómetros de casa salió el sol. Pasó ante la última casa de los McGrath, perteneciente al hermano de Dessie que trabajaba de agente inmobiliario, que se había construido un chalé en lo alto de la carretera. Aquella pendiente embarrada parecía en llamas cuando pasó por allí el coche fúnebre de su padre, cuajada de amapolas y esas flores amarillas que adoran la tierra baldía. Al año siguiente no brotaron tantas, menos aún este año, pues el pasto había tomado posesión y la tierra comenzaba a sanar.

Se acordó de Emmet, que solía ayudarlo a bajar las escaleras en Ardeevin. Tampoco es que Emmet estuviera en plena forma. Acababa de volver de África o Dios sabe dónde con la barba desaliñada y ojos de viejo. Pero le hizo compañía a su padre durante sus últimos meses de vida. Se les veía cómodos y silenciosos a los dos juntos, como si en vez de muriendo estuvieran tomando una pinta o viendo las noticias en la tele. Era una historia de amor divertida entre padre e hijo, pensaba Constance. Charlaban sobre política o avances científicos, porque las mujeres eran estupendas pero eran proclives a las tonterías, y ¿para qué armar revuelo si uno podía sentarse una tarde de primavera a resolver los problemas del mundo entero? Antes de morir.

Sus hijos también charlaban con Dessie de esa manera durante el camino de vuelta del partido de *hurling* del sábado. Donal, con su voz clara, era clavado a su padre en todos los sentidos.

—¿Qué pasa con la gravedad en el centro de la Tierra, papá?

—Es una buena pregunta.

—Imagínate, si atravesaras la Tierra y llegaras al centro, no pesarías nada.

—No lo sé. Puede que pesaras más.

—O puede que te volvieras más pequeño.

—Claro, claro. Eso también.

Era junio. En unas semanas llevaría a los niños a la playa, a Fanore, un lugar donde la hierba estaba salpicada de tréboles. Se tumbaría encima de la alfombra verde y aromática que cubría la tierra entre las dunas, esta vez se aprendería todos los nombres de la flora. Sabía identificar los pensamientos salvajes y, tierra adentro, la ulmaria y la madreSelva, pero había una florecilla color amarillo con forma de escoba que también olía de maravilla, y hasta las pequeñas plantas carnosas detrás de los carrizos atraían a las abejas a través del aire salobre con su perfume, dulce e inesperado. Este año llevaría consigo un libro de botánica y, en lugar de quedarse sentada en la arena mientras los niños jugaban, caminaría por la hierba con la cabeza inclinada. Sí, eso es lo que haría.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Dessie.

—¿Qué tal ha ido qué?

—La historia esa.

—¿Lo sabías?

—Claro que lo sabía. Bueno, me he acordado después. Lo siento.

—Oh, te has acordado.

—Lo siento, de verdad que lo siento.

—Haces bien.

—¿Qué historia? —quiso saber Rory, que era el hijo mediano y el más considerado de los tres.

—Ha ido bien —dijo ella.

—Claro que ha ido bien —dijo Dessie.

—De claro nada —dijo Constance, que había comenzado a armar escándalo con las ollas y las sartenes.

—¿Qué historia? —repitió Rory.

—Nada. Todo va bien.

—Pero ya lo sabías, ¿no? —dijo Dessie—. Eso fue lo que te dijo el médico de cabecera.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Así fue. Acuérdate, dijo que era una buena señal la forma que tenía de moverse. Al fin y al cabo, eres un poco joven.

—¿Lo soy? —dijo Constance.

—Bueno. Eso fue lo que dijo él.

—Dios mío —dijo Constance—. Dios mío, dame paciencia. —Y Rory salió sigilosamente de la habitación.

—Venga ya —dijo Constance—. ¡Que te den! ¡A ti y a todos!

Y dejaron que diera patadas y porrazos, luego la dejaron llorar y lanzar improperios y que se dirigiera tambaleándose entre lágrimas al dormitorio. Después, Dessie se marchó a comprar *fish and chips* para la cena a un restaurante de comida para llevar del pueblo.

Más tarde, Donal entró a leerle su cómic y Rory se tumbó a su lado y le acarició el pelo. Cuando se marcharon, Dessie entró con una taza de té y Constance le preguntó:

—¿Quedan patatas fritas?

—Oh, lo siento. ¿Querías?

—¿¡Patatas!?

—¿Quieres que vaya a comprar más? Puedo ir.

—No pasa nada —dijo ella.

Dessie se quedó mirándola desde los pies de la cama.

—Había una mujer delante de mí —dijo ella—. Y lo tenía.

—Vale —dijo él, y dejó claras sus buenas intenciones sentándose en el borde del colchón. Pero de nada sirvió.

—Era una mujer muy grande —dijo Constance—. Enorme, en realidad.

—Probablemente no tuviera seguro privado —dijo Dessie.

Así, Constance desechó una versión de su día y, en su lugar, le contó a Dessie el dolor que había sentido al mirar las cicatrices de la mujer, el pinchazo que había notado en los muslos. Ignoraba si otras personas sentían eso, nunca había oído hablar de algo así. Le dijo:

—¿Alguna vez te ha pasado? Ya sabes, si ves algo horrible, si uno de los niños se hace daño, o aquella vez que tu empleado casi pierde el dedo, cuando se le salió el nudillo. ¿Te acuerdas? El dedo se le quedó colgando de un trocito de piel.

—¿Me lo podrías volver a explicar?

—¿No sientes un dolor en las piernas? Un dolor bastante agudo. Ya sabes, como «¡ay!».

—Mmm. Ya sé a qué te refieres. Es como cuando se te encogen los testículos.

—Compasión.

—Quizá protección. Como si dijeras: «¡cuidado, que viene!».

—Genial —dijo ella.

—O compasión. Sí. Quizá sea eso. —Y la besó—. Quizá —dijo.

Cuando se levantó más tarde, les dio un abrazo a los chicos y fue en busca de Shauna. La encontró fuera, tumbada en la cama elástica, contemplando las estrellas. Constance trepó hasta donde estaba y ambas se abrazaron. Constance le pidió perdón por haber gritado y Shauna dijo: «No es eso. No es eso». Luego lloró un poco: una amiga había sido mezquina con ella, con esa edad ya podían ser bastante cabronas, a los ocho o nueve años.

—No tiene importancia —dijo Constance—. No tiene importancia.

La malla fría de la cama elástica subía y bajaba ligeramente. Shauna tenía una aureola de cabello alrededor de la cabeza y estaba encrespado por efecto de la electricidad estática.

—Es una niña horrible —dijo Shauna—. Se cree que es la repera.

Una ráfaga de viento se coló entre la malla y el frío las sorprendió desde abajo. Continuaron tumbadas sobre la tela negra que las acunaba ligeramente cada vez que se movían y su hija se sintió consolada. Por lo menos, Constance seguía siendo capaz de consolarla. Y Constance también sintió consuelo, tumbada en la cama elástica bajo las estrellas, abrazada a su hija.

# Emmet

Ségou, Malí

2002

Tres meses después de que Emmet se fuera a vivir con ella, Alice encontró un perro en el mercado, o el perro la encontró a ella y la siguió hasta casa. Era un perro callejero chato, de pelo corto, blanco y sucio, con un quiste seco y rosa en el lagrimal del ojo izquierdo. Seguro que lo había incitado a seguirla. Emmet se la imaginó sonriendo al perro, emocionada al comprobar que él se detenía a mirarla. O yendo a su encuentro, apoyada con las palmas de las manos en la falda de algodón mientras se agachaba para hablar con el animal; después extendería una mano para tocarlo, le retiraría la oreja para examinar el ojo enfermo.

A Alice le fascinaba el sufrimiento, esa era la razón de que viviera cerca del mercado y no a las afueras de la ciudad. A Emmet también le fascinaba — después de todo, en eso consistía su trabajo—, al igual que se sentía fascinado por Alice. No preguntó por qué le había hablado a un animal estúpido en un idioma que les resultaba extranjero hasta a los viandantes. Así era ella por naturaleza. Y la propia naturaleza del perro lo había impulsado a seguirla, con esos ojos marrones, a cada cual más patético.

Estaban en la estación seca y Emmet casi siempre estaba de viaje, así que no sabía cuánto tiempo había tardado en percatarse de aquella criatura tirada en la calle frente a la casa ni tampoco se fijó en que estaba en el mismo sitio siempre que abría el portón. Parecía que se olvidaba del perro cada vez que lo veía y, cuando se topaba con aquella criatura despatarrada sin resuello, tenía

la sensación de que había pasado algo por alto.

«Para junto al perro», le decía Emmet al chófer, aunque en realidad lo que quería decir era: «No atropelles al perro». Había asumido —si acaso se lo había planteado alguna vez— que el perro pertenecía al vendedor callejero de la esquina, o simplemente que el vendedor lo toleraba, porque los perros callejeros no pertenecen a nadie, solo están desesperados por pertenecer. Y ahí lo tenía, cada vez que Emmet regresaba, polvoriento y muerto de calor, con la esperanza de que Alice hubiera conseguido una cerveza holandesa decente. El perro estaba tirado en el suelo como un perro muerto, con las piernas estiradas hacia un lado, el morro estirado hacia el otro; solo cuando uno se acercaba se notaba el rápido sube y baja de la barriga. Esa criatura no estaba hecha para el calor, pensaba Emmet, de la misma forma que ellos tampoco lo estaban. Las comisuras de la boca, flácidas y temblonas, el reverso rosado de los labios negros, los ojos dolorosamente apretados para evitar el polvo, la pompa del ojo cada vez más grande. Esbozaba una mueca de dolor, guiñaba, apretaba el ojo malo con fuerza. La afección le daba un aire de bromista.

«Eh, tú», parecía decirle al pasar. «Eh, tú, qué te cuentas».

Un día, Emmet le pegó una patada a algo cuando se dirigía a la puerta del patio. Bajó la vista y se encontró con un cuenco de porcelana decorado con flores, la clase de objeto que uno usaría en Irlanda. ¿Qué estaba haciendo ahí? Cuando Ibrahim le abrió la puerta de la casa, le preguntó:

—¿Por qué está la vajilla en la calle?

Ibrahim nunca contestaba a una pregunta directa, cosa que había que respetar. Aun así, su respuesta denotaba cierto pesar, como si no pudiera decirlo aunque lo estuviera deseando.

—¿Señor Emmet?

La mirada líquida y compasiva de Ibrahim se posó en la manga de Emmet.

—El cuenco delante del portón.

Emmet dejó caer el equipaje en la mesa de la entrada y se giró para mirar, mientras el vigilante cruzaba a hurtadillas el patio y atravesaba el portón bajo la mirada desdeñosa de Ibrahim. Y algo en aquella escena hizo que Emmet se

detuviera en el umbral durante un momento más largo de lo habitual. No pudo quitarse la sensación ni siquiera cuando Alice salió de entre las sombras del salón, lo besó y reculó de lo sudado que estaba. Algo iba mal. Había tenido el mismo presentimiento cientos de veces. El truco no consistía en ignorarlo. Tampoco valía hacer caso omiso —siempre había algo que captar con el rabillo del ojo—, había que tomar conciencia de ello. Había que tomar nota.

—¿A qué viene tanto grito?

—¿Qué gritos?

—Ib está gritando.

—Ah, ¿sí?

Dos tuaregs trabajaban en la casa. Emmet no era capaz de distinguirlos, ambos iban embozados con turbantes de paño blanco, pero eran gente orgullosa y hábiles luchadores, por eso se sorprendió al ver que Ibrahim empujaba al vigilante y lo mandaba a la parte trasera de la casa. Emmet había tenido el mismo presentimiento cientos de veces. Algo iba mal.

—¿Cuál de los dos es? —dijo él.

Pero Alice se limitó a abrir los ojos como platos.

—Y ¿cómo estás? —preguntó él—. ¿Hay cerveza?

La mayoría de las veces lo que iba mal era una tontería. Algún asunto entre clanes o una suma de dinero, algún gesto de respeto que había sido pasado por alto.

—El frigorífico no funciona —dijo Alice—. ¿Te quedarás muchos días?

Emmet comenzó a desvestirse mientras pasaba delante de ella de camino a la ducha, que no era más que un cubículo de paredes bajas pegado a un costado de la casa. El sol le daba de lleno y la alcachofa estaba atascada de óxido. Emmet llenó un cubo y colgó su ropa sobre la pared divisoria, mientras Alice se giraba hacia él en la oscuridad.

—¡Que se cuelan los mosquitos! —exclamó, y él fue a cerrar la puerta y se imaginó cómo lo vería ella, azotado por el sol, con sus piernas canijas y pálidas, su bronceado de albañil. Emmet pasaba tanto tiempo al aire libre que la piel expuesta tenía una edad distinta a la de las partes ocultas: tenía las rodillas de un sesentón y el vientre de un hombre joven. Se secó con una

toalla fina y se miró las encías en el pedacillo de espejo. Se examinó la nariz a ambos lados en busca de carcinomas y luego estiró el brazo, aún desnudo, para alcanzar el sombrero. La mitad superior de la frente era pálida.

Tenía un pareo limpio esperándole en un taburete, aunque no había visto a Ib abrir la puerta para dejarlo ahí. Al entrar en la casa la halló desierta. Se dirigió al piso de arriba y encontró a Alice tumbada bajo la mosquitera, meditando.

—¿Ya estás limpito? —preguntó. Él no necesitó más invitación, se tumbó a su lado y la acunó hasta que se le cayó el sombrero, e hicieron el amor, y comenzaron a sudar, él primero, Alice después, el golpeteo de su cuerpo contra el de ella se convirtió primero en un chapoteo y después en silencio.

Más tarde, los pensamientos volvieron a llevarle hasta el cuenco y la escena de la puerta. Emmet odiaba los problemas con el personal. Uno podía pasarse el día entero salvando vidas y acabar hecho polvo al final de la jornada por culpa de un plato de alubias y manteca en mal estado. Y él salvaba vidas, literalmente. Porque uno puede resistir a las guerras, puede resistir a la hambruna y puede resistir a las inundaciones con relativa facilidad, pero nadie sobrevive a que el cocinero se rasque el culo y luego decida no molestarse en lavarse las manos. El aparato de aire acondicionado de la ventana volvió a la vida y Emmet se giró hacia el zumbido anhelado y tedioso. La luz había vuelto. El aire de la noche había cambiado, se oían voces en el exterior, olía a leña quemada y a guiso. Alice, que dormitaba entre una maraña de sábanas finas, sonrió apenas cuando Emmet se inclinó para besarla antes de sacar las piernas de la cama. Regresó a la ducha donde llenó otro cubo de agua. Se lo echó de nuevo por encima y volvió a secarse con la misma toalla delgada, ahora completamente seca.

Ibrahim estaba preparando la cena, por eso fue a buscar él mismo la cerveza al frigorífico recién revivido. Un cachivache chato y amarillento con un tirador de los que ya no se veían en Irlanda. En el interior solo había cerveza. Emmet estaba ganando un buen sueldo ese año pero no había mucho que comprar a menos que uno acudiera a un supermercado occidental, cosa que Alice odiaba. Además, estaba demasiado ocupado como para necesitar algo. Y Alice siempre estaba ocupada. Y siempre hacía calor.

Ella bajó del dormitorio, limpia y vestida de blanco.

—Bueno, bueno —dijo.

Alice arrastraba la voz de tal manera que parecía que siempre estaba borracha o bromeando, a punto de hacer un chiste. Era de Newcastle. «Oh, eso lo explica todo», dijo Emmet cuando se conocieron. Ligar no se le daba bien. Pero los ojos de la chica tenían una luz natural, fantástica, y aquella noche le costó un trabajo inusitado alejarse de ella. Era su primer año sobre el terreno y tenía la melena rizada y encrespada por culpa del calor. Eso fue dos meses antes de que Alice se derrumbara, comiendo *babà* en un evento de Unicef, vituperando sobre la fotocopiadora que parpadeaba en la esquina. «¿Cuánto ha costado ese puto cacharro?», se escandalizó.

Según le había contado, acababa de cortar en Bamako con un tipo sueco que estaba demasiado ocupado salvando el mundo como para salvar a la pobre Alice. No fue una relación corta, sino más bien «muy muy corta», o eso dijo. Estaba borracha como una cuba. Emmet no se quejó. De hecho, no dijo casi nada en el camino de regreso a su pensión bajo un cielo cargado de estrellas, mientras los locales dormían o escuchaban las diatribas de la mujer blanca guardando un silencio respetuoso. En mitad del camino se sentó en una piedra y se echó a llorar. Estaba, según le dijo, profundamente desilusionada. Profunda, profundamente desilusionada. Consigo misma, en realidad. Con la idea de que ella podía ayudar a alguien, cambiar algo, conseguir lo más mínimo.

Emmet la ayudó a levantarse y le susurró que estaba haciéndolo bien, muy bien, que todo iría bien. Y ella le besó tan pronto como cruzaron la puerta de su casa, levantando la pierna hacia atrás, como una chica en una comedia romántica.

Esas cosas se le daban bien.

A diferencia de otras mujeres que había conocido (que, a decir verdad, no eran tantas), Alice no destacaba en los preliminares para luego acobardarse en el dormitorio. Tampoco se acobardó por la mañana. Ni tampoco dos días más tarde, por razones que él nunca llegó a entender. El espectáculo no era una maniobra de distracción. Alice se empleó a fondo.

Era una amante prodigiosa.

Emmet no se tenía por un tipo particularmente dotado, aunque tenía sus momentos, y Alice fue uno de ellos, desde luego. Tumbado, despierto, aquella primera vez reflexionó sobre su buena fortuna y la tristeza que esta conlleva. Le preocupaba su corazón, pero se consolaba pensando que los amores sobre el terreno no estaban hechos para durar.

Una semana después, alquiló una antigua casa colonial para Alice que ella adoraba pero no podía permitirse. Luego se fue a vivir con ella.

—No te preocupes —le dijo—. Es algo temporal. —Lo cual, pensaba, no era ninguna mentira.

—Brindo por ti —le dijo, levantando la botella medio vacía de cerveza en su dirección.

—Salud —dijo Alice.

Alice había decorado la casa con objetos del mercado. Había colgado campanillas en los marcos de las puertas y una máscara ritual en la pared del dormitorio. Se sentaron en cojines y ella se comió el plato de pescado frito que había preparado Ibrahim sin cubiertos, sacando trabajosamente las espinas con la mano derecha y haciendo bolas de arroz. Si lo había, Emmet prefería usar el tenedor. Los novatos no paraban de hablar de la cagalera como si fuera un chiste. Emmet no creía que la diarrea fuera graciosa. Había visto demasiadas personas morir a causa de ella.

Aunque, a decir verdad, ninguna de esas personas era blanca.

Así que tomó el tenedor como un veterano y recordó los cadáveres purulentos que había visto en tal o cual sitio. Los apartó de su mente cuando las elegantes pulseras de Alice chocaron contra el plato.

Los ordenadores habían llegado por fin, le dijo.

—¿En serio?

—Dos.

—No jodas.

—Te lo juro.

—¿Funcionan?

—Hasta cierto punto —le dijo. Como había que engancharlos a la corriente tuvieron que esperar a que arreglaran el generador para encenderlos y, cuando

eso sucedió, a media tarde, descubrieron que uno de ellos tenía instalado el Windows 97 y el otro el Windows 95. No es que fueran dos reliquias, es que eran dos reliquias muy diferentes. Podías mover archivos del que tenía el *software* más antiguo al más moderno, pero no al revés. Y no tenían módem.

—¿Qué sentido tiene, joder?

—Podrían servir para formación —propuso él, pero Alice ya había comenzado a llorar.

—No solo son los ordenadores —dijo.

Lloraba como siempre lloraba por las noches: lágrimas imprecisas. Apenas si se le humedecía la cara.

—Lo sé.

Alice trabajaba en mortalidad infantil. Era duro trabajar con niños.

—Deberías pasar más tiempo en la oficina —le dijo.

Sonaba a broma, pero lo decía en serio. Debería centrarse en el reparto de mosquiteras y dejar de mirar cómo los bebés morían por culpa de la malaria.

—Quizá —dijo ella.

Alice, la buena, la dulce, la generosa. Dulce a más no poder. Generosa a más no poder. Emmet se obligó a permanecer sentado, a continuar comiendo y a sonreírle. Tenía treinta y ocho años, tenía las cosas claras. Tenía suerte de estar con ella. Pero aún no estaba seguro de poder llamarlo amor.

El siguiente viaje lo llevó más allá de Mopti. Condujeron a lo largo del ancho río Níger, luego se dirigieron hacia el este por el araño en el polvo que conformaba la carretera. Cuando llevaban siete horas de camino, vieron la sombra donde las langostas habían asolado la tierra, los bordes apagados pero cruelmente precisos, un mapa secreto que cambiaba sobre el mapa de papel, como si el paisaje tuviera su propio clima. Esa fue la línea que siguieron durante los diez días siguientes, con radios manuales y paquetes de pesticida. Cuando regresó a la casa, Alice lo lavó, y él lavó a Alice, y esa fue toda la ternura que ambos pudieron reunir. Alice se sentó con las piernas cruzadas dentro de la mosquitera mientras él se tumbaba tras ella sobre la cama. Alice dijo:

—Tengo quince picaduras.

—¿Quince?

Alice precisó:

—Picaduras frescas. Tengo cinco que están en remisión. Puedo notarlas, ¿sabes? Soy capaz de encontrarlas una a una con los ojos cerrados. La encuentro y luego respiro despacio, dejo que se vaya. Dejo que el picor se vaya.

Un silencio.

—¿Y te funciona?

—Creí que nunca me lo preguntarías —dijo ella. Y luego añadió—: ¿Qué tal el viaje?

—Bien. Sí.

—¿Y qué has visto?

—Ya sabes.

—¿Te has reunido con alguien?

—Sí.

—¿Y los encuentros tuvieron lugar debajo de un árbol concreto?

—Así fue —dijo él.

Él le preguntó si alguna vez, cuando era pequeña, había partido un capullo de fucsia y había chupado el néctar, justo donde comenzaban las faldas de la flor.

—Ay, Dios —dijo ella—. No creo. No.

Cuando salieron esa noche, Emmet volvió a ver el cuenco. Esta vez estaba en el interior de la casa, en el suelo del pasillo. Iba a mencionárselo a Ibrahim pero, como era jueves, Ibrahim estaba deseando irse a casa. También había dejado que el chófer se marchara. Emmet no se sentía capaz de volver a subir al Land Cruiser, estaba harto de que Hassan condujera como un loco, había pasado rozando a una anciana y el cántaro que llevaba en la cabeza se había tambaleado. Tantas mujeres a punto de morir atropelladas por todoterrenos blancos en los distintos países donde había conocido a chóferes como Hassan, más o menos zumbados.

—¡Cuidado con el cántaro!

Miles de kilómetros de caminos de tierra, caminos de grava y carreteras de asfalto agujereado; carreteras que se convertían en ríos, en selvas o en

mercados abarrotados; carreteras que era preferible bordear de lo malas que eran.

Le habló a Alice, mientras caminaban por la ribera del río, del total de piezas abatidas: una cabra, algunas gallinas, algo que volaba como un faisán y destrozó el parabrisas en Bangladés, y muchos bultos que, cuando te detenías a pensarlo, parecían más blandos de lo debido. En Sudán habían atropellado a un antílope diminuto que quedó suspendido ante ellos durante un instante eterno en mitad de un salto, antes de que un casco se enganchara con el capó y el animal acabara bajo el guardabarros.

—¡Bam! La columna rota.

Se dirigían a una fiesta a pie, dándose manotazos distraídamente o espantando a los mosquitos con un trozo de hoja de palma.

—Oh, no —dijo ella.

—Alguien cenó esa noche —dijo él.

—Claro.

No mencionó al niño pequeño en Mozambique que se estampó contra el lateral del coche, trazó un arco y pareció rebotar en el suelo. Se levantó y echó a correr a toda velocidad —hasta sonreía—, sin soltar la bolsa de cacahuetes que intentaba vender. Cojeaba un poco. Quisieron detenerse, pero el chófer arrojó algunas monedas por la ventana y pisó el acelerador.

—¡No, no! —decían los buenos cooperantes—. ¡Para el coche!

—¿Y cómo es? —dijo Alice.

—¿El qué?

—Sudán.

La gente siempre quería saber de Sudán.

Dos mil personas abasteciéndose de agua en el mismo charco de barro. Treinta bombas de agua retenidas en el aeropuerto, todos los documentos trasapelados o extraviados por los cabrones de Jartum. ¿Qué quería que le dijera?

—Mucho papeleo —dijo él.

Quería contarle que el hambre no huele dulce, a diferencia de la muerte, que sí. Desprende un tufo químico, como cuando uno pasa por la peluquería de camino a casa.

Alice le tomó del brazo en silencio.

Las calles estaban muy tranquilas: algunas motocicletas, el sonido distante de los camiones que se acercaban por la ribera. Se veía a las familias a través de las puertas abiertas, murmurando y comiendo, o sentadas contra la pared. No se oía trajín de cubiertos, ni golpes, ni ningún estruendo. Los niños no chillaban, ningún bebé lloraba en ningún sitio. A través de una ventana abierta les llegó el pop-pop-pop de una lámpara de parafina recién encendida. La mujer que la había encendido llevaba un elaborado turbante hecho con un pañuelo verde y la luz, a medida que la llama prendía, despojaba su rostro de sus hermosas sombras. Al pasar, Emmet oyó el crujido del pequeño tornillo.

La fiesta resultó ser un fiasco: una botella que pretendía pasar por Johnnie Walker y un ponche fétido. A la mañana siguiente se levantaron con el canto del almuédano y el alivio de saberse solos en la casa. Pasaron la mañana poniendo al día temas de trabajo y por la tarde tenían pensado coger el bañador e ir a nadar a la diminuta piscina del hotel libanés. Emmet calentó el almuerzo que Ibrahim les había dejado. Estaba a punto de servir la comida cuando oyó que Alice abría la puerta de la entrada.

—¡Vamos! —dijo ella.

Se oyó un ruidito en las baldosas, como un tintineo de cuentas, y Emmet pensó que algo se había caído, quizá se hubiera roto el collar de Alice. Pero cuando entró en el comedor, el collar estaba intacto y el ruidito no se detuvo.

—El almuerzo —dijo él, un poco tontamente, con la olla de estofado (era de cabra) en las manos. Al ir a dejarla sobre la mesa baja, reparó en el perro.

Primero le pilló por sorpresa la blancura del animal, después la mirada lánguida del ojo bueno.

—Por Dios —dijo él.

—¿Qué?

—Bastante mal están ya las cosas.

—No, eso no es cierto.

—Quiero decir en África. Bastante mal están ya las cosas en África como para meter un perro en la casa.

—Solo es un perro —dijo Alice.

—Cómete la comida —le dijo él, sirviéndole el estofado en el plato.

Pero Alice cogió el plato y echó la mitad de la comida en el cuenco — entonces fue cuando él entendió que aquel era el cuenco del perro— que había en el suelo. Llevaba tiempo siendo el cuenco del perro.

—Cómete la comida —repitió.

—¿Acaso eres mi madre?

Emmet llevó la olla a la cocina, regresó, se sentó y comenzó a comer en amigable silencio, o eso esperaba. El estofado era excelente. Al perro también le gustó. Alice dijo:

—Buen chico, Mitch. Buen chico.

El perro comió, luego se aproximó haciendo el mismo ruidito con las patas y le ofreció a Alice su amor nervioso, amagando y agitando la cola hasta que ella le acarició la cabeza con la mano.

—Pobrecito —dijo—. Ven.

El perro apoyó la quijada en el muslo de Alice, dejó escapar un gemido emocionado y la miró a los ojos. Mientras comía con una mano, le acariciaba la cabeza y el cuello con la otra hasta que el perro se derrumbó en el suelo y se tumbó boca arriba con las patas delanteras en alto y las traseras abiertas, para que ella le rascara el costillar y la panza lampiña.

El perro llevaba pegada al cuerpo toda la mierda de la ciudad, algo que no parecía preocupar a Alice en absoluto a pesar de ser la responsable de una campaña para que las jóvenes madres de Ségou se lavaran las manos. Porque lavarse las manos —de eso no hay duda— salva vidas. Un punto a favor del perro, decidió Emmet, era que no tenía la rabia. Y, aunque la tuviera, Emmet estaba vacunado.

Le dijo:

—¿Sabes que Ibrahim se queda normalmente con las sobras?

Alice se detuvo y luego continuó rascando.

—Pobre Mitch —dijo.

Él continuó:

—Es un asco cuando empiezan a sisarte. El personal.

Ella levantó la vista.

—¿Ib nos está robando?

—Eso no es lo que he dicho. No.

Pero ella estaba arrullando al perro de nuevo. Y Emmet necesitaba pensar, por eso se calló un rato.

Fueron caminando hasta el hotel. En el último tramo del camino, Emmet vio a una mujer que estaba llena de bultitos. La cubrían de los pies a la cabeza. Hasta los párpados los tenía abultados, hasta las orejas. Emmet la había visto con anterioridad y ella siempre lo saludaba con esa sonrisa dulce y triste de una mujer que se conforma con que no la apedrees. Era difícil saber dónde estaba el problema. Los bultos estaban debajo de la piel, por lo tanto no eran verrugas y, como no había señales de infección alguna, uno no podía —ni siquiera mentalmente— tratarla con antibióticos y reposo. Quizá fuera un parásito, aunque era la primera vez que lo veía. Era un síndrome. Una enfermedad autoinmune. Una plaga bíblica de forúnculos. Era algo genético, por si no bastara con la maldición de la pobreza y tuvieras que encontrar tu maldición extra, algo único que te hiciera sentir especial.

Y la calle se convertía en un libro de texto de medicina. Personas con miembros amputados. Un tumor a punto de rasgar la piel. El tonto del pueblo sufría esquizofrenia paranoide. Un hombre con glaucoma sudaba bajo los efectos de la fiebre sentado en una silla bellamente tallada, con la cabeza apoyada contra la pared.

Emmet notó el frescor del vestíbulo del hotel.

—Me alegro de verle, señor Emmet —dijo Paul, el recepcionista—. Señorita Alice. Me alegro.

—Sí —dijo Emmet—. ¡Menudo calor hace fuera!

El agua de la pequeña piscina estaba tan caliente que era como nadar en un plato de sopa. Emmet hizo algunos largos sin meter la cara bajo el agua. Luego se aupó en el borde y fue hasta las tumbonas donde Alice había depositado sus cosas.

Pidió un mojito.

—¿Local? —preguntó el camarero, refiriéndose al alcohol. Y Emmet contestó:

—De importación.

Alice le miró con desaprobación. La bebida era obscenamente cara y,

cuando llegó, le pareció demasiado azucarada.

—Salud —dijo, acordándose de sus modales después de darle el primer trago y levantando el vaso.

—Que aproveche —dijo Alice, que estaba sacando el hielo de su refresco de cola con las mismas manos que había tocado al perro. Después lo tiró a la piscina para que se derritiera.

A la mañana siguiente, Emmet se despertó antes de que la resaca hiciera acto de presencia, afortunadamente, y se sentó a meditar por primera vez desde que se había ido a vivir con Alice. Se cruzó de piernas, se colocó un cojín bajo el trasero e inspiró profundamente. El aire penetró en su interior con tristeza y tristemente lo expulsó mientras contaba hasta tres en cada inspiración, luego hasta cuatro y luego dejó de contar. La ciudad había despertado pero estaba en silencio. El mal matutino del bebedor vino a importunarle. Se marchó al poco. Emmet contempló sus pensamientos que, en ese momento, versaban sobre la muerte. Un hombre cayendo de un inodoro portátil en Yuba, medio calcinado. Los pañuelos usados en la mesilla de noche de su padre. Una niña en Camboya con las costillas señaladas y los huesecillos púbicos marcados. Pasado un rato, sus pensamientos ya no giraban en torno a la muerte. Estaba nadando en Lahinch. Paseaba por la finca en Boolavaun. Recordó el sabor de la fucsia cuando le chupas el néctar. Recordó el sabor de Alice.

Justo antes de que saliera el sol, Alice abrió los ojos.

Dijo:

—Estaba soñando con el río.

Se oyó un ruido en el piso de abajo, era Ibrahim que abría la puerta delantera. Se miraron fijamente. ¿Dónde estaba el perro? Emmet había bajado la mitad de las escaleras cuando se acordó de que había dejado salir al perro de casa antes de irse a la cama la noche anterior. Lo que significaba que solo el vigilante sabía con quién habían pasado la velada anterior. En cualquier caso, ahora lo sabría todo el mundo: Emmet y Alice tenían un perro.

O algo así.

Para los musulmanes, los perros son animales impuros, cosa que Alice

sabía perfectamente —había dado esa asignatura en la universidad—, por eso mismo sabía que no había que dejarlo entrar cuando el servicio estaba en la casa.

Daba igual.

—Míralo —le había dicho, cuando llegaron de su tarde en la piscina del hotel y el perro vino a recibirlos en el patio. Emmet lo miró. El perro escondía la cola detrás de la grupa temblorosa, pero pronto comenzó a menearla.

—¡Hola! ¡Hola! —dijo Alice, y le masajeó con los dedos el pelo ralo del cuello.

—Mira qué ojos —le dijo a Emmet. Cuando se volvió hacia él, vio alegría en los ojos de Alice. Fervor.

Emmet consintió. Miró al perro y el perro apartó la vista, pero luego le miró. El bulto rojo no era un quiste, pensó, sino una membrana que se había hinchado.

—Es un alma antigua —dijo Alice.

Emmet rodeó la casa y sacó una botella de Bushmills de su escondrijo bajo el alero del cobertizo. Luego entraron en la casa —los tres— y cerraron la puerta.

Se sentaron y bebieron en el salón mientras el perro se acurrucaba en el suelo; cada vez que se movían enarcaba las cejas o tensaba las orejas.

—Es un cielo —dijo Alice.

Poco después, ella argumentó que Ibrahim no era el musulmán más devoto del mundo. Nunca le habían visto preparar la alfombra para las oraciones, por ejemplo, y se sabía que bebía cerveza (en casa no, en un bar junto al mercado). También era un entusiasta de los teléfonos móviles y de los tonos que imitaban el orgasmo femenino que ella fingía no oír. A pesar de todo, se ofreció para no dejar entrar al perro en las habitaciones donde se comía o se cocinaba.

Emmet sirvió otra copa.

—No sé si tiene que ver con la comida —dijo él.

—¿Tú crees?

—Me parece que es algo ritual, más bien. Lo de que el perro sea un animal

«sucio». No es una cuestión de higiene, no tal y como la interpretamos nosotros en el sentido occidental.

—Vale.

—Se refiere más bien, ya sabes, a que hay cosas que son sagradas y otras impuras.

—Totalmente de acuerdo.

—Creo que la limpieza ritual se refiere, más que a lo que entra en el cuerpo, a lo que sale de él. Mierda. Semen.

—Vale —dijo Alice. Solo lo dejaría entrar en la casa por las noches, después de que Ibrahim se marchara a la suya.

Continuaron sentados en silencio.

—¿Vienes a la cama? —preguntó ella al cabo de un rato. Emmet levantó la copa y se quedó mirándola. Añadió:

—Creo que me quedaré un poco más. Con el perro.

A la mañana siguiente, bajó las escaleras embalado y comprobó que el animal, tal y como recordaba, ya no estaba en la casa y que Ibrahim se mostraba del todo indiferente a lo que había sucedido, o no, la noche anterior.

El domingo por la tarde estuvieron sentados trabajando en el salón mientras escuchaban las noticias del mundo en la BBC con el perro al lado. Cuando Alice terminó con el papeleo se sentó en el sofá de bambú con Emmet y se acurrucaron tanto como el calor lo permitía. Tener un perro en la habitación convertía su relación en algo insólitamente normal.

Alice se apartó de él y se arregló el pelo con los dedos. Preguntó, con cierta pereza, sobre sus novias anteriores.

Había tenido una o dos que le duraron bastante, le contó. El resto no mucho.

—Aunque, en su momento, todas me parecían lo más.

—¿De verdad?

—Nada como una educación conservadora para fomentar la excitación y la vergüenza.

El perro dormitaba.

—Ah —dijo ella.

De hecho, el perro se pasaba durmiendo una cantidad de horas sorprendente.

—¿En Irlanda o dónde?

Emmet la miró, tenía la cabeza apoyada en el respaldo del sofá mientras le acariciaba el pelo con dedos traviosos. Se preguntó de dónde procedía ese dolor insondable, ese que hacía de ella una chica tan dulce y tan feroz.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nada.

—¿Qué?

Más tarde, después de que trasladaran la conversación al piso de arriba, por así decirlo, Alice le contó que su madre siempre pasaba la Semana Santa ingresada en el hospital. Era su época del año. Comenzaba con la floración de los narcisos. Los arrancaba de todos los jardines de la calle. Cuando Alice volvía a casa del colegio se encontraba la casa abarrotada de amarillo y a su madre con verdugones en las manos, a la altura de donde había tirado de los tallos. Los vecinos a los que se los había robado no decían nada. Y durante dos o tres semanas, se lo pasaban de miedo. Era tan tan divertido. Cuando llegaba el Domingo de Pascua ingresaban a su madre en el hospital como un conejito que se hubiera quedado sin pilas, sin fuerzas para llevarse el pitillo a los labios, y Alice tenía que encargarse de la casa durante las siguientes semanas.

—¿Qué edad tenías? —preguntó él.

—Todas las edades. Sabía poner la lavadora con nueve años.

Por eso Alice quería ayudar a la gente. Esa era también la razón de que fuera tan tan divertida.

—Bueno, yo creo que eres estupenda —dijo él.

—¿Tú crees?

—Sí —dijo Emmet—. Fuiste capaz de convertir todo aquello en algo positivo.

Alice, que estaba tumbada de espaldas, comenzó a reír: un gorjeo delicioso que Emmet pensó que acabaría desbocándose, de tanto dolor que transmitía. Entonces ella se detuvo y dijo:

—Bueno, entonces todo arreglado, ¿no?

Pasado un buen rato se giró hacia él como una niña, tendiéndole los brazos abiertos. Cuando él consiguió distinguir sus pestañas en la oscuridad, vio que se había dormido.

Emmet continuó despierto, celoso de su descanso. El calor era peor por las noches, cuando no había sombra, porque todo era sombra. En la oscuridad el calor era omnipresente, como si te ahogaras en tu propia sangre a temperatura ambiente.

Trató de recordar un día de abril en casa, tan fresco, la frescura del interior de un huevo de Pascua.

Recordó el aeropuerto de Ginebra, un lugar donde, después de dieciséis meses durísimos en Sudán, sintió la necesidad irrefrenable de tumbarse en el suelo, limpio y perfumado. Un establecimiento tras otro, prendas de cuero, juguetes de peluche, tiendas de bombones y relojes Swatch, Cartier, Dior. Emmet entró en una tienda con la intención de comprar un regalo para su madre. Observó la obscena hermosura de las mercancías: bolsos de cuero finísimo y cadenas de plata que en realidad eran de platino. Acarició cincuenta fulares de seda con manos temblorosas, intentando imaginar qué le gustaría de cada uno. Terminó comprando una caja de bombones suizos, los guardó en su apestosa mochila de lona, con la tierra roja de Sudán todavía adherida a las costuras. Los pasó por el arco de seguridad, los guardó en el compartimento superior del avión. Su padre ya estaba demasiado enfermo para ir a buscarle al aeropuerto, por eso él mismo cargó con los bombones en el autobús y cruzó con ellos el puente de arco que conducía a casa.

—¡Oh, no! —exclamó Rosaleen, porque estaba a dieta—. ¡Oh, no! ¡Bombones!

Emmet no solo tenía que perdonar a su madre, evidentemente. Tenía que perdonar a un planeta entero por los excesos del aeropuerto de Ginebra. Por la fragilidad de su padre. Por el temblor de sus manos, que achacó a una giardiasis, aunque se debía a que su vida se desmoronaba. A su madre se le podían reprochar muchas cosas, pero no aquello.

Emmet se sentó en el borde de la cama con los pies asomando bajo la mosquitera. Al otro lado de la puerta del dormitorio, oyó que el perro, olvidado, frotaba y rascaba la puerta con suavidad. Luego oyó un suspiro y el

cuerpo peludo que se deslizaba contra la madera. Después, silencio.

—¡Ven, Mitch!

Alice tenía una voz «especial» para el perro que molestaba a Emmet hasta límites insospechados. Le colgaba al animal collares y sostenía una galleta entre los labios para que él se la birlara con la boca.

Al mismo tiempo, algo en el tono que Emmet empleaba hacía que Mitch se comportase como un chucho apaleado. Si levantaba la mano, el perro retrocedía despavorido.

—No pasa nada. No pasa nada.

Si se acercaba más, el perro lo recibía con un gañido agudo.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó Alice, la primera vez que sucedió—. ¿Qué le has hecho?

Era un círculo vicioso difícil de romper. Cuanto más se encogía el perro, más perdía la paciencia Emmet. Cada vez que veía a Mitch temblando contra la pared, Alice se mostraba suspicaz. El sexo se acabó, eso quedó claro. Si me quieres a mí, quieres a mi perro. Emmet terminó cortejando a la criatura con galletas que alineaba en el suelo. Cada noche, el perro se acercaba un poco más, hasta que por fin se comió la galleta que Emmet le tendía entre los dedos. Luego metió la cabecilla bajo la mano de Emmet y dejó escapar un gemido.

—Bingo —dijo Alice.

Tras un instante de duda, Emmet le acarició al perro la cabeza y le rascó detrás de las orejas.

—Eso es.

Encontró interesante la duda, denotaba frialdad. La duda le agradó.

—Es fácil sentirse tentado —dijo él— a pegarle una patada.

—¿Cómo dices? —dijo Alice.

—Ya sabes a lo que me refiero —dijo Emmet. Pero ella no lo sabía y llamó a Mitch para que se fuera con ella.

—¿Qué dice este? ¿Sabes de qué habla?

—Oh, por amor de Dios —dijo Emmet.

Y Alice levantó la vista y dijo:

—No, la verdad es que no.

Alice quería conseguir gotas de antibiótico para el ojo del perro, pero el quiste rezumaba y Emmet no creía que esa fuera la mejor manera de proceder. Además, en la ciudad no sobraban los antibióticos precisamente. Por eso ella hirvió solución salina y se la aplicó con una jeringa que había traído de la maternidad. Una semana después la burbuja dejó de rezumar. Justo entonces advirtieron lo lustroso que se estaba poniendo el perro. La panza rala y rosada se estaba poblando de pelo blanco. Sacaba la cola de entre las piernas y la erguía, a veces incluso con orgullo.

Podría haber sido peor. Podría haber sido un niño.

Emmet se encariñó con una niña en Camboya durante su primer año sobre el terreno. Se pasaba las noches en vela planeando su futuro, porque se derretía al pensar en aquella manita entre las suyas. Pensó que si salvaba a aquella niña, el horror Camboya cobraría sentido. Esas cosas suceden. El amor sucede. Hay cosas que están en tu mano, si tienes la previsión y el dinero necesarios, pero hay otras que no. El niño termina abandonado —lo había visto tantas veces— y el cooperante llora en el avión, presa de tanto amor, y el niño desvalido llora tirado en el suelo, porque ahora es mercancía defectuosa, y sus perspectivas son aún peores que antes.

Mejor un perro.

Ibrahim lo sabía. No había manera de ocultarlo, aunque era algo desafortunado que hubiera descubierto los excrementos del perro antes de descubrir al perro en sí, una mierda seca que Mitch había depositado en la habitación pequeña junto a la cocina. Emmet llegó a casa y se los encontró a los tres mirándola: Alice, Ibrahim y Mitch. El vigilante, ahora que lo pensaba, se había mostrado de lo más circunspecto cuando le abrió la puerta.

—*Bonsoir, monsieur.*

Emmet ni siquiera sabía que el tipo hablara francés.

Ib no lo estaba esperando junto a la puerta para coger su equipaje. De primeras pensó que la casa estaba vacía, pero después oyó la voz de Alice y se dirigió a la cocina, donde se los encontró a todos agachados alrededor de la caca.

—¿Qué tal en la oficina? —preguntó Alice, lanzándole una mirada para darle a entender que tenía todo bajo control. Él contestó:

—Bien.

Emmet no le echó demasiadas cuentas a Ibrahim pero sí que lo notó silencioso durante la cena. El silencio le parecía bien. La comida era buena, el servicio casi meditativo. Si estaba enfadado, Emmet no fue capaz de distinguirlo, ni siquiera cuando Alice le dio de comer al perro de su propio plato con las manos. Después de aquel episodio, el perro durmió dentro de la casa, en una cama de trapos junto a la pared del salón.

—Creo que se gustan —dijo ella. Pensó que habían conectado de verdad. Ib, por ejemplo, llamaba al perro por su nombre.

—Cosa que tú no haces.

Pero era evidente que Alice se sentía humillada por la escena en la alacena y por las miradas aterciopeladas de Ibrahim de los días siguientes. Notaba su desdén, o imaginaba que lo notaba, y estaba dispuesta a ofenderse a todas horas. Cuanto más cuidado ponía él, más lo empeoraba. Servía el agua primorosamente, colocaba los cubiertos con tanto esmero y tanto tacto que a ella le entraban ganas de abofetearle.

—Me pone los pelos de punta —decía. Y añadía—: Nunca sabes por dónde anda en esta maldita casa.

Cada vez que follaban, Alice quitaba las sábanas de la cama y las dejaba en el suelo hechas un montón.

Se sintió aliviado cuando tuvo que viajar a la ciudad a pasar una semana de atasco continuo y disfrutó al mezclarse con los chicos del Gobierno, los chicos de la ONU y los chicos de la FAO. No es que Bamako fuera el aeropuerto de Ginebra, pero aun así causaba impresión. A veces, Emmet creía que quería un despacho con su buen aire acondicionado, su cafetera Nespresso y Skype a discreción, pero comprendía que un despacho con su buen aire acondicionado equivaldría a una crisis nerviosa. Emmet y su crisis nerviosa pasaron juntos una entrañable temporada después de Sudán, con el padre en el lecho de muerte y Emmet sentado en la casa esperando a que le hicieran efecto los antidepresivos. ¿Cuánto tiempo le duró? ¿Tres meses? ¿Cinco? En cualquier caso, fue un año tirado a la basura.

Ahora estaba bien. Habían pasado diez años. Él y su crisis nerviosa habían mantenido las distancias en las múltiples ciudades humeantes y pestilentes por las que había pasado, de Dacca a Nampula, aunque no la subestimaba ni la daba por desaparecida. Tumbado en las sábanas limpias del Hotel Radisson de Bamako, Emmet notaba su presencia en los conductos del aire, como la legionela.

En su última mañana en la ciudad, Emmet contactó con un tipo que conocía a otro tipo en Veterinarios sin Fronteras y concertó una cita con él en el bar del Radisson. El veterinario resultó ser una mujer de Nebraska llamada Carol de cuerpecillo prieto, vestida de lino limpio color caqui. Escuchó embelesada el problema del ojo del perro y luego dijo:

—Antes de nada, pidamos otra copa. —Cuando la copa llegó, dijo—: Bueno, vamos a curar a este chico. —Y envió a Emmet de regreso al norte con la buena noticia de que la pompa del ojo podía curarse fácilmente—. A menos que tenga seguro, en cuyo caso hacen falta las manos de tres tipos y anestesia total. —Se apretó debajo del ojo con la punta de los dedos para demostrarle cómo se hacía y luego hizo lo mismo con el ojo de Emmet, mientras decía—: Oye, si le entra uretritis repites la misma operación en la minga.

Después de aquello, Emmet no pudo desembarazarse de ella hasta que se hartó de copas. Pero había merecido la pena, ahora podía llevarle una solución a Alice. La dulce Alice, todo corazón, con su pasión por la microeconomía y su cuerpo de blancura medieval bajo el ventilador encendido.

También llevó consigo un paquete de doce rollos de papel higiénico Andrex, tres cajas de bolsitas de té Twinings y un bote de Nutella. Entró cargado en la casa y fue de una habitación a otra hasta encontrarla en el piso de arriba con Mitch, ambos metidos en la cama bajo la mosquitera.

—Hey, holaaaaa —dijo ella.

Sorprendentemente, Mitch movió la cola y levantó la mosquitera con ella, como si fuera un muñón. Luego Alice salió de la cama y Emmet supo de inmediato que algo iba mal.

—¿Dónde está Ib?

Para empezar, la casa estaba demasiado silenciosa.

—Enfermo.

—¿Cómo que está enfermo? ¿Cómo estás tú? ¡Mira! ¡Mira lo que traigo!

—¡Nutella!

Y Emmet sostuvo el bote en alto, obligándola a pelear con él. Una vez en la cocina, le preguntó:

—¿Qué le pasa a Ib?

—Está enfermo.

—¿Qué tiene?

—Él enfefeeeremo. Se fue a casa el jueves.

La gente siempre estaba enfefeeerema, lo decían con una imprecisión resignada. Les dolía la espalda, les dolía la cabeza. A Emmet le dejaba alucinado que gente que apenas tenía qué llevarse a la boca tuviera tiempo de darse cuenta de que tenían los hombros entumecidos o el reflujo ácido, pero así era. Pensaban que cualquier cosa podía matarles. Y, a veces, estaban en lo cierto.

—¿Ha venido alguien?

Alice dijo que un chico asomó la cabeza por la cocina sin pedir permiso siquiera, le tendió la mano para pedirle dinero y dijo: «Yo comprar».

—¿Y?

—Y él compró —dijo ella—. No tengo ni idea de quién es.

Más tarde, después de una cena improvisada que era una mera excusa para un postre a base de Nutella, ella le dijo:

—He ido a verle esta tarde.

Entonces Emmet pensó que algo realmente malo le había pasado a Ibrahim y por eso ella había esperado tanto para mencionarlo.

—¿Se encuentra bien?

—Es un rebrote de malaria. —Le había llevado Malarone y paracetamol. Se encontró a Ibrahim temblando bajo seis mantas, sudando sin parar y «a todos metidos en la habitación». Se detuvo, buscando la palabra precisa—. Todos los hijos y su mujer.

—Largo de aquí —le dijo. Mitch estaba intentando gorronear comida y Alice lo apartó. Él volvió a meter el hocico y esta vez le dio un verdadero

empujón—. ¡He dicho que te largues!

Mitch le dirigió a Alice una mirada herida de soslayo, pero ella no se disculpó. Lo observó mientras se marchaba con el rabo entre las piernas.

—Quizá deberíamos hacernos vegetarianos —propuso ella—. ¿Crees que los perros pueden ser vegetarianos?

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Algo ha pasado.

—Es una tontería —dijo. Y trató de reprimir una sonrisita que se negaba a marcharse.

Cuando salió de casa de Ibrahim, la siguió una cuadrilla de niños, lo normal, y cuando trató de despedirse de ellos con la mano, uno de ellos empezó a hacer un ruido. Era uno de los hijos de Ibrahim. Un niño pequeño de ojos solemnes. Al principio no sabía qué estaba haciendo, luego se dio cuenta de que estaba ladrando.

—Y entonces todos le imitaron —dijo ella. Seis, quizá diez niños pequeños, todos ladrándole y frotándose la barriga.

Una mujer que pasaba comenzó a reírse de la señora blanca que no podía librarse de los niños que le ladraban. Un escarnio público, como aquella vez que tuvo que cagar tras un arbusto y todo el mundo comenzó a desternillarse de risa porque había pisado la mierda de alguien. Le entraron ganas de decirles: «He venido a salvar la vida de vuestros hijos, cabrones». En cualquier caso, las burlas se repitieron, los viandantes la señalaban y ella retrocedió ante la pandilla de niños como si estuviera en una peli de serie B, luego dio media vuelta y echó a correr.

—La verdad —dijo ella— es que creo que querían comerse al perro.

Emmet entendió que ahora ya podía reírse.

—Pensé que querían comerse a Mitch.

—No creo que fuera su intención —dijo él—. No.

Querían comerse la comida del perro. Cuando llegó a casa, Alice entendió que Mitch comía más carne que los hijos de Ibrahim en una semana. Lo cual no era ninguna novedad. Solo que no se le había...

—Tira el pan —dijo Emmet.

—¿Qué?

—Tiene bichos. Tíralo.

Se notaba que Ibrahim estaba enfermo, el pan estaba lleno de puntitos negros en movimiento.

—No encontrarás pan vegetariano en esta ciudad —dijo Emmet. Y arrojó el mendrugo al suelo, gritando—: ¡Morid, cabrones!

Alice cogió el suyo y le echó un vistazo.

—Puaj.

Él tiró el pan contra la pared.

—¡Fuera! ¡Fuera! —exclamó, mientras Alice chillaba y soltaba su mendrugo sobre la mesa, agitando las manos con espanto.

Emmet se levantó para recoger el suyo y le distrajo un ruidito inofensivo que desencadenó la tragedia. Ambos lo oyeron, luego miraron a Mitch y vieron que se estaba formando una piscina en el extremo de una de las temblorosas patas traseras y que la otra la tenía encogida.

—Oh, no —dijo Alice.

Los bordes de la piscina aguantaron hasta que cedieron a la presión. Un arroyo de pis comenzó a discurrir por el suelo.

—¡Mitch! ¡Para ya!

Alice exclamó:

—¡Siéntate! ¿Qué estás haciendo?

—¿Que qué estoy haciendo? Mira lo que está haciendo él.

—¿Por qué estás gritando? Lo hace porque estás gritando. —Ahora era ella la que gritaba—. ¿Por qué tienes que ser así?

Mitch estaba encogido de miedo contra la pared y tenía la vista clavada en Emmet. Cuando Alice se acercó para tranquilizarlo, dejó caer al suelo una última y patética gota de pis.

—Dios —dijo Emmet.

No quedaba más remedio que serenar al perro, cosa que hizo Alice, y limpiar los meados, cosa que hizo Emmet, utilizando una parte considerable del valioso papel higiénico Andrex blanco de dos capas.

Después de aquello se sentaron a terminar de cenar.

—Bueno —dijo Emmet.

Mitch se desmadejó en el suelo junto a Alice dispuesto a reconciliarse, mientras ella lo alimentaba y lo acariciaba y terminaban de comer en silencio. Un rato después, con la parsimonia propia de una mujer que ni siquiera sabe que está buscando pelea, Alice anunció que había decidido subirle el sueldo a Ibrahim.

—Genial —dijo Emmet.

—Lo digo en serio.

—Claro. Cómo no. Vamos a darle dinero a Ibrahim. Montones de dinero. No me supone ningún problema.

—Eres un tacaño —dijo Alice.

—Repasa las directrices —dijo él.

—Lo eres —dijo Alice—. Eres un cabrón insensible.

Continuaron comiendo.

—Déjame intentar una cosa —dijo él—. ¿Vale?

Emmet acarició al perro y dijo:

—No te preocupes, Mitch, no vamos a comerte.

Luego tomó el morro del perro con ambas manos y miró a Alice. Después presionó delicadamente con el pulgar sobre el lagrimal hinchado del perro.

Mitch reculó y trató de incorporarse, pero Alice lo agarró de la caja torácica y lo sujetó mientras Emmet volvía a cogerle la cabeza y presionaba con el pulgar en el lagrimal del ojo. Apretó la burbuja de carne y la volvió a introducir en la cuenca del ojo, al tiempo que cerraba los suyos para sentir mejor el bulto bajo el tembloroso párpado inferior del perro. Notó que la burbuja se desinflaba y desaparecía, como si el aire se hubiera escapado y, cuando soltó a Mitch para echar un vistazo, el perro parpadeó, curado y ofendido. Luego volvió a parpadear. Se apoyó sobre las patas delanteras y giró la cabeza a un lado y a otro. Luego se sacudió con una precisión violenta, de la cabeza a la cola. Se acercó torpemente a la cama de trapos de la esquina, donde dio vueltas y revueltas hasta que se tumbó. Luego volvió a levantarse y se abalanzó contra un cojín como si fuera una alimaña que se hubiera movido.

—Quizá mañana le vuelva a salir —dijo Emmet—. En cuyo caso, no tenemos más que repetir la operación.

—Buen truco.

Se vio a sí mismo como una criatura vacía, solo le interesaba el sexo, pensó Emmet, mientras comprobaba que las facciones de Alice se ablandaban de puro deleite.

—¿Nutella? —dijo él.

A mediados de diciembre, Alice se fue a casa. Se marchó como una colegiala, con carpetas llenas de papeles para el director y una bufanda blanca y negra, burda e implausible.

Emmet trató de imaginársela vestida con una prenda tan incómoda y tan abrigada. La vio en una cocina repleta de narcisos inverosímiles; la madre loca, los dos hermanos «de pocas palabras». La casa colonial se vació de porquerías. Alice se llevó todo consigo: los tapices de la pared, las máscaras dogón. Todo fue a parar a una maleta que acabaría depositada sobre el linóleo setentero de una casa de Newcastle, apestando a mierda de camello. Emmet deambuló por las habitaciones vacías como un extraño, sin saber dónde sentarse. También Ibrahim estaba más serio ahora que se habían quedado solos: hacendoso y masculino, se comportaba como si hubieran llegado a un pacto. Más o menos lo habían hecho. Para empezar, el perro viviría fuera.

Todas las noches ladraba. Confinado al espacio entre la casa y el muro circundante, aullaba al ocaso repentino, como si dudase del amanecer.

El día 24, Emmet salió de viaje y dejó dicho que alimentaran a Mitch en su ausencia, aunque no esperaba que le dieran mucho de comer. Le llenó el cuenco hasta arriba antes de marcharse. Cuando regresó después de una semana, comprobó que lo recibía correteando con alegría perruna.

—¡Hola! ¡Hola!

Aunque cuando los ojos sanos del perro y los suyos se encontraron, ambos estaban pensando en Alice.

—Volverá pronto, chaval. Volverá pronto.

A mediados de enero le llamó desde Bamako. Emmet salió a comprar cerveza y jabón y metió a Mitch de nuevo en la casa.

—No se lo cuentes, ¿eh?

Solo había pasado un mes, pero el perro parecía confundido. Caminaba de

una habitación a otra como si no reconociera la casa. Luego regresó a la puerta delantera y la rascó para que lo dejaran salir. Cuando Emmet abrió la puerta, vomitó sobre el escalón.

—Mierda —dijo Emmet. Probó a tentarlo con una galleta, pero Mitch no parecía interesado en las galletas y Emmet tuvo que llevarlo a rastras hasta la cama de trapos. Luego llamó a Ibrahim.

—¿*Monsieur* Emmet, señor?

Ambos estudiaron al perro, que se había echado y jadeaba. La respiración le salía sibilante.

—Él enfermo —dijo Ibrahim.

—Sí.

No se movieron por un instante.

Emmet dijo:

—¿Sabe qué, Ib? No he llegado a darte el aguinaldo. —Luego le entregó al tipo diez dólares y ahí quedó la cosa.

Cuando Alice llegó esa noche, el perro sangraba por la nariz. Lo descubrió después de que este dejara un reguero de sangre en sus pantalones de camuflaje. La alegría del regreso se convirtió en tragedia en un instante. No había pasado de la puerta.

Mitch tenía alguna herida interna y su respiración entrecortada evidenciaba un dolor indeterminado. Alice le palpó la barriga hinchada y, mientras él le olisqueaba la mano, se echó a llorar como un niño desahuciado. Alice, que no se había despojado de la ropa del viaje manchada de sangre, se sentó a su lado y se colocó la cabeza del animal en el regazo. Ibrahim entró con periódicos y trapos viejos y se marchó a casa en silencio.

—¿Le ha pegado alguien? —preguntó ella—. Quizá lo ha atropellado una moto. O un coche.

Pero Emmet le dijo —y estaba prácticamente seguro de que era cierto— que el perro no había salido del patio. Alice había entrado en pánico. Se sentó junto a Mitch, que lloriqueó un poco más y luego se durmió. Ladraba en sueños, un sonido extraño e incompleto que también sonaba a llanto. Y más sangre.

Emmet probó a llamar a Carol, la veterinaria de Nebraska, pero su teléfono

africano hacía sonidos raros y la oficina de Bamako, como era natural, estaba cerrada.

—¿Has podido localizarla? —dijo Alice.

—Creo que se habrá marchado a casa.

—Déjame ver —dijo ella, instándole a que le entregara la tarjeta de la veterinaria, manchada (aunque esto Alice lo ignoraba) de Jack Daniel's.

—¿Qué hora es en América? —preguntó, tecleando el número en el móvil. De pronto, Emmet se enfadó tanto que tuvo que apartarse.

Una hora después, como si quisiera retomar una conversación inconclusa, Alice dijo sin venir a cuento:

—Ni siquiera sé por qué estás aquí.

Él dijo:

—Ven a la cama.

—Si no crees en nada, ¿qué estás haciendo aquí realmente?

Emmet no le recordó que había sido él quien le había curado el ojo al perro, que, aunque no lo quería, le había ayudado. Le dijo:

—Ven.

Y ella se arrastró escaleras arriba una hora o dos, no sin antes hurgar en su equipaje en busca de su pequeño despertador.

Emmet observó a Alice mientras dormía, el movimiento imperceptible del pecho, las laderas de su cuerpo bajo la sábana blanca. En el piso de abajo, el perro emitía un extraño silbido al final de cada inspiración y Alice se mostró indiferente, casi feliz. Emmet pensaba en el trabajo. Su siguiente viaje le llevaría más allá de las escarpaduras de Bandiagara, ciento cincuenta kilómetros de colinas atestadas de casas de barro, como nidos de vencejos. La humanidad habita en las grietas. A veces Emmet creía que lo que amaba era el paisaje, la forma en que se extendía cuando te adentrabas en él y las colinas iban surgiendo. El placer de las brechas entre las montañas.

Cuando se despertó, Alice había regresado a su puesto en el piso de abajo, sentada contra la pared al lado de Mitch. Había refregones de sangre en el suelo donde el perro había metido el hocico. Estaba prácticamente inmóvil.

Cuando oyó a Emmet, el animal abrió los ojos y buscó la mirada de Alice, y ella se agachó para dejar que el perro le lamiera la cara, acercando la mejilla

y la boca para que la chupara con la lengua pálida. Los dientes del perro eran muy oscuros, las encías casi blancas. Alice le apoyó cuidadosamente la cabeza en el suelo y apoyó la suya en la pared con tristeza. Mitch tosió. Escupió una sangre color escarlata que le salpicó el brazo pálido. Alice la observó con indiferencia.

—Voy a preparar un té —dijo Emmet.

Salió al retrete y levantó la vista al cielo, a las estrellas que se replegaban, mientras se disponía a mear. No pasaba nada porque la lamiera. Los perros no pueden transmitir la tuberculosis y, en cualquier caso, el perro no tenía tuberculosis. Lo que le inquietaba era la sangre en el brazo y los dientes oscuros del perro. Una sensación que no era capaz de identificar. Hasta que la identificó.

Cuando estaba acabando de mear, tuvo una reacción extraña. Una especie de oscuridad le recorrió la columna. Tuvo que volverse y sentarse en el retrete para no caer al suelo. Se acodó en las rodillas y extendió las manos ante él. Entonces lo vio. Aquel episodio olvidado, ahora indeleble. Un perro en Camboya con el brazo de una mujer en la boca.

Durante su primer año sobre el terreno, estuvo destinado a un puesto junto a la frontera tailandesa. La zona estaba plagada de campos de minas y los sanitarios llevaban a cabo quince o veinte amputaciones al día. Arrojan los despojos a un montón en el exterior de la tienda que hacía las veces de hospital y, si tenía un momento libre, una de las enfermeras se liaba a tiros con los perros carroñeros. Organizaron equipos para cavar fosas, pero también tenían que cavar letrinas y los perros no eran letales, mientras que la diarrea sí. Era difícil de creer, pero era cierto. Durante al menos quince días, su única defensa contra la profanación fue una enfermera de gatillo rápido llamada Lisbette oriunda de Auvernia, que llevaba consigo un revólver cada vez que salía a fumarse un pitillo.

Pronto se convirtió en algo habitual. No era agradable, evidentemente. Solo normal. Un perro con un brazo humano en la boca.

En aquel momento, sentado como un imbécil en un retrete del África occidental, había dejado de ser normal.

Emmet se apoyó contra los bloques de hormigón de la pared, escuchando a

su cuerpo, pensando: «Así es como mueres».

Cuando por fin logró salir de allí, con una guirnalda de picaduras de mosquito madrugador en cada tobillo, Alice seguía en el mismo sitio, al pie de las escaleras. El perro sangraba por el ano y estaba prácticamente muerto. Ella no le reclamó la taza de té. Solo lloraba y lloraba.

Con la salida del sol Ibrahim entró en la casa. Se detuvo a contemplar la escena sangrienta en el comedor y luego se escabulló en dirección a la cocina. Todo estaba en silencio. Emmet se lo imaginó allí dentro, apoyado contra el fregadero.

—Pronto hará calor, Alice.

Alice respondió con una vocecilla, le pareció que decía «sí». Se estiró y se rascó distraídamente la tela de los pantalones donde la sangre se había secado.

—Date una ducha.

La tomó de la mano y la ayudó a levantarse. Se marchó trastabillando al piso de arriba y Emmet entró a la cocina, donde Ibrahim estaba completamente inmóvil con la bolsa en la mano, listo para ir al mercado.

—¿Todo bien, Ib?

—Duele —dijo Ibrahim.

—¿Sí? ¿Un poco?

—Sí, un poco enfermo.

—Ya. Bueno, márchate. No te preocupes por el perro, Ib. Yo me encargo.  
*N'inquiètes-pas du chien.*

—*Non, monsieur. Merci, monsieur.*

Cuando se marchó, Emmet le envió un mensaje a Hassan. Percibió los pasos erráticos en el dormitorio del piso de arriba y miró los dientecillos del perro, congelados por la mueca de la muerte.

—Oh, tío —dijo Hassan al llegar—. Qué sucio está. Sangre. Un puto perro muerto. Yo no toco esa cosa, tío, que vomito. ¿No lo sabes? Por esto voy tres semanas al infierno.

—Venga, Hassan, amigo mío. Venga.

—Es como si me pides que ensucie mi alma. Yo te quiero, Emmet, pero no

voy a hacer algo tan asqueroso.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto cuesta mi alma? OK. OK. Envuélvelo con algo. OK. Ahora vuelvo.

Y regresó sorprendentemente rápido. Trajo consigo a un hombre pequeño y fornido, un «cristiano» que ayudó a Emmet a envolver al perro en un trozo de arpillera y que luego se echó el cadáver al hombro. La pelusa blanca de la cola de Mitch le colgaba sobre la espalda. Estaban a punto de marcharse cuando Alice apareció en lo alto de las escaleras.

—¿Dónde os lo lleváis? —preguntó.

Emmet la miró.

—¿Puedes encargarte de limpiar? —dijo él, señalando la sangre del suelo, pero Alice hizo oídos sordos.

—Enterradlo —dijo—. Quiero que tenga un entierro digno. —Se la veía tan solemne allí quieta.

—Sí, *madame* —dijo Hassan.

Una vez en la puerta, Emmet le dijo:

—No lo tires al puto río, Hassan. La gente bebe de ahí.

Luego sacó el dinero. Hassan dijo:

—Tres dólares.

—¿Tres?

—Sin comisión.

Le entregó los billetes y se marcharon, después de que el tuareg les abriera el portón muy ceremoniosamente. Pero, en lugar de dirigirse al Land Cruiser y meter el perro en el maletero, el «cristiano» se alejó de ellos sin mediar palabra, en dirección al mercado y al río.

Emmet le observó marcharse.

—Dame media hora —le dijo a Hassan.

Hassan soltó una carcajada.

—Te quiero, amigo mío —le dijo—. Cuando estés limpio te daré un beso.

Aquella noche, Alice dijo que Ibrahim había envenenado a Mitch.

—Raticida. Le ha dado raticida. Tenía una hemorragia interna. Por eso ha

muerto.

—Ib es un buen tipo.

—¿De veras?

—Sí, lo es.

—Entonces se supone que tengo que vivir con un hombre así. Que tengo que comer la comida que prepara.

—Sí, así es. Sí.

Ella comenzó a llorar.

Emmet tenía una ligera idea de quién había envenenado al perro, pero no estaba dispuesto a despedir al hombre equivocado. Dijo:

—¿Podemos dejarlo aquí?

—¿Dejarlo?

Emmet se puso serio.

—Alice —dijo—. No es más que un perro.

Y supo al instante que ese había sido el fin de su relación.

Esa noche, después del sexo, ella levantó una pierna, corta y blanca, y se quedó mirándola en la penumbra, volviendo el pie a un lado y al otro. Stefan, el tío sueco, decía que tenía «un cuerpo anticuado», lo que ella interpretaba como «gordo», pero entonces él le explicó que no estaba gorda, sino que era como las mujeres «de antes de la guerra». ¿Qué pensaba Emmet, creía que estaba gorda?

—Claro que no —dijo Emmet.

—Me lo encontré en Bam —dijo ella.

—Ah, ¿sí?

—Sí —dijo ella.

A la semana siguiente, ella prácticamente había dejado de hablar. Tampoco había mucho más que decirse. Una noche, ya tarde, Emmet dijo:

—Te quiero, Alice, creo que estoy enamorado de ti.

Ella se detuvo donde estaba y luego continuó caminando.

La noche siguiente era jueves. Ella había bebido algunas copas de más y dijo:

—Siempre lo dejas hasta que es demasiado tarde, ¿verdad? Esperas hasta que todo ha terminado y entonces dices que acabas de empezar. En plan: Oh,

si yo te quiero, ¿por qué las mujeres son tan malas conmigo? ¿Por qué nunca logro que dure una relación?

Emmet no dijo nada.

De todas maneras, él estaba recogiendo sus cosas. Alice también se iba a mudar. No tenía ninguna razón para odiarla tanto como creía odiarla en ese momento. Tenía ganas de chillarle. O de pegarle, quizá. Quería decirle que se marchara a casa a rescatar a unos putos roedores, porque en África era una completa inútil y acabaría matando a más gente de la que ayudaría. Y no pasaba nada, le hubiera gustado decirle, todo aquello estaba muy bien en términos sentimentales pero, a fin de cuentas, el amor no les sirve de nada ni a las personas ni a los animales cuando no hay justicia en este puto mundo.

También le hubiera gustado decirle que era maravillosa y que siempre siempre tenía razón y que él, Emmet, era un ser humano de mierda.

—Lo siento —le dijo.

Cuando regresó a casa, ella se había marchado. Encontró dinero para pagar el alquiler en el escritorio, cosa que le dio mucha pena, y una nota en la cama que no quería leer. Alice tenía una letra infantil, con circulitos sobre las íes y lengüecitas en lugar de puntos. La letra de Alice le hacía sentir como un perverso. La nota estaba escrita en una única hoja de papel, contenía los mismos versos de Rumí que cita todo el mundo.

*Ahí afuera, mas allá de las ideas sobre la bondad  
o la maldad, hay un lugar.  
Te encontraré allí.*

Emmet no se duchó. Se caló el sombrero y bajó las escaleras, mientras decía a voces:

—¡Llegaré tarde!

E Ibrahim, que no había salido de la cocina desde que él había vuelto, le gritó:

—OK, *monsieur* Emmet. *Bonsoir!*

El tuareg de la puerta llevaba un turbante nuevo color índigo, recién teñido,

para una boda, quizá. Azul auténtico. El velo que le colgaba bajo la barbilla le había manchado las mejillas, lo poco que se veía de ellas, tras años de tinte. A Emmet se le ocurrió que los tuaregs iban y venían, que quizá hubieran pasado distintos hombres por su puerta y que por eso nunca llegó a saber a cuál de ellos se dirigía o quién había envenenado al puto perro.

Pobre Mitch. Pobre cabrón.

Emmet fue hasta el tugurio que había junto al mercado y pidió una cerveza, sin quitarle ojo al tipo loco y sudoroso que tenía a la izquierda. Saludó a los jóvenes que bebían refrescos de cola en una mesita y luego se giró, con los talones enganchados en la barra del taburete, a ver el mundo pasar.

Todo era como debía ser. El mercado era un maremágnum de porquerías que nadie parecía comprar y las verduras estaban expuestas en paños estampados, como si fueran objetos de artesanía.

Un rato después, distinguió a la mujer de los forúnculos, la que estaba cubierta de bultitos de la planta de los pies hasta la cabeza. Al pasar le dirigió a Emmet una sonrisa llena de dulzura y compasión. Emmet le sonrió sin entusiasmo y ella prosiguió su camino cuidadosamente, como si acarreará un cántaro en la cabeza.

# Rosaleen

Ardeevin

2005

En noviembre de 2005, Rosaleen decidió escribir las felicitaciones de Navidad, que eran escasas y, en su mayoría, locales. Pensó que tampoco ella recibiría muchas ese año, o bien la gente había muerto o bien morían las viejas costumbres por culpa del descuido o la dejadez de las familias, incapaces de bajar a la oficina de correos a comprarles unos sellos a los viejos.

Las felicitaciones eran pequeñas y cuadradas, con las palabras «Feliz Navidad» escritas en cursiva en la parte superior. Todas tenían el mismo diseño: un bloque rojo y, en el interior, una duna marrón con camellos y reyes magos dibujados en la arena con tinta negra. Encima, una estrella de David alargada, como un crucifijo que lanzara rayos. La luz de la estrella era del color del papel. El impresor simplemente la había dejado en blanco.

Las felicitaciones eran sencillas pero de calidad. El rojo era muy satisfactorio, más un decorado que un cielo, como sacado de una pintura de Matisse. Bermellón. Rosaleen cerró los ojos complacida ante esa palabra inesperada y el recuerdo de Matisse: una habitación roja con una mujer sentada, vista en una postal o quizá en un libro de la biblioteca. Habían pasado años desde esa imagen y ahí estaba la mujer, sentada en su cabeza, esperando a sorprenderla, como si nunca se hubiera marchado. Esperando su momento, que era un momento corriente, las cuatro y media de un jueves de noviembre, con el sol a punto de ponerse, naufragando en dirección a Nueva

York y, más allá, al resto de América, mientras el mundo giraba.

Listo para cruzar el océano.

—En línea recta —dijo Rosaleen, percatándose del incómodo silencio que la rodeaba. La radio apagada. Ni un gato enroscado en la silla.

—Oh, pequeña Corca Baiscinn —recitó también en voz alta. Luego miró por la ventana oscurecida donde su reflejo comenzaba a ensombrecer el cristal. O la sombra de alguien. Una imagen delgada e insustancial, como cuando revelaron las fotos del viaje a Roma y apareció su perro sobreimpreso en una vista de la plaza de San Pedro, después de que su madre falleciera. Y el perro, que los echaba muchísimo de menos, salió en todas las fotografías, corriendo hacia ellos por la vereda que comenzaba junto a Boolavaun.

Rosaleen miró por la ventana y se puso de pie.

—¡Oh, pequeña Corca Baiscinn, tan agreste, tan desolada, tan hermosa! ¡Oh, pastos pedregosos, de flores exquisitas y singulares! —Entonaba perfectamente. Rosaleen dejó las tarjetas sobre la mesa y se sentó para escribir.

La cocina era la habitación más cómoda de la casa, con el calor del fogón y dos ventanas, una que daba al sur y otra al oeste. Pero estaban en noviembre y había días en los que llenaba una bolsa de agua caliente y apenas podía llegar al pasillo. En el exterior había plantado un cerezo de flor que destacaba ante las ramas desnudas, pero todavía faltaban muchas semanas para que floreciera. Los árboles de hoja perenne ni mencionarlos, le resultaban demasiado deprimentes, aunque cada mes de noviembre se planteaba si plantar una píceas azul o algún ciprés, y cada mes de noviembre lo descartaba. Era un jardín irlandés. Un jardín de árboles caducifolios, excepto la araucaria que había ante la casa. El árbol estaba despeluzado y a partir de los quince metros solo tenía ramas muertas o medio muertas, pero era la araucaria de su padre y eso la llenaba de gozo. Se admitía la araucaria, como solía decir Dan.

—Se admite.

Ah. Y hablar sola, ¿se admitía? Rosaleen sonrió. Cogió una de las felicitaciones y esta vez la observó con los ojos de Dan. Porque había sido Dan —evidentemente— quien le había enviado la postal de la mujer en la habitación roja. La imagen había habitado la puerta del frigorífico durante

años. A Dan, pensaba, le gustaría la pequeña felicitación navideña, que no exigía nada, que era un objeto inocente, de buen gusto. Para ser un chico tan pretencioso, le desagradaban las pretensiones. Se complicaba mucho la vida para conseguir que todo fuera sencillo. Ese era su estilo.

Rosaleen era del mismo estilo. Abrió la tarjeta para examinarla. «Beannachtaí na Nollag», rezaba el encabezado, en irlandés. Maravilloso, ideal para una repisa de chimenea americana. A saber qué pinta tendría. Quizá fuera de granito. O quizá no tuviera y la chimenea fuera un simple recuadro en la pared blanca. Rosaleen alisó la tarjeta y levantó el bolígrafo con una floritura (un bolígrafo de gel especial que había comprado en el nuevo supermercado).

«Mi querido Dan», escribió. Luego se detuvo y levantó la vista.

Un momento después distinguió el origen de su distracción: la repisa para la radio y para las facturas y, encima, un reloj que se había detenido hacía cinco años o más, con la esfera pegajosa de la grasa de la cocina. La pared estaba pintada de rosa palo, un color de lo más ordinario durante el día que se ponía precioso, radiante, con la puesta de sol. Era como vivir en el interior de una caracola. Debajo estaba la pintura terracota de los setenta, el color se llamaba «tierra toscana». Pintó la cocina ella misma subida a una silla, una capa tras otra, hasta cubrir el papel de debajo, un estampado de flores geométricas amarillo chillón que se empeñaban en transparentarse. ¿Y debajo del papel? No lo recordaba. Habría que rascarlo todo y volver a pintar en condiciones o —mejor aún— instalar una pared de cristal, diluir el espacio; sería una especie de éxtasis, como si el cielo acogiera la casa en su seno. ¿Cómo? Como Nuestra Señora de Loreto, evidentemente. Su casa volando a través de los cielos italianos. La patrona de las azafatas por todas partes. Porque a las azafatas les encantaba estar en todas partes.

A Rosaleen no había nada que le alegrara más el corazón que ver un avión surcando el cielo estival.

Bajó la vista al papel blanco que tenía ante ella y lo que había escrito en él, de su puño y letra. «Mi querido Dan».

A Dan le encantaría que hubiera una pared de cristal en la parte de atrás de la casa. Dan rascaría el viejo papel de pared y pintaría la habitación de color

«liquen invernal» u «hongo». Cuando trabajaba en la galería la repintaban cada seis semanas, decía. Contrataría a profesionales para el trabajo, harían el trabajo como es debido.

Rosaleen cogió el papel y le dio la vuelta. Era su felicitación de Navidad y le gustaría. A Dan le gustaban las cosas sencillas. Ahora tendría más de cuarenta años. Cumpliría cuarenta y cuatro en agosto. Su hijo tenía cuarenta y tres años.

Rosaleen intentó imaginarse qué aspecto tendría en ese mismo instante, o recordar cómo era la última vez que regresó a casa, pero solo veía la mejilla suave de un niño de ocho años contra la suya. Su querido niño. Era tan feliz cuando le cogía en brazos, nunca se quería ir. Y no olía a nada, ni siquiera a él. Puede que a hojas. O a herrumbre. Los varones eran fáciles, siempre lo había pensado. Los niños no te daban problemas.

«Pienso en ti a menudo», escribió, «y sonrío cada vez».

Eran otro mundo. Rodeados de su propia esencia, enmarcados por su belleza infantil, pensaba ella. Exhibían su masculinidad como un don.

¿Qué has hecho hoy? Nada. ¿Dónde has ido? A ningún sitio. Aunque ese era más el estilo de Emmet. Dan te lo contaba todo salvo lo que querías saber. Los zapatos del director de la escuela con cuñas secretas, la mujer del pueblo que había ido a Dublín para hacer de público en *The Late Late Show*. Dan era un maestro de lo irrelevante.

«Echo de menos tu cháchara», escribió.

Los ojos de Dan, los ojos de Emmet, cuando miraban a su madre, juguetones e impenetrables. Ojos verdes, moteados de negro. Guijarros bajo el agua.

Era como si los viera dormidos, cada uno en su cama, al pasar ante la puerta de los dormitorios. Emmet tapado con innumerables mantas. Dan despatarrado, con la boca abierta, puro desasosiego, como si soñara con imposibles. Dormía con un grito en los labios. Y, tan pronto como tuvo la oportunidad, se marchó.

*Durante toda la noche te soñamos y al alba nos creímos juntos.*

Se dejó llevar un momento y se lo imaginó sentado al otro lado de la habitación, con un periódico, quizá con una taza de té. Se sobresaltó al rozar

esa realidad. Una vida imaginaria. Dan y ella juntos en la casa con sus libros y su música. Al viejo estilo.

*Sueño vano y estéril despertar, a Clare nunca hemos de volver.*

El mundo en el que ella se había criado era tan diferente que resultaba difícil creer que alguna vez hubiera existido. Pero ella estuvo en el mundo. Y lo seguía estando.

Rosaleen Considine, seis años, setenta y seis años.

A veces no era fácil unir los puntos.

Nunca había redecorado los dormitorios del piso de arriba, seguían idénticos. La misma colcha en la cama de Dan. Ahí estaba si se molestaba en subir a mirar. La lamparilla que encontró él mismo en la ferretería del pueblo. Regresó a casa entusiasmado, ¿qué edad tenía? Once años. Entusiasmado con una lámpara. Una reproducción de Modigliani de una chica desnuda que apoyaba la cabeza en la mano. Y, en la habitación de Emmet, un mapa del mundo enorme, con los países en rosa, verde, naranja y lila. Yugoslavia. La URSS. Rodesia. Birmania. Cuando crecieron, Dan viajó por todas partes y Emmet, como le gustaba decir a ella, viajó por todas las demás. Pero Dan siempre escribía.

«Con todo mi amor», escribió ella. Luego observó el mensaje. Subrayó la palabra «todo» con un trazo grueso: una vez, dos veces, con un segundo trazo que se perdía en la página.

«Tu querida y atolondrada madre, Rosaleen».

Metió la tarjeta en el sobre correspondiente. Introdujo la solapa en el interior, le dio la vuelta y alisó el anverso impoluto antes de escribir: «Sr. Dan Madigan». Luego apoyó el sobre contra la pequeña tetera de acero inoxidable. Tenía la dirección apuntada en un trozo de papel en el cajón. Toronto. Ahí vivía. O Tucson. Una de las dos. No sabía cómo vivía, pero siempre se rodeaba de gente rica. Al menos esa era la impresión que él procuraba dar. Que había prosperado de alguna manera que ella no sabía interpretar.

Lo cual no dejaba de ser cierto.

—Oh, Atlántico, bronco y brusco.

Rosaleen recitó el verso en voz alta mientras hurgaba en un cajón repleto de

papeles viejos y, mira por dónde, se topó con la postal de la mujer en la habitación roja. La mujer estaba vestida de negro e inclinaba la cabeza sobre un frutero que había colocado sobre la mesa roja y, por la manera de ladearla, sabías que pensaba que la fruta era hermosa. Una viuda, quizá, o un ama de llaves. El dibujo del mantel se trasladaba al muro que había tras ella, un dibujo antiguo y a la vez salvaje. Rosaleen le dio la vuelta a la postal y se encontró con la letra de un Dan adulto: «Saludos desde el Hermitage, donde todos los guardias de seguridad se parecen a Boris Karloff y son más antipáticos de lo que te imaginas. ¡Besos! Danny».

¿Estuvo en casa en aquella ocasión? Había viajes en los que sobrevolaba la casa, o casi, y no pisaba suelo irlandés.

Un punto plateado en el cielo estival que contenía a alguien de su propia sangre. Dan abre una revista o mira por la ventanilla mientras ella se apoya en el poste de la valla y levanta la vista hacia las alturas con los ojos entornados, veinte mil pies les separan.

Al pensarlo, Rosaleen tuvo que cerrar los ojos por un instante. Depositó de nuevo la postal en el cajón y procuró tragar saliva, pero la garganta se resistía. Ya se había vuelto a sentar en la mesa cuando se dio cuenta de que, después de todo, no había encontrado la dirección de Dan. Constance se ocuparía. Tenía la siguiente felicitación abierta en la mano. Rosaleen escrutó el papel en blanco pero no halló ninguna pista del contenido.

«Mi querido Emmet».

Algo iba mal. Quizá fuera la felicitación. Le dio la vuelta y, tal y como había sospechado, Emmet no aprobaba la ONG que comercializaba las felicitaciones, o probablemente la censuraría, no porque no lucharan contra el hambre en África, sino por luchar de la forma equivocada. O porque luchar contra el hambre ya no se consideraba correcto. Rosaleen no podía recordar la discusión en concreto, no se había molestado en recordarla. Todas las discusiones con Emmet se reducían a la misma discusión. Esos niños que se veían por la tele, las mujeres con los pechos largos y vacíos, la mirada igualmente vacía, y los ojos de Emmet llenos de furia. Pasión, no. Rosaleen no lo definiría como pasión. Una especie de frialdad, como si la culpaba a ella de todo.

Rosaleen no sabría decir qué calamidad de tantas que asolaban el mundo era culpa suya, pero estaba segura de que el hambre en África no era una de ellas. Ella tenía tanta culpa como cualquiera. Rosaleen no le había hecho daño ni a una mosca en veinte años. No había tenido oportunidad. Su vida era del todo inofensiva. Miró por la ventana, donde los rasgos del cristal oscuro se habían vuelto más afilados. Vivía como una monja enclaustrada.

Sus libros, la poesía de su juventud, la emisora Lyric FM. De esas sobras se alimentaba. Iba a misa todas las mañanas —aunque no le interesaba nada— por sentirse acompañada. Los feligreses estaban a cada cual más decrepito y, en los últimos doce meses, la señora Prunty había comenzado a oler a meados. Si le hubieran dado a elegir, Rosaleen sería protestante, pero no había tenido elección. Así que a aquello se reducía la cosa. Resistiéndose a jugar al bingo los sábados por la noche. Esperando a que florecieran los primeros brotes de su cerezo. Descartando plantar tejos o píceas una vez más, por última vez. Y, aun así, parecía que todos los hijos que había traído al mundo tenían algún reproche que hacerle. Emmet era el primero de la lista, según él siempre se equivocaba. Daba igual que donara su mísera pensión de viuda. Estaba mal dársela a esta ONG, estaba mal dársela a esa otra o dársela a los bebés asediados por las moscas o los africanos de vientre hinchado. Mejor tirarla a la basura.

«Feliz Navidad. ¡Adelante con tu excelente labor! Tu madre, que te quiere, Rosaleen».

Este año no tendría problemas con la dirección. Emmet había vuelto a Irlanda, aunque eso no había supuesto ninguna diferencia en la rutina de Rosaleen. Una llamada todas las semanas, una visita al mes en domingo. Emmet estaba salvando el mundo desde una oficinucha en mitad de ninguna parte y se había echado novia, nada menos. Una chica holandesa de aspecto gris y buenos modales que siempre llevaba zapatones. Haría bien en dejarlo plantado, pensó Rosaleen. Era un hombre que no se comprometía con facilidad.

Y, por primera vez, Rosaleen le deseó a su hijo algo de paz. El chico que siempre estaba en posesión de la verdad, un niño tan cortés que rayaba el desdén desde los cuatro, no, desde los dos años. Sí, mamá, lo que tú digas.

Desde el primer momento en que lo tuvo en brazos, desde que él abrió los ojos y la miró, se sintió como si la estuviera evaluando.

Era absurdo, lo sabía. El poder del momento. El primer bebé que había visto justo después de nacer, con esa cara amoratada hecha un asco y unos ojos que se abrían, tatatachán, como diciendo: Ah. Eres tú.

¿Qué has hecho hoy? Nada. ¿Qué tal el colegio? Bien.

Consiguió una plaza de funcionario, un trabajo en condiciones, y lo dejó en 1993 para irse a las elecciones de Camboya, de donde regresó contando historias de cadáveres en los campos de arroz. Le entusiasmaban aquellas historias. Le encantaban. Parecía empeñado en reiterar que aquellos muertos eran mucho más interesantes de lo que nunca sería su madre. Y después de Camboya, África, lugares de los que ella apenas si había oído hablar. Y, luego, inesperadamente, regresó.

El año que su padre se moría, lo pasó sentado en la sala de estar como si fuera un fantasma. Cada vez que Rosaleen se topaba con ese hombre desaliñado que un día se había plantado en su casa, se llevaba un susto. Cada vez que iba al baño dejaba flotando un tufo metálico, tan malo o peor que el olor a la quimioterapia de su padre. Rosaleen creía que tomaba alguna clase de pastillas. Y un día, después de asearse y empezar de cero, ella lo vio ante el escritorio del viejo despacho y fue como si estuviera viendo a su padre: la misma figura —Emmet había adelgazado hasta una talla antigua—, la misma concentración, la misma furia, la fría convicción del que se sabe en posesión de la verdad. Era John Considine.

Un hombre al que ella siempre había adorado.

Oh, papá.

*Oh, pequeña Corca Baiscinn.* Rosaleen con un vestido verde de seda que crepitaba al caminar, una cinta en el pelo color flor de Pascua, zapatos de cuero negro. Rosaleen con sus tirabuzones ante la chimenea de la sala de estar, recitando el poema a papá.

*¡Oh, pequeña Corca Baiscinn, tan agreste, tan desolada,  
[tan hermosa!*

*¡Oh, pastos pedregosos, de flores exquisitas y singulares!*

*¡Oh, Atlántico, bronco y brusco, ancho y tormentoso,  
como el beso irrefrenable del soldado!  
Durante toda la noche te soñamos y al alba nos creímos  
[juntos.  
Sueño vano y estéril despertar, a Clare nunca hemos de  
[volver.*

¿Adónde había ido a parar el tiempo? Eran las diez de la noche y aún no había cenado. Ni siquiera tenía hambre, aunque ahora había oscurecido del todo y lo único que la separaba de la noche era su reflejo en el cristal. Rosaleen se incorporó. Pesaba lo mismo de siempre. Paseaba. Todos los días cogía su pequeño Citroën y salía a dar una vuelta. Era la anciana motorizada. Pero tenía las piernas de Arkle, aseguraba su marido, cuando quería decir que estaba hecha una purasangre. Rosaleen reconoció en el reflejo los rasgos hermosos de su juventud. Nunca los perdió. A cierta distancia, de frente para no distinguir la espalda jorobada, podría tener cualquier edad.

Le estaba escribiendo una felicitación de Navidad a Emmet. Un hombre que la culpaba de todo, la muerte de su padre incluida. Porque eso es lo que hacen tus hijos cuando crecen. Se giran y te dicen que todo es culpa tuya. Que la gente muera. La culpable eres tú.

Rosaleen metió la tarjeta en un sobre y luego volvió a sacarla para comprobar que había firmado el papelote. Ahí la tenía, no le había temblado el pulso. «Tu madre que te quiere, Rosaleen». Seis palabras que podrían significar cualquier cosa. Las releyó pero no fue capaz de ordenarlas. No era capaz de ponerlas en fila.

Había perdido a su hijo en el hambre de otros.

Había perdido a su hijo en la muerte. Porque ahí es donde van a parar tus hijos varones, siguen a sus padres al valle de la muerte, como si partieran a la guerra.

Rosaleen cerró el sobre con tres lametones precavidos en el borde de la solapa para no cortarse la lengua. Luego tuvo que detenerse a recordar para quién era. Emmet siempre se las arreglaba para fastidiarla. Escribió el nombre en el sobre con letras gruesas, por ahora bastaba con eso, Constance

terminaría el resto.

«Para Hanna». Había comenzado la tercera felicitación sin detenerse a pensarla. «Feliz Navidad. Nos veremos este año, espero». Convirtió el punto final en un signo de interrogación. «Nos veremos este año, espero?», pero le pareció demasiado quejumbroso y tachó el signo. En esas condiciones no se podía enviar, evidentemente.

Puede que no fueran las diez de la noche, porque el reloj llevaba años detenido, quizá cinco años. Se detuvo poco después de que Dan se marchara. Cuando decía Dan se refería a Pat, su marido, evidentemente. El reloj se detuvo poco después de que Pat Madigan, su amor verdadero, falleciera. Era bonito pensar que, de no haber muerto, él se lo habría arreglado pero, para ser sinceros, la muerte había tenido poco que ver. La casa de su suegra siempre estaba bien atendida y alquitranada, en Boolavaun no faltaban cajas de clavos y pistolas de silicona. Pero su marido no hacía nada en Ardeevin a menos que ella se lo suplicara. Rosaleen tenía que atosigarle como un ama de casa cualquiera, tenía que ponerse de rodillas y retorcerse las manos. No le hacía caso ni por esas —ni arandela en la cisterna del baño, ni el par de tejas que faltaban— ni por mucho que llorara. El truco, evidentemente, estaba en hacer como que no las quería. Si se pasaba así un año, si ella de verdad se olvidaba del azulejo, de las tejas o del reloj detenido, quizá él se los arreglaría. O quizá no. Ese era el hombre al que había amado más que a su vida. Pat Madigan. Un hombre al que ella observaba mientras él observaba el cielo.

Cuando hacía bueno partía a la finca de Boolavaun. Desde entonces, Rosaleen había plantado pinos en aquellos campos llenos de maleza, en los pequeños pastos pedregosos. Ganaba unos cuantos miles al año con la madera. Dessie McGrath, el hombre que se había casado con Constance, lo había organizado todo. Unos árboles feos y oscuros dispuestos en filas apretadas.

Dessie quería construir en Boolavaun. Tenía una idea para una parcela de unos 2.000 metros cuadrados al final del prado, una casa en la pendiente que daba al mar. La vista al mar marcaba la diferencia, aseguraba. La antigua casa no tenía vistas, evidentemente, estaba en una inclinación del terreno y le daba la espalda al frío Atlántico. Como últimamente estaba rodeada de troncos

oscuros, parecía un cobertizo en comparación con las otras casas de esa zona. Rosaleen las llamaba casas palomita, porque explotaban —pop, pop, pop— y se volvían el doble de grandes que antes. ¡Pop! Una segunda planta. ¡Pop! Un techo abuhardillado. ¡Pum! El establo convertido en invernadero. Las habitaciones pintadas de color melocotón y, bajo el techo de cristal, un par de macetas escuálidas del supermercado y unas mecedoras baratas. Rosaleen sabía perfectamente los planes que Dessie McGrath tenía en mente para ese prado, pero se iba a quedar con las ganas. Que se sentara a esperar. Que se lo quedara cuando ella faltara. Porque eso es lo que estaban esperando. Todos estaban esperando a que Rosaleen muriera.

—¡Oh, oh, oh! —exclamó, golpeando la mesa con el anciano puño.

No eran las diez. Rosaleen no tenía ni idea de qué hora sería y la felicitación de la mesa era inservible. Todos se habían marchado, no había nadie que la ayudara. «Nos veremos este año, espero?». La había estropeado por su culpa, típico de Hanna, era la clase de cría que fastidiaba a propósito. Hanna era un desastre, su vida había sido una sucesión de desastres. Su lado del dormitorio parecía una protesta sucia, dijo una vez Constance, con toda la razón. La chica era un torbellino, siempre estaba lloriqueando y dando portazos. Constance la disculpaba diciendo que era el síndrome premenstrual, pero esa chica había tenido el síndrome premenstrual toda su vida, desde el momento en que había nacido. Hanna Madigan, con el apellido siempre pegado al nombre, porque no se dignaba a hacer nada de lo que le pedían.

*Ven aquí ahora mismo, Hanna Madigan.*

No, no comenzaría una nueva felicitación para ella, no tenía fuerzas. ¿Y qué hora sería? Rosaleen miró el reloj y luego la oscuridad al otro lado de la ventana. No tenía hambre. Se había pasado la vida a dieta y no le hacía falta comer.

Rosaleen oyó jaleo en el piso de arriba y miró el techo. Pero allí arriba ya no había niños, los había espantado a todos.

«Para Dessie y Constance, Donal, Rory y...».

Rory era su ojito derecho. Era tan transparente. Se acordaría del nombre de la menor en un minuto. Una niña despierta, de mejillas sonrojadas y pelo anaranjado, como una gitana. Rosaleen no solía olvidarse del nombre de la

niña, pero de repente se encontraba sin ánimo. Algo iba mal. Sentía que una sombra había caído sobre ella —quizá fuera la tensión sanguínea—, algo en su organismo que había mutado.

—Oh —dijo de nuevo, dando una palmada sobre la mesa. El golpe había hecho desaparecer el temblor. Tan pronto como la movió, volvió a temblar. Había días en los que se le derramaba algo de leche de la taza. Conocía a un hombre llamado Delahanty que estaba bien de salud pero tenía un problemilla con los botones de la camisa. Cada vez le costaba más abrochárselos, hasta que un día no pudo. Y así fue como supo que tenía párkinson. Los botones fueron la señal.

Rosaleen dejó la palma de la mano sobre la mesa, esta se agitó un poco y, por fin, se calmó. Algo iba mal. La turba se consumía tras la puerta metálica de la cocina de leña entre suspiros de ceniza. Rosaleen se levantaría a echar más turba si solo supiera qué hora era. Podía irse a la cama, pero el pasillo estaba frío y la manta eléctrica se encendía automáticamente. Su nieto, Rory, se la había programado. Si subía al piso de arriba su cama sería un horno. O puede que todavía no estuviera encendida y que faltaran horas aún.

El pasillo estaba pintado de amarillo otoñal. Debajo del amarillo estaba el papel con ramilletes de flores con hojas doradas. Si abría la puerta lo vería.

Pero no podía abrir la puerta. ¿Quién sabe lo que habría al otro lado?

Rosaleen sintió nuevamente el mismo abatimiento. Se le habían dormido los pies bajo la mesa. Le hizo una mueca a su reflejo en la ventana —si se le habían muerto los pies, el resto no tardaría en seguir el mismo camino—, pero tomárselo a broma era un error y Rosaleen perdió el control por completo mientras se abalanzaba sobre el teléfono. Se le cayó en la mesa, lo recogió, pulsó el botón de llamada rápida con el pulgar y se lo llevó a la oreja, atenta a los latidos de su corazón. El teléfono al otro lado de la línea comenzó a sonar pero nadie contestaba. Rosaleen lo oía perfectamente, no solo a través del auricular, sino también por allí cerca. Era real. Estaba sucediendo lo que se había imaginado. Había algo en el pasillo.

Constance acababa de atravesar la puerta de la casa. El sonido se detuvo.

—¡Hola! —dijo Rosaleen, en el auricular o en dirección al pasillo, no lo sabía.

¿Qué sucedía? ¿Qué era lo que le preocupaba? ¿Qué iba mal?

—¡Hola!

Esperaba que Constance viniera, quizá, y Constance no había venido. Constance llegaba tarde.

—¿Mami?

De dónde habría sacado el dichoso «mami», se preguntaba Rosaleen. Cuando sus hijos dejaron de llamarla mamá dejaron de llamarla por completo.

—Llamadme Rosaleen —solía decir. Hasta que se dio cuenta de que nadie lo hacía ni lo haría nunca.

—¡Estoy en la cocina! —exclamó.

Sus nietos la llamaban «abu», una palabra que le ponía los pelos de punta. Y a Constance la llamaban «mamaíta», lo cual era mucho peor, por ser una palabra ajena y estridente. «Mamaí-taaaaa».

*¡Oh, mi oscura Rosaleen!*

*¡Basta de penas, basta de llantos!*

—¡Mami! ¿Cómo estás?

Constance se plantó en la puerta de la cocina, oronda y fragorosa. Traía dos bolsas de supermercado que depositó en la cocina. Hasta las bolsas montaban escándalo.

—Espero que nada de eso sea para mí —dijo Rosaleen.

—Solo son unas cosillas —dijo Constance—. He ido a Ennis.

—¿Me has llamado tú por teléfono? —dijo Rosaleen.

—¿Yo?

Constance la escrutó detenidamente.

—¿Y qué hora es? —preguntó Rosaleen, sin poder ocultar la rabia ni la preocupación. Constance no respondió. Cogió el teléfono de la mesa y lo hizo sonar varias veces, como si quisiera comprobar algo.

—¿Ya has comprado las felicitaciones? —preguntó.

—Oh —dijo Rosaleen.

—¿No son un poco sosas?

—¿Tú dónde las compras? —dijo Rosaleen.

—Las de Santa Claus las guardo para casa —dijo Constance, que sonrió y

se apartó de ella, como si hubiera alguien en el umbral (quizá un niño, aunque allí no había nadie).

—¿Qué tal está mi amiguito? —dijo Rosaleen.

—Está bien —dijo Constance. Rosaleen quería abrazar al niño que no estaba en el umbral. Extendió la mano para agarrarse a la silla.

—¿Cómo está Rory?

—Bien, bien —dijo Constance. Continuó tras un suspiro deliberado—. En realidad está en su cuarto haciendo como que estudia, cuando en realidad se mete en internet, mami. Se pasa así las veinticuatro horas. No hay manera de que lo deje.

—Oh, vaya.

—Si no es el portátil es el móvil. Entonces le quito el móvil y no sabes cómo se pone. Menudo carácter.

—¿Rory? —dijo Rosaleen.

—Tiene diecinueve años. No puedo quitarle el teléfono.

—No puedes, evidentemente. —A Rosaleen no se le ocurría qué decirle a Constance. Se acordó de que una vez hablaron de su paga.

—¿No le podrías quitar la paga?

Constance se quedó mirándola.

—¿Sabes qué? Puede que lo haga —dijo.

«Ven a darle un abrazo a tu abuelita». Eso solía decirle. Y Rory se le acercaba con sencillez y la estrechaba, y apoyaba la cabeza sobre el corazón de Rosaleen.

—Oye —dijo Constance—, no puedo quedarme. ¿Estás bien?

—Claro que estoy bien.

—Pon la tele —dijo Constance, ya con el mando en la mano. Y la tele se encendió—. ¿Te parece bien?

Rosaleen odiaba la tele. La gente no decía más que sandeces.

—Así ves las noticias —dijo Constance.

El sonido en la televisión reprodujo las campanas del ángelus y, al mismo tiempo, Rosaleen las oyó procedentes del exterior, de la iglesia. Eran las seis.

—Está muy oscuro —dijo ella.

—Oh, noviembre —dijo Constance—. Mañana nos vemos. Ven a tomar el

té mañana a Aughavanna, ¿vale?

Abrió la puerta de la cocina para marcharse. Detrás quedaba el vestíbulo, pintado en color turquesa, algo que Rosaleen siempre había considerado un error. Demasiado ácido. Rosaleen siguió la estela de su hija mientras esta encendía las luces y abría la puerta del despacho color vino, donde Rosaleen dormía ahora, porque la habitación era pequeña y fácil de calentar; un radiador eléctrico, una manta eléctrica que solo Rory sabía programar, una alarma de incendios. Y, debajo de la escalera, un baño blanco y reluciente con lavabo y retrete, con azulejos y tan hermético como el interior de un huevo.

Las escaleras se adentraban en la oscuridad. Rosaleen no dormía allí arriba. Ya no.

—Hasta mañana, mami —dijo Constance, y Rosaleen le preguntó:

—¿Te quedas a tomar un té? —Odió de inmediato el sonido de su voz.

—No —dijo Constance—. Mañana tomaremos todas las tazas que quieras. Hablaba muy alto, como si Rosaleen estuviera sorda.

—¿Seguro que no puedes quedarte? —dijo Rosaleen.

—Mami —dijo Constance, levantando los brazos ligeramente. Ahí estaba de nuevo esa estúpida palabra.

—Mami —dijo Rosaleen—. ¿Por qué no creces de una vez?

—Haré todo lo posible —dijo Constance.

«¡Y a ver si adelgazas!», quería añadir Rosaleen. Aquella mujer se moriría antes que ella. Pero Constance ya se marchaba pasillo adelante.

Los gordos se veían avejentados. Su hija parecía una anciana. Lo encontraba insultante, después de todo el esfuerzo que había empleado en criarla. El abrigo que llevaba tampoco ayudaba. Era una especie de anorak.

—Que pases buena noche —dijo Constance.

—Lo haré —dijo Rosaleen.

La verdad es que, desde niña, le encantaba atesorar cosas. Las metía en un lateral de la cama, tenía un nido de papeles. En mitad de la noche hacían crac, crac, crac.

—¡Y adelgaza un poco! —exclamó, después de que le cerraran la puerta en las narices.

Rosaleen esperó un momento, escuchó con atención y luego hizo una pequeña danza de la victoria. Oyó a Constance caminar sobre la gravilla, el pitido de las puertas del coche al desbloquearse. Hasta sus pisadas eran claras.

Quizá la hubiera oído.

No importaba. Esa mujer era su hija, podía decirle lo que le placiera.

Rosaleen se detuvo en mitad del vestíbulo azul ácido y se quedó escuchando el motor del coche. Un ronroneo lujoso. Esperó a oír la gravilla removida y el silencio a continuación, luego se dio media vuelta y volvió a enfrentarse a la casa. Estaban en noviembre. El viento del suroeste pasaba rozando la ventana del descansillo y se colaba en la casa. «Azul montaña», ese era el nombre del color del vestíbulo. En la puerta del extremo del pasillo se adivinaba la luz rosada de la cocina y, en el interior, el estruendo y los disparates de las noticias.

Bla, bla, bla. La tele era una sucesión de gritos y silencios. La luz que arrojaba la caja tonta era afilada y brillante. Opaca. Brillante. Más brillante. Ninguna.

Todo estaba mal. Las paredes eran del color equivocado. Las escaleras que ya nunca subía y las cosas inimaginables que había allá arriba. Inimaginables.

Rosaleen se apoyó en la curva de la barandilla. Estaba hecha de madera oscura y el olor del abrillantador que usaban cuando era niña era tan real que, si inspirabas con fuerza, aún se notaba. Una voluta. Ese era el nombre de la curva. La barandilla se desenrollaba y subía hasta el descansillo y más allá, hasta las habitaciones de los niños.

*¡Oh, mi oscura Rosaleen!*

*¡Basta de penas, basta de llantos!*

*Los clérigos desfilan por el fondo del océano.*

El cuarto de baño abandonado, la porcelana que parecía de hielo.

La habitación de las niñas. Y el dormitorio grande. Frío a más no poder.

*La cerveza española te infundirá esperanzas,*

*Mi pequeña Rosaleen.*

Y, en aquellas habitaciones, una reproducción de un cuadro de Modigliani de una chica desnuda apoyada en la mano. Un mapa en la pared del mundo

entero, tal y como era antes. Y, en la de las niñas, una pared de papel pintado con ramilletes atados con cintas azules. Comenzó a subir los escalones. Uno, dos.

*Tu corazón se alegrará, rebosará de esperanza  
Salud te proporcionará, y amparo y esperanza,  
¡Mi oscura Rosaleen!*

Con las mismas, volvió a bajarlos. Se quedó en mitad del vestíbulo.

El dormitorio grande estaba encima de ella, tenía dos ventanas que daban al este. Y justo en el centro —justo encima de su cabeza—, la cama de matrimonio donde su padre agonizó y luego murió. Era la cama donde ella había sido concebida y también su cama de casada. Aunque la virginidad no la perdió allí. Eso sucedió en otra parte. Los colchones habían cambiado, evidentemente. Pero era el mismo cabecero de caoba con un medallón hecho a base de incrustaciones de palisandro y madera de cerezo, el mismo somier de hierro y robustas planchas de madera. Una cama con toda la pompa de su vida familiar: besos, fiebres, roturas de aguas, el sudor de la vida, la savia.

Ellos tumbados uno junto al otro, toda la noche en vela. Y Pat Madigan, que una mañana de verano después de que amaneciera le dijo: «No sé qué estoy haciendo aquí». Se refería a qué hacía ahí tumbado con ella, la hija de John Considine, una mujer a la que amó en silencio, con consideración, durante muchos años. También paciencia, evidentemente. Y tenacidad. No sabía qué habría hecho —qué había estado haciendo allí— de no haber malgastado su vida con ella. Quizá habría estado con una mujer distinta. Una mujer mejor. Quizá habría tenido la oportunidad de ser más él mismo.

Evidentemente, Pat Madigan siempre tuvo claro quién era o quién debía ser.

Bien por él.

Tan pronto le venían estos pensamientos a la mente como pasaban al olvido. Rosaleen se había casado por debajo de sus posibilidades. No tenía ningún sentido engañarse a estas alturas. En su momento se consideró un error. Pero le había elegido a él sin importarle lo que pensara la gente, los había desafiado a todos.

Un matrimonio por amor. Esa era la expresión que utilizaba la gente,

aunque Rosaleen creía que el amor tenía poco que ver, había sido algo animal. Tres semanas después de la muerte de su padre. Tampoco es que se avergonzara. Había cosas que los hombres del campo sabían y que los hombres del pueblo ignoraban. Todos esos jóvenes con sus atributos, creyéndose una maravilla. No recordaba exactamente qué había dicho Bill Clinton sobre las relaciones sexuales pero estaba completamente de acuerdo, porque eran tan jóvenes y tan bellos que Rosaleen Considine y Pat Madigan se pasaban días sin salir de la cama. En eso consistía el sexo según ella. Días enteros. Mucho más que abrirte la bragueta cuando estás hablando por teléfono.

«¿Qué opinas de eso?».

—¡Ja!

Lo dijo en voz alta, desafiando a la noche.

—¿Qué opinas de eso?

La cama estaba justo encima de ella, lista para atravesar el techo de escayola, el mueble donde su padre había muerto y su madre había muerto, el lecho que ocupó con Pat Madigan, cuando se trasladaron a aquella habitación, maldito durante un tiempo: no concibieron en él ningún hijo excepto varios abortos, hasta que engendraron por fin a Emmet y luego a Hanna. La cama donde Pat Madigan falleció, su cuerpo asolado por el cáncer, hasta que solo quedó de él el armazón. Ay, Dios, hasta su cadáver era hermoso, su constitución era excelente, con aquellos huesos grandes, las articulaciones cada vez más marcadas y los pómulos orgullosos, como si la carne se hubiera derretido dando paso al verdadero espíritu del hombre.

Se marchó un martes por la noche y el miércoles por la tarde el ataúd estaba cerrado: Rosaleen se aseguró de que así fuera. Lo enterraron el jueves en medio de un chaparrón y a los asistentes les tuvo sin cuidado empaparse. Esa gente que se pasaba los días y las semanas hablando del tiempo. Discutiendo sobre el tiempo. Prediciéndolo. Los meses y los años.

Llovió. Se mojaron.

Qué horror.

El funeral de su padre fue en agosto, un caluroso verano. Evidentemente, John Considine era un hombre demasiado importante para que le enterraran

como a una ternera malograda. Tuvieron que esperar a sacerdotes y a monseñores, por no mencionar a su buen amigo el obispo de Clonfert. Pero algo en su padre se había corrompido, algo que se extendió por su organismo los días que precedieron a su muerte y que continuó descomponiéndose los tres o cuatro días siguientes, mientras convocaban a hombres de Dublín y Liverpool. Una pareja, a saber quiénes serían, acudieron en su propio coche, como en un día de fiesta. Varias monjas velaban el ataúd en la salita y una de ellas le acariciaba la frente a su padre mientras hablaba con Rosaleen. Vigorosamente. Contemplando su rostro inerte. Caricias. Apretones.

—Ah, Dios le tenga en su gloria —decía—. Ah, pobre criatura. Ah, pobre hombre.

Sin dejar de repeinarlo, una vez y otra. El olor a incienso y rosas y lavanda que se colaba desde el jardín, jabón de madreselva en las manos de Rosaleen y la nariz de su padre, más respingona a medida que pasaban los días, alejándose de su propio rostro como con desdén. Rosaleen pensó que la monja de las caricias estaba mal de la cabeza. Como si la virginidad se estuviera descomponiendo en su interior, como si el útero se pudriera por haber esperado tanto tiempo, rechazando a este u otro pretendiente por razones obvias en esa época. Un par de hombres jóvenes, o ricos, de pie en la habitación donde yacía su padre, ajustándose la corbata. Muchos hombres cortejaron a la hija de John Considine. Y, al final, se entregó a Pat Madigan en un almiar en Boolavaun; esa noche sintió el cuerpo vivo y atormentado por las ronchas y los picores porque, según le dijo Pat, su piel no estaba acostumbrada al heno.

Dieciséis hectáreas de piedras y ciénaga. Eso fue lo que consiguió. Y a Pat Madigan.

La puerta de la salita estaba ahora cerrada. El fantasma de su padre era una corriente fría de aire que se filtraba por la chimenea rota. Al pasar por el despacho, se sintió angustiada. «¡Calla, calla! Tu padre está trabajando». Miembro de la Sociedad Farmacéutica, caballero de Columbanus, irlandés, erudito, John Considine de la Farmacia Considine. Rosaleen echó un vistazo a su estrecha cama y se preguntó, y no era la primera vez, si su padre habría sido en realidad un hombre tan importante o si todos aquellos hombres, con

sus grandes ideas sobre el mundo, no serían pequeños por igual.

Había un trapo de cocina descomponiéndose en el fregadero —se olía desde la puerta— y aquello que construyeron bajo las escaleras, el nuevo aseo, tan reluciente y tan higiénico, no era más que otro desagüe que desembocaba en la casa. La mesa de la cocina estaba cargada con bolsas de la compra y la televisión bramaba. Tenía la noche por delante, quizá un libro ayudara a sobrellevarla. Cualquier libro le valía. Solía leer hasta que todo a su alrededor se desvanecía. Y seguía leyendo. Le gustaba.

Pero antes fue al cajón lleno de papeles. La garantía sin sellar de la lavadora anterior a la que tenía. Talonarios viejos, uno repleto de resguardos acusadores, el resto vacíos. Papeles de la renta. Documentos del Ministerio de Agricultura sobre los terrenos de Boolavaun. Encontró la mujer en la habitación roja y luego otra postal de Dan, esta vez una de Kandinsky con dos jinetes sobre un fondo también rojo. Los animales estiraban el cuello de tal manera que se adivinaban las dificultades del descabellado viaje que habían emprendido.

Rosaleen la sostuvo bajo la luz.

El alma requiere destellos de belleza. Ese era el origen de todo.

La noche acababa de comenzar. Si se preparaba ahora una taza de té, podría comer un sándwich para acompañar, algo ligero para evitar levantarse en mitad de la noche y salir al pasillo preguntándose dónde estaba, como si alguna vez estuviera en otra parte.

¿Dónde iba a estar?

Pero algo iba mal en la casa y Rosaleen no sabía qué era. Se sentía como si llevara el abrigo de otra persona, uno igual que el suyo —idéntico, mismo corte y misma talla— pero distinto, ella sabía que no era suyo. Solo se parecían.

Rosaleen vivía en la casa equivocada, con las paredes pintadas del color equivocado, sin saber ya cuál sería el color adecuado, a pesar de que los había elegido ella y le gustaban y había convivido con ellos durante años. ¿Dónde podía meterse si no se sentía a gusto en su propia casa, si el mundo se convertía en una sucesión de líneas y formas, sin que nada en el diseño te recordara su propósito?

Había llegado la hora. Se echaría una siesta en el sillón que había junto al fogón, no se acostaría esa noche. Y por la mañana, iría andando al pueblo, pasaría el puente e iría derecha a la agencia inmobiliaria. Podía sacar un buen pico, por lo visto. Atrás quedaba la época en que la gente no tenía para pagar las facturas de la calefacción. El dueño era un McGrath, evidentemente, un hermano de Dessie, el que se había casado con su hija. Seguro que se relamía cada vez que pasaba, se le secaría la boca nada más verla. Pues bien, que se quedaran con la casa. Dejaría que los McGrath se cebaran con los despojos de los Considine, que se quedaran con Ardeevin y la finca de Boolavaun, ella se iría a vivir con Constance y se moriría cuando Dios quisiera.

Todos la habían abandonado. Se lo tenían merecido.

Los canalones que se rompían sobre las flores, los grifos que goteaban, las habitaciones cerradas que había ido abandonando con el paso de los años; qué lástima, una anciana acorralada en su propia casa. Menuda lástima... Una anciana.

Rosaleen cogió el montoncito de felicitaciones. Abrió la primera:

Mi querido Dan:

Pienso en ti a menudo y sonrío cada vez. Echo de menos tu cháchara.

Con todo mi amor,

Tu querida y atolondrada madre,

ROSALEEN

Atolondrada; más bien era una vieja estúpida. De eso no cabía duda.

«Por cierto», escribió abajo del todo. «P. D.: Ven, VEN a Irlanda estas Navidades. ¡Ha pasado tantísimo tiempo! Y he decidido vender la casa».

**SEGUNDA PARTE**

**EL REGRESO**

***2005***

## Toronto

Ludo decía que tenía que hacerlo, que sería su última oportunidad.

—¿De qué? —dijo Dan.

—De estar en tu casa. De ver a tu madre mientras sigue siendo tu madre — dijo Ludo. Dejó el cuchillo y miró hacia el patio. En el exterior, la nieve llegaba hasta el antepecho de la ventana, y la luz plana les confería un aspecto apagado y trascendental a los objetos de la cocina. Los azules lo mataban todo, pensó Dan: las cálidas posesiones de Ludo y también su piel de mediana edad. Mientras tanto, los pimientos de la tabla conservaban un rojo arrebatador.

—Ella siempre será mi madre —dijo Dan.

Precisamente ahí quería llegar Ludo.

—Pues decídete.

—Disfruto con mis contradicciones —dijo Ludo, levantando el cuchillo.

—Sí, bueno —dijo Dan—. No estoy diciendo que me trajera al mundo otra mujer, solo digo que eso sucedió hace mucho tiempo.

—Esa forma de hablar no llama a la buena suerte —dijo Ludo.

—¿Suerte? —dijo Dan, mientras abría la nevera y contemplaba el interior, tan verde como un jardín colgante de lechugas y puerros, con una botella de consabido champán en el botellero y otra de ginebra, de barro para preservar mejor el frío. Ludo era, entre otras cosas, un hombre rico, mientras que Dan, por razones que nunca supo explicarse, no lo era. Ni siquiera un poco—. ¿Qué tiene que ver la suerte?

—Hay demasiadas penas en la vida —dijo Ludo.

Era un hombre de facciones marcadas y ojos azules y serios. Ludo adoraba

los chalecos de raya diplomática y las chaquetas de cuero, las flores en el ojal y los paraguas, y su casa estaba llena de cachivaches. Para Dan, que en el pasado había despertado muchas mañanas en bonitos dormitorios blancos, representaba toda una novedad. Una bonita casa colonial de ladrillo en Rosedale, Toronto, con colchas de algodón antiguas y una mecedora junto al ventanal. En el jardín crecían tres tipos distintos de arce y detrás, junto a la puerta del garaje, tenían una pala para retirar la nieve.

A Ludo le interesaban los primeros paisajistas americanos y Dan quedó muy sorprendido al comprobar que a él también. Al menos un poco. Se conocieron en Nueva York examinando una vista de un desfiladero que Dan le estaba guardando a un amigo. Una cosa llevó a la otra, evidentemente. Cuando Dan fue a llevarle la obra a Toronto acabaron en la cama y después conversaron sobre la creciente colección de Ludo, tal y como Dan había esperado.

En lo que respecta al sexo, Ludo era abiertamente masoquista, algo que a Dan, un tipo tan frío, le ponía. Pero esa clase de cosas no se pueden repetir. Además, los masoquistas eran un aburrimiento al final. E, irremisiblemente, también lo eran antes. Y Dan estaba un poco aburrido de estar aburrido, aunque esas ráfagas de dolor empático aún le excitaran.

Por eso quizá fuera una «suerte» que, en Toronto, Ludo se dejara de historias; era demasiado inconstante y curioso para mantenerse en el mismo rol. Dan reparó en su propia edad al mismo tiempo que entendió el verdadero motivo de su visita a Toronto: había acudido por la conversación, por la compañía de Ludo, un hombre tan accesible, tan bueno. No les llevó mucho tiempo colgar los atuendos de cuero y apostar por algo más. Primero en Brooklyn, cuando Ludo practicaba la abogacía en Nueva York, luego en una estación de esquí cerca de Montreal, una escapada de invierno a Harbour Island, hasta que Dan terminó seis meses en Toronto porque andaba mal de dinero y Ludo era un hombre tan sencillo. Alquiló su piso en Brooklyn y decidió darle una oportunidad.

Tan sencillo como un zorro, más bien. Ludo le entregó a Dan una tarjeta de crédito para los gastos de la casa con una mirada tan cándida que le vendría de perlas en los tribunales. Como si le dijera: si quieres joderme, adelante.

Pero Dan no le jodió. Al menos no demasiado. Y, cinco años después, ahí les tenías, como un par de maricas viejos, discutiendo sobre la madre de Dan, porque «madre» era una palabra muy seria para Ludo. «Es tu madre».

Raizie, la madre de Ludo, vivía en Montreal. Tenía ochenta y tres años y se pasaba las tardes tomando café con las señoras que habían huido del centro y se habían instalado en el arbolado vecindario de Saint-Laurent, donde seguramente nadie creía en la buena suerte o en la mala suerte porque, si su hijo no se había comprado una casa en el campo, estaba en mitad de un divorcio terrible. Las hijas adelgazaban o el médico les detectaba un bulto y cada nieto eclipsaba al siguiente. También había desastres, evidentemente. Los hombres morían. Las mujeres se deprimían. Los hijos rara vez eran gais, todo sea dicho, pero la vida trataba bastante bien a las señoras huidas del centro, e incluso eran capaces de tolerar esa triste sorpresa y disfrutar de la compañía de Ludo y Dan cuando iban de visita. Dan no era el primer hombre que Ludo llevaba a casa pero, como Raizie decía, tomándole el rostro con la mano ajada, «¡Eres el más simpático!». No había duda. Iban a Montreal dos o tres veces al año y, cada vez, Ludo regresaba a casa más satisfecho, más henchido.

A Dan le gustaba observar a Ludo en casa de su madre, un hombre grande en un espacio reducido, lo mono que estaba cuando lavaba las tazas de porcelana de su madre con sus manazas, la forma despreocupada de sentarse en la vieja butaca reclinable, la manera en que decía «Raizie, Raizie» cuando ella se preocupaba por el pasado y todas las cosas que no tenían remedio. A Dan le parecía que Ludo dominaba muchos idiomas —incluso su cuerpo los hablaba—, mientras él, Dan, solo hablaba uno. Fueron a visitar a su hermana y el sobrino adolescente miraba a Ludo como si supiera que era de la familia pero no supiera exactamente por qué. Al menos por el momento.

Mientras tanto, él, Dan, llevaba tres años sin pisar Ardeevin, puede que cinco. Donal, Rory y —¿cómo se llamaba? Shauna— serían ahora personas muy distintas. Esos chicos tan puros, con su precioso acento rural, si es que se atrevían a dirigirle la palabra, y las mejillas sonrosadas cuando lo hacían, porque su tío era marica. Nadie les había dicho que era gay, lo adivinaron solos. A su edad. Y Dan, loco de vergüenza, empalmado en el tren de Dublín.

En una ocasión se había follado a un tío en el aseo hasta hacerle gritar.

El suelo que discurría bajo sus pies se entreveía por el agujero del inodoro en forma de media luna; un millar de traviesas que parpadeaban y la fría tierra de Irlanda.

«Eso sí que es gay».

No, Dan no podía regresar a casa. O, si lo hacía, no sería el mismo Dan el que entrara por la puerta diciendo:

—¡Hola a todos!

Sería otra persona. Una versión terrible de sí mismo. Una que no admiraba en absoluto. Podía traer a los chicos a Toronto, pero no sabrían dónde meterse ni qué decir. Y la desgraciada de su madre, Constance, que ponía en duda todo lo que hacía o decía, absolutamente todo. Dan no podía ni comer en paz sin que ella recelara.

—Oh, Dios, qué bueno está.

—¿El qué? ¿El pan?

Era capaz de poner en duda el contenido de su boca.

—Sí, Constance, el pan.

A Constance todo lo que no fuera «blanco» o «integral» le resultaba una afrenta. Se alimentaba de galletas baratas, porque las galletas no eran nocivas, pero tenía grasa en lugares que Dan no sabía ni que existían. La vez que estuvieron en Brooklyn hacía calor y su hermana llevaba una camiseta sin mangas. Un glóbulo de carne le asomaba entre el pecho y el sobaco, un lugar absolutamente nuevo para Dan. Era como una especie de brazo desconocida. Y, ahora, dondequiera que mirara, la veía. De paseo por la calle. Por todas partes.

—Estoy seguro de que está estupendamente —dijo Ludo, acostándose junto a él después de una cena a base de pimientos rellenos seguidos de una ensalada de manzana y granada y una larga sobremesa hablando sobre los Madigan.

—Es la familia —dijo él.

Y, evidentemente, Ludo adoraría a Constance, con su estupidez deliberada y su pelo de tinte del súper. Ese no era el problema. El problema, cavilaba Dan, era que Constance no querría a Ludo de la misma manera que él lo

quería. No podría. Le faltaría espacio.

—No tienes ni idea —dijo Dan.

—¡Venga! —dijo Ludo.

—No quiero ir.

—Puedes hacer escala en Nueva York.

Dan no contestaba.

Quería a Ludo. ¿Cuándo había empezado a quererle?

A Dan le gustaba Ludo. Le gustaban las cosas normales que hacían en la cama y también encontraba a Ludo conveniente. Y Ludo encontraba a Dan... conveniente. Hacían buena pareja. Dan tenía conocidos en tres o cuatro ciudades distintas, conseguía que las cosas fueran sencillas y bonitas, todo el mundo lo idolatraba. Ese ambiente a Ludo le parecía maravilloso y «sublime» —su palabra favorita—, evidentemente.

Y Ludo amaba a Dan, eso era obvio. Ludo le quiso desde el principio. De manera absoluta. Abyecta.

«Dios, cómo te quiero».

Pero eso había sucedido hacía cuatro o cinco años. Últimamente, Dan no sabía si Ludo todavía le quería o si simplemente era bueno con él todo el tiempo. ¿Cuál era la diferencia? La diferencia radicaba en el anhelo que sentía por un hombre que tenía al alcance de la mano. La diferencia la marcaban las alucinaciones hipnagógicas con imágenes de muerte y abandono cada vez que se quedaba dormido a su lado. Pensaba que si Ludo enfermaba, se tendería junto a él en la cama del hospital, como Ryan O'Neal junto a Ali MacGraw. Sin él no era nadie. Con él lo era todo. Dondequiera que fueran, el aroma de la piel de Ludo era el aroma del hogar.

Una cosa terrible, evidentemente.

Dan no creía en el amor romántico —¿por qué iba a hacerlo?—, ni este había creído nunca en él. Después de Isabelle, suspiró por varios jóvenes hermosos e inalcanzables, pero para Dan la palabra «amor» estaba envuelta en un halo imposible e ideal, le causaba extrañeza aplicada al tipo que estaba sentado a su lado en la cama, leyendo informes legales en pelotas. Las gafas de ver de cerca tampoco ayudaban.

«Te quiero», quiso decirle, pero le salió:

—Mi puta familia. No tienes ni idea de cómo son conmigo. No tienes ni idea de lo que tengo que soportar cuando voy allí.

Ludo dijo que sentirse insultado era un trabajo a tiempo completo. Dijo que le encantaría ocuparse de ello, pero que no tenía hueco en su agenda, que necesitaba dormir, le encantaba dormir, no quería pasarse las deliciosas horas de la noche ahí tumbado, odiando.

—A mí me mantiene en forma —dijo Dan—. Me da un aire elegante.

—Tienes cuarenta años, amor mío, esas cosas pierden su atractivo —dijo Ludo, mirándole por encima de las gafas—. Después de los cuarenta, hay que dar, dar, dar.

Y, a la mañana siguiente, un mensajero llamó a la puerta con un sobre a nombre de Dan. Dentro había un billete de avión de primera clase.

Dan dejó el sobre en la mesa de la cocina y lo observó mientras se tomaba el café y planificaba su día. No tenía demasiadas cosas que hacer. Ludo se había empeñado en que fuera a terapia una vez a la semana con Scott, un canadiense sosísimo de sonrisa radiante y dulce. Ahora Dan mantenía una conversación imaginaria con Scott sobre su amor por Ludo y lo insoportable que le resultaba. Scott se inclinaba a pensar que era una sensación positiva.

—Aférrate a ella —dijo Scott.

De hecho, llevaba los últimos quince días, días de angustia y llanto, enamorado de Scott. Sabía que no era algo real, evidentemente, pero ahora el genio había salido de la lámpara y campaba a sus anchas.

Amor.

Dan buscó el rastro del amor en la casa, un dulzor que cubría todas las posesiones de Ludo, sus fruslerías y sus baratijas, los cuadros horribles y los que no estaban mal. Todo estaba lleno de significado, todo respiraba significado: el vasito de jerez para los mondadientes en mitad de la mesa, la crema de afeitar de Ludo para el ritual matutino que terminaba a la altura del cuello de la camisa.

—Sabes lo que esto significa —le dijo al Scott imaginario.

—¿Qué?

—Significa que voy a morir.

Y el Scott imaginario le dirigió una sonrisa dulce y canadiense.

En la sesión de aquella semana, Dan se había desviado del tema tras rescatar el recuerdo de su padre ataviado con un bañador ridículo, de talle alto y pernera larga, con la misma forma que la sección pélvica de un muñeco de plástico. De color negro, evidentemente. Seguramente había sucedido en la playa amarilla de Fanore. Su padre se unía al resto de la familia después de pasar el día entero trabajando la tierra, a buen seguro era el único granjero del condado de Clare que sabía nadar. Y, aquel día, Dan se enganchó a las piernas mojadas de su padre mientras este caminaba por la playa y su padre se lo quitó de encima. Eso fue todo. Dan, que lloraba por algún motivo, se había colgado del bañador de lana de su padre y este lo había lanzado sobre la arena. Se hizo una rozadura en el hombro con una piedra, quizá por eso se acordaba de aquel episodio completamente normal: su padre pasando de él mientras iba en busca de la toalla.

—Estoy molido —solía decir su padre cuando salía del Atlántico helado, encogido, con los músculos pegados al hueso.

Y Dan lloró por su padre. No podía creer que ya no estuviera y que su cuerpo —que debió ser un cuerpo hermoso— hubiera sido devastado por la muerte. Porque, durante todos esos años, Dan nunca había sentido que su padre estuviera muerto: lo sentía frío.

Scott estaba sentado frente a Dan, procurando transmitirle su compasión con su cuidada expresión, mientras Dan arrojaba un clínex tras otro en la papelera de madera a sus pies. Pensó en todas las lágrimas desahuciadas que acababan ahí, en todas las personas que se turnaban para llorar sentadas en aquel sillón. Mucha gente, muchas veces al día. La papelera estaba hecha de madera clara, con las vetas abiertas y pálidas. Siempre que llegaba estaba vacía. Expectante. La papelera era demasiado hermosa. El aire en su interior era tristísimo.

Dan le habló a Scott de una tarde que había pasado en el desierto hacía muchos años. Fue la primera vez que le entró a un tío, la primera vez que deseó a alguien de verdad, allí, en ese precioso lugar a las afueras de Phoenix. La casa estaba construida de tapial y se confundía con el paisaje plano. No había piscina, solo paredes de cristal en las habitaciones, proyectadas en

plano oblicuo respecto al sol, de manera que siempre tuvieran sombra. Fuera, el desierto de Sonora tenía exactamente el mismo aspecto que se suponía que debía tener: un cactus saguaro con los brazos en alto, un pájaro que entraba y salía de un agujero en el tronco. El calor del día que por la noche se traducía en una puesta de sol color naranjada que se transformaba en franjas de rosa y azul lechoso. Y Dan estaba sobrecogido por la luz del desierto que bañaba de crepúsculo el cuerpo de su amante y lo convertía en algo intocable y tocable a la vez.

—Sí —dijo Scott, que era, supuestamente, tan hetero como un leñador canadiense. Al «sí» le siguió un silencio que se prolongó un buen rato.

—Es que... No sé si estoy perdiendo todo eso con Ludo, no sé si lo estoy perdiendo o si, por fin, se está convirtiendo en algo bueno.

—Ya veo.

Cojines desperdigados por la sala y armarios de roble. Toronto, pensó Dan. Allá vamos.

La noche anterior a su partida, Dan le dijo a Ludo que le quería. Se lo dijo porque era cierto y porque creía que, en esta ocasión, el avión se estrellaría. O quizá se quedara atrapado en Irlanda, sin saber cómo, en el año 1983, con una barra de pan de molde sobre la mesa y Eurovisión en la tele. Nunca conseguiría volver a Rosedale, Toronto, con aquel hombre al que llevaba un tiempo queriendo.

Por ese motivo había decidido volver a casa, le contó. Porque quería a Ludo y Ludo tenía razón, había llegado el momento de enfrentarse a su pasado, de ocuparse de sí mismo. Había llegado el momento de convertirse en un puto ser humano.

Decirle todo esto a Ludo fue un error, porque Ludo quiso abrir de inmediato la última botella de Pommery, después se la chupó y anunció que se casarían. Dan volaba al día siguiente, pero Ludo se llevó el champán a la cama y aseguró que la boda sería un bombazo. El puro trámite le parecía de lo más erótico. Y muy conveniente a nivel fiscal. Si se lo proponían, podrían ahorrarse un pastón.

—No sé —dijo Dan—. No sé.

—¿Qué? —dijo Ludo.

—Es que...

Se refería al dinero de Ludo.

—Oh, no seas tan nenaza —dijo Ludo—. Habla con cualquier mujer, ellas llevan toda la vida viviendo del marido.

—Sí, sí —dijo Dan, que no hacía más que hablar con esposas de hombres ricos. Hablaba con ellas de los cuadros de sus maridos y su horrendo papel pintado («¡Arráncalo!», aullaba él. «¡Fuera todo!»). Dan adoraba a aquellas mujeres por su imperturbabilidad y su estilo; admiraba que supieran darle sentido a su vida. Pero no quería ser una de ellas. Eso sería demasiado.

—No seas tan orgulloso conmigo —dijo Ludo—. No seas orgulloso, eso es todo.

—¿Orgulloso? —dijo Dan.

—No te pongas a la defensiva —dijo Ludo—. ¿Vale?

—Vale —dijo Dan. Y apoyó la cabeza en el pecho de Ludo, donde se encontró con el hueco de la clavícula, esa hendedura.

—Vale.

—¡No haces más que pedir! —Era una frase que su madre le había dicho hacía tiempo, una más en la película en blanco y negro que era su relación, *Qué fue de Baby Rosaleen*—. ¡No haces más que pedir!

Isabelle le envió una postal el año que se mudó al norte del estado: «Iba a devolverte los regalos que me habías hecho y me he dado cuenta de que nunca me regalaste nada».

Y era cierto que Dan se perdía en la tienda si alguna vez se veía obligado a comprar un regalo. Se sentía perdido, ignorado, no era capaz de calcular, se quedaba en blanco, estaba vacío. Se marchaba de la tienda despavorido como quien huye de una experiencia terrible y hubiera sobrevivido por los pelos.

Otra postal, al verano siguiente, de Dublín, una tarjeta antigua con autobuses verdes bajando O'Connell Street. Y en el reverso: «Sigo con vida».

La frase aludía a una exposición que habían visto juntos en Dublín, Isabelle y él, cuando tenían unos dieciocho años. Un taco de telegramas que el artista conceptual japonés On Kawara envió a lo largo de una década a la misma

dirección siempre con el mismo mensaje: «Sigo con vida». Para Dan, la exposición supuso un momento de euforia, como un rayo de luz que le hubiera revelado que había vivido bajo tierra hasta entonces. Eso fue años antes de Nueva York, mucho antes de que le aburriera el arte conceptual y mucho antes de conocer al artista, o eso creía, en un Starbucks a la vuelta de la esquina del Guggenheim, donde el camarero gritó «¡Kawara!», y Dan sintió que las rodillas le flaqueaban bajo los chinos. «Sigo con vida».

La última postal de Isabelle provenía de Barcelona.

«*Gaudeamus!*» era todo lo que ponía. En el anverso, esos balcones curvos de Gaudí.

Y, después de aquella, se acabó.

Las lágrimas le asomaron a los ojos. Dan nunca había llorado hasta que comenzó a ver a Scott; ahora lloraba a tiempo completo, se ahogaba en la piel cada vez más floja de su amante.

—Ya está, ya está —dijo Ludo, que tenía una reunión de trabajo a las ocho.

—No es el dinero —dijo Dan—. En serio.

—A tomar por culo el dinero —dijo Ludo.

—No es el dinero —repitió.

Y no lo era. Dan se consideraba más gato que perro. No necesitaba mucho para vivir, podía pasar sin cosas. Entonces no era el dinero lo que provocaba que Dan llorara en los brazos de Ludovic Linetsky cuando decidió casarse con él, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de su vida. Era el sonido del maravilloso corazón que Ludo tenía anclado en el pecho. Porque Dan podía ser un buen gato pero era un ser humano vacío y sabía que acabaría jodiendo la relación por buena que fuera, igual que había jodido todo lo demás. Algún día miraría a Ludo —podía hacerlo ahora si le apetecía— y habría dejado de importarle.

Entonces, ¿qué sería de Dan?

Se quedaría solo.

Solo e inútil.

La vida normal representaba un problema para Dan. Había comenzado a entenderlo últimamente. Las pequeñeces le molestaban. Sería un viejo petulante en el futuro.

—No lo soy. No lo soy —dijo.

—¿El qué?

—No lo soy.

—Déjame que adivine —dijo Ludo—. Eres hetero.

Había salido de la cama y estaba hurgando en un cajón. Regresó con una cajita de piel marrón de lagarto que guardaba unos gemelos de plata con ámbar incrustado. Dan los sacó. Eran preciosos, no demasiado valiosos. El ámbar estaba desgastado y era suave como un caramelo en la boca.

—Cásate conmigo —dijo Ludo.

Los gemelos habían pertenecido a su bisabuelo, le contó, procedían de Odessa. Dan se arrodilló en la cama y sostuvo la cajita en la mano. No tenía camisa para probárselos. Estaba desnudo y temblaba. Iba a casarse.

—Lo siento —dijo.

—¿Por qué? —dijo Ludo.

—Por nada.

Hicieron el amor toda la noche —dos hombres que habían dejado de ser jóvenes— y hablaron largo y tendido. Envejecería con Ludo, en una casa grande en el lado equivocado de una calle arbolada en Rosedale, Toronto. Dan besó a Ludo en la boca toda la noche, adentrándose en su cuerpo y su caos. Hizo del dulzor fermentado del cuerpo de Ludo un recuerdo y un talismán que le acompañaría en el viaje de regreso a casa.

## Dublín

Si pudiera guardarla en una caja, pensó Hanna, o en un bote, o en un termo, en algún lugar sellado, para impedir que se coagulara cuando entrara en contacto con el aire. Una fiambarrera le habría servido. Lo que de verdad necesitaba era una de esas bolsas de plástico que usaban en los hospitales, cerrada al vacío, las que colgaban de los goteros. Una bolsa de sangre. Iría directa al frigorífico —bien sabía Dios que parecía un trasto sacado de una morgue—, podía meter su sangre en una bolsa, cualquier clase de bolsa, estrujarla hasta sacar todo el aire y luego cerrarla con un nudo. La colgaría del botellero. Por último, cerraría la puerta.

Hanna trató de levantar la cabeza, pero tenía la mejilla pegada al suelo. La sangre le había llegado a la altura del ojo y se expandía y se coagulaba al mismo tiempo. Era una carrera al ralentí. Aunque se hubiera detenido, Hanna no sería capaz de ver hasta dónde alcanzaba, porque el ojo se confundía con el suelo. Veía un marco borroso mientras la sangre seguía su camino y se extendía por las baldosas blancas.

Había bolsas de plástico en el armario de arriba, pero de poco le servían estando ahí tirada. Hanna había guardado las bolsas en todo lo alto para evitar que el bebé se asfixiara accidentalmente. Y había cierres de seguridad en todos los armarios de abajo, por eso ella había sido incapaz de abrir uno. Para que veas, a veces la seguridad es innecesaria. A veces lo que uno necesita es una bolsita de plástico para conservar la sangre, para que los hombres que acudan te la puedan volver a inyectar. O, al menos, para demostrarles que no tenías intención de morir.

Había resbalado.

Hanna creía que había resbalado con la sangre, pero en realidad la sangre

había llegado después. Y continuaba sujetando algo con la mano derecha. Una botella. O el cuello de una botella. El cuerpo de la botella ya no estaba.

Hanna no sabía cómo se las había arreglado para romper una botella y caerse encima de ella a la vez, a menos que estuviera borracha como una cuba. Quizá la habían golpeado por la espalda. Quizá el atacante se disponía a subir a la habitación donde dormía el niño para hacerle cosas. Cosas innombrables. Raptaría al bebé o le haría daño sin dejar marcas y nadie sabría nunca que había estado allí.

La botella se había roto, ella había caído encima y se encontraba tirada en el suelo viendo cómo la sangre se extendía. Suponía que se había hecho un corte en la pierna. De ser cierto, moriría.

La sangre era oscura, algo positivo, seguramente. Cada vez era más oscura. Manaba despacio y luego se detenía. Probablemente había llegado el momento de llamar a Hugh, aunque no quería llamar a Hugh, y tampoco creía que pudiera. A menos que el bebé llorara y le despertara, él no se daría cuenta de que ella no estaba. Y, por una vez, el niño no lloraba. Nunca hacían lo que tú querías. Una criaturilla antagónica, eso había parido. Una disputa, eso fue lo que envolvieron en una sábana. Que daba empujones, tirones, que lo arrojaba todo al suelo; una vez le estaba dando de comer y se cayó la cuchara. Ella se agachó a recogerla y, cuando se incorporó, él la miró con absoluto desprecio. Era como si el niño estuviera poseído —posiblemente por sí mismo, el hombre en el que se convertiría—, porque la miró como diciendo: «¿Y tú quién coño eres con tu patética cuchara?».

Buena pregunta.

Oh, el bebé. El bebé. Hanna adoraba al bebé y no quería dudar de él ni siquiera así, borracha y moribunda, tirada en el suelo de la cocina. Al mismo tiempo pensaba vagamente que, si moría, el bebé sería el responsable de su muerte. Sería ese niño gordo y fuerte, con las orejas de su padre y la sonrisa de su madre, que no se parecía en nada a Hanna, o eso creía ella y cualquiera con ojos en la cara.

Hanna apoyó la cabeza en el suelo y no intentó volver a moverla. Estaba bien tal y como estaba. No había necesidad de levantarse todavía. Haría durar el interludio unos minutos más.

Notaba un cosquilleo en el pelo, una sensación desagradable en la base del cráneo. La sangre procedía de una herida de la cabeza.

Hanna no se había sentado encima de la botella rota, más bien se había golpeado la cabeza con algo —la puerta del armario, quizá— y la botella se había roto al caer. Si se llevaba una mano a la cabeza notaría una herida en el cuero cabelludo y, si hurgaba en ella, el cráneo. El puro hueso.

Hanna cerró los ojos.

Las baldosas del suelo de la cocina eran nuevas y ella le había dicho a Hugh que eran demasiado brillantes y demasiado duras, que cualquier cosa que se cayera se haría añicos, pero Hugh quería una cocina que pareciera un quirófano o una carnicería, con acero y hormigón y ganchos de metal colgados de barras metálicas. Vivían en un adosado diminuto. Hugh quería una cocina masculina. Una cocina de asesino en serie, con una fila de cuchillos pegados a una tira magnética en la pared. Hugh cocinaba dos veces al año como mucho. Ponía en medio todos los cuencos y todos los platos y lo cubría todo de harina. El resto del tiempo calentaba alguna cosa en el microondas o la compraba lista para llevar. Hugh era insufrible y Hanna no podía dejarle. No después de morir en la cocina nueva, con el bebé dormido en el piso de arriba.

Le entró frío. Se levantó y se echó algo por los hombros y entonces vio su cuerpo tendido en el suelo, con la sangre manchando las baldosas y extendiéndose alrededor de la botella rota, donde se mezclaba con el vino.

Tendría que cambiar de vida. Otra vez.

Hanna se llevó la mano a la sien y notó la herida coagulándose bajo el cabello. Tanta puta sangre. Parecía increíble. Se sentía ligera, casi ausente. Se arrastró junto a la encimera y tiró de un trapo. Luego atrajo el trapo con el pie. Su vida tendría que cambiar. Otra vez.

Su vida. Su vida.

En el piso de arriba, el bebé se despertó con un grito y Hanna se detuvo esperando oír el llanto. Pero el bebé no lloró. El trapo dibujó un trazo en el suelo como una pincelada. Parecía que estuviera limpiando sangre. Después recordó que era sangre. Era su sangre. Levantó la vista y ahí en la puerta estaba Hugh con el bebé en brazos.

—¿Qué hora es? —dijo ella.

—¿Cómo dices? —dijo Hugh.

—¿Qué hora es?

Y lo más bonito —cómo olvidarlo—, lo más bonito o lo más terrible, fue que el niño la miró y le tendió los brazos para ir con ella.

No quería ir a urgencias, dijo Hanna, no quería meterse en la cama. Dormiría sentada en un sillón, se limpiaría la sangre de la cabeza, se pondría bien.

Eso fue lo que le dijo a Hugh. Pasó ante su novio y su hijo y se sentó en las escaleras.

—Deja que vaya al baño —dijo, y apoyó la cabeza en la barandilla.

En la calle había luces de colores y, antes de que pudiera darse cuenta, la casa se llenó de hombres. Ambulancieros, tipos grandes y sorprendentemente ágiles.

—Dios —dijo ella.

El paramédico estaba bastante relajado. Se agachó a su lado en las escaleras.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó.

—No —dijo Hanna.

—El cuero cabelludo —dijo él—. Vaya, está destrozado.

—Eres un cabrón —le dijo Hanna a Hugh por encima del hombro—. ¿Por qué tienes que ser tan cabronazo?

—Mira en qué condiciones estás —dijo Hugh. Y lo decía literalmente. Hanna miró hacia abajo. Vio que tenía la camiseta pegada al torso, la silueta del pecho izquierdo completamente rígido, como si fuera una escultura hecha en sangre seca.

El bebé sonrió.

Y, antes de que pudiera negarse, la tendieron en una camilla y le pusieron un cinturón. Antes de que pudiera decir «Dónde está mi bebé», el tipo le dijo:

—Lo traeremos en un santiamén. —Y Hanna se relajó, se sentía aliviada. Una sensación de felicidad la inundó mientras la subían por la rampa y la ambulancia se alejaba en silencio. Lo único que faltaba era la sirena para proclamar lo feliz que era.

—Es un poco tarde para eso, querida —le dijo el paramédico—. Todo el mundo está durmiendo a estas horas.

En urgencias la limpiaron y le pusieron una bata. Y aunque hurgaron en la herida y le afeitaron el pelo en esa zona, Hanna no llegó a necesitar puntos. La dejaron en la camilla para que durmiera y se despertó con un dolor de cabeza matador, sin que nadie le ofreciera alivio alguno. La camilla estaba en el pasillo. La mujer que vino a ver cómo estaba y le dio el alta no le preguntó por la depresión postparto, menuda decepción («No, siempre he sido así», le hubiera gustado decir a Hanna. «La tuve antes del parto. Creo que estaba en mi útero»). El único tema de conversación que le interesaba a la mujer era la bebida, cosa que a Hanna le resultó un poco obvia a la luz de las circunstancias. Su actitud fue bastante condescendiente. Pero Hugh estaba tranquilo cuando llegó con una muda limpia y el bebé, que había cambiado las sonrisas por sus alaridos habituales.

—Creo que le está saliendo un diente.

—¿Ha dormido después? ¿Le acostaste?

En el coche discutieron acerca del bebé y luego se quedaron callados. Y eso fue todo. Durante semanas, la cosa se quedó ahí, en «Hanna se ha hecho un corte en la cabeza». Y, un día, incapaz de abotonar el pijama del niño, a Hanna le entraron ganas de arrojarlo lejos de ella, de tirarlo contra la pared. Entonces Hugh retomó la tarea con los botones y dijo:

—Ve al médico. Toma un puta pastilla.

Mientras tanto, seguía durmiendo con ella. Dormía con normalidad. Y también follaba con ella. A su erección no le afectaba el recuerdo de Hanna rodeada de un litro de sangre coagulada. Una vez le acarició con el dedo el pelo que le estaba naciendo alrededor de la herida y dijo: «Oh, amor mío». Le recordaba que comprara leche antes de marcharse por las mañanas y limpiaba las encimeras antes de irse a dormir por las noches. Cuidaba del bebé todas las horas que pasaba en casa, aunque no pasaba demasiado tiempo. No se le podía acusar de dejadez.

Hugh estaba trabajando para RTÉ en un culebrón. Era fantástico —el trabajo, el culebrón no era más que un culebrón— y se pasaba horas en el plató,

hablando con los de iluminación y utilería, buscando el aparador de Ikea perfecto para colocarlo junto a una pared. Después de dejarlo todo listo, regresaba a casa a una hora decente, pero se ponía a hacer dibujos para un montaje de bajo coste de *Romeo y Julieta* o salía corriendo a un evento del colectivo Irish Mammies en el Teatro Olympia llamado *Don't Mind Me I'll Sit In The Dark*. Era capaz de darle a todo un toque retro. Normal pero con un punto. «Dadme una lata grande de pintura», le gustaba decir, «y un lugar donde colocarme».

Hugh estaba a tope de trabajo. Había que pagar la hipoteca. Hanna paseaba con el carrito hasta Phoenix Park o caminaba por los muelles hasta el centro y luego regresaba a su pequeña casita en Mount Brown. Cinco kilómetros de ida y vuelta hasta Stephen's Green, diez si iba por el camino largo y rodeaba el parque. Siete meses después de dar a luz ya era capaz de ponerse sus vaqueros de pitillo, pero ¿qué sentido tenía estar guapa si a nadie le importaba? Fue a una inauguración al Abbey y tonteó una barbaridad, pero le pareció que la gente había perdido interés en eso. Hanna bebió hasta que dejó de notar que el culo se le escurría del taburete. Nadie pareció percatarse tampoco. Ni siquiera ella.

Era cierto que Hanna se emborrachaba tan pronto como dejaba al bebé, pero también era verdad que nunca dejaba al bebé, casi nunca. Mezclaba vodka en una botellita de zumo que llevaba consigo cuando salía con sus amigas. Se suponía que era una broma, pues la marca del zumo era Innocent, pero se lo terminaba antes de llegar al centro y nunca se lo contaba a las demás cuando llegaba el momento. Hanna no era capaz de enfrentarse sobria a las chicas, que hablaban sin parar de dietas y audiciones, que se pasaban el rato criticando la situación del teatro irlandés y los defectos de sus hombres. Las chicas no tenían hijos, aún no. Estaban tremendamente celosas. Creían que tener un bebé resolvería algo fundamental en sus vidas.

La botella «inocente» era interesante. Hanna probó el truco delante de Hugh y él tampoco lo notó. No era tan listo.

Hugh era una persona muy ordenada. Le molestaba si descubría un arañazo en algún objeto o alguna marca, si había bolsas de té usadas sobre la encimera de la cocina o una toalla húmeda en el suelo. Hanna se sentía la

mitad del tiempo en el lugar equivocado. Él le decía que recogiera sus bragas de las escaleras con tono de asco. O se la follaba en las escaleras. Una cosa o la otra. A veces ambas. Como si no lograra decidirse.

Al principio de su relación, el sexo era asombrosamente abundante. No es que fuera de gran calidad, pero sí tremendamente frecuente. Luego se volvió tremendo a secas. Ninguna extravagancia, Hugh era un tío normal. A menos que un día cogiera una de las hachas que tenía en la tira magnética de la pared de la cocina para clavársela. No obstante, no se distinguían síntomas de impulsos asesinos. Pero esa continua penetración le parecía a Hanna una especie de asesinato. Tampoco le importaba mucho que la mataran. Estaban inmersos en uno de estos alegres festivales eróticos, salvajes y prolongados —¡un hurra por nosotros!— cuando sucedió el bebé.

Sucedió.

El bebé llegó.

Hugh tuvo un hijo con Hanna porque amaba a Hanna.

En medio de toda aquella furia, un bebé.

Hanna no cayó en la cuenta, claro. Pensaba que la cerveza estaba agria, que el vino se había estropeado, le dolía la espalda y sus eyaculaciones eran más densas, nuevas, musculares. Se despertó una mañana sintiéndose abandonada, hundida. Y, un par de semanas más tarde, dijo: «Oh».

Hugh estaba encantado, eufórico. Quería al bebé dentro y fuera de Hanna y quería a la inteligente madre del niño. Pero dejó de follar con la madre del bebé cuando este nació. Comenzó a pelearse con ella.

—¿Qué coño hace esto aquí?

—¿El qué?

—Mi guion está aquí debajo.

—¿Perdona?

—Mi guion. He estado buscándolo y está cubierto de... Dios.

Hanna empujaba el carrito junto a los muelles de camino al centro y repasaba las broncas mentalmente. Empuja. Empuja. Venga. Venga. Se sentía tan sola. Y siempre estaba cachonda. Y las peleas se parecían un poco al sexo, pero no se podían comparar. Arrojar el móvil de Hugh entre las matas de tojos en la montaña, o su estúpido bolso de mano al río Liffey. Vivieron

silencios largos e imposibles en el arcén. En una ocasión, ella regresó a casa caminando por la autopista tras dejar al bebé en el asiento del coche mordisqueando su peluche. El coche tenía roto un piloto delantero y un arañazo en el asiento del acompañante. Hugh odiaba que ella le jodiera su precioso coche, porque Hugh afirmaba que era una persona tranquila pero no lo era en absoluto, era un tipo glacial lleno de rabia.

El bebé, mientras tanto, se sonrojaba y cagaba. El bebé abría la boca roja y chillaba.

Y Hanna —¡evidentemente!— siempre se estaba ocupando del bebé: chupete, cucharas, mantitas, libros, medicinas, toallitas, calcetines, una muda nueva para todo, un gorro de repuesto, crema con lanolina, crema sin lanolina, porque Hanna quería al bebé. Lo quería mucho, mucho, mucho. Se preocupaba mucho, mucho, mucho por él. Se inquietaba y se angustiaba por él. Porque oh, si el bebé perdiera el chupete, si el bebé perdiera el gorrito de repuesto, entonces un agujero negro se abriría en el universo y se tragaría a Hanna para siempre jamás.

Cuando bebía un par de zumos inocentes adulterados, mientras paseaba con el carrito bajo el sol, le parecía que todos podían convivir: Hanna y el gorrito de repuesto y el gorrito perdido y el bebé, que la miraba, y también el agujero en el universo. Era capaz de contener a cada uno en un rincón de su cabeza y controlar la tensión entre ellos. Todo le parecía coser y cantar.

Otras cosas a favor de la botellita de plástico marca Innocent eran: a) el color, b) el factor diversión, c) que era toda suya.

Un día de noviembre, cuando el bebé tenía diez meses, Hanna recibió una felicitación de Navidad de su madre con una nota al pie donde anunciaba que iba a vender la casa.

Llamó a Constance para decirle:

—Pero ¿qué coño?

—Oh, eres tú —dijo Constance, porque Hanna nunca la llamaba.

—¿Qué coño? —dijo Hanna. Constance contestó:

—A mí no me preguntes.

—No es cierto, ¿verdad? —dijo Hanna.

—Oh, no lo sé —dijo Constance—. No creo que sea verdad, no. Creo que

se está haciendo vieja.

—¿Sabes algo de Dan?

—Este año tendremos la casa al completo. Viene a Irlanda.

Los Madigan nunca se juntaban por Navidad. Las chicas siempre iban, pero los chicos siempre estaban por ahí, ya fuera en el Claridge's o en Tombuctú. Pero estas Navidades iban a ser un gran evento. Iban a ser insólitas. Y esa noche, sin saber muy bien cómo, el bebé se apoderó de su botellita inocente y escupió el contenido, se lo derramó encima y el agujero en el universo se fue a tomar por culo cuando Hugh olió el alcohol en la camiseta de rayas de Petit Bateau: el mundo tal y como Hanna lo conocía tocó a su fin. O eso le pareció. Cabía la posibilidad, como la vez que acabó en urgencias, de que cuando tenías un hijo el fin no existiera, que solo hubiera más de lo mismo.

La prenda acabó en la lavadora al instante, de modo que Hugh no tenía pruebas materiales. Pero tenía al niño. Dormía en la habitación del bebé. Dijo que no discutiría con Hanna pero que no la dejaría a solas con el niño. Y, en Navidades, se llevaría al niño a casa de sus padres.

Hanna dijo:

—Menudo alivio. Lo digo en serio. Una guardería. Por fin. Es jodidamente fantástico.

Después de pasar dos semanas sobria follaron en la cocina, repentinamente, y acabaron en el suelo, en el mismo lugar donde se había abierto una brecha en la cabeza. Al girarla, contempló la misma vista de baldosas blancas. Hanna estaba tan húmeda entre las piernas que pensó que sufría incontinencia y después, en la ducha, se preguntó si no padecería algún trastorno, si su cuerpo, por no mencionar la cabeza, estaría bien. Salió de casa y compró dos botellas de vino blanco en la licorería porque volvía a tener la bebida bajo control y, después de abrir la segunda botella, los gritos se reanudaron.

—Necesito un trabajo —dijo Hanna—. Solo necesito un puto trabajo.

Después de dejar la universidad, Hanna creó una compañía de teatro experimental con otros espíritus afines, aunque dejaron de conseguir financiación después de su segundo año, ligeramente desastroso. Se estrenó en los grandes escenarios interpretando el papel de una doncella en el Abbey, y de ese fue derecha a otro de doncella sexi en el Olympia. Después de una

pausa de dos semanas se embarcó en un *tour* con un montaje de *Da*, de Hugh Leonard, donde interpretaba a la novia. Bien. Se le daba muy bien hacer de novia. Después de eso vino otra doncella, pero esta vez fue en la pantalla grande. Hicieron un pase en el Savoy en O'Connell Street, con alfombra roja y todo. Hanna, sentada en la oscuridad con Hugh, tomados de la mano con las palmas sudadas, con su cara llenando la pantalla y Hanna alucinada al ver su boca a tamaño gigante.

—*No lo sé, señor. La señora no me lo ha dicho.*

Una mirada descarada. Inocente. Irlandesa. Todos le dijeron que tenía que marcharse a Los Ángeles, que era la versión irlandesa de Vivien Leigh.

Pero no se marchó a Los Ángeles. Era demasiado tarde para Hollywood, tenía veintiséis años. Y, además, Hanna quería papeles buenos, quería trabajos serios. Quería que le pasara algo mágico, aunque no supiera qué, quería conectar con el público.

Hizo un curso sobre el método Feldenkrais y un taller de Shakespeare para colegios, participó en una producción alternativa de *Largo viaje hacia la noche* que mereció pasar inadvertida y estuvo seis meses con una compañía con tanta predilección por Grotowski que nunca conseguían llegar al estreno. Salió en un anuncio de mantequilla, rodó una película una semana aquí y otra allí; estuvo cuatro meses seguidos trabajando en una miniserie y había intentado hacerse actriz de doblaje por el dinero. Todo lo consiguió a través de codazos y flirteos. Sufrió humillaciones sexuales. El camino tocó a su fin.

Antes creía que encontraría el camino, uno que la llevaría del musical de la escuela hasta la alfombra roja de Cannes. Pero el camino no existía. No tenía trayectoria. Ni siquiera una carrera. Lo suyo no era más que teatro.

Aún lo necesitaba.

Gracias. Gracias. Gracias.

A sus treinta y siete años, Hanna no dejaba de soñar —como tampoco dejaba de beber— con el aplauso del público. Y, a menudo, también con los abucheos. Se le olvidaba una línea, perdía algún objeto de utilería, le entraba miedo escénico. Hanna iba vestida con la parte de arriba de un pijama de crinolina, estaba en la obra equivocada o en la correcta, pero se había olvidado de aprender el diálogo. Esa noche, mientras Hugh estaba hundido en

el sofá con la mirada perdida, Hanna avanzó pegada a la pared del salón. Apretó la mejilla contra la pintura y arrastró la cara por encima, sin saber a quién estaba interpretando. A alguna loca. Ofelia, deshecha.

Deshecha.

—Genial —dijo Hugh, que a pesar de odiarla seguía acostándose con ella, incluso esa misma noche, con el rastro de saliva secándose en la pared del piso de abajo.

O quizá la quería. Porque afirmaba que la quería. Le salía mientras se la follaba.

«Te quiero, te quie, te».

A la mañana siguiente, Hanna hizo la maleta para marcharse a casa. Se plantó ante el armario y pasó las perchas mientras pensaba qué llevaría. Su madre odiaba que vistiera de negro y Hanna solo tenía ropa negra. Pensó en ponerse pañuelos para restarle dramatismo, o algunos collares llamativos, pero no sabía colocarse bien el pañuelo, le quedaba hecho un asco. Hanna se puso una camiseta y luego otra encima y se miró al espejo. Vio su rostro reflejado y pensó que sí, que era muy posible que el teatro hubiera terminado para ella. Hanna tenía la cara equivocada para una mujer madura, aunque el papel fuera de mujer madura. La detective. La amante. No, Hanna tenía cara de novia, guapa, adorable y triste. Y tenía treinta y siete años.

Su tiempo se había agotado.

Echó ambas camisetas en la maleta y arrojó las perchas sobre la cama. Hugh estaba de pie en el dormitorio, apoyado en la pared color azul de Prusia. Cuando el bebé se revolvió, lo cogió de los brazos de su padre. Solo un ratito. Notó que la piel del pecho le cantaba al acercárselo: se apoderó de ella una necesidad clamorosa de tener al niño en brazos. Y, cuando lo tuvo, ambos se calmaron.

—¿Te acuerdas cuando lo llevamos a casa de mi madre por primera vez? —preguntó ella—. La muy hija de puta no podía venir a Dublín, venga a decir: «¿Cuántos dormitorios dices que tienes?». ¿Te acuerdas de que fuimos y nos hizo sol hasta pasado Ennis y que cayó un aguacero justo después de Islandgar y cuánto le gustó? Diluviaba y no se veía nada a través del parabrisas. No le gustaba la sillita nueva, algo le pasaba, pero entonces la

lluvia comenzó a repicar en el techo. Tú me dijiste: «¡Para el coche! ¡Páralo!», y yo te dije que no podía parar porque no veía nada con la lluvia, solo un surco de cinco centímetros cada vez que pasaba el parabrisas por donde solo se veía más lluvia. Y el ruido. Y el interior del coche silencioso. Yo continué conduciendo. Te dije: «Es como un sueño». ¿Lo recuerdas?

—Sí —dijo Hugh—. Puede ser.

—Me dejé llevar muy despacio. A veces me pasa. Es lo que hago. Pero esa vez lo hice muy despacio. Tan lento que casi me pierdo. Aquella fue la primera vez.

—Vale —dijo él.

—Y me encantó. De verdad que me encantó. Ir a casa de mi madre con el niño en el asiento de atrás. Y la lluvia.

## Aeropuerto de Shannon

En la zona de llegadas del aeropuerto, las puertas de cristal se abrían y las puertas de cristal se cerraban.

Constance observó cómo los pasajeros eran emboscados e interceptados uno tras otro. La gente gritaba y reía y Constance no lograba recordar qué buscaba exactamente. Habría algo inalterable en su hermano que la alertaría de que era su hermano. Algún destello. Así es como recordaba a Dan de niño y, sorprendentemente, también al Dan de la última vez que se vieron —allá por el año 2000, probablemente—, un año en el que Constance no reconocía su propio reflejo en un escaparate y su hermano tenía mejor aspecto que nunca. No sabía cómo lo lograba. Constance llegó a pensar que debía ser efecto del maquillaje, quizá del bótox. Era como si la luz pudiera elegir y lo hubiera elegido a él.

Quizá simplemente estuviera en forma. Aunque a Dan no parecía que le fuera mucho el ejercicio físico, no se lo imaginaba sudando. La gente agraciada no mueve mucho los músculos faciales, ahí está la clave; su madre era así y también Dan. Era cuestión de actitud más que de belleza. Sabían causar expectación.

En realidad, Hanna era la más guapa de la familia Madigan, pero Hanna era toda expresión, toda personalidad, aunque no era nada fotogénica (un gran inconveniente para una actriz). Constance se agarró a la barandilla de hierro de la zona de llegadas y asomó una cara como un plato para que su hermano la reconociera. Sabía que era un triste reflejo de lo que había sido en su día. Su rostro era una sombra que le nublabla la cabeza, una especie de juego de luz en la ladera de una montaña. Durante dos segundos seguidos la vieja Constance aparecía. Habitaba la imagen de sí misma. Todo encajaba.

Y allí estaba Dan —lo reconoció de inmediato—, delgado y atento detrás de un carrito atestado; más mayor pero con un aspecto inconcebiblemente joven para su edad. Un hombre gay, saltaba a la vista. Escrutó los rostros de la multitud con minuciosidad nerviosa.

—¡Hooo-laaaa! —Dan salió de detrás del equipaje y fue hacia ella con los brazos tendidos. Más amanerado de lo que recordaba. Cada vez un poco más. Le salía con la edad.

—¡Mírate! —Le tocó ligeramente la mejilla y luego el hombro. Después la abrazó impulsivamente. La saludaba como un amigo, no como un hermano. La saludaba como el amigo que ella nunca tuvo.

Y llevaba muchísimas maletas consigo. Demasiadas. Casi todas hacían juego. Dan se fijó en que ella se fijaba mientras atravesaban la terminal. Constance todavía no había abierto la boca y ya estaban discutiendo. Lo estaban haciendo de nuevo. De repente, Constance se hartó de sí misma.

«¡¡No me importa en absoluto!!», le habría gustado decirle. «¡No me importa con quién te acuestes ni lo que haces!».

Aunque sí le importaba. Escrutó a todos los que se le quedaban mirando entre la multitud.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien.

—Debe de ser un horror viajar de noche.

Dan iba a decir algo, pero se contuvo.

—He dormido —le dijo.

Atravesaron la puerta principal y salieron al aire libre. El amanecer asomaba por el este y las luces del aeropuerto destilaban naranja ante el cielo gris.

—Hola, Irlanda —dijo Dan.

Sonrió, ella lo observó. Ahí le tenía.

Dan era un año más joven que Constance, exactamente quince meses. Consideraba una afrenta que su hermano se hubiera hecho mayor. No le molestó nunca que su hermano fuera gay —salvo, quizá, por el qué dirán—, porque nunca había creído en su masculinidad. A quien Constance quería era al Dan niño, al Dan de ocho años.

Se colocó a su lado mientras ella pagaba el aparcamiento, luego lo atravesaron juntos, casi divertidos. Este era el chico que corría a su lado en sueños.

Dormida, Constance no lograba verle bien la cara, pero era Dan, era él sin lugar a dudas, estaban en la playa en Lahinch y se disponían a rodear un cabo donde se encontrarían con algo inesperado. Lo que encontraban era el río Inagh que atravesaba el arenal y se perdía en el mar. Agua dulce en agua salada. Constance había estado muchas veces de adulta, pero seguía siendo un misterio para ella. Agua de lluvia en agua de mar, en la boca se diferenciaba dónde se encontraban y se mezclaban y no había forma de saber si aquella anomalía era buena o mala, si era una corrupción o un retorno.

—¿Sabes lo que quiero? —dijo Dan—. He visto el pueblo desde el avión y no me lo puedo creer. Ahora mismo no me puede apetecer más el cristal de Waterford. ¿No crees que ya va siendo hora? Unas copas de champán. Debería comprárselas a *lady* Madigan, le encantarían.

—¿Tú crees?

—O para mí. Sé que hay algo que falta en mi vida. No sabía lo que era hasta ahora.

—¿Copas de champán?

—¿Copas de champán?

Ambos estaban imitando a su madre de improviso.

—Oh, dejadme en paz —dijo Dan—. Me tenéis cansada.

—Lo cierto es que está en buena forma —dijo Constance.

—¿Cómo se encuentra?

—Está bien. Bueno, aparte del tema de la casa. Está... —Constance no lograba encontrar la palabra.

—¿Más suave? —dijo Dan. Habían llegado al coche, un Lexus, si mal no recordaba Constance. No sabía si sentirse avergonzada u orgullosa de él, pero Dan no se fijó cuando ella abrió el maletero con el logo y él levantó la tapa.

—Más bien experimenta cambios de humor, diría yo.

Dan no apostilló nada, simplemente guardó el equipaje después de echar a un lado cuidadosamente unas bolsas de la compra.

—Lo sé —dijo él, cerrando el maletero.

Aunque no tenía manera de saberlo. ¿Cómo iba a hacerlo?

Dan ya se dirigía hacia la puerta del conductor cuando recordó en qué país estaba.

—¡Lado equivocado! —exclamó; ambos se chocaron al intercambiar posiciones. Constance le tocó la cintura y le pareció más estrecha que antes. No era posible, evidentemente. Lo que pasaba es que todo el mundo había engordado en los últimos tiempos y los ojos acababan ajustándose. Todo el mundo estaba más gordo excepto Dan.

Dan se fijó en el coche en el momento en que Constance metió marcha atrás y apareció una pantalla en el salpicadero con las imágenes de la cámara de visión trasera.

—¡Cons-tance! —dijo—. Pero ¿qué trasto conduces? Si pareces la mujer del médico.

—Ja —dijo Constance.

—Cambios de humor —dijo él—. ¿Lo de la casa va en serio?

—Eso parece —dijo Constance—. Creo que se está haciendo mayor.

—¿Y? ¿Acaso no lo lleva bien?

Constance estaba intentando meter primera y luego dar marcha atrás y no podía reírse mientras maniobraba. Luego se rio tan fuerte que no fue capaz de encontrar el resguardo del aparcamiento.

—Cállate —dijo Constance—. Estoy intentando salir de aquí.

Eran las siete de la mañana. El sol que despuntaba sobre Limerick era orondo y rojo. Por el oeste se aproximaba una sombra que presagiaba lluvia.

—¿Tienes hambre? —preguntó ella.

—Mmm.

Dan se arrellanó en el asiento y ella pensó «tú sigue así», porque la hacía sentir culpable todo el tiempo, fantaseando con huevos y beicon.

De hecho, a Dan el amanecer le causaba un efecto parecido. Tenía *jet lag*. La luz le hacía sentirse en el lugar equivocado, una sensación familiar (¿Por qué había comprado Constance ese estúpido cochazo? ¿Cuándo había aprendido a conducir siquiera?), lo había pillado a destiempo. Creía que las náuseas eran culpa del olor —olía a perro mojado, o a queso—, pero habría

preferido estar en cualquier sitio antes que allí. Dan apretó los párpados e intentó mantener a raya la luz de su país natal, una luz como otra cualquiera, pero le había cogido en el momento equivocado.

—¿Has visto a los demás? —preguntó él.

—Vendrán mañana, si Hanna consigue organizarse. Emmet está trabajando.

—Claro.

—Tiene una nueva amiga.

—¿Ah, sí?

—Pues sí —dijo Constance, porque con Emmet siempre era la misma historia.

—¿Y tú?

—¿Disculpa? —dijo Constance.

—¿Qué has hecho últimamente?

Constance se planteó bromear sobre el lío que tenía con la casa, los niños, la madre, el marido, la casa de la madre, los regalos de Navidad, la cena para diez o trece, sus hijos, que ya mantenían relaciones sexuales, menos Shauna, que era demasiado tímida. ¿De qué podía hablar? Buscaba ejercicios de pilates en internet, intentaba sobrellevar su propia estupidez, un puente en Pisa con Ryanair, aunque de eso hacía tres meses. A Constance no se le resistía nada. Estaba dispuesta a todo, joder.

—Oh, ya sabes —dijo ella—. Nada raro ni sorprendente.

Y Dan cerró los ojos, como si le doliera algo.

—¿Cómo están los niños? —dijo él.

—¡Oh! —exclamó ella.

—¿Cómo está...?

—Shauna —dijo ella—. Tienes que ver a Shauna.

—¿Qué edad decías que tenía?

—Está preciosa —dijo ella—. Ojalá se diera cuenta. Dieciséis.

Dan nunca se había interesado por Shauna, pero Constance sabía que cambiaría de actitud en cuanto la viera. Dan miraría a Shauna, una chica tan pálida como él, con el mismo cabello pelirrojo. Vería a esa chiquilla, toda rodillas y codos, y se quedaría prendado de ella.

—Tiene las piernas delgadísimas —dijo ella—. Ha pegado el estirón.

—Mmm —dijo él.

Seguía con los ojos cerrados. Dan observó el estallido del amanecer a través de los párpados, como solía hacer de niño, pero aquel día esa actividad también le parecía fuera de lugar. Brotes púrpuras que parecían moratones. Nubes amarillentas y enfermizas, con el vientre negro de vergüenza.

*Jet lag.*

Abrió los ojos y vio luces traseras, la tapicería crema y gris del coche de su hermana e indicios de lluvia en el parabrisas. Irlanda.

Fantástico.

Constance hablaba de los chicos: Donal, que era clavado a su padre, había decidido posponer la universidad un año para ir a trabajar a una obra en Australia. Rory salía de marcha todos los sábados.

—¿Y tú qué te cuentas? —preguntó ella, después de un rato en silencio.

—Toronto —dijo Dan, como si la palabra contuviese toda clase de información, una revelación sorprendente—. Sí.

—Siempre me gustó Canadá —dijo Constance.

—Sí —dijo él—. Lo recuerdo. —Sonó como si quisiera añadir algo, pero no lo hizo. Y, cuando ella se giró a mirarle, se había quedado dormido.

Se despertó de un sueño donde aparecía el río Inagh adentrándose en el mar —ligero, infinito—, lo cual le hizo creer que estaba mojando la cama. Aunque estaba parpadeando aún creía que se estaba meando, prácticamente podía oírlo. Un sonido profundo, íntimo y sordo le despertó del todo y le devolvió a la realidad: estaban en una gasolinera y estaban llenando el tanque del coche de combustible. Echó un vistazo al asiento trasero y vio a su hermana junto al maletero del vehículo, con su abrigo de lana caramelo. Constance estaba mirando algo y el pañuelo color crema ondeaba tras ella, mientras el viento le revolvía el pelo fino. Dan salió renqueando del coche y se enganchó los pantalones —completamente secos— con el cinturón. Recibió de buen grado la bofetada de aire fresco.

—Voy a la tienda —dijo él—. ¿Quieres una bolsa de *chips*?

*Chips*. Qué palabra más irlandesa; llevaba años sin pronunciarla.

Constance le miró por encima de la capota, negra y reluciente.

—Oh, sí —dijo.

Mientras se dirigían a casa, Dan fue asimilando el paisaje internamente, una capa tras otra de sedimentos de significado solo interrumpidos por un seto o una arboleda junto a una cumbre. De repente, todo le resultaba familiar. Conocía este lugar. Era un secreto que llevaba en su interior, un mapa de cosas que había conocido y perdido, aquellas casas apenas entrevistas, aquellos muros de piedra, los campos de un verde sólido.

La carretera era más amplia que la carretera de su infancia y la lluvia le parecía cada vez más irreal a medida que avanzaban. Tanta agua. Les llevaba en volandas, las ruedas se deslizaban sobre la pátina de lluvia. *Aquaplaning*. Iba volando en el coche pijo de su hermana, surcaban el aire húmedo. No tocaban nada. Eran intocables.

Si pudiera mantener los ojos abiertos, pensaba Dan, todo estaría bien.

Constance también cerraba los párpados al hablar; todos los Madigan lo hacían, parpadeaban despacio. Volvían la vista a su interior en busca de una palabra que les faltaba, algo difícil de entender o de explicar. Sonreían con los ojos cerrados y hacían oídos sordos al mundo.

—¿Eres feliz? —le preguntó él de improviso.

—Ejem —dijo ella.

—Deberías tener una aventura.

—¿Ah, sí? —Constance continuó conduciendo—. ¿Quién dice que no la he tenido?

—Constance Madigan —dijo él.

—Te lo estoy contando ahora. —Ella siempre le contaba todo.

—¿Quién es?

—Fue hace años —dijo ella. Él esperó a que continuara—. Creí que sería como saltar desde una montaña, ¿sabes? —dijo ella—. Un salto al vacío.

—¿Y?

—Fue como aterrizar en un puto charco. Sin salpicar apenas. Como si me hubiera caído un puto chaparrón.

A unos cinco kilómetros de casa, distinguieron su pequeño Citroën azul.

—Vaya, a quién tenemos ahí —dijo Constance, reduciendo la marcha para

acomodarse a la velocidad de Rosaleen. Tuvo que echar mano del freno porque su madre se embalaba o frenaba aleatoriamente.

Constance le dio las luces pero la mujer del coche de delante no se dio por aludida. Sesenta kilómetros por hora. Treinta. Se distinguía su cabecita de señora mayor, pegada al volante, intrépida. Las luces traseras se encendían y se apagaban sin que Constance pudiera adivinar el ritmo o el motivo en la carretera que se desplegaba ante ellos.

—Anda mucho —dijo Constance—. Siempre sale a pasear. —Y, aunque Dan no había preguntado, añadió—: Va a todas partes. Sobre todo le gusta el mar. Pasea junto a la playa o por el muelle de Doolin, o por la vereda, incluso por los acantilados.

—Pero ¿qué hora es? —dijo Dan, repentinamente irritado.

—¿La hora?

Ambos lo vieron: su madre podía morir en una cuneta, el viento podía arrastrarla del acantilado y arrojarla al mar.

Constance hizo sonar el claxon.

—Dios. Constance.

—¿Qué?

—¿Es que quieres que se estrelle? ¿Quieres matarla?

—Oh, venga ya.

Y volvió a pulsarlo.

—¡Para! —Dan extendió la mano como si quisiera coger el volante.

—¿Qué? —Constance alucinaba con su hermano menor—. ¿Qué pasa?

—¡Por Dios, Constance! —Dan volvía a tener ocho años y le gritaba a la mandona de su hermana. En cierto modo, era bastante gracioso, pero no importaba. Su madre, que podía matarse en cualquier momento, no les podía oír desde su coche.

Constance aminoró la velocidad para observar mejor. Rosaleen conducía con el freno. No estaba claro si quería aminorar la velocidad o acelerar. Debía de ser un problema de vista. Puede que de los pies. Como si usara los dos al mismo tiempo.

## Condado de Dublín

La víspera de Navidad, Emmet llamó a su madre desde su casa de la urbanización Verschoyle Gardens, en el distrito 24 de Dublín, donde ella nunca había puesto un pie. No tenía ningún motivo para ir, las posibilidades eran las mismas que si hubiera aparecido en la puerta de la torre de pisos de Dacca o en la casa colonial en mitad de Ségou. De hecho, tenía aún menos motivos. Un adosado de tres dormitorios en una urbanización junto a la N-7 que Emmet alquilaba por meses por una cantidad obscena de dinero. Bajo la ventana principal había un sofá de cuero blando, medio malvavisco, medio champiñón. Su madre lo odiaría, pero Emmet descubrió complacido que la casa le causaba indiferencia. Estaba bien aislada, era nueva. Sentirse libre de Rosaleen, por poco que fuera, continuaba proporcionándole placer.

En Ardeevin, el teléfono sonaba.

Emmet observó por la ventana la casa idéntica del otro lado de la calle, iluminada con luces navideñas. Desde que en Irlanda el dinero corría a raudales, el país deprimía a Emmet de una manera completamente novedosa. Los precios de las viviendas le deprimían. Y el tema de los bolsos, de los cafés caros, del mira-que-somos-listos, todo eso también le deprimía. Aunque, para ser justos, Verschoyle Gardens no le deprimía. Mateus, el hijo pequeño de los vecinos, saldría mañana por la mañana con su bici nueva mientras su padre le sujetaba el sillín, le daba impulso y le dejaba ir.

Un clic. Silencio al otro lado de la línea. La atmósfera eléctrica de casa.

Ella tenía una forma particular de coger el teléfono, como si fuera un objeto pesado que hubiera que manipular con precisión antes de llevárselo a la oreja.

—¿Oiga?

Su madre aún contestaba al teléfono como si viviera en 1953.

—Madre —dijo él, y luego esbozó una mueca. Ella odiaba que la llamara madre.

—Emmet —dijo ella.

Estaría sentada en la vieja mesa con el periódico abierto ante ella por la página del crucigrama. Quizá se girase a mirar el jardín a través de la ventana, u observaría el caballete que tenía en el rincón, con un paisaje que estaba pintando y que llevaba siglos sin terminar. O miraría el viejo sillón junto al fogón donde su padre se quedaba dormido antes de la cena y las noticias. Era difícil precisar, cuando miraba estas cosas, qué era lo que veía.

—Estoy de camino —dijo Emmet.

—¿Ah, sí?

—Estoy esperando a Hanna y luego nos vamos.

—Oh, bien.

Tenía la respiración algo acelerada por la emoción, o por algún imprevisto. La oyó levantarse del sillón.

—Supongo que llegaremos sobre las tres.

Rosaleen se puso a merodear por la cocina.

—Ya veo —dijo.

—O un poco después, quizá —dijo, vacilante.

—Cualquier hora va bien —dijo ella—. Siempre que os atengáis a la que me habéis dicho.

Ahí lo había pillado.

—Eso es lo más molesto —dijo ella—. Que la gente llegue temprano y no tengas aún nada preparado o que te digan una hora y te dejen colgada. Eso es lo que más odio. No se trata de llegar pronto o llegar tarde, es cuestión de decir la verdad.

—Lo sé. —Emmet no podía creer lo que estaba oyendo—. Estoy esperando a Hanna —dijo.

—¿Hanna?

—Sí.

—¿Hanna?

—Sí.

—¿Hanna viene contigo?

—Sí.

—Bueno, pues entonces, a saber.

Era cierto, Hanna nunca era puntual. Emmet estaba convencido de que se trataba de algo genético.

—¿Qué hay de...?

—Hugh irá el día de San Esteban —dijo él—. Le verás entonces.

—De acuerdo.

—Hugh y el niño. Luego se marcharán juntos a Dublín.

—Oh, el niño, qué pena. En realidad no tenemos camas para todos. ¿Entonces vienes solo? Estupendo. ¿Y...?

—Saar.

Su madre siempre hacía una pausa después de un nombre que consideraba poco común.

—Sí, ¿Saar ha vuelto a...?

—Holanda.

—Estupendo. Nos vemos a las tres.

—Puede que a las cuatro, más bien —dijo Emmet.

—De acuerdo. Bueno, dile la hora a Constance, ella es la que se está encargando de todo. ¡Adiós! Oh, escucha, ¿vas a traer vino? Lo único que tenemos que hacer es ponerlo fuera del alcance de Hanna, a menos que te apetezca ver cómo se va todo al traste. Tú tampoco eres un experto en vino, evidentemente, pero...

Se detuvo.

—Oh, Emmet, ¿no sería estupendo, ahora que Dan está en casa? ¿No sería estupendo hacer algo bonito por una vez? Me encantaría... No sé... ¿Vas a traer vino?

—No. —Emmet miró por la ventana. Ni rastro de Hanna.

—Para una vez que viene Dan. No sé. Solo he comprado un poco. Ya sabes, champán.

—¿Ya ha aterrizado? —Emmet se imaginó la cocina girando en torno a Dan: el rostro beatífico, los ojos perezosos.

—Está dormido —dijo Rosaleen, en un susurro—. Tengo que decirle a Constance que compre champán.

—¿Y qué pasa con Hanna?

—Oh, déjalo ya. Usaremos las copitas. Las que compramos en Roma.

Roma, 1962. Una audiencia con el papa, un hombre a bordo de una Vespa pequeña, tan apuesto que te cortaba la respiración, con un bebé gordo y moreno sentado en la rodilla. ¡Oh, Roma, Roma! Cada *piazza* inesperada, el azahar, el vejete en el tranvía que olía tantísimo a ajo... Rosaleen debió notar que llevaba varios días sintiendo malestar por las mañanas. Dan fue concebido en Roma. ¡Dan adoraba el ajo! Los misterios de Dan no tenían fin.

—Oye, madre, tengo que irme.

Otro silencio. *Madre*.

—Bueno, márchate.

—Hasta pronto.

—¡Adiós!

Emmet colgó el teléfono, exhausto. Saar le había preparado galletas antes de marcharse y la cocina aún olía a canela. Saar era fantástica. Holandesa, pragmática, con espíritu de equipo. Este año la había embarcado en un avión rumbo a Schiphol sabiendo que las próximas Navidades él también tomaría ese avión.

—Te quiero —le había dicho él.

Y ella había contestado:

—Te quiero.

Luego tuvo que volver a afrontar los horrores de los Madigan: sus corazones mezquinos (tampoco es que él tuviera un gran corazón) y las vidas mezquinas que llevaban. Emmet cerró los ojos y levantó el rostro. Ahí la tenía: su madre, cerrando los ojos y alzando la cabeza con un gesto idéntico en la cocina de Ardeevin. La sombra de su madre le acechaba. Tenía que sacudírsela como un perro mojado.

Madre.

Y su estúpida hermana que llegaba tarde, como siempre. Seguro que se había entretenido haciendo una maleta demasiado grande, buscando el teléfono, perdiendo el teléfono, gritando dónde estaba el teléfono, montando escándalo, lío, follón.

Emmet subió las escaleras y llamó a la puerta de la habitación de su

compañero de piso al pasar.

—¿Todo bien?

Denholm salió de su habitación y le siguió a su dormitorio, mientras Emmet sacaba una bolsa y la depositaba encima de la cama.

—Todo en orden —dijo Denholm.

—Solo quería comprobar si estabas en casa.

—Oh, sí —dijo Denholm, que no tenía dinero para ir a ningún sitio y, además, siempre estaba sentado ante el pequeño escritorio de su habitación—. ¿Cómo estás, Emmet?

—Muy bien —dijo él, girándose para estrecharle la mano (al estilo africano) en el estupendo y suburbano residencial de Verschoyle Gardens, distrito 24 de Dublín.

—¿Cómo estás? —dijo él.

Denholm iba todos los días a Kimmage Manor a un curso sobre desarrollo internacional. Un mes después de llegar de Kenia, su madre falleció y su hermana, que vivía también en el campo en Kenia, había dado positivo en el test del VIH, algo que descubrió en la consulta prenatal de la clínica local que gestionaban las mismas monjas que habían llevado a Denholm hasta esa urbanización junto a la N-7 y a la habitación que Emmet tenía libre.

—Yo estoy muy bien —dijo Denholm.

—¿Funciona la wifi? —dijo Emmet.

—Va un poco lenta —dijo Denholm—, pero funciona.

Había estado hablando con su hermano por Skype, le dijo, antes de que su oficina cerrara. En Kenia era fiesta. Todos se apresuraban a salir de Nairobi, de la misma manera que Emmet saldría de Dublín. Llegarían a sus pueblos a tiempo para la Misa del Gallo y luego celebrarían una gran fiesta —toda la noche—, seguida de más fiestas al día siguiente. Luego, el día de San Esteban, que ellos llamaban el día del Boxeo, comerían una sopa hecha con la sangre de la cabra de Navidad. Una sopa excelente, aseguró Denholm. Ideal para la resaca.

Emmet iba de un lado para otro en la habitación, abriendo cajones, lanzando algunas cosas en el interior de la bolsa de poliéster que le habían regalado en un congreso con las palabras «Programa Mundial de Alimentos»

escritas en la solapa. Un par de polos, ropa interior y calcetines. Un libro de bolsillo que había en su mesilla de noche, el móvil. Fue hasta el baño que había dentro del dormitorio a por el cepillo de dientes y el desodorante.

—Suenan fantástico —dijo Emmet. Cuando metió la mano bajo el colchón para buscar su pasaporte, cayó en la cuenta de que no iba a salir de Irlanda, que estaba allí al lado.

—Sí —dijo Denholm, sin poder ocultar la nostalgia navideña.

Emmet dijo:

—Guau —mirando a su alrededor sin buscar nada, intentando ocultar la vergüenza que le entró repentinamente por dejar a Denholm solo. Después de la hospitalidad con la que le habían recibido en tantas ciudades. ¿Por qué no le invitaba a cenar a casa? No podía.

No era una cuestión racial (aunque en parte sí lo era), Saar también estaba descartada; Saar, con sus virtudes domésticas holandesas, que recogería los platos, los lavaría y cantaría mientras barría el espumillón del suelo. Para la familia de Emmet la comida de Navidad era más espesa que la sopa de sangre keniana, por eso ninguna de las personas que Emmet apreciaba podían asistir, ni siquiera las personas con las que se lo pasaba bien. Uno solo podía desembocar en la mesa navideña de los Madigan a través de un útero previamente acreditado. Parejas casadas. Santificadas.

«Lo siento. No puedo invitarte a que vengas a casa por Navidad porque soy irlandés y mi familia está loca».

Ni siquiera Hanna acudiría acompañada del padre de su hijo.

La mesa de Navidad de los Madigan respondía a unos estándares de calidad. No podían decaer.

—¿Mañana funciona el tranvía?

—No te preocupes por mí —dijo Denholm, que se quedaría atrapado el día de Navidad en una urbanización junto a la N-7. Después bajó las escaleras tras ofrecerle un té.

Emmet culpaba a su madre. Podías hablarle a Rosaleen de enfermedades, guerras y corrimientos de tierra, y te miraría ligeramente sorprendida porque, sin duda, en el condado de Clare sucedían cosas mucho más interesantes.

Aunque en realidad no pasaba nada, también ella era consciente. En la casa nunca se hablaba de nada. Las noticias eran aburridas o eran alarmantes, los hechos siempre irrelevantes, la política zafia. Los cotilleos locales, eso era lo que su madre admitía, solo aquellos que poseían una naturaleza especial. Bodas, muertes, accidentes: se desvivía por un choque frontal o una curva peligrosa en la carretera. Sus achaques, evidentemente, las enfermedades de otras personas. El tumor de la prima de la señora Finnerty, que resultó ser un quiste benigno. Su espalda, su cadera, sus jaquecas y el fogonazo que veía a veces cuando cerraba los ojos. Achaques que eran cada vez más vagos hasta que, un día, dejarían de serlo. Llegado el momento, se volverían reales.

—Iba a traer a mi compañero de piso —diría Emmet en la cocina, un par de horas más tarde—. Está pasando por un mal momento.

—¿Ah, sí? —dijo Rosaleen.

—Su madre acaba de morir.

—¡Oh, no! —Rosaleen adoraba una buena tragedia. Le asomaron lágrimas a los ojos, lágrimas auténticas.

—Y su hermana y el bebé han dado positivo en VIH.

—Oh.

Puede que no fuera el tipo adecuado de tragedia al fin y al cabo.

—Ya veo.

Su madre parecía más pequeña de lo que recordaba. Tenía la piel tan fina que Emmet temía magullarla si la tocaba. Tampoco es que nadie la tocara, quizá Constance sí. A Rosaleen no le gustaba que la tocaran. Le gustaba lo que hacía Dan, que conseguía hechizar el aire a su alrededor y la dotaba de un aura especial. Cuando Hanna fue a saludarla se chocaron sin querer.

—Oh.

—Ay.

Esto sucedió antes de cruzar el umbral siquiera. Cuando Rosaleen abrió la puerta estaba radiante. Se había puesto una camisa blanca recién planchada con los cuellos almidonados y el collar de perlas mediano. Un par de calcetines de rombos un tanto llamativos asomaban entre los pantalones negros y los mocasines con borlas. Tenía el pelo color platino reluciente gracias a su champú especial. Y cuando Hanna se inclinó para besarla, se

chocaron a la altura del pómulo.

—¿Estás bien?

—Eso creo. Sí.

Como siempre, la precisión de Rosaleen se convertía en una dificultad generalizada para los demás.

—Sí, estoy bien. —Y añadió—: ¿Dónde está el bebé?

Y mira que Emmet le había dicho que el bebé no iría.

—Está con Hugh —dijo Hanna, después de una pausa.

—Qué pena —dijo su madre—. Qué se le va a hacer.

Y miró a su hija como si tuviera que conformarse con ella.

Hanna había venido todo el camino durmiendo. El bebé la había tenido despierta toda la noche, dijo, con cierta petulancia. Aunque su hermana menor lo irritaba, Emmet sintió lástima por ella, recién levantada y mustia, en la puerta de la casa de su madre.

—Te lo dije —le recordó Emmet a Rosaleen.

—¿Ah, sí? Puede que sí. —Y añadió, con cierta brusquedad—: No tiene la menor importancia, ¿no?

Era una mujer imposible. Emmet no sabía por qué le correspondía a él mantener a su madre a raya; no podía evitarlo. No podía soportar la sensación de irrealidad que creaba a su alrededor. Emmet no podía entender por qué la verdad representaba un problema tan grande para Rosaleen, por qué los hechos eran siempre irrelevantes o acusadores. No sabía qué era lo que siempre rehuía.

—Un bebé no puede tener sida —dijo, zanjando el asunto.

—Le hicieron el test en la maternidad... Una monja irlandesa, de hecho.

—¿Una monja? —dijo ella.

—Sí, en Kenia —dijo Emmet.

—Oh —Rosaleen sopesó lo dicho hasta el momento.

—¿Y él es de Kenia? —preguntó.

—¿Quién?

—Tu compañero de piso.

—Sí, es keniana.

—Ya veo —dijo, y cambió de postura en el asiento.

—¿Vas a preparar ese té o no? —dijo, repentinamente, mirando a Hanna por encima del hombro. Y Hanna, que estaba metiendo las hojas en la tetera, se detuvo con la cajita en la mano, furiosa por un instante.

—Hay un niño —dijo Rosaleen, volviéndose hacia la mesa con precaución — que tiene autismo. Es el hijo de uno de los encargados del supermercado Spar. —A continuación, añadió, como concesión—: ella es de Estonia, ¿te lo puedes creer? Y el marido es muy agradable. De Kiev.

Pero Emmet ya estaba aburrido de ese juego. Era un hombre adulto. Estaba intentando dejar en evidencia a una mujer que tenía setenta y seis años. Una mujer que, para más inri, era su madre.

—Menudo viaje —dijo él—. Desde Kiev al condado de Clare.

Se figuraba cómo serían los dos días que les esperaban. Se hablaría mucho de los precios de la vivienda, de lo bien que le iba a Dessie McGrath, de lo caro que estaba todo últimamente (ese establo junto a la carretera es carísimo, sí, Dan, el metro cuadrado está más caro que en Toronto). Emmet discutiría con Constance sobre la Iglesia católica, porque Constance, que no creía en nada, no era capaz de admitirlo delante de sus hijos, que supuestamente tenían que ser creyentes o, al menos, fingir que lo eran. Hanna se pondría a despotricar contra algún crítico del periódico, su madre opinaría que esas personas sabían de lo que hablaban y al final todos se marcharían. A Emmet le parecía que era como vivir en un hoyo cavado en el suelo.

Hanna metió un par de rebanadas en la tostadora y el olor a pan tostado atrajo a Dan al piso de abajo. Hanna oyó pisadas junto a la puerta de la cocina y lo reconoció de inmediato, aún recordaba el ritmo de sus pasos, después de tantos años.

Entonces entró en la cocina: un hombre apuesto que se transformó en su hermano tan pronto como abrió la boca para decir:

—¡Sabía que eras tú!

Su voz tenía un acento americano que Hanna recordaba de la última vez que se vieron, antes de que naciera el bebé, cuando Hugh y ella fueron a pasar una semana a Manhattan y Dan les llevó al Met y a una exposición de Bill Viola y se lo pasaron de fábula; Hugh habló con Dan sobre decorados;

un campo de girasoles, eso es lo que Dan quería, un lago, una gran extensión, y Hugh le propuso: «Constrúyelo en vertical y conviértelo en el fondo del escenario».

—Hola —dijo ella.

No se saludaron con un beso, allí en la cocina no, aunque se hubieran besado de haber estado en Dublín o en cualquier otra ciudad. En lugar de eso, Dan cogió una silla y Hanna se levantó para volver a rellenar la tetera. En el momento en que el agua tocó los posos, Hanna supo que aquel era el único lugar de la Tierra donde Dan se sentaría a esperar a que le sirvieran el té. En cualquier otra cocina, él sería el encargado de servir, de atender a los huéspedes, de allanar el terreno.

—¿Quieres un té? —dijo ella.

—Sería perfecto —dijo él.

—¿Estás bien? —dijo Emmet. Y Dan asintió mirando a su hermano pequeño como si se hubieran visto recientemente, cuando la verdad es que ninguno de los dos podía recordar la fecha, ni siquiera lo intentaron.

Mientras tanto, Rosaleen sonreía. Su rostro parecía prácticamente traslúcido. Se sentía feliz de verles a todos. Era feliz porque Dan estaba en casa.

O era feliz sin motivo, pensó Emmet. Su rostro era una caricatura. Siempre había sido así. La felicidad de su madre siempre había implicado cierto desequilibrio, como una luz que un extraño encendiese al pasar para iluminar una habitación vacía.

Se preguntó cómo funcionaría su cerebro. A la vejez, a Rosaleen le costaba quedarse quieta. Siempre estaba en el jardín, en la carretera, siempre estaba caminando, extasiándose por algún paisaje. En ese instante, se levantó de la silla de un salto.

—Puedo prepararte una ensalada y algo de pollo —le dijo a Dan—. Tengo una bolsa de ensalada.

—Oh, no —dijo Dan.

—Son tan prácticas.

—Y tanto —dijo él—. Pero, ya sabes, compras un montón de verduras sanas y se echan a perder antes de que te apetezca comerlas. Tampoco digo

que esta esté caducada.

Ambos estaban junto a la puerta del frigorífico, inclinados sobre el interior iluminado, y él tenía la bolsa de ensalada en la mano. Hanna sabía que era la primera bolsa de ensalada prelavada que Rosaleen había comprado en su vida.

—Muy baja en calorías —dijo Rosaleen.

Y Dan dijo:

—¿Sabes? Me parece perfecta, creo que la tomaré.

A continuación, una larga deliberación sobre el aliño: qué vinagre tenía Rosaleen o qué vinagre no tenía, o si Dan prefería zumo de limón a secas. Mientras tanto, Emmet leía el periódico impertérrito y a Hanna no le importaba. Se sentó en la mesa con un cigarrillo apagado entre los dedos sin dejar de observar a Dan, el hombre en el que su hermano se había convertido, la versión homosexual en la que se había transformado y que a ella le costaba reconocer. Lo conocía a través de dos vías que confluían en el ser humano que había sentado a la mesa, que estaba diciendo en ese momento:

—¿Sabéis lo que echo de menos? El pan con jamón.

Como adulto, Dan era inevitable y, aun así, inesperado.

Se había sentado en el sillón de su padre, el hijo pródigo había regresado. Miró a su alrededor, fascinado por los objetos más nimios.

—¡Esto! —exclamó. Fue a tocar la jarrita de la leche y detuvo el dedo a un milímetro de la porcelana—. Llevaba sin verla...

—Oh, nos encontrarás muy... —dijo Rosaleen.

—¡No! —exclamó él.

—Rústicos —dijo ella.

—No —dijo Dan—. Lo que quiero decir es que es perfecta. Tan elegante.

—Me gusta darle uso a las cosas —dijo Rosaleen—. Aunque nada haga juego como antes.

—Por supuesto —dijo Dan, pensando en lo mucho que le gustaría a Ludo la mesa de su madre; lo mucho que le gustaría a Ludo su madre, quizá, preguntándose si todo saldría bien, después de todo.

Hanna vio la sonrisilla que esbozaba Dan. Todos la vieron. La sombra de otra persona en la habitación. Rosaleen miró a la ventana, donde su reflejo

comenzaba a formarse sobre el cristal.

—¿Te acuerdas de la Navidad que rompiste la jarrita de Belleek? —le dijo a Hanna.

—Yo no rompí la jarra —dijo Hanna.

—La jarrita de Belleek —dijo Rosaleen—. Tan delicada como una caracola.

—Fue Constance —dijo Hanna.

—Oh —dijo Rosaleen, no demasiado convencida—. ¿Te acuerdas de esa jarrita? —le dijo a Dan—. Era como una caracola. La luz hace un efecto sobre el vidriado, no sé el nombre...

—Lustre —dijo él.

—Sí.

—Fue Constance —dijo Hanna.

—Creía que habías sido tú —dijo Rosaleen inocentemente.

—Pues te equivocas.

—Oh, qué más dará —dijo Rosaleen, como si hubiera sido Hanna la que hubiera sacado el tema.

—¡Yo no rompí la puta jarra de Belleek!

—Ahora se pueden comprar por eBay —dijo Dan—. Están muy baratas, ¿sabes?

—Dios, te ponías como una loca —dijo Emmet—. ¡Cuidado con la Belleek!

—¡¡La Belleek!! ¡¡La Belleek!! —dijo Hanna.

—¿Cuánto cuesta, en cualquier caso? —le preguntó Emmet a Dan.

—No mucho.

—Pues entonces te compraremos una nueva, ¿de acuerdo, madre?

Y Rosaleen, aplacada por la palabra «madre», decidió no añadir nada más, excepto un último comentario, uno pequeñito:

—Era de mi padre —dijo.

Entonces Hanna se marchó a fumar y registró todas las habitaciones de camino a la puerta de la casa. Pero ni gota de alcohol, eso ya lo sabía, aparte de las botellas de vino alineadas en el aparador del comedor para la comida de Navidad, y esas estaban fuera de su alcance.

Cuando volvió a la cocina, Dan seguía haciendo soñar a su madre, contándole anécdotas de una mujer que era demasiado extraordinaria para ser famosa.

—Ahora vive sola con un ama de llaves y una persona que le cuida a los perros.

—¿Y él nunca regresó?

—Él nunca regresó.

Hanna metió algunas tazas en el fregadero y le hizo señas a Emmet, que seguía inmerso en el periódico.

—Ven a dar un paseo —le dijo—. Es Nochebuena.

—Ah, claro.

—Todo el mundo estará en Mackey's.

—Supongo.

Tres minutos después habían salido de casa y se disponían a cruzar el puente de arco, tras pasar ante la gasolinera Statoil profusamente iluminada, donde Hanna comprobó que vendían vino barato, en caso de que necesitara comprar de regreso a casa.

—Dios santo —dijo Hanna.

Tenían el viento de cara, soplaba salpicado de lluvia.

—Se lo dije —añadió ella—. Le dije que hoy el niño se quedaría con Hugh.

—Y yo también se lo dije —afirmó Emmet.

—¿Crees que está perdiendo la cabeza?

—¿Qué? —dijo Emmet.

—Yo solo...

—Es más lista que el hambre, más bien —dijo Emmet, porque no podía tolerar la idea.

Los aleros de las casas de Curtin Street estaban cubiertos de carámbanos que les regaron de gotas azules al pasar, y los adornos navideños se prolongaban estilosamente hasta la calle principal, donde la fiesta estaba en pleno apogeo. Era como para pegarse un tiro, dijo Emmet, pero más bien era como ver desfilas tu vida por la calle; un tío borracho que te da una palmada en el hombro y descubres —oh, Dios— que es Seán O'Brien, de la escuela primaria, con el que Emmet corría y al que adoraba con el amor franco e

irrepetible que un niño de ocho años siente por otro.

—Seán O'Brien, ¿qué te cuentas?

—Emmet, serás capullo.

La misma mirada azul e irónica de siempre en medio de una cara roja y escaldada. Hanna, mientras tanto, se agachó y abrió los brazos para recibir a una mujer que se abalanzaba sobre ella —literalmente—, ataviada con sandalias doradas sin medias, un cárdigan dorado y una cascada grotesca de pelo rubio dorado.

—¡Mairéad!

—¿Cómo estás, preciosa? ¿Cómo estás, querida? Hanna Madigan.

—Dios mío, mírate. ¡Dios mío! ¡Mírate!

—¿Te gusta? —Ella se ahuecaba la melena rubia.

—Creía que estabas en Australia.

—¡Hemos vuelto! Vivimos en Dublín. Hemos vuelto para quedarnos.

Mackey's estaba a reventar. Se cruzaron con amigos y con hermanos de amigos. Todos iban arreglados, con el pelo recién cortado, repeinados. Ni barbas, ni pelillos, ni uñas sin pintar, algún muslo desnudo, algún escote, algún michelín. Un pub que, cuando eran jóvenes, olía a lana húmeda y a viejo y ahora en cambio era una galería de aromas, olía como la sección de perfumes del Duty Free.

Hanna se pegó a Emmet para abrirse paso entre la multitud. ¿Cómo se suponía que iba a reconocer a alguien, decía, si todo el mundo se había teñido el pelo del mismo puto color?

—Son todas rubias de bote —dijo ella.

Emmet se vio reflejado en el panel que dividía la barra y descubrió otra década; no solo por el pelo desaliñado y la camisa barata, sino algo en su mirada, ordinaria, desafiante, que hacía que los otros le parecieran un poco idiotos, pensó. Se preguntó cuánta cocaína circularía por el local. Y luego alucinó con la idea.

En Mackey's. Cocaína.

—¿Cómo estás, Emmet Madigan? Pensé que estabas en las misiones. Tómate un trago a mi salud. Una copa por Navidad, yo invito.

Era uno de los McGrath, un sobrino de Dessie —y, por ende, sobrino

político de Constance—, el hijo del agente inmobiliario que se había forrado últimamente. Michael o Martin. Por lo que Emmet sabía, el chico trabajaba de abogado en Limerick. No era el más feo de su familia; qué achaparrados eran los McGrath. Haría lo imposible por ti.

—No, muchas gracias.

—Claro que sí.

—Que no.

—Entonces toma esto, para tus buenas obras. Que no decaigan.

El tipo había sacado la cartera y hurgaba entre los billetes inclinado hacia delante, en actitud humilde. Apenas si podía ver el dichoso dinero. Tenía hasta de los morados, de los de quinientos. Sacó un fajo de billetes de cincuenta color albaricoque y se lo tendió a Emmet.

—Vamos —dijo.

—Que no.

—Venga, hazme el favor. —Y, cuando Emmet se apartó, la pausa fue horrible. El otro detuvo la mano en el aire, como si estuviera marcando el tiempo con el dinero. Levantó la vista lentamente para decir:

—Es para una buena causa, ¿vale?

Ahí debía de haber unos cuatrocientos euros. Emmet observó al hombre y se preguntó si habría asesinado a alguien. ¿Qué vergüenza o qué dolor le afligía tanto que se veía obligado a limpiar su conciencia? Ninguna, quizá. La vergüenza de ser rico. La incapacidad para asumirlo.

—Te haré un recibo.

—Que le den al recibo —dijo el sobrino de McGrath, acercándose mucho a Emmet—. ¿Te enteras? Que le den al puto recibo. ¿Vale?

—Vale —dijo Emmet—. Lo pillo. Te gusta jugar limpio. —Pensó de inmediato que nunca conseguiría que el dinero pasara los controles del sistema: eran una ONG, no se dedicaban al blanqueo de dinero.

—Tenemos que hacer las cosas como es debido.

Entonces, aquel McGrath se echó para atrás y se le quedó mirando boquiabierto, como si fuera a enzarzarse en una pelea con él, pero Hanna, que había estado buscando un lugar donde sentarse, había regresado.

—Es una locura —dijo—. He pedido una ronda doble.

Sostenía dos pintas sucias para su hermano entre los dedos pulgar e índice. En los demás llevaba unas botellitas de vino blanco simétricas y una copa enganchada del tallo en el dedo meñique.

—Hanna Madigan —dijo el chico de los McGrath—. Qué bien te ves.

—Ah, Michael —dijo Hanna, mintiendo descaradamente—. No te había visto.

El otro se alejó.

—¿A qué viene esta locura? —le dijo ella a Emmet—. Es como si... No sé cómo explicarlo. Todo el mundo está tan...

—Lo sé —dijo Emmet.

—Todos dándose ínfulas.

—Es el dinero —dijo Emmet.

—Como si todos fueran yanquis retornados, a pesar de que viven al otro lado de la calle. ¡Hola, Frank! ¿Has vuelto a casa a pasar las vacaciones? —Levantó la copa y se giró hacia su hermano—. Menudo cabronazo. Hace años que huimos de esta gente. Ahora todos hemos vuelto a por más de lo mismo. No me extraña que todo el mundo esté moña.

Ella también estaba borracha, ya se había bebido la mitad de la copa. De golpe, se había convertido en una mujer completamente diferente. Emmet advirtió la transformación. La mirada de Hanna se nubló con una indiferencia imprecisa, le apareció un leve temblor del mentón, una sonrisilla.

«Que empiece la fiesta».

—Dale que te pego con el puto niño. ¿Desde cuándo le gustan tanto los bebés? ¿Por qué no tienes tú un hijo? Que cargue otro con la responsabilidad.

—Sí, bueno —dijo Emmet.

—Está muy preocupada por ti.

—No me digas.

Era lo que Rosaleen había dicho: «Estoy muy preocupada por Emmet».

—Dios, mira que eres frío —dijo Hanna—. Lo sabes, ¿verdad? Eres un cabrón displicente. ¿Sabe tu holandésita que su novio es un tipo tan frío? ¿Lo sabe?

Era una buena pregunta. Emmet lo ignoraba.

—Siempre le han gustado los niños —dijo él—. A quien no soporta es a los

adultos.

—Será la pubertad —dijo Hanna.

—Al menos tú no te has quedado calva —dijo Emmet—. Cuando me pasó a mí se lo tomó como una afrenta personal, si mal no recuerdo.

—En cualquier caso, está muy preocupada por ti.

Todavía les fastidiaba. Rosaleen nunca te decía nada a la cara, nada en absoluto. En lugar de eso iba siempre de tapadillo, se movía en círculos, como si estuviera en un continuo estado de agitación o aturdimiento. «Estoy muy preocupada por Hanna». Era su forma de aferrarse a ellos, quizá. Rosaleen temía que sus hijos la abandonasen. Temía que todo fuera culpa suya. «Estoy verdaderamente preocupada por Constance, creo que podría tener depresión». Todas las cosas eran insalvables: los fracasos, el dinero, el sexo, la bebida. «Estoy muy preocupada por Hanna, le veo la cara muy hinchada». Y, durante un tiempo, para regocijo de todos, solía decir: «Estoy realmente preocupada por Dan, ¿creéis que podría ser gay?». A lo que Emmet había replicado: «A mí no me preguntes, yo solo soy su hermano».

—¿Por qué? —preguntó Emmet, sin poder evitarlo.

Hanna levantó la cara y le miró sin expresión.

—Que le den —dijo—. Solo dijo que estaba preocupada por ti. Eso es todo.

—Bueno, pues que se relaje.

Hanna decidió dejarlo ahí, pero fue incapaz.

Tan pronto como intentó cambiar de tema, volvió a surgir el anterior, con un pequeño arrebató de malicia.

—Se pregunta si no tendrás algún problemilla ahí abajo, eso es todo.

Estaba completa y sorprendentemente borracha. Su estado distrajo a Emmet durante dos segundos y luego cayó en la cuenta de que su hermana estaba criticando su vida sexual, más en concreto sus erecciones, primero con su madre y ahora en sus narices.

—¿Qué?! —exclamó Emmet, repentinamente cabreado. Mucho.

—Eso fue lo que dijo.

—¿Qué dijo? ¿Cuáles fueron sus palabras exactas?

Pero Michael McGrath había vuelto junto a Hanna.

—Espero que estés tomando Sauvignon Blanc —dijo, entregándole otra

botellita de vino.

—Oh, venga —dijo Emmet.

—Tú tranquilo —dijo el chico McGrath, que no había traído nada para Emmet. Se quedó allí plantado con la pinta en la mano, después echó un buen trago.

—¿Cómo está la señora? —preguntó.

—Bien —dijo Hanna.

—Es dura de pelar. A veces me la encuentro por la carretera.

—Sí —dijo Emmet. El hombre ladeó la cabeza.

—Imagino que os dará pena que la vieja casa desaparezca, ¿no?

—¿Cómo dices?

Claramente, el joven McGrath poseía información que ellos ignoraban, era difícil de admitir que se hubiera colado en su intimidad. Aunque él estaba encantado.

—No podría haber elegido mejor momento. Es excelente. Hicimos el traspaso de una casa en las afueras de Kilfenora, un sitio bonito, pero podrido hasta las trancas. El viernes ya no estaba en el mercado y el lunes volvimos a sacarlo a la venta por cincuenta mil más. Y se vendió por mucho más. Bastante más.

—¿Cuánto?

—¡Oh, venga! —dijo. Arrugó la mitad de la cara, como si estuviera mordiendo un trozo grande de tofe: era un guiño—. Como si te lo fuera a decir.

—Vale —dijo Emmet.

Hanna bebía con cierta intensidad y ahora miraba a Michael McGrath fijamente, mientras Emmet pensaba en los hambrientos y en los muertos y en el hombre que tenía delante en ese momento.

Debería volver a terapia, Irlanda le estaba trastornando. Creía notar la espalda de un niño bajo la mano: los huesecillos, el olor a acetona del moribundo. ¿Dónde había sucedido eso? ¿Qué día?

Y, como si hubiera adivinado lo que estaba pensando, Hanna le preguntó:

—¿Ya quieres despacharme?

—Termínate eso —dijo Emmet—. Vámonos.

—Vete tú —dijo Hanna—. Que te den.

Parpadeó para reprimir las lágrimas y le dirigió a Michael McGrath un sonrisa atrofiada y húmeda. Una oferta de algún tipo. La mera idea era insoportable. Como si montárselo con McGrath el Achaparrado fuera a solucionar algo. Su propia hermana.

—Vamos —dijo Emmet.

—La verdad es que estoy muy preocupada por mí.

—Venga ya, joder —dijo Emmet. Pero también sentía lástima por ella y no puso reparos cuando se detuvieron a comprar dos botellas de Oxford Landing en la gasolinera, que estaba atestada de gente aprovisionándose de pilas, bombones, alcohol.

## La hierba hambrienta

Rosaleen le dijo a Constance que este año no quería ningún regalo. Lo dijo con un hilo de voz, para dar a entender que pronto estaría muerta y entonces, ¿de qué le serviría? ¿Qué representaba un objeto en comparación con el tiempo que le quedaba? ¿Mucho? ¿Poco? Era difícil de precisar.

Constance pensaba que era inmune a ese tipo de chorradas, pero también necesitaba convencer a su madre de que no estaba a las puertas de la muerte, por eso fue hasta Galway y revolvió todo el género de las tiendas hasta dar con un fular de seda gruesa que costaba lo mismo que un microondas nuevo, tan bonito que no sabías de qué color era, una tonalidad entre malva y perla que iría a las mil maravillas con la tez y el pelo plateado de su madre.

—Oh, no me acuerdo —le diría cuando su madre le preguntara por el precio, o se quejara del precio. Corrían buenos tiempos. Constance también compró un queso camembert entero, varias cajas de bombones, jamón de Parma y unas uvas preciosas, diminutas, tirando a amarillo más que a verde. Fue a una peluquería tan pija que parecía que no la habían peinado. Luego regresó a casa internándose en la oscuridad invernal rodeada del olor a PVC y queso maduro, tan contenta en su coche. A Constance le encantaba conducir. Era la excusa perfecta. Para qué, lo ignoraba. Pero disfrutaba con la simplicidad de cruzar grandes distancias para detenerse a un centímetro de la cuneta y abrir la puerta.

A la mañana siguiente, se puso de nuevo al volante, recogió a Dan en el aeropuerto, le dejó en casa de su madre, fue a la carnicería, hizo algunos otros recados en el pueblo y compró una flor de Pascua para su limpiadora y un ramo de jacintos para la madre de la limpiadora, que estaba ingresada en el hospital de Limerick y no entendía una palabra de lo que le decían los

médicos. El hecho de que su limpiadora fuera de Mongolia le provocaba un poco de vértigo a Constance. Pero era cierto. Su limpiadora —una mujer de buen corazón, un poco despistada con el plumero— procedía de Ulan Bator. Constance le dejó los regalos junto con el dinero sobre la mesa de la cocina y luego regresó a Ardeevin con el pavo y le pegó un repaso a la casa: comprobó cómo andaban de provisiones y pasó la aspiradora, aunque su madre odiaba el sonido de la aspiradora. Después de eso regresó a casa para llevar a Shauna adonde una amiga. Su bronceado falso dejó una sombra en la tapicería color crema del Lexus.

—Uuuuf —dijo Constance cuando lo vio, censurando su mal carácter de inmediato. Ojalá todos sus problemas fueran tan pequeños.

A la mañana siguiente fue a Ennis temprano. Eran las diez de la mañana del día de Nochebuena y en el supermercado se había desatado el apocalipsis: la gente cogía cualquier cosa sin mirar y había artículos tirados por los pasillos. Pero no se podía posponer, había que apechugar. Constance atravesó la sección de verduras con el carrito: puerros, zanahorias, nabos para Dessie, que tanto le gustaban. Salchichas y salvia para el relleno del pavo, más una bolsa experimental de nueces envasadas al vacío. Compró una caja de Prosecco que estaba de oferta para unos regalos que envolvería y dejaría en distintas puertas de conocidos y echó al carro ocho pizzas congeladas por si los chicos se presentaban con amigos. Frutas del bosque congeladas. Helado de distintos sabores. Cogió vino, jerez, whisky, frutos secos sin sal, frutos secos salados, patatas fritas, bolsas y más bolsas de manzanas, dos mangos, un melón, cerezas para la macedonia, jengibre, menta fresca, una caja de madera de mandarinas, frías y prometedoramente dulces, cada una con su ramita verde oscuro. Compró papel de regalo, servilletas rojas de papel, cinta adhesiva y, por costumbre, aunque los niños ya eran mayores, paquetes y más paquetes de pilas, triple A, doble A, algunas C. Cogió cinco velas macizas color crema para decorar la chimenea rajada del comedor de Ardeevin, donde llevaban diez años sin encender el fuego, y dos cajas de bolas rojas sencillas para rellenar los huecos en el árbol de Navidad de su madre. Regresó a por más salchichas porque se había olvidado del desayuno. Tomates. Beicon. Huevos. Volvió a la sección de lácteos a comprar más queso. Una vez más al

pasillo de la fruta para coger uvas sin pepitas. De nuevo al pasillo de las galletas para comprar galletas saladas. Buscó por todas partes el cordel para atar el paño del pudín, se detuvo en el mostrador de *delicatessen* a comprar pesto, paté de hígado de pollo, botes de aceitunas. Escogió unos jamoncitos de pollo ya cocinados para que la gente picara. En cada esquina se encontraba con una vecina o una vieja amistad, todos ponían los ojos en blanco y se felicitaban la Navidad al pasar, aunque no se detuvieran a nadie le parecía de mala educación. Le sonrió a un bebé en la cola de la caja.

—¡Ya sé! —dijo ella—. ¡Sí, ya sé! —El bebé la estudió con atención. Luego la miró de arriba abajo.

—¡Sí! —exclamó ella, y fue recompensada con una sonrisa dulce y meditabunda.

Todo este intercambio mantuvo a Constance ocupada hasta que llegó el momento de descargar el contenido del carro en la cinta. El bebé estaba muy erguido, orgullosamente erecto, y la joven madre que lo sostenía parecía un mero punto de apoyo. Como si fuera un expositor de bebés.

—Lo estás haciendo genial —le dijo Constance—. Estás haciendo un gran trabajo.

La cuenta ascendió a cuatrocientos diez euros, un nuevo récord. Pensó que debía guardar el recibo para la posteridad. Dessie estaría casi orgulloso.

Constance empujó el carro por la cinta transportadora y las ruedas encajaron perspícamente en la superficie de metal. Se sentía feliz, feliz, feliz mientras descendía al aparcamiento. Le dio gracias a Dios en su ardiente interior por aquella vida inesperada: un hombre que la amaba, dos hijos más altos que el padre y una hija que todavía le daba besos cuando nadie miraba. No podía creer que las cosas le hubieran ido tan bien.

Ya tenía los pies cansados; los notaba hinchados y calientes, llevaba los zapatos equivocados. Constance sacó el carro de la cinta y lo empujó por la superficie irregular de cemento del aparcamiento. Eran más de las once y media del día de Nochebuena. En el bolsillo de su abrigo, el teléfono comenzó a sonar y Constance supo que era su madre, con su telepatía intempestiva.

—¿Qué pasa, querida? —le dijo, mientras recordaba que había olvidado

comprar coles de Bruselas.

—Sigue dormido —dijo Rosaleen. Por un momento, Constance creyó que hablaba de su padre, un hombre que no estaba dormido, sino muerto.

—Pues no le despiertes —le dijo.

Dan. Se refería a Dan, evidentemente, que tenía *jet lag*.

—¿No debería?

—Pues despiértalo. Sí. Que sea un hombre de provecho.

Rosaleen hizo una pausa. Un hombre de provecho.

—¿Tú crees?

—¿Lo tienes todo? —preguntó Constance.

—No lo sé —dijo su madre.

—No te preocupes.

—Es mucho trabajo —dijo Rosaleen, con un deje de desesperación; como si hubiera sido ella quien se hubiera pasado una hora en la locura del supermercado, no Constance—. Pero supongo que merece la pena con tal de teneros aquí.

—Supongo.

—Me dará pena cuando no esté. —Estaba hablando de la casa. Cada vez que se sentía necesitada o perdida o vacilante hablaba de la casa.

—Bueno —dijo Constance—. Oye, mami.

—¡Mami! —dijo Rosaleen.

—Oye...

—Oh, no te molestes. Te dejo con tus cosas. —Y colgó. Era Rosaleen, evidentemente, quien quería coles de Bruselas, solo le gustaban a ella. Constance se detuvo un momento sin saber qué hacer ante el maletero repleto del Lexus. Sin coles de Bruselas no había Navidad.

A veces se las dejaba en el plato hasta la misma Rosaleen. Tenía algo que ver con las verduras crucíferas o con las solanáceas, porque hasta las verduras le resultaban perjudiciales a Rosaleen si el viento soplaba del noroeste.

—Oh, qué demonios —dijo Constance. Cerró el maletero de un portazo y desanduvo el camino hasta la cinta transportadora y los horrores de la sección de verduras con los pies doloridos. Luego fue a por nuez moscada a la sección de las especias, pues así le gustaban las coles a Rosaleen, con

mantequilla sin sal. Menos mal que regresó, porque había olvidado también la salsa de arándanos (alucinante), y el brandy para la mantequilla de brandy y la miel para glasear el jamón. Era como si hubiera arrojado la tienda entera al carro y no hubiera comprado nada. Tampoco tenía papel de aluminio del grande para el pavo. Constance cogió un poco de ensalada de patatas, otro poco de ensalada de col, salmón ahumado, mayonesa, más tomates, botellas de litro de refresco para los chicos, papel de cocina, papel film, más papel higiénico, más bolsas de basura. Ni siquiera miró la cuenta después de pasarse quince minutos en la cola detrás de una mujer que se había olvidado de las flores (tal y como anunció) antes de abandonar su compra para ir a buscarlas, a la que Constance imitó para ir en pos de dos ramos de lirios color rosa chicle, porque los blancos se habían acabado. Una vez en la carretera se acordó de las patatas. No se le ocurría nada mejor que parar en el arcén y ponerse a cavar en el campo. Se imaginó con las manos en la tierra, escarbando en busca de patatas.

Levantando la cabeza para aullar.

Una vez en Aughavanna lo sacó todo y seleccionó las cosas que se llevaría a Ardeevin para la comida de Navidad. Luego volvió a meter la compra en bolsas. Después fue a la habitación de Rory, donde el chaval estaba durmiendo la mona. Constance se quitó los zapatos y se tumbó en la cama a su lado.

—Ay, joder —dijo él.

—Tú solito te lo has buscado —le dijo su madre, y se acurrucó junto a su hijo, entre el edredón y la pared.

—Hola, mamá —dijo él, y sacó una manaza para buscar un trozo de ella, que resultó ser la cabeza. Rory siempre había sido un niño fácil; fácil de llevar y fácil de besar. Ahí, rodeada del tufo a cerveza de la noche anterior y la buena salud de su hijo, la gorda e inquieta Constance McGrath se quedó dormida.

Por la tarde, Shauna y ella fueron a Ardeevin con los ingredientes para el relleno y los mezclaron encima de la mesa de la gran cocina. Dan sabía qué hacer exactamente con la bolsa experimental de nueces. Estuvieron picando y cortando los tres, mientras los demás estaban en el pub, y pusieron las

verduras en agua para el día siguiente mientras Rosaleen les supervisaba alegremente desde el sillón junto al fogón. Dan habló sobre Tim Burton con Shauna y estuvieron cotilleando sobre las venas de los brazos de Madonna. Él hizo un par de preguntas imperdonables sobre música pop y ella le preguntó sobre una artista llamada Cindy Sherman, cosa que dejó a Dan patidifuso. Le dio un beso a la niña antes de que se marcharan y le recogió el pelo en lo alto de la cabeza diciendo «¡Mírate!». A Constance le habría encantado quedarse un rato más, ser así, una hija ya adulta en casa de sus padres, pero tenía regalos que envolver en Aughavanna. Al final, no se metió en la cama hasta después de las dos.

Como no había lavaplatos en Ardeevin, al día siguiente Constance se pasó un rato interminable en el fregadero, buscando la vajilla, hurgando entre ollas mojadas y platos grasientos hasta hallar un cuenco para las zanahorias, otro plato de postre, una cuchara de servir. Hanna estaba hecha un asco para ayudar y Emmet no lo creía necesario; era como si la cosa no fuera con él. Se las tuvieron que arreglar entre Dan y ella, pero Dan no se encargaba de los platos, Dan estaba a cargo de la comida. Y a su madre no le gustó el fular, evidentemente. ¿Cómo se le había podido ocurrir a Constance?

Era imposible complacerla.

Rosaleen se pasó la mañana bastante tranquila. Fue andando hasta el pueblo para asistir a misa y se paró a tomar un té con las dos hermanas mayores que vivían encima de la farmacia, porque Bart y su mujer estaban pasando las vacaciones en Florida. Regresó con los preparativos en pleno apogeo y se pasó un rato organizando la mesa y poniéndola bonita con piñas pintadas de plateado y bolas blancas de Navidad, que supo desperdigar artísticamente alrededor de dos candelabros de peltre: velas blancas, mantel blanco, una pizca de purpurina, unos copos de nieve artificial. Salió al jardín en busca de follaje y regresó con una rosa desvaída e insólita que había florecido ante el muro más soleado. Depositó esta rosa amarilla en una esquina de la repisa de la chimenea, donde estuvo deshojándose a medida que el día avanzaba y la comida no se servía porque Dan —tampoco se le podía culpar— no metió el pavo en el horno hasta las nueve. Constance tenía que quitarle las patatas

fritas de las manos a Shauna, diciéndole «Te esperas». Y luego tuvo que quitárselas a Emmet, mientras Hanna se reclinaba sobre el fogón y se bebía el jerez de la salsa. No había nada listo.

Y, justo cuando tenía la salsa reduciéndose en el cazo, Rosaleen los llamó para que fueran a la sala de estar. Era como una cría, pensaba Constance, llevaba las cosas hasta límites insospechados y luego se las arreglaba para ir más allá.

Rosaleen tenía el paquete del fular en la mano. Sostuvo en alto el regalo y lo agitó a un lado y a otro.

—Espera, mami —dijo Constance, limpiándose las manos en el delantal.

—¡Un fular! —dijo Rosaleen.

Cuando retiró el papel y expuso la bonita prenda a la luz, Constance supo quién había ganado la partida esta vez. El fular se veía aún mejor en la salita bajo la luz invernal que en la tienda. Rosaleen parecía casi indignada de lo hermoso que era. Se lo echó por los hombros y tocó el género.

—Oh, es demasiado bueno para mí.

Rosaleen odiaba que la ropa le quitara protagonismo. Lo consideraba un sacrilegio. Ella lo llamaba vulgaridad, pero el fular no era vulgar, era completamente discreto.

—Te queda precioso —dijo Constance.

Todos fueron entrando para mirar: Constance, Dan, Emmet, Hanna. Dessie se quedó al fondo de la habitación, observando a todos los Madigan.

—Es rosa —dijo Rosaleen, tras quitárselo y sostenerlo contra el verde oscuro y la purpurina del árbol de Navidad—. Muy fresco. Aunque bien sabe Dios que soy un poco vieja para llevar rosa.

Como nadie respondía, incidió en la idea.

—Hace tanto desde la última vez que llevé rosa.

—Yo no lo definiría como rosa —dijo Constance—. Es más bien lavanda.

—Lila —dijo Hanna.

—Chal lila —dijo Emmet—. ¿Sabéis que proceden del sánscrito?

—¿Ah, sí? —dijo Dan, porque no había manera de sortear a Emmet cuando estaba en posesión de la verdad, tenía que dejar que lo soltara y mostrar admiración.

—Sí. Ambas palabras. «Lila» y «chal».

—Gracias, Emmet —dijo Hanna.

Rosaleen arrebujo el «chal lila», molesta con Emmet o con la prenda en sí. Tiró el regalo en la mecedora junto a la chimenea, enfadada consigo misma porque todos sus hijos la estaban mirando.

—Oh, estoy cansada de mí misma —dijo.

Y, como era Navidad, comenzó a llorar.

—Oh, mami —dijo Constance.

—Mis propios hijos —dijo, como si todos se hubieran aliado para hacerle una terrible afrenta.

—¿Tus propios hijos qué? —dijo Emmet.

—¡Mis propios hijos! —repitió. Estaba furiosa—. ¡La sangre de mi sangre!

Y Hanna, que llevaba todo el día sin hacer nada salvo andar de bajón, dijo:

—Mamá, mamá. Vamos. —La guio con dulzura hasta el sofá—. ¿Quieres una copita de jerez?

—No, no quiero una copita de jerez —dijo Rosaleen—. Díselo, Desmond. Diles lo que quiero.

Dessie estaba de pie, a una distancia prudencial del resto.

—¿Cómo? —dijo.

—Champú de naranja —dijo Emmet—. Seguro que es eso.

—Oh, ¡calla ya! —dijeron sus hermanos casi a coro. Hanna añadió «la puta boca», así que acabó a destiempo.

—Díselo —dijo Rosaleen, mirando a Dessie, como si fuera su único protector. Y Dessie («el muy imbécil», pensó Constance), dijo:

—Bueno.

—Voy a poner la casa en venta —dijo Rosaleen—. Dessie lo tiene todo arreglado.

Ahora a Dessie no le quedaba más remedio que asentir.

—Vuestra madre cree que es un buen momento, y lo cierto es que es un momento excelente, no podía ser mejor, para deshacerse de este... activo.

Gesticuló con vaguedad, como si estuviera hablando del papel pintado, o de la moqueta, o de un puñado de aire.

—¿Cómo dices?

—Quiere disponer de liquidez, ¿me equivoco? Dividir la herencia. Mejor ahora que más adelante.

—Bueno, ninguno de vosotros tiene un céntimo —dijo Rosaleen, encaramada al borde del sofá. Se alisó el paño de la falda sobre las rodillas y se deshizo de una pelusa.

—No sé de quién es la culpa. Aparte de mía, claro. No sé qué he hecho para merecer esto.

Y ahí lo tenía. Ahora sus hijos se verían en la obligación de objetar. Dirían que tenían dinero o que no necesitaban dinero, pero su fracaso les asaltó y les miró a los ojos. Era cierto. No tenían dinero. Y, aun así, aun así... Todos se esforzaban por recordar que tenían suficiente para vivir. Fuera lo que fuera lo que desearan, no era esto.

—Por favor, no... —dijo Emmet.

—Es demasiado para mí —dijo Rosaleen, ahora con la voz temblorosa. Y esto también era cierto: la casa era demasiado grande para una sola persona.

—Es lo más razonable, supongo —dijo Dessie—. Todo apunta a que...

—Me voy a vivir con Constance —dijo Rosaleen—. Ya he tenido bastante.

Dessie se detuvo, como si lo que oía también representara una novedad para él.

Y Constance dijo:

—Dios, la cena.

Las coles de Bruselas se estaban quemando. El olor había ido de mal en peor.

—¡Las coles! —exclamó.

—Oh, por favor, no armes jaleo —dijo Rosaleen mientras Constance dejaba escapar un chillido y salía corriendo.

—Para, por favor —levantó la voz—. Si no le gustan a nadie.

En el pasillo se hizo el silencio. Un segundo después, Constance regresó a la habitación.

—A ti es a la que le gustan —le dijo a Rosaleen. El olor era bastante intenso en ese momento.

—Oh, yo... No lo sé. Quizá sí.

Mientras pasaban al comedor a instancias de Dan, donde aguardaban el

salmón ahumado y los espárragos, oyeron a Constance en el jardín, golpeando la sartén contra el suelo mientras dejaba escapar un alarido semejante al de una ternera atrapada en un alambre de espino. Estaba llorando.

Dessie dijo:

—Quizá te convenga un chalecito, Rosaleen. Quizá sea eso lo que necesites.

Le retiró la silla a su suegra cortésmente y esta se sentó.

—Oh, Desmond —dijo ella, cogiendo la servilleta—. Pero si cada vez están más caros. Tú mismo me lo has dicho.

Como Donal estaba en Australia, los dos McGrath más jóvenes, Rory y Shauna, se sentaron en la mesita plegable. Aunque ya tenían el tamaño de dos adultos, estaban pegados a los teléfonos móviles como dos niños.

—Eso lo guardáis —dijo Dessie al pasar, pero le ignoraron y los Madigan se sentaron rodeados por el soniquete demencial y agudo de sus videojuegos. Hanna cogió el tenedor y volvió a dejarlo en su sitio. Constance no regresó.

Se quedaron mirando la comida que tenían delante. Eran las dos y media del día de Navidad y hacía un día claro, precioso; el tráfico no zumbaba en la carretera, el viento no asolaba los aleros ni azotaba las ventanas. La casa estaba en silencio y el espacio les resultaba abrumador. No había nadie que bendijera la mesa, su padre estaba muerto.

Ahora le correspondía hacerlo a Dan. Dan, el cura arrepentido. Miró a su alrededor, luego contempló la mesa. Inspiró hondo.

—*Buon appetito* —dijo.

A sus hermanos les resultó divertido. Se emplearon con los espárragos, que estaban envueltos en salmón ahumado y aliñados con limón. Estaban muy ricos.

—Esto está muy rico —dijo Emmet.

—Es facilísimo —dijo Dan.

En el exterior, Constance había dejado de llorar.

—¿Qué tal las clases? —preguntó Hanna.

—Bien —dijo Shauna desde la mesita.

—¿Sabéis algo de Donal?

—Estará haciendo surf en Byron Bay. Tiene una pandilla, son todos de Lahinch.

Cuando terminaron con el entrante, Dan recogió los platos y entró en la cocina donde Constance estaba sirviendo las bandejas navideñas. Su hermano las llevó a la mesa de dos en dos: jamón, pavo, tres tipos de relleno, todas las guarniciones. Constance le siguió con la cara enrojecida, sudando, la blusa de seda salpicada de grasa.

—¡Tachán! —dijo Dan.

Hubo una pequeña ronda de aplausos para Constance y esta se sentó en su sitio habitual. Ahí estaban todos, las chicas frente a la ventana, los chicos frente a la habitación: Constance y Hanna, Emmet y Dan. Su madre se sentaba a los pies de la mesa, Dessie a la cabecera y, por un momento, fingieron que nada había sucedido, que esa habitación permanecería siempre igual y siempre sería suya.

Ahora estaba más vieja, evidentemente. La humedad había horadado el papel pintado de bambú con marcas color té, y el borde de la esquina noroeste estaba lleno de manchitas negras y se había despegado del rodapié. Ahora los hijos lo observaban todo con una mirada más sabia. La araña — que antaño les pareciera maravillosa— era un artículo barato. La moqueta marrón era la mejor que se podían permitir en 1973.

Las personas que ocupaban la habitación también habían envejecido. Aunque todas seguían siendo bastante infantiles, a pesar de las canas absurdas y las bolsas donde despuntaban los ojos de siempre.

Se sirvieron de las distintas salsas, se pasaron el relleno, la sal, la jarra de agua y el vino. Todos observaron los platos cargados de comida y se maravillaron en voz alta, sin dejar de gritar en silencio que ella no podría arrebatárles aquello, fuera lo que fuera, su infancia, impregnada en las paredes de la casa.

Estaba en su derecho si quería venderla, evidentemente. Eso también era cierto. La casa era suya y podía venderla si le placía.

—El pavo está buenísimo —dijo Rory desde la mesita. Constance se sintió orgullosa de él: Rory, el pacificador, empleándose a fondo.

—Gracias —dijo Dan.

—Muy húmedo —dijo Dessie.

Dan trató de no reírse al oír la palabra.

—¿Tú crees?

Levantó la vista para mirar al achaparrado Dessie McGrath sentado a la cabecera de la mesa. Recordó un fugaz encuentro con el hermano alcohólico, Ferdy McGrath, cuando eran unos chavales, jugando junto al río Inagh. Pero nunca se juntó con Dessie. Ni se le acercó. Más que hetero, su cuñado era poco imaginativo. Dessie McGrath era como una piedra.

—Sí, lo está —dijo Dan—. Húmedo y ardiente.

Dessie no parpadeó.

—Supongo que lo difícil será encontrarle el punto —dijo, antes de volver a concentrarse en el plato y seguir engullendo, mientras los hermanos Madigan masticaban y masticaban sin poder tragar.

La verdad es que la casa donde se encontraban valía una cantidad absurda de dinero y la gente allí sentada valía muy poco. Cuatro hermanos en el límite de la mediana edad: los Madigan no tenían peso en el mundo, no pintaban nada. No tenían dinero. Dan, sobre todo, no tenía un céntimo y desconocía el motivo o quién tenía la culpa. Pero sabía reconocer en el silencio el poder que Rosaleen ejercía sobre sus hijos. Aunque hubieran crecido, ninguno era rival para ella.

—No sé cómo voy a comerme todo esto. —También ella era como una niña—. Por Dios.

A ella se le olvidó inculcarles la importancia del dinero, pensó Dan, y nosotros nos olvidamos de ganarlo, porque los Madigan estaban por encima de todo eso. Los Madigan, tan engreídos. Los Madigan, al otro lado del puente. Rosaleen creía que el dinero vendría a nosotros porque nos lo merecíamos. Creía que nos pasaríamos la vida regalándolo.

Eso era lo que Emmet había hecho básicamente. Había derrochado su vida como quien vierte agua en las arenas africanas. Él era muy consciente — todos lo eran— de lo infructuosos que habían sido sus esfuerzos. Se había pasado veinte años salvando a un mundo que no tenía salvación. Si te parabas a pensarlo, era tan iluso como la loca de su madre.

La rosa amarilla dejó caer un puñado de pétalos pálidos que se posaron en la repisa con un suspiro.

Hanna dijo:

—Oye, mamá, esta también es nuestra casa.

Rosaleen se quedó mirándola. Le dijo:

—Preciosa. La preciosa Hanna Madigan.

Eso sacó a todos de la privacidad de sus pensamientos. Volvían a estar listos para pelear. La atmósfera se aclaró.

—¿Qué quieres decir? —dijo Hanna.

—Nada —dijo Rosaleen—. Así es como eres. Tan guapa.

—Gracias —dijo Hanna.

—Una cara en forma de corazón, es lo que siempre he pensado. Una cara antigua. Naciste para interpretar a Viola.

—Sí, bueno —dijo Hanna.

—¿No?

—Claro —dijo Hanna.

—Bueno, eres actriz —dijo Constance, tratando de que la profesión de su hermana no le saliera entrecorrida.

—Sí, soy actriz —dijo Hanna—. Sí, eso es lo que soy.

—Pues entonces —dijo Rosaleen, en tono tranquilizador.

—Es que no... —dijo Hanna. Llevó la palma de la mano hasta el borde de la mesa—. Yo no...

—¿Trabajas? —dijo Emmet.

—Querida, tienes que cuidar de tu hijo —dijo Rosaleen.

—Espera —dijo Dan.

—¡Por Dios! —dijo Hanna, exasperada.

—¿No podéis dejarla en paz? —dijo Dan, pero Hanna ya se disponía a liarse a gritos.

—¡¡No me da la gana interpretar a Viola!!

—No sé cómo puedes decir eso —dijo su madre, con tristeza.

—Tampoco sabemos si alguien se lo ha pedido —dijo Emmet—. Para ser francos.

—No tengo ningún interés en el papel de Viola —dijo Hanna con voz muy

pausada—. Me interesan los procesos. A eso me dedico. Son cosas nuevas. Viola y yo no estamos en el mismo plano, ¿vale? No es lo mío. Y, de todas maneras, nadie tiene ningún interés por montar *Noche de Reyes*.

—Qué pena —dijo su madre—. Me encantaría verte en ese papel. Antes de hacerme demasiado vieja.

—Rosaleen, querida —dijo Dan—. Déjalo estar, por favor.

—¿Dejar el qué? —dijo Rosaleen. Pero, milagrosamente, se distrajo y se puso a contar una historia de la noche en la que se declaró la guerra, ella tenía diez años y fue a ver a Anew McMaster en el papel de Otelo, desnudo hasta la cintura, con esa preciosa voz. Se metía bajo la piel del espectador, era una fuerza de la naturaleza. Su padre les dijo que ahora tendrían que ir a por todas (se refería a la guerra), pero ella no tenía ni idea de lo que quería decir. Creyó que tenía que ver con lo que sucedía en el escenario.

—¿Qué hay de tu madre? —preguntó Constance en voz baja, y Rosaleen suspiró.

—Oh, madre.

—¿Ella también estaba?

—Es una buena pregunta —dijo Rosaleen.

—Bueno, eso es lo de menos. ¿Cómo era ella?

—¿Disculpa?

—¿Era una persona agradable?

—Era agradable, evidentemente.

—¿Qué entendéis por agradable? —Hanna se unió a la conversación—. ¿Qué tipo de mujer era?

—¿Mi madre? —dijo Rosaleen—. Oh, era encantadora. Siempre iba perfectamente arreglada. Iba a Limerick o a Dublín expresamente una vez al año para probarse las prendas que le hacían a medida. Siempre llevaba sombrero. Alternaba tres: uno de verano, uno de fieltro de invierno y otro más, uno de esos para las carreras, o para una boda si tenía que ir a alguna. Un sombrero de ceremonia, a eso me refiero.

—Vale —dijo Hanna. Todos estaban mirando a su madre. Todos buscaban algo en Rosaleen que ella ignoraba.

—Siempre hacía las cosas como es debido —añadió.

Dan dijo:

—¿Y era...? Cómo decirlo... ¿Era una mujer feliz?

—Sí, creo que era feliz —dijo Rosaleen—. ¿Qué clase de pregunta es esa? Una que no tenía respuesta, la verdad.

—Resulta muy difícil —dijo Rosaleen, por fin— describir a tu madre.

—Sí —dijo Hanna.

—Pero si era tu madre —dijo Constance con desaprobación y la vista clavada en el plato. Pero los demás no sabían a lo que se refería. Y continuaron callados un momento.

—Es como si fuera un secreto —dijo Hanna—. Cuando en realidad no hay ninguno.

Y ahí la tenían. Una Navidad como las de los viejos tiempos. ¿Cómo podían haber olvidado cómo terminaban todas las cenas? Se podía decir que era una tradición. Rosaleen se enfadó.

—No sé por qué todos os metéis conmigo —dijo—. He criado a un puñado de ingratos.

Las lágrimas le nublaron los ojos; parpadeó para contenerlas.

—Oh, querida —dijo Dan con voz de aburrimiento—. Anímate.

—Os lo he dado todo.

Constance le tendió una mano inútil sobre el mantel.

—Siempre es la misma historia. No hago más que dar. Y nunca es suficiente.

Se había puesto en plan digno, había apartado la cara.

—Nada de lo que he hecho, nada, ha sido suficiente. Está claro. Así es la vida. No sé cómo... —Ahora sí que comenzó a llorar. Rosaleen era una niña pequeña. Rosaleen era una anciana triste. Su propia madre. En un momento se levantaría y se iría a la cama y... Oh, ahora todos la querían, no tenían remedio. Se desvivían por hacerla feliz.

—Déjalo, mami —dijo Constance—. Te vas a poner mala.

—No, contigo no me hablo, con ninguno de vosotros —dijo—. Shauna, recita tu poema.

—¿Qué poema, abuelita?

—*Oh, pequeña Corca Baiscinn.*

Pero Shauna no traía preparado ese poema ni ningún otro. Según dijo Constance, había preparado una canción. Pero por lo visto tampoco se la sabía.

—¿Y la flauta? —preguntó Dessie.

—No la he traído —dijo Shauna. Luego cambió de idea—. O sea, sí, la tengo aquí.

—Buena chica.

Shauna se levantó. Se veía muy esbelta con el vestido de punto negro cortito, apenas le tapaba el trasero. Se echó hacia atrás la melena pelirroja y levantó la flauta, luego volvió a atusárselo y cambió de postura. Después de una sonrisilla nerviosa se llevó la flauta a los labios y comenzó a interpretar una melodía que todos reconocieron al oír las cuatro primeras notas, la hermosa *Róisín Dubh*.

—Ah —dijo Rosaleen, porque era su canción, traducida.

*¡Oh, mi oscura Rosaleen!*

*¡Basta de penas, basta de llantos!*

Era una melodía dulce a más no poder y tristemente heroica.

—Insuperable —dijo Dessie, adorando a su hija abiertamente, rodeado de aquella familia de locos—. ¡Vamos, preciosa, vamos!

Y le correspondió a Shauna encender el pudín, porque era la más joven. Apagaron las luces y Dessie vertió dos tapones de whisky sobre el postre. El fuego líquido se derramó por el contorno oscuro del pudín y las llamas se tornaron del color de los ojos azules de Shauna y de su pelo naranja. La chica dejó escapar un gritito al ver lo que había provocado y se retiró, entusiasmada.

Después, Rosaleen se rehízo como solo Rosaleen sabía. Le dio unos golpecitos a la copa con una cuchara, como si la discusión y las lágrimas nunca hubieran ocurrido. Levantó la cabeza y pronunció su discurso de Navidad:

—Al mirar a mi alrededor un día como hoy, me cuesta creer lo bien que estáis o que seáis mi familia siquiera, pues no os parecéis en nada a las criaturas que correteaban por esta misma habitación hace tantos años.

Todavía los puedo ver. Los niños que fuisteis. Qué triste que vuestro padre no esté aquí para disfrutar de vosotros como yo disfruto. Quizá Dan pueda hacer los honores. ¿Dan?

Dan se levantó.

—¿Me lo recordáis?

—*Go mbeirimíd beo* —dijo Constance.

—Guh merrimeed bee-oh —dijo Dan.

—*Ag an am seo arís.*

—Egg on ahm shee-yuh a-reesh.

—Gracias por estar vivos. Y por que sigamos vivos el año que viene — tradujo Dessie, para que su hija se enterase. Shauna dijo: «Puaj» y todos se echaron a reír. Dessie se sentó con su hija en el regazo mientras le decía—: ¿Te parece bonito? —Y Constance se levantó a fregar los platos, una vez más.

—Que sigamos vivos el año que viene. Y tanto —dijo Rosaleen, con un hilo de voz—. Estemos donde estemos.

Constance, que estaba apilando los platos, rompió uno de ellos.

—¡Cuidado con la Belleek! —dijo Emmet.

—¿Podemos tomar café? —dijo Dan.

—No hay café —dijo Constance—. Lo siento. Se me olvidó comprarlo.

—Se te olvidó —dijo Hanna, cogiendo el paquete de tabaco; usó la dosis perfecta de sarcasmo para ningunear a su hermana, que ya se dirigía a la puerta. Constance se giró.

—Sí, se me olvidó. No hay café. Puede que quede del soluble. Se me olvidó.

—Solo preguntaba —dijo Hanna.

—La próxima vez trae tu puto café, ¿me oyes?

—Oh, cielo santo —dijo Rosaleen.

—¡Cuidado con la Belleek! —dijo Emmet—. ¡Cuidado con la Belleek!

Constance cargaba la pila de platos con las manos, pero en lugar de dejarlos caer o de arrojarlos contra la pared, se aferró a ellos y esbozó una mueca.

—Oh, Dios —dijo Dan.

Era una imagen realmente patética. Se giró para marcharse y luego volvió a

encararse a ellos.

—No puedes venir —dijo.

Pasó un momento antes de que entendieran a qué se refería. Le hablaba a Rosaleen.

—¿Cómo dices?

—No es justo. No puedes venir. No puedes vivir en mi casa.

—Puedo hacer lo que me plazca —dijo Rosaleen.

—No, no puedes. No puedes hacer lo que te dé la gana. Están construyendo al menos setenta viviendas pequeñas en esta zona, quédate con una de ellas. Te encantará. Todo será nuevo y limpio. Puedes comprar una casita.

—No me vas a dejar en la calle —dijo Rosaleen, y Constance agachó la cabeza.

—Lo que quiero decir... —dijo.

—¡A tu propia madre!

—Puedes comprar una casita.

Todos pensaron que sabían lo que sucedería a continuación.

Constance rompería algo (¡Cuidado con la Belleek!) y Rosaleen se saldría con la suya. Y, cuando lo hiciera, cuando hubiera sacado a todo el mundo de sus casillas —Constance lloraría mientras barría la porcelana, Constance imploraría su perdón—, entonces decidiría que, al fin y al cabo, quizá sería mejor no vender la casa. No se molestaría en hacerlo. Y la vida continuaría como hasta entonces.

La realidad fue que Constance no rompió nada. Dijo: «¿Dessie?», y salió de la habitación. Un momento después, Dessie la siguió presuroso.

—Un té estará bien —dijo Dan—. Prepararé el té.

Hanna, que estaba borracha, encendió un cigarrillo.

—Que le den a todo. —Le dio un par de caladas, luego se levantó y se marchó también. Después de aquello, los hombres hicieron como que quitaban la mesa y se desperdigaron por la casa. Nadie preparó el té.

Dan subió a su antigua habitación a mirar el teléfono y enviarle un mensaje a Ludo: «Estoy alucinando. Socorro». Se sentó en el borde de la cama y hasta el movimiento del colchón hundido le resultó familiar y se adaptó a su forma,

como siempre había hecho. No tenía cobertura. Leyó los mensajes antiguos, su cotidianeidad le trajo a la mente su vida real, la vida que sucedía muy lejos de allí.

*Si pudieras comprar algún pescado blanco, merluza, incluso rodaballo. Te daré un besazo y un lametón. Muac. Como para cuatro personas?*

*Alguien tiene que decirle a Dale cuándo dejarlo.*

*Saludos desde el aeropuerto de Atlanta. El podómetro marca 2.435 pasos hasta la puerta C24. Ya me queda menos para estar contigo, guapo.*

*Alarma de cumpleaños, sálvese quien pueda! No te olvides de recoger las frambuesas. Pásalo bien!*

El calentador de la puerta de al lado emitió su zumbido habitual; oyó la nota aguda del agua a su paso por las tuberías, el burbujeo musical del hervor y el retroceso del martillo neumático. Después, silencio. Dan contempló la habitación donde estaban almacenados sus años de juventud, su vida antes de Nueva York, más estúpida que inocente.

De inocente no tenía nada.

La fila de libros: Man Ray, George Herbert, Gerard Manley Hopkins. Hasta Tennyson, ¿cómo pudo no darse cuenta? *Guía para escuchar ópera*. La lámpara que compró con su propio dinero de la ferretería del pueblo. El póster de Modigliani en la pared, un intento fallido de amar a una mujer en abstracto. Eligió el pintor equivocado. La pintura equivocada. Dan no podía perdonarse el haber tomado tantos caminos equivocados, eso le dijo a Scott, su terapeuta portátil, al que volvía a imaginarse. No podía dejarse llevar por el sentimentalismo. Todo lo que se había marchitado, todo ese tiempo perdido. No había sabido llamar a las cosas por su nombre en su juventud, no había sabido sentirlas como propias.

Incluso ahora se cuestionaba la película casera de su recuerdo. Su padre apartándole en la playa de Fanore, lo recordaba a cámara lenta. ¿Quién había pulsado el botón de silencio en su infancia? Las manos de su padre estaban mojadas, frías. Su madre era una mujer atolondrada. Su abuela tenía tres sombreros. Y, aun así, dondequiera que mirara, la casa retenía unos recuerdos y un significado que el corazón no había podido conservar. La casa estaba llena de detalles, de intereses, de amor.

Era una cuestión de texturas, pensó Dan, el indicio de tu antiguo ser en una arruga de un tejido, en una tabla suelta. Le calmaban los excesos del papel pintado bajo la luz cambiante. El sol salía por delante de Ardeevin y se ponía por detrás, sin importar dónde estuviera él en el mundo en ese momento y, cuando regresaba, la casa cobraba un sentido que no podía hallarse en ningún otro lugar.

En el piso de abajo, se oía a Constance aleccionando a sus hijos sobre cómo lavar los platos. En el dormitorio de la parte delantera, su hermano Emmet se sumía en sus pensamientos. Dan sabía que era Emmet por el sonido de su respiración. Su hermano menor. Quería al Emmet niño, pero el adulto, el hombre, le aburría y le asustaba. Cada vez más calvo, Emmet siempre se las había arreglado para parecer desnutrido, enfermizo. Desaborido. Dan no sabía cuándo se habían cruzado sus pasos por última vez y luego recordó de sopetón el hombro huesudo de su hermano bajo su mano mientras cargaban con el ataúd de su padre por el pasillo de la pequeña iglesia de Boolavaun.

Fue entonces.

Cargaron con el ataúd. Seis hombres. Los hijos delante. En medio, Dessie y su tío Bart (maricón perdido, pensó Dan, ¿cómo es que nunca se había dado cuenta?). Un vecino atrás, acompañado de un insólito primo americano que estaba haciendo un curso en Dublín y se había presentado allí tras una llamada trasatlántica. Era una forma extraña de conocerse. Pero el ataúd, el ataúd que contenía los restos de su padre, no era tan pesado. Le resultó una actividad muy práctica. Era una tarea más que una carga. Después de llevar a hombros a un muerto estás encantado de soltarlo y dejar que entierren la caja en el maldito suelo.

Emmet había ido a la habitación de sus padres en busca de algo y debió de olvidarse de lo que era nada más entrar.

Llevaba un año o más sin pisarla. El armario tenía las puertas abiertas y se encontraba medio vacío, la pila de novelas de bolsillo de su madre continuaba en la mesilla de noche. Emmet observó los objetos del tocador, tuvo la sensación de que ella ya había fallecido. Un par de limas con el residuo de sus uñas. Un tubo de crema de manos. Su pequeña polvera con el dibujo de

una rosa en la tapa y un espejito en el interior, como bien sabía él. Había algunas piezas de bisutería barata en un cuenco de cristal que quizá en tiempos fuera un cenicero y un rosario colgado del marco del espejo. El rosario había pertenecido a su padre, la última vez que lo vio envolvía los dedos del muerto —ella debía de haberlo rescatado— que yacía en la misma cama que se reflejaba tras él en ese momento. En parte, Emmet esperaba que el cadáver de su padre apareciese en el espejo o encontrarlo en la cama cuando se diera la vuelta.

Su padre era católico. Católico convencido. Pecador y suplicante, irredento irremisible.

*Dios te salve, Reina y Madre de misericordia,  
vida, dulzura y esperanza nuestra.*

*Dios te salve.*

*A ti clamamos los desterrados hijos de Eva,  
a ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.*

Las cuentas estaban hechas de un material traslúcido que con el tiempo se había oscurecido, eran perlas de pobre. Emmet extendió la mano para tocar el rosario y no fue capaz, se sintió ligeramente indispuerto.

Comenzó a examinar las postales que Rosaleen había metido en el marco, entre la madera y el cristal: un minotauro de Picasso, la Anunciación de algún renacentista italiano, una versión de Gauguin de la Natividad. Todas ellas de Dan, suponía.

El espejo había visto no poca acción a lo largo de los años.

Solo de pensar en todas las cosas que habían pasado en aquella cama se le ponían a uno los pelos de punta. Pero el mueble también sabía mucho de Rosaleen, que se había sentado en esa silla para pintarse los labios, depilarse, retocarse, remirarse y embellecerse. Tenía una relación muy exigente con su propio reflejo. Rosaleen desafiaba a su imagen y esta le plantaba cara.

Se preguntó dónde se habría escondido esa mujer apasionada a la que había evitado y adorado cuando era niño. Una mujer que recitaba de memoria poemas y la Biblia. *¡Ojalá fueras frío o caliente! Por eso, porque eres tibio, te vomitaré de mi boca.* La mujer que se arrodilló en el suelo ante él y le tomó de los hombros la mañana de su primera comunión y le dijo: «Recuerda

quién eres. Cuando tomes la hostia, repite en tu corazón: “Hola, Jesús, mi nombre es Emmet Madigan”».

Eso fue lo que le empujó de un país a otro. Esa energía. Una mujer que no hacía nada y nada esperaba. Se sentaba en aquella casa, año tras año, y esperaba.

Emmet captó su reflejo en el cristal vacío y examinó su rostro decepcionado. Tenía que alejarse de su madre de alguna manera. Tenía que hacerse a un lado, conseguir que no le afectaran sus carencias.

Se casaría con Saar, esa sería una forma de conseguirlo. La seguiría a Aceh en unos meses y, después, la seguiría dondequiera que a ella se le antojara. Pero cuando intentaba localizar a Saar mentalmente, solo veía a Alice. Alice, la atolondrada, con su bondad inútil, tan idiota en su falta de astucia. Se preguntó con quién se acostaría ahora, si estaría en el fiestón de la FAO en Roma, ¿qué pasaría si se arrojara a sus pies y se echara a llorar? ¿Supondría alguna diferencia? Se imaginaba como el arcángel Gabriel, entregando un lirio a una Madonna de piel nívea que tenía la mirada tímida de Alice y su sonrisa triste.

En el exterior, una grajilla intentaba cascar un caracol contra el tejado, sus patas inquietas resonaban contra los canalones de metal. «Vende, vende, vende», pensó. Dales el dinero a los pobres. Quema este sitio hasta los cimientos.

Porque Emmet continuaba atrapado, siempre lo estaría, en un ideal por siempre inasible y movedizo.

*Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María.*

Y soltó una risita al pensar en la ironía.

En el piso de abajo, Constance no sabía dónde meterse. Estaba temblando después del enfrentamiento en el comedor. Estaba tan preocupada por Rosaleen, no podía estar más preocupada, pero también estaba enfadada con ella y también consigo misma por comprarle el estúpido fular. Y estaba cabreadísima con Dessie por seguirle el rollo. Rosaleen nunca vendería la casa. Disfrutaba diciendo ese tipo de cosas. Porque Rosaleen nunca llevaba nada a término. Esa mujer exasperante se pasaba la vida exigiéndoles cosas a

los demás y culpando a los demás, vivía en un estado perpetuo de esperanza o arrepentimiento y no era capaz, era superior a ella, de enfrentarse a las cosas que le sucedían, fueran las que fueran. «Oh, he olvidado ir al banco, Constance, he olvidado ir a correos». No era capaz de afrontar nada. El dinero. Los detalles. El aquí. El ahora.

Rory se acercó a ella, que estaba junto el fregadero, y la rodeó por detrás con sus brazos, igual que lo hacía Dessie, aunque Rory era más alto que Dessie y tampoco tenía las intenciones sexuales de su padre, claro está. Apoyó la mejilla en el hombro de su madre y se balanceó a ambos lados mientras canturreaba.

—Feliz Navidad —le dijo.

—Es una manera de verlo —dijo ella.

Él se quedó en la misma posición un momento más.

—¿Me das un poco de dinero? —preguntó.

—¿Para qué lo quieres?

—Solo necesito treinta euros.

—Pregúntale a tu padre.

No se marchaba. Le dijo:

—Te quiero de todas formas —y le plantó un beso en el cuello.

—Seguro que sí —dijo ella—. Anda y ve a preguntarle a tu padre.

Rory se apartó, luego se giró, se apoyó en la encimera en toda su belleza y observó a su madre durante un minuto.

—La próxima vez trae un par de cervezas.

—Quizá sí —dijo Constance.

—Si no se te olvida.

—Ja.

—Dios, mamá, está superpedo.

—No hables así de tu tía.

—Pero es verdad.

—Anda, vete.

Era su secreto —no era gran cosa—, pero Constance era feliz solo de ver a su hijo. Podía hacer lo que le placiera, no le importaría. Era un buen chico y adoraba a su madre, ni siquiera le molestaba lavarle la ropa. O no demasiado.

—Venga, lárgate de aquí. Mueve esos zapatones.

Hanna entró en la cocina y les miró como si supiera que habían estado hablando de ella. Apagó el cigarrillo encima del fogón y se sirvió una copa de vino blanco. Se llevó la copa a los labios y fue como besar al bebé, una sensación cálida, con su aroma característico; de repente, necesitaba la mirada franca, la palma húmeda de la mano de su hijo.

A su alrededor, la casa desaparecía.

Hanna se apartó del fogón y se alejó antes de enzarzarse en una pelea con Constance, que estaba de un humor de perros. Regresó al pasillo y se preguntó dónde podría depositar el dolor que se removía en su interior. Echó un vistazo al comedor y vio que su madre se había levantado de la mesa navideña. Se giró y entró en la salita, con la chimenea rajada, y se acercó a la ventana delantera, apoyó las manos a ambos lados del marco y miró en dirección al norte. El cristal era tan antiguo como la casa. Era su favorito, un frágil superviviente, basto y grueso, que absorbía y distorsionaba la luz. Hanna apoyó la frente en él ligeramente y contempló el crepúsculo.

La casa se desvanecía a su alrededor, pared a pared.

Se le había ocurrido durante la cena y no podía quitarse la idea de la cabeza. Si salía de la casa, si caminaba y seguía caminando, llegaría a los famosos acantilados de Moher y allí podría morir anónimamente. Miraba a su alrededor, las caras en movimiento, la comida, las velas, la cristalería, el amarillo del vino blanco y el granate del tinto. Pensó en el frío que haría en el exterior, se preguntó lo lejos que estaría el fondo, lo larga que sería la caída. Tenía al bebé en brazos y ambos se agitaban a cámara lenta rodeados por la negrura del aire antes de impactar contra el océano. El agua era una masa compacta y el bebé se le escapaba de las manos y ambos se hundían aunque el naufragio no fuera más que otra caída lenta, pues se giraban y volvían a encontrarse para volver a perderse. Fue una muerte lenta e infinita, al menos en su imaginación. El bebé se había mostrado sorprendido, igual que le sorprendían las escaleras mecánicas, los ascensores, el milagro de la gravedad, el bebé miraba a Hanna y Hanna miraba al bebé, diciéndole «Te tengo, ¡sí!».

Oyó que Dan entraba en la habitación, lo reconoció por el crujido de sus zapatos. Así se reconocían los Madigan los unos a los otros, sabían identificar el timbre de la voz, el ritmo de los dedos tamborileando sobre la mesa, aunque no se conocían en absoluto. Esa era la verdad. Pero se gustaban un poco. O eso parecía.

—Voy a casarme —dijo él.

—Oh, Dios, Dan, ¿en serio? —Hanna se giró—. ¿Por qué?

Dan no supo qué responder. En ese momento, no.

—Oh, venga —dijo él.

—Perdona, perdona. A ver, ¿quién es el tío?

—Bueno, él es el porqué —dijo Dan. Había intentando decir el nombre de Ludo pero no había sido capaz, la habitación aún no estaba lista para eso—. Es alguien de Toronto —dijo.

—Es estupendo —dijo ella.

—Claro.

—Lo digo en serio. Me alegro mucho por ti. Claro que sí. Pensaba que te habías librado de todo eso, ¿sabes? De la gran institución del matrimonio.

—Sí que me libré —dijo él—. Y ahora puedo hacer lo que quiera.

—Por supuesto.

Oyeron que el cochecito de Rosaleen arrancaba trabajosamente y que echaba a rodar por la grava. La entrada estaba llena de coches: el Lexus, el BMW de Dessie, la cafetera que Emmet se empeñaba en conducir últimamente. Hanna echó un vistazo por la ventana y vio al Citroën de su madre adentrarse en la hierba e iluminar con los faros el tronco de la araucaria antes de pasar por encima de un macizo de flores y atravesar en diagonal los pilares de la entrada del jardín.

—Qué bonito —dijo ella.

Rosaleen puso el intermitente para girar a la derecha, en dirección opuesta al pueblo, hacia el mar. La luz del habitáculo estaba encendida y el interior estaba teñido de amarillo. Parecía, pensó Dan, una obra de arte, pero no habría sabido identificar el autor: el aspecto eléctrico y sucio del interior del coche avanzando por el jardín a oscuras y Rosaleen al volante, con un gorro de lana morado y un abrigo turquesa.

¿Tenía capucha el abrigo? Sí, tenía capucha, era una de esas prendas impermeables para hacer senderismo que todo el mundo llevaba últimamente. ¿Llevaba un ribete de piel la capucha? No, no lo llevaba.

Él asimiló cada detalle. La luz interior encendida. Ella vestida con un gorro morado y un abrigo de North Face de tres cuartos color azul verdoso. La luz se resistía a marcharse por el oeste. Todos la oyeron marcharse y ninguno se extrañó. Salvo que era Navidad y ella no tenía ningún sitio adonde ir. No reaccionaron hasta que el sonido del motor se extinguió.

—¿Adónde va? —dijo Emmet—. Y la bici sin timbre.

Pasaba por delante de la salita y los demás le siguieron hasta la cocina, donde los chicos habían encendido la tele. Se alegraron de abandonar la sala, con su espíritu festivo y vacuo. La emprendieron con el vino sin sentarse siquiera. Constance se iría pronto y no querían que se marchara.

—¿Y aquella monja? —dijo Dan. Se acordaba de una monja. Obsequiaba con un sorbito de jerez y refrescos a los niños, que volvían del convento cargados de medallas milagrosas y estampitas con su nombre en el reverso.

—¿La hermana Jerome? Hace mucho que murió —dijo Constance, que estaba recogiendo, o intentándolo, porque tenía que marcharse con su tropa al otro lado del pueblo a cenar con los McGrath.

—Díselo —dijo Hanna.

—No —dijo Dan.

Ella cogió el mando a distancia y bajó el volumen de la tele.

—Dan tiene algo que anunciar —dijo Hanna.

—¿Qué es? —dijo Dessie.

Dan miró el rostro ancho de su cuñado: la tez rosada a causa del vino navideño y la buena vida. Levantó las manos repentinamente e hizo sonar unas castañuelas imaginarias.

—¡Estoy comprometido!

Se hizo un pequeño silencio. El rosa de Dessie pasó a ser más intenso.

—Felicidades, hombre —dijo Rory—. ¡Legalización, ya!

Se acercó a su tío y le abrazó delante de todos. Un abrazo envolvente con palmaditas en la espalda. Nadie hizo la pregunta más obvia, todos conocían la respuesta. Evidentemente, era un hombre. Evidentemente.

—Oh, me alegro tanto —dijo Constance.

—Enhorabuena —dijo Emmet.

Hanna levantó su copa.

—Por fin sientas la cabeza.

Y Rory dijo:

—¿Y quién es el afortunado?

Estos eventos ocuparon otra media hora del día, porque Dessie fue al maletero del BMW y sacó una botella de champán que reservaba para la casa de su madre, la abrió y todos tomaron una copa incómoda. Luego Constance se puso a ladrar y a graznar hasta que consiguió que su prole saliera de la casa. Y, con Constance ausente, no quedaba nadie que se preocupara por Rosaleen.

En la casa se hizo el silencio. Dejaron la tele encendida y vieron a la gente cantar y bailar durante un rato.

Su tío llamó desde Florida. Emmet cogió el teléfono y, después de las consabidas felicitaciones, Bart dijo:

—¿Me puedes pasar a tu madre?

—Ha salido a dar un paseo —dijo Emmet.

—¿Qué hora es allí?

Emmet echó un vistazo al móvil.

—Son casi las cinco —le dijo.

—Vale, volveré a llamar dentro de un rato —dijo Bart—. Llamaré a las siete.

Emmet colgó el teléfono.

—¿Deberíamos llamar a Constance? —preguntó.

Y Dan dijo:

—¿Para qué?

## La vereda

Rosaleen caminaba por la vereda y tenía frío. Estaba dando su paseo habitual. Lo hacía casi todos los días después de comer. Le gustaba salir a tomar el aire. Lo había dejado para demasiado tarde. La comida había empezado tarde. Aun así, no se había planteado que estaría tan oscuro, no tan pronto, ya que el cielo atlántico retenía la luz largamente hasta después de ponerse el sol, era algo que tenía que ver con la altura del cielo allí, en la vereda. El oeste todavía estaba iluminado, pero el suelo bajo sus pies comenzaba a desdibujarse. A su alrededor, el color abandonaba las cosas y no se veía bien. No se diferenciaba un gris de otro.

El pequeño Citroën estaba aparcado donde terminaba el asfalto, en Ballynahown, y Rosaleen avanzaba por el camino oscuro bajo un cielo profundo. No había luna. Se oía el sonido del agua corriente por allí cerca. Tenía un pie mojado —la puntera— y el sendero era desigual. Rosaleen encontró una franja de hierba en mitad del camino y la siguió. «Levanta la vista». Ahí lo tenía. Se detuvo a mirar. El muro de piedra, los restos de un fuerte que antaño vigilara las islas Aran y las lejanas montañas de Connemara. Las montañas eran de color púrpura y azul marino, las tres islas, negras contra un cielo plateado. El sol se había hundido en el horizonte, pero desprendía una luz que aún se reflejaba en el cielo. Por eso el mar era oscuro a lo lejos y parecía iluminado más cerca. Era una cuestión de perspectiva. Porque el mundo era redondo, pero la luz era recta.

No había nadie más.

Había dejado las casas muy atrás. Las dos últimas por la izquierda estaban a oscuras, vacías, las ventanas ciegas daban sobre el valle. En la granja que quedaba a su derecha, un collie artrítico y cojo la persiguió un tramo, con la

barriga rozando el suelo. Ahí vivían unos viejos. Dios sabe cómo celebrarían la Navidad en esa casa.

El mar quedaba a su izquierda y la pendiente a la derecha. Las rocas, grandes y desiguales, se intuían en la oscuridad. Varias ovejas se habían refugiado tras ellas, con la cabeza inclinada y los hombros hundidos, seres pacientes de cuatro patas.

El viento había amainado pero hacía frío. Le escocían los ojos. «¿Dónde había comenzado aquello?». Esa era la pregunta que se repetía, aunque era una cadencia más que una pregunta, otro retazo en una vida llena de retazos, algunos hermosos incluso.

*¡Oh, mi oscura Rosaleen!*

*¡Basta de penas, basta de llantos!*

Ahora estaba sollozando, estaba llorando a lágrima viva, estaba alimentando el viento con las esquirlas de sus lágrimas y el viento se las devolvía arrojándoselas dolorosamente a la cara. Era difícil saber si eran lágrimas de pena o de frío. Se sentía tan frustrada. *Rosaleen, Rosaleen.* Alguien la estaba llamando. Pero cuando prestaba atención, no oía a nadie, ni siquiera el viento.

Rosaleen estaba harta de esperar. Llevaba esperando toda la vida a que sucediera algo que nunca sucedía y ya no soportaba más el suspense. Ahora Rosaleen tenía prisa. Pensó que no le sería difícil encontrar un precipicio al que arrojarle de pura impaciencia. Estaba dispuesta a matarse con tal de concluir algo.

Pero no iba a suicidarse. Esas historias no iban con ella. «¿Dónde había comenzado aquello?». Y dónde terminaría. Durante cuánto tiempo tendría que continuar así, siendo así. Siendo ella misma.

*Oh, mi oscura Rosaleen.*

Y ¿por qué no la quería nadie?

Era un ser minúsculo bajo un cielo gigantesco, aunque ser diminuta no era lo mismo que estar muerta. Era prácticamente lo contrario. Rosaleen abrió los brazos todo lo que pudo y levantó el rostro.

—¡Ja! —dijo.

En mitad de ninguna parte, el día de Navidad, cuando nadie salía, cuando

nadie paseaba por los caminos.

—¡Ja!

Las viejas no son proclives a los gritos. Rosaleen no sabía si todavía era capaz de gritar o si la voz se volvía flácida como el resto del cuerpo con la edad.

—Oh, ¡que nadie se preocupe por mí! —exclamó. Rugió las palabras. Apretó los puños a ambos lados del cuerpo—. ¡Que nadie se preocupe por mí!

Descubrió que su voz funcionaba a la perfección. Las viejas no gritan porque no les permiten gritar. Porque si gritan, si rugen, las dejarán sin cenar.

Aquello tocaba a su fin.

—¡Que nadie se preocupe por mí!

La montaña la cobijó. Knockauns quedaba a su derecha y las voces rebotaron en ella. También se había levantado una bruma que se le aproximaba. Apretó el paso y tropezó con una piedra, pero no se cayó.

—¡Ja! —exclamó.

Rosaleen estaba sola. Y así era como quería estar. Era fantástico. Se había metido en su cochecito y se había alejado de todos ellos. Les había dado plantón en la cara. Había criado unos hijos tan egoístas. Había dejado que se salieran con la suya, con todo —con sus vidas— y ella había ido a dar un paseo después de la comida para disfrutar del viento cortante. Para refrescarse con el aire marino.

Rosaleen inspiró y se llenó los pulmones con él.

Le dolía el pecho. Le dolía el cuerpo. El aire era frío y ella tenía frío, por eso pensaba en cosas calientes. Había conducido hasta el patio delantero. ¡Sí! Y había atravesado la verja. Estaba tan enfadada que el coche iba solo. Recorrió varios kilómetros por carreteras conocidas hasta que encontró su bosquecillo de pinos oscuros. Pasó entre baches junto a la casa donde había nacido Pat Madigan, con la puertecita pintada de capas desconchadas de verde sobre rojo sobre azul. Pasó por delante de todo esto, Rosaleen con su cochecito, hasta otra arboleda que le pertenecía, de árboles horribles y oscuros. Continuaron más y más, hasta que llegaron al límite de las cosas. Entonces el coche se detuvo y Rosaleen se apeó.

El mar le resultó inmenso. La luz, suave y magnífica. Los campos indiferentes, mientras subía el último tramo de la colina. Pero creyó notar cierto sarcasmo procedente de las zanjas, no se podía definir de otra manera —bofetadas de mofa—, como si el campo se estuviera riendo de ella.

Presencias.

En la verja más allá de la última casa, donde la carretera de asfalto se convertía en una vereda, el punto donde el perro ovejero dio media vuelta, se giró para contemplar el valle de Oughtdarra. Era un paisaje solemne y oscuro, con la playa de Flaggy Shore asomada al mar, las tumbas y los dólmenes allá y los antiguos caminos y puertas que iban de ningún sitio a ninguna parte. Había un par de casas iluminadas para la Navidad, se distinguía el parpadeo de las luces en la distancia. En esa dirección había una iglesia en ruinas; el nombre del hombre que la había construido estaba maldito, una maldición tan terrible que no podía pronunciarse en voz alta. Eso lo sabía por Pat Madigan, que la llevó a pasear por este paraje con su perrita a finales del verano de 1956. Durante aquellos días y semanas habló más que nunca en su vida, sobre maldiciones y demás, sobre *piseogs*, hadas en el túmulo de Croghateehaun y gente perdida en el paraje traicionero y cubierto de maleza que discurría bajo sus pies. Habló de los zorros detrás del monte Knockauns, de los diecisiete fuertes antiguos que había entre ese punto y Slieve Elva, y las cabras que vivían entre los bosquecillos de avellanos. Le habló de las profundidades y la belleza de la cueva llamada Polnagree, de los dos ingleses que la exploraron con cuerdas y lámparas. Señaló el lugar donde las tres comarcas se encontraban: Oughtdarra, Ballynahown y Crumlin, una oquedad en la colina que no pertenecía a ninguna de ellas llamada Leaba na hAon Bhó, «El lecho de una vaca». Existía una historia, le dijo, sobre esa vaca y el fin del mundo.

Luego se echó a reír y le habló de una vaquilla que tenía, que le entró el celo cuando tenía la cabeza metida en un cubo grande, casi una tinaja, de metal azul. Sin saber muy bien cómo, el asa se le quedó enganchada. Un toro comenzó a hostigarla, y estuvieron merodeando por el campo mientras el cubo se balanceaba con estrépito, hasta que ella se detuvo y el toro la montó: «Menudo jaleo metían», le contó él. «Me extraña que la vaquilla no se quedara sorda con la cabeza metida en el cubo».

No había forma de detenerle.

Señaló una casa donde un hombre se había ahorcado y una roca desde donde se divisaba el mar sobre la que se decía que el fantasma de un hombre hambriento se sentaba y se giraba para mirar a los caminantes. Habló de un lugar —a muchos kilómetros de allí— donde una mujer encadenó a su hija en el gallinero, y de la casa de otra mujer que estaba repleta del dinero que le mandaban sus hijos de América. Dijo que en una casa habían nacido unos niños que nunca habían visto la luz del día. Dijo que las mujeres de una familia en concreto se habían comido a sus hijos igual que las gatas hacían con sus crías, y que siempre convenía casarse con alguien de fuera de la comarca si a uno se le presentaba la oportunidad. Y ella era su oportunidad. No le dijo que la amaba. Le dijo que si una mujer como ella le aceptaba, una mujer elegante, libre, sin cargas, con capital propio y nadie que osara detenerla, si ella elegía y le elegía a él, él la veneraría en cuerpo y alma hasta el último día de su vida.

Una locura, pero así fue.

Eso fue lo que dijo.

Y esa era la forma que tenía de ver la tierra, sin diferenciar los distintos tipos de ayer. Sin diferenciar entre un hombre y su espíritu, entre una vaquilla real y una vaca que aguardaba el fin del mundo. Era siempre la misma manera de expresarse. El ascenso y el descenso en el discurso, el toque final. Una floritura. Un temblor. Y todo era para ella. Él había reservado cada detalle solo para ella, como si cada roca y cada árbol hubieran aguardado a su llegada para justificar su existencia.

Y, cuando ella se rio de él, él solo pudo estar de acuerdo.

—Si estoy loco —dijo—, déjame ser un loco a lo grande, no un loco pequeño.

No había manera de rechazarle. Y, cada vez que la penetraba —esa primera vez y todas las demás—, lo hacía con reverencia. Ella no tenía duda.

*¡Mi querida Rosaleen!*

Pat Madigan la veneraba. Y no le mentía. La quería por el dinero que tenía, por la hermosa casa y los hijos que tendría con ella. Se reía de sus comentarios y luego los ignoraba. Pero había ocasiones, incluso en sus

últimos días, incluso al final, en que la miraba con un orgullo tan intenso que resultaba pecaminoso.

*Flor virginal, flor entre las flores.*

En algún lugar, por allí cerca, se dieron su primer beso, con la perrita de Rosaleen esperando a que terminaran, mirando al mar. Se había casado por debajo de sus posibilidades. Hasta la perra parecía darse cuenta, pues ladeaba la cabeza con displicencia.

*Vida de mi vida, santa entre santas.*

*¡Mi oscura Rosaleen!*

Y:

—¡Ja! —dijo, porque Pat Madigan le proporcionó placer durante cuarenta años y «¡Ja!», porque él estaba muerto y ella seguía viva y caminaba por la vereda. Habían pasado años desde la última vez que la habían besado en la boca. Años.

Rosaleen echaba de menos a su perrita, un terrier cruzado, una bolita gris con un lazo de cuadros entre las orejas. Milly. Era como si la sintiera correr a su lado, rozándole las espinillas. Rosaleen levantó la pierna para no tropezar con ella y advirtió la negrura del camino bajo sus pies. Podía ser el camino como podía ser un río. Fuera lo que fuera, estaba sentada en él. Y no había ninguna perrita, evidentemente. Estaba tirada como una imbécil, sentada con el trasero húmedo, ya era hora de levantarse y adecentarse. Era hora de seguir adelante. De continuar avanzando por ese camino que era el camino de su juventud.

No llovía, pero todo estaba húmedo. Empapado. En la zanja a su izquierda se oía un borboteo grave, había una cueva en algún lugar cercano y a Rosaleen le daban miedo las cuevas. También le daban miedo las alturas. No sabía lo que estaba haciendo allí; ahora que lo pensaba, tenía miedo de la oscuridad y estaba oscureciendo, aunque el resplandor tardaba en marcharse del Atlántico oeste; un cielo demasiado grande para que el sol lo abandonara.

Era la vejez, evidentemente. Tanto miedo. Temor a los coches, a los niños en bicicleta, a los enchufes, a las escaleras mecánicas. Le daban miedo las cosas que sonaban o zumbaban. Tenía miedo de quedar como una imbécil, o de llevar las medias equivocadas, vestir la ropa equivocada. Se ponía una

prenda porque le gustaba y al rato se daba cuenta de que era horrible. A Rosaleen le aterrorizaba perder la razón, decir cosas o que se le fuera la cabeza en público. ¿Y si golpeaba a un extraño? ¿Y si hacía algo desconsiderado u obsceno? Sería insoportable. Tomaba precauciones para decir pocas palabras, cada vez menos. Incluso aquí, en el monte, seguía su propio consejo. Pero le daba miedo que el muro de piedra le cayera encima y le atrapara una pierna, le daba miedo que la violaran. ¿Qué posibilidades había de que sucediera algo así? El día de Navidad, nada más y nada menos. ¿Quién te iba a robar en la vereda?

—¡Ja!

Por eso Rosaleen había subido aquí, a este paraje agreste. Había venido para librarse del olvido y la furia. Para sacárselos a gritos y dejarlos atrás. Para arrancárselos.

—¡Mirad! —Quería rugir, pero a su garganta no le gustaba el frío que entraba cuando abría la boca.

Rosaleen no podía distinguir la cima del monte Knockauns ni los muros a ambos lados de la vereda. Ahora estaba muy oscuro. No había luna. El mar resplandecía bajo un cielo negro y Rosaleen no podía distinguir un negro de otro, excepto por el movimiento de las aguas lejanas, cada vez más negras también.

Podría perfectamente estar muerta. O incluso bajo tierra.

Excepto porque sus piernas se movían, una delante de otra, y sentía las piedras, la tierra y los haces de hierba de la vereda bajo los pies fríos.

Por aquí venía a pasear con su preciosa perrita, Milly, y con Pat Madigan cuando empezó a cortejarla. Acudía a su encuentro en bicicleta, con la perrita en la cesta delantera, y dejaban la bici contra una zanja. Aquí fue donde intercambiaron besos y más cosas.

Pat Madigan se volvió silencioso con los años. Después de ese primer torrente de palabras fue cada vez a menos. Al final de su vida hablaba poco o casi nada.

Y ella también había tenido la culpa de eso.

¿Qué significaba que el hombre al que amabas ya no existiera? Una parte de su cuerpo dentro de tu propio cuerpo, entre sus brazos. ¿Qué sucedía

cuando todo volvía a la tierra, a lo hondo de la arcilla del cementerio?

No pasaba nada. Eso sucedía.

Rosaleen levantó la mano en el aire negro para verificar que seguía ahí. Se quitó el guante y vio lo blanca y lo viva que estaba, pero algo se le cruzó entre las piernas —la perra, quizá—y, de repente, se encontró a gatas, de rodillas, con una mano enguantada y la otra desprotegida. Ahora llevaba el frío en la mano.

Le dolía al respirar. Inspiró hondo para que el aire alcanzara los recovecos más remotos de los pulmones. El aire del ancho mundo le horadaba la carne en puntos microscópicos y se abría paso hacia su torrente sanguíneo.

Rosaleen agachó la cabeza como una yegua vieja. Estaba a cuatro patas y las piedras le hacían daño en las rodillas. Quería regresar para encontrar el guante, pero no podía regresar, no confiaba en el camino, pensaba que este iba desapareciendo a su paso. Porque existían oquedades entre las cosas y eso la aterrizzaba. Ahí estaba Rosaleen. Ese era el agujero por donde se había precipitado.

Bart llamó desde Florida a las siete en punto.

Estuvieron sentados otra media hora. Dan cambiaba de canal. Emmet leía un periódico viejo. Ambos debían de haber estado pensando en ella porque, cuando llegó el momento de salir a buscarla, ambos dijeron que no estaban lo bastante sobrios como para conducir.

A las siete y media, Emmet fue caminando al pueblo para preguntar a las señoras que vivían encima de la farmacia mientras Dan llamaba a los números de teléfono que ella conservaba en la primera página del listín, pero la mayoría de aquellas personas estaban metidas en la cocina o muertas. Nadie quería contárselo a Constance, pero tenían que avisarla. Cuando Emmet regresó, hicieron la llamada y, siete minutos más tarde, oyeron su coche derrapar en la entrada.

Constance estaba frenética. Todo era culpa de ellos. Lloraba, los culpaba, estaba muy nerviosa, no sabía dónde sentarse. Sacó el móvil y repasó los números, desesperada. Llamó a unos vecinos, les pidió que llamaran a otros. Salió de la casa sin dejar de hablar para buscar a su madre con el coche. Media hora después regresó con su marido pisándole los talones. Entonces él preguntó:

—¿Habéis llamado a la policía?

Los Madigan lo miraron.

Dessie había estado bebiendo. Evidentemente, era el día de Navidad.

—Que no cunda el pánico —dijo Emmet.

Los hombres estaban sentados en silencio, envueltos en la quietud del reloj de pared detenido y los sollozos de Constance, que estaba preparando café soluble.

Las noticias de las nueve los despabilaron al pensar que Rosaleen podría ser noticia al día siguiente. O algún recuerdo de sus padres, quizá, diciendo «Callaos», y sus madres, apuntando: «Pon las noticias para que las vea tu padre», la costumbre ritual de un mundo exterior que había invadido la cocina silenciosamente, esa noche. Ahí lo tenían.

—Tenemos que llamar a la policía —dijo Constance.

Dessie sacó el móvil.

—Probaré a llamar a Maguire —dijo, y pulsó el número. Esperó un momento y añadió—: Feliz Navidad.

—Oh, por Dios —exclamó Dan, cogiendo el fijo y marcando el 999.

A partir de entonces, Hanna no se separó del asiento ni se quitó las manos de la cara. Si apretaba los párpados notaba el desplazamiento de las pupilas bajo las yemas de los dedos cuando los globos oculares se desplazaban de un lado a otro. Pensó en los acantilados. Se imaginaba el rostro de su madre barrido por las aguas oscuras, el cuerpo inerte siguiendo la curva de las olas, el peso frío e inasible arrastrado a tierra firme.

—El tío está en Ennis. Dice que es la tercera persona desaparecida esta noche. En Navidad están a tope. Dice que llamemos a todo el mundo, que miremos en los cobertizos. Dice que necesitamos a un grupo que conduzca por las inmediaciones y busque el coche. Me ha dicho que miremos en el cementerio. Me ha preguntado por su estado mental.

—¿El cementerio? —dijo Constance.

—Le he dicho que estaba bien.

Todo esto lo dijo Dan con una inflexión ascendente al final de cada frase, como si estuviera en una película americana y la cámara le estuviese enfocando y millones de personas fueran a verle en el futuro. Sus hermanos le observaron. Esperaron a que la película de su vida se convirtiera en la vida real con una sacudida.

—Nunca va al cementerio —dijo Constance—. Nunca arregla la tumba.

Dessie dijo que podía conseguir a veinte hombres con coches en media hora a través del equipo de *hurling* del pueblo, y Constance dijo que, en un día así, no necesitaban deportistas sino alcohólicos, mejor dicho, exalcohólicos, que esa era su mejor opción, o quizá mujeres como ella, demasiado ocupadas con

la cena como para hincar el codo. Si alguien se detenía a analizarla, esa frase era puro reproche, pero también tenía razón. Dessie salió al pasillo y comenzó a hablar por el móvil en voz baja.

—Ya lo he solucionado —dijo. Y veinte minutos después, la mitad de los miembros de Alcohólicos Anónimos (o eso supusieron) se reunía en el comedor. Les capitaneaba Ferdy McGrath. Seis hombres y una mujer que se presentaron a Emmet y a Dan y dirigieron al resto un vago gesto de saludo, ajenos a las preocupaciones y bajezas de cada uno. Un grupo variopinto, pensaba Hanna, que les observaba con un desprecio precavido. Ninguno llevaba ningún letrero.

Constance fue a la despensa con algunas botellas vacías en un intento de adecentar la casa, a sabiendas de que estaba actuando de manera irracional. Los demás se lo consintieron, no obstante. Constance consentida. Se sentía casi alegre.

Hacía mucho frío en el pasillo de la cocina. Había una caja de cartón contra la pared y Constance metió dentro las botellas. La estancia olía igual que siempre: a cerrado, a creosota, al dulzor de las manzanas añejas. Al incorporarse, recordó a su madre ante la puerta trasera, contemplando la lluvia de verano. Una imagen de cuando Constance era niña, seguramente.

La imagen era muy vívida: la silueta de su madre en la puerta; más allá, el rojo de las amapolas, el verde del jardín, la atmósfera dorada con la lluvia. Rosaleen de pie, observándolo todo, esperando para marcharse.

Eran casi las diez de la noche del día de Navidad; una noche calma, sin lluvia. Emmet había desplegado un mapa sobre la mesa y había marcado secciones y carreteras con flechas y círculos. Anotó números de teléfonos móviles, comprobó las linternas; estaba a punto de ponerse a repartir pastillas contra la malaria.

Tres coches partieron en dirección a los acantilados, uno al aparcamiento de Lahinch, otro hacia las carreteras costeras entre Doolin y Liscannor. Hicieron una llamada a un tipo de Doolin para que comprobase el aparcamiento del puerto, enviaron otro coche a que recorriera la costa entre Doolin y Fanore y el último a la carretera más elevada entre Ballinalackin y Ballynahown.

La casa se estaba llenando de gente del pueblo. Dan vio a hombres que no veía desde la escuela. Le observaban con precaución y luego le tocaban, una mano deliberada en el brazo o en el hombro, mientras decían: «¿Todo bien, Dan? ¿Puedo hacer algo?». En la cocina, cuatro mujeres limpiaban la mesa y sacaban fuentes y platos de comida cubiertos de film transparente. Imelda, la hermana de Dessie, trajo, entre otras cosas, dos paquetes de café, y a Constance le dio un vahído, tuvieron que ayudarla a que se sentara.

—Oh, oh, oh —dijo; las piernas le fallaban. Se sentó con los pies separados y una bolsa de café de Colombia molido en el regazo.

—Oh —repitió, mientras se culpaba de todo, el café olvidado, la rabieta, su madre perdida en la noche—. Oh.

—Oh, sí, ¿oh qué?—dijo Hanna, que estaba apoyada contra el fogón de brazos cruzados. No se podía hacer nada con ella salvo meterla en uno de los coches, en casa de poco servía.

—Vete —dijo Dan, de modo que se marchó dando trompicones con Ferdy McGrath, que la recibió con un destello en la mirada que decía que cuidaría de ella.

—Dios, Ferdy, ¿te acuerdas cuando entrenabas a mi equipo de *camogie*?

—Claro —dijo él—. Eras de las más rápidas.

—Lo era —dijo ella—. Es cierto. Lo era.

Y la metió en el asiento del acompañante de su cacharro de borracho y cerró la puerta.

Los coches pusieron el intermitente y se marcharon, uno tras otro, en dirección oeste. Dan siguió el sonido hasta que salieron del jardín y se marcharon por la carretera desierta, mientras buscaba cobertura. Tan pronto como la encontró, llamó a casa, a Toronto, y cuando Ludo respondió dijo:

—Mi madre ha desaparecido. Se ha marchado con el coche. Podría estar en cualquier sitio.

Era una noche cerrada. Dan se había alejado de la casa caminando y, cuando se apagó la luz del móvil, la noche parpadeó y se lo tragó. La oscuridad cambió de lugar, no se alejó dos metros, se le enfrentó cara a cara. Le robó el aliento. Se giró hacia un lado y luego hacia el otro, no estaba seguro de qué dirección tomar. Estaba a menos de veinte metros de la casa y

no sabía dónde estaba ni cómo regresar. Encontró un arcén de hierba y se alejó de la zanja que había al otro lado, halló el camino de regreso gracias a la vegetación que percibía a través del zapato y a la promesa de una farola distante al otro lado de una curva en la carretera. Le llevó un tiempo desmesuradamente largo. Sentía, a cada paso, como si tropezara con algo, y se estremecía; la atmósfera negra se burlaba de él.

Rosaleen se detuvo donde estaba. Con la cabeza gacha, tambaleándose de un lado a otro. Ya no notaba dónde comenzaba el suelo y terminaba su cuerpo, le dolía como si fueran un todo.

Había perdido el guante. Menudo fastidio.

Rosaleen era un fastidio. Sus hijos pensaban que era un fastidio porque era cierto. ERA UN FASTIDIO.

Rosaleen era una pesadilla. Era una mujer muy difícil. Cada vez lo era más. Hacía llorar a sus hijos.

Se lamentarían cuando descubrieran que se había marchado. Lo lamentarían profundamente. Ellos, que se pasaban la vida abandonándola. Sin llamar, sin escribir. No le contaban nada, se pasaban la vida huyendo. ¡Corre y no pares! Ese era el lema. ¡No vuelvas nunca! Si te das la vuelta verás a tu madre convertida en una estatua de sal.

Pues bien: ella también sabía jugar a ese juego.

Rosaleen tenía pies, tenía coche. Rosaleen también echaría a caminar y no volvería nunca. ¿Qué se siente ahora? ¿Qué se siente cuando tu madre te abandona?

«¡Ja!».

Lo mismo, lo mismo. Se siente lo mismo.

Rosaleen agachó su vieja cabeza y colocó una rodilla delante de otra. Estaba a cuatro patas y los guijarros le hacían daño. También sentía una punzada de dolor en la palma de la mano, sería algún nervio. La levantó y la agitó, pero no notaba nada en la mano, solo el dolor, y una quemazón en la yema de los dedos. Quería regresar y encontrar el guante, pero no podía adentrarse ahí, en la oscuridad y la noche que la perseguían.

Se quitó el guante de la mano derecha y metió la mano fría dentro, con el pulgar del revés. Había una casa en ruinas por allí, dentro estaría a salvo. Una casita de la época de la gran hambruna, si estaba cerca o lejos no sabría decirlo. Todo sucedía tan lentamente. Rosaleen creía que no lo conseguiría. Moriría en la ladera del monte Knockauns, la encontrarían por la mañana fría y tiesa, y entonces lo lamentarían.

Ella también lo lamentaba.

Sus maravillosos hijos.

No sabía por qué no podía ser buena con ellos.

Les quería mucho. A veces, cuando les miraba, sentía que el amor la invadía y le entraban ganas de estropearlo. Después se enfadaba. Eran tan hermosos. Habían sido tan hermosos. Eran tan confiados, tan buenos. Hacían que se sintiera mala. Infravalorada. La hacían sentir irrelevante. Eso era.

Y ¿qué hay de mí?, se preguntaba.

Porque Rosaleen no existía. Oh, no. Rosaleen no importaba.

«¡Ja!».

Rosaleen quería decirlo en voz alta pero no podía. Estaba atrapada en el sonido de su propia respiración, arrastrada y seca. Los dientes le castañeteaban con estrépito cada vez que inspiraba.

Uf, uf, uf, uf, uf.

El frío la había invadido. Lo notaba en los huesos, se abría paso entre su carne, acechaba sus entrañas, se filtraba en el estómago; el cuerpo trató de zafarse de él de nuevo. Comenzó a temblar y los brazos y piernas se le quedaron tiesos, cómicos. Tuvo que agitarlos arriba y abajo. Después de pasarse así un rato interminable, se dio cuenta de que la persona que estaba a su lado era Pat Madigan, era su voz la que la instaba a avanzar. Le entró una enorme sensación de paz, seguida de una punzada de irritación.

«¿Dónde te habías metido todo este tiempo?».

Un hombre llamado John Fairleigh entró en el comedor vestido con impermeable y botas de montaña. Joven, cabello oscuro, curtido por los elementos: se presentó y fue directo al mapa que había sobre la mesa, apartó las bolas de Navidad plateadas y blancas —con cuidado— y afirmó que había

más personas de camino, que el equipo llegaría pronto.

—¿Se sabe algo? —preguntó. Y Dan le miró:

—No.

—¿Le gustaba caminar por aquí?

Emmet miró el mapa.

—Por esta zona de la costa. Por ahí. Camina en círculos.

John Fairleigh dijo que discrepaba. Su madre no caminaba en círculos.

—Una mujer de su edad se mueve en línea recta. No se alejará del coche, definitivamente se encontrará en un radio de un kilómetro del vehículo, probablemente cien metros. Por eso, nuestra prioridad será hallar el coche. Y, cuando encontremos el coche, peinaremos un radio de cien metros, un kilómetro como máximo.

—De acuerdo.

—No será tarea fácil, no tiene por qué —dijo—. Está oscuro. Su madre debe de tener frío. Estará buscando un lugar donde cobijarse. Un edificio, un pajar. Lo único en lo que piensa en estos momentos es dónde resguardarse del frío, lo que significa que podría ocultarse también de nosotros, detrás de un muro, bajo un arbusto o un saco viejo de fertilizante. Esto podría dificultar la búsqueda.

Constance lloraba.

—Pero la encontraremos —dijo él—. No se preocupe.

—No, no —dijo ella, haciéndole un gesto para que continuara.

—¿Cómo se encontraba?

—¿Disculpe? —dijo Emmet.

Constance le lanzó una mirada a su hermano.

—Es difícil de precisar —dijo él.

—Fue a dar un paseo. Nuestra madre está perfectamente bien —dijo Constance—. Fue a dar un paseo.

—Es una persona maravillosa —intervino Dan de manera patética, a destiempo.

—«Maravillosa» —dijo Emmet.

—Es solo una palabra —dijo Dan.

—Sí, claro —dijo Emmet—. Una persona es maravillosa en sus años

mozos, luego pasa el tiempo y está un poco loca, con cincuenta es bipolar y, cuando llegas a los... (¿qué edad tiene?) setenta y seis, entonces es cosa del cerebro, ¿o no? Demencia senil. Es difícil de precisar.

—Ella nunca ha sido bipolar —dijo Constance, escandalizada a más no poder.

—¿No? —dijo él.

—Ni de lejos.

—Bueno —dijo John Fairleigh—. La vejez es dura a nivel emocional. Esa es la verdad.

—No sé cómo puedes decir que era bipolar —dijo Constance.

—Supongo que mi pregunta es si la han notado abatida —dijo John Fairleigh.

Constance dejó escapar un gritito.

—Por favor, no tenga en cuenta lo que ha dicho mi hermano —dijo—. Se lo ruego.

Pero John Fairleigh les ignoró. A Dan le daba la sensación de que tenía algo de impostor.

—No se preocupen. Hace dos años, en septiembre, una mujer mayor se escapó y pasó dos noches al raso. Cuando la encontramos no estaba de maravilla, para ser sinceros, pero se encontraba bien.

Los hermanos callaron entonces.

—Hace buena noche —dijo él, y volvió a concentrarse en el mapa—. Y es Navidad.

Rosaleen se hallaba junto a la casita que estaba encajada en la ladera del monte. Una cabaña de piedra de los tiempos de la hambruna en estado ruinoso, con una puerta, una ventana, sin tejado. La distinguió a la luz de las estrellas. Le sorprendió lo mucho que se veía. Podría entrar en la casita y contemplar las estrellas, había tantas, pero primero tenía que atravesar la hierba hambrienta que había delante de la entrada. No quedaba mucho de ella, apenas unas briznas, una vez al otro lado estaría a salvo de las inclemencias del tiempo. Aunque si cruzaba la hierba hambrienta tendría hambre durante el resto de sus días. En eso consistía la maldición.

A veces la hierba crecía en las tumbas donde el sacerdote no acudía a rezar, bien porque estaba ocupado, bien porque se había marchado. A veces crecía en el umbral de las casas donde habían muerto todos sus ocupantes sin que nadie los enterrase, y la casa caía en el abandono.

Pero no le importaba pisar la hierba hambrienta, porque también ella iba a morir. Lo sabía porque su difunto marido, Pat Madigan, estaba a su lado en la vereda. En vida se fue tan silenciosamente. Dejó de hablar. Dejó de gustarle Rosaleen. Pero siempre la quiso. Y cuando era joven, pisaba ese camino como si le perteneciese. Era el rey de todo lo verde que crecía, el rey de los setos, el rey de los cielos. Cogía un guijarro y lo arrojaba al firmamento. Lo tiraba al mar, donde se convertiría en una isla. Crecería y crecería.

Uf, uf, uf, uf.

Si enseñaba los dientes, le castañeteaban como si fueran un artículo de broma, por eso procuraba apretar los labios, para evitar que se le resquebrajaran y se le clavaran en el cráneo. Menuda molestia.

Uf, uf, uf, uf.

Su marido Pat Madigan estaba un poco enfadado con Rosaleen, porque Pat Madigan era un santo pero en ocasiones podía ser todo un cascarrabias. Quería que Rosaleen se arrastrase por encima de la hierba hambrienta y se resguardase del frío.

—¿Por qué no dejas de fantasear? —le dijo—. ¡Vamos! —exclamó—. ¡Venga!

Y Rosaleen levantó un brazo y dobló la mano, luego hizo lo mismo con el otro y arrastró sus viejas piernas a través del umbral en ruinas de la casita de piedra. El tejado había desaparecido, pero el gablete seguía en pie y la protegería del cortante frío. La casa tenía dos estancias pequeñas; en la primera había algo, distinguió el color rosa en la oscuridad, era papel higiénico. Rosaleen retrocedió despavorida y se arrastró con precaución hacia la izquierda, a la segunda estancia, donde se giró lentamente, se tendió de lado y se acurrucó en el suelo. Levantó la rodilla un poco y metió ambas manos entre los muslos.

El suelo no estaba mal.

No había ni rastro de Pat Madigan. Se había marchado. Pasado un rato, comenzó a sentirse estupendamente. Tenía la mente despejada, algo maravilloso. Le dolían las rodillas mojadas, pero no importaba. Notaba el frío sobre todo en la cadera izquierda, tiritaba de una manera que le resultaba completamente nueva. Pero las estrellas eran preciosas, distinguía un fragmento de cielo con el rabillo del ojo, enmarcado por las piedras de las paredes de la casita.

Pensó que si se dormía, no se acabaría el mundo.

De niña, su padre solía darle una medicina a cucharadas. Era muy rosa, no recordaba el nombre. Tan pronto como la tragaba, caía redonda. Dormida. Se preguntaba a menudo qué sería aquella medicina.

Su padre le daba caolín y morfina para el estómago. La morfina es buena compañera, solía decir, es difícil alejarse de ella. Al final, tuvieron que suministrársela a Pat, parches de Fentanyl que ella le pegaba en el muslo. Le ponían contento. La morfina hacía que volviera a quererla, después le estreñía, se enfadaba. Y luego, murió.

Rosaleen temblaba. El cuerpo se le estaba desprendiendo, intentaba no

descoyuntarse. Tenía que recordar ahora todo lo posible, tenía que ser sensata. La hierba hambrienta era un cuento de viejas. Y Pat Madigan hacía mucho que había muerto. Tenía que recordarlo todo. Los nombres de las pastillas y los nombres de las enfermedades, los nombres de las partes del cuerpo que amenazaban con abandonarla. Pero ella no tenía ninguna intención de marcharse ni de abandonarse. No tenía ninguna intención.

En lo alto, Rosaleen distinguió un satélite moviéndose entre la fragilidad de las estrellas, en ese momento creyó notar el movimiento giratorio de la Tierra. Se sentía bien. Se había librado de lo peor del frío. Echaría un sueñecito y, antes de que amaneciera, regresaría a casa.

La despertó un desgarrón violento, había llegado el fin del mundo. Un estruendo. Como si un avión hubiera despegado en su oído. El avión dio marcha atrás y volvió a la carga. ¿Marcha atrás? Había una vaca al otro lado del muro, se la oía respirar y arrancar la hierba a mordiscos. Tardó en pasársele el susto.

«Estoy despierta», se dijo. «Sigo con vida».

Ferdy McGrath conducía por un camino que desembocaba en la costa cuando Hanna le dijo:

—¡Para!

Era la casa de Boolavaun.

—¿Has visto algo? —dijo Ferdy—. ¿Has visto algún coche?

—No, pero... —dijo Hanna—. Tengo que ver la casa.

Él se quedó mirándola.

—No sé. Es la casa de mi padre. Creo que sería conveniente.

Él se bajó del coche y la siguió hasta la masa negra que era la casa. Hanna iluminó la puerta con la luz del móvil a la que él sumó la linterna amarilla, un trasto inútil con un haz de luz amplio y mortecino.

Hanna se asomó por la ventana, de la que todavía colgaba medio visillo blanco. No se veía nada en el interior. Los desconchones y las pompas de pintura mostraban todos los colores que había exhibido la puerta: rojo intenso, azul brillante y profundo —celeste o aguamarina—, le recordaron tanto a la abuela Madigan que acarició la superficie. Encima del resto, un verde corriente.

—Quizá haya entrado por la puerta de atrás —dijo ella.

—Deberíamos estar buscando el coche.

La base de la puerta estaba carcomida y cubierta de tablas finas de contrachapado. Hanna se inclinó y arrancó una.

—No tan deprisa —dijo él, pero ella ya se había colado dentro, al pequeño porche, cubierto de un linóleo multicolor que hacía pensar en caramelos desparramados. Este era el suelo que recordaba de su infancia. Se puso en pie en el espacio reducido y abrió la puerta que daba a la cocina.

Gritó:

—¡Ferdy!

Llamaba pidiendo ayuda, aunque no le tenía mucho aprecio a ese hombre.

—¡Ferdy!

Él apuntó la linterna hacia la ventana y el espacio se llenó de una luz débil. Una mesa vieja, aparadores abiertos, el fogón oxidado. Hanna vio las formas y las sombras, el suelo cuajado de porquería que crujía bajo sus pies. En este lugar habían ocurrido muchas cosas y, aun así, no había sucedido casi nada. Personas que habían crecido y se habían marchado. Su abuela había fallecido allí.

Pasiones. Imposibilidades.

Esa energía prevalecía.

—¿Estás bien? —La linterna abandonó la ventana y oyó que Ferdy recorría el perímetro de la casa. Un largo silencio y luego el crujido del cerrojo de la puerta de atrás.

—No está aquí —dijo. Hanna retrocedió despacio y se puso en cuclillas—. No está aquí.

Cuando regresaron al coche, Ferdy se quedó mirándola desde el asiento del conductor.

—Tienes sus ojos —dijo—. ¿Lo sabías? Tu abuela era una mujer valerosa, una gran mujer. Era prima de mi madre, pero seguro que ya lo sabías.

Hanna creyó que iba a tocarla, pero algo frenó ese impulso y Ferdy puso el intermitente, indicándole a nadie en concreto su intención de dar marcha atrás para retomar el camino.

A menos de dos kilómetros de distancia, hallaron el coche de Rosaleen encajado en la cuneta, con la puerta delantera abierta y la luz interior encendida.

En Ardeevin recibieron la llamada justo antes de la medianoche. Habían hallado el coche.

Hanna llamaba a gritos a su madre. Emmet la oía de fondo, un sonidito patético.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Ferdy tapó el teléfono con una mano para poder gritar:

—¡Espera!

—No dejes que se vaya —dijo Emmet, creyendo que Hanna sería la siguiente en perderse.

Constance llevó hasta allí al resto de los hermanos en su lujoso coche, pegándose a las curvas de la carretera. Cuando llegaron, aparcó detrás del pequeño Citroën de Rosaleen con triste precisión. Emmet se apeó de un salto y lo rodeó, abrió la puerta delantera y miró, sin motivo alguno, debajo de los asientos de delante. Luego encendió los faros y las luces de emergencia. El resplandor acuciante les envolvió. Todos deseaban que su madre apareciera.

Los hijos de Rosaleen se pusieron a gritar y a otear la oscuridad. Ella estaba ahí, en algún lugar, era más de lo que podían soportar. También estaban preocupados por sí mismos, evidentemente. Su yo infantil, que había dejado atrás las lágrimas. Dan notaba una especie de claridad en el pecho. Un deseo ardiente.

—¡Rosaleen!

Incluso Emmet se sorprendió de la fuerza de este sentimiento, un sentimiento de necesitar enormemente a una mujer a la que no creía tener aprecio.

—¡Madre! ¡Madre!

Constance corrió hasta el muro más cercano y miró al otro lado, como si su madre fuera un monedero o unas llaves extraviadas.

—¿Mami? —dijo.

No les pasó desapercibida la ironía de que cada hijo estuviera llamando a una mujer distinta. No sabían quién era —su madre, Rosaleen Madigan— y no tenían por qué saberlo. Era una mujer mayor que necesitaba urgentemente su ayuda y, a medida que su ausencia iba llenando la fría ladera, se fue convirtiendo en un ser humano —un ser humano cualquiera—, frágil, mortal, viejo.

Estaban de pie, mirando al norte, al noroeste, al oeste, las sombras oscilaban en el camino ante ellos, cuando se oyó la voz de Hanna, un sonido ínfimo que cruzaba los campos.

—¡Mamá!

Las luces de los faros desfilaban cuesta arriba procedentes del valle tras tomar la salida de Ballinalackin. Los coches tardaron en llegar. Se aproximaban, aparcaban o no encontraban sitio, se bloqueaban el paso unos a otros o se veían obligados a hacer maniobras complicadas para dar la vuelta en el estrecho camino. Emmet conocía bien este tipo de situaciones, el preludio de los eventos importantes, incluso —especialmente— cuando había vidas en juego. Pero en esta ocasión la vida era en cierto modo la suya propia: este era el desastre que había tratado de evitar cuando se marchó a perseguir desastres ajenos. Este era real.

John Fairleigh se acercó caminando, pegado al teléfono, haciendo aspavientos con el brazo para que todo el mundo se acercara.

—Ya no hace falta el bote salvavidas —dijo, y el vértigo volvió a apoderarse de ellos: su madre cayendo de un acantilado descomunal.

—¿Bote salvavidas? —dijo Constance.

—Oídmeme, muchachos —dijo John Fairleigh a los allí reunidos—. Voy a reteneros aquí, solo será un minuto, ¿de acuerdo? No quiero que nadie se caiga en una poza ni nada de eso, ¿de acuerdo? Vais a batir el camino y los lados del camino. No os apartéis de la vereda. Eso es lo que vamos a hacer en este momento. Todos nos quedaremos en el camino.

Todos se apartaron de las luces frenéticas del coche de Constance, el puñado de alcohólicos heroicos y los hijos de Rosaleen Madigan, mientras otros faros ascendían en procesión desde el valle. Cerraron la verja tras ellos, nadie olvidaba las costumbres del campo. Apenas veían el terreno que les rodeaba, para el caso como si estuvieran en la luna, por mucho que hubieran oído hablar de la afamada belleza de la vereda.

Caminaban juntos, con los haces de luz entrecruzados. La gente tropezaba y maldecía en voz baja, o se cegaban unos a otros con el resplandor de las linternas.

—Apuntad bajo, muchachos. Dadle una oportunidad a la vista.

Constance se detuvo y apagó la linterna para dejar que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad y, poco después, notó la mejoría. A lo lejos, una bruma luminosa se hacinaba en el firmamento sobre Galway, pero el monte Knockauns estaba a oscuras y la noche lo cubría con un abismo de estrellas.

Se había quedado atrás. Estaba sola —Constance, que nunca estaba sola, que siempre tenía la cabeza llena de gente— y, después de la primera impresión, dejó que la oscuridad tomara el control y levantó las manos un poco para tantear el aire.

Emmet recibió una llamada de Ferdy McGrath. Cuando colgaron, todos oyeron gritar en la distancia al hermano de Dessie, y vieron la luz de su linterna que señalaba su ubicación. Retomaron la marcha y, poco después, descubrieron la casita en ruinas donde debía de haberse guarecido.

Hanna ya había llegado.

Se coló por la puerta y tropezó con las piedras y la basura de la habitación principal, después miró en la habitación más pequeña y vio un bulto oscuro: era su madre que yacía en el suelo.

Después, ninguna pudo recordar lo que habían dicho, excepto que Rosaleen no dejaba de disculparse y Hanna la tranquilizaba.

—Oh, lo siento.

—¿Estás bien?

—Oh, lo siento.

—Ya pasó. Ya pasó.

Y las dos continuaron con aquella especie de plegaria, mientras Hanna se desabrochaba el abrigo y envolvía a su madre con él, y se tumbaba a su lado, cobijando las manos de Rosaleen bajo la ropa para que se impregnasen del calor de la piel desnuda, frotándole los brazos y la espalda. Así permanecieron, sin reparar en lo que sucedía a su alrededor.

En el exterior de la casa, Ferdy McGrath pegó un grito mientras, en el interior, Rosaleen gimoteaba porque le dolían las manos, abrasadas contra la piel de Hanna.

—¡Oh, no! —dijo.

Hanna debería haber tenido más cuidado, pensó después, podía haber hecho algo completamente equivocado, pero solo podía pensar en detener el temblor del cuerpo de su madre, por eso le enderezó las piernas a Rosaleen con las rodillas y se tumbó a su lado, levantándole los hombros para poder rodearla y abrazarla, y la estrechó con fuerza en un intento de detener la tiritona.

—Ya pasó. Ya pasó.

Permanecieron en la misma posición mucho rato. Hanna utilizó todos los medios a su alcance, hasta el aliento, respirando junto al cuello de Rosaleen, expirando sobre los ojos cerrados. No advirtió que Ferdy envolvía las piernas de su madre con su abrigo, no advirtió a los demás, que tropezaban con la basura y la maleza del suelo de la casa, o la manta de emergencias que John Fairleigh les echó encima. No notó nada hasta que él tomó a su madre de la cabeza por el otro lado, le introdujo una colchoneta bajo los hombros y le aproximó un termo de té a los labios.

—Buena chica —le dijo—. Buena chica.

Era la clase de frase que su madre odiaba.

A Hanna se le ocurrió algo gracioso, pensó que Rosaleen se enfadaría. Pero, lejos de enfadarse, miró a John Fairleigh fijamente. Se le derramó el té pero continuó mirándole, como si no existiera nadie más que John Fairleigh en el mundo entero.

La gente aguardaba en el exterior de pie, esperando a la ambulancia, preguntándose si no sería mejor bajar a Rosaleen del monte y trasladarla al hospital en coche. El frío se hacía notar. Se tardaba mucho rato en cualquier cosa. Algunos desanduvieron el camino para abrir la verja y dar indicaciones. Llegó otro hombre con una linterna.

—Aquellos que tengan el coche aparcado abajo, ¿podrían moverlo?

Se armó la de San Quintín, aquello parecía una carrera de obstáculos de repente, con un tío con chaleco reflectante indicándoles a los coches que aparcaran en un descampado. Nadie se marchó a casa a pesar de que sabían que la habían encontrado. Los voluntarios se sentaron en los coches a esperar, encendieron la radio y oyeron villancicos emitidos desde estudios desiertos, hasta que —después de lo que pareció una eternidad— distinguieron a lo lejos una luz azul que subía por la carretera de Ballinalackin.

—Solo había salido a dar un paseo —le dijo Constance a Dessie, como si le pareciera mal semejante follón.

Dan, que había esperado junto a la casita, se acercó al umbral de la habitación e hizo lo que más le gustaba a Rosaleen que hiciera. Le habló.

Le dijo:

—¿Sabes que te has dejado la luz de dentro del coche encendida?

Le dijo:

—Creo que ya es hora de que cuelgues tus botas de montaña, querida, ¿no te parece?

Le dijo:

—De verdad, Rosaleen, no te lo vas a creer. Tenemos metidos a la mitad de los O'Brien en la cocina con fuentes de ensalada de col y de patata de las sobras de Navidad, e Imelda McGrath ha traído café del bueno porque los McGrath están boyantes últimamente. ¿Sabes lo que Dessie tenía en el maletero? Champán Bollinger. En el maletero. No estoy de broma. Me pregunto dónde terminará todo esto.

Le dijo:

—Oh. La luna.

Porque la luna se estaba asomando por el noroeste sobre el monte Knockauns. Apenas una esquirla, la luz pálida iluminó el paisaje ante sus ojos y ahí la tenían, la vereda más hermosa del mundo entero, no tenía rival. ¿Adónde si no iba a ir?

—¿Sabes qué? —le dijo—. Podrías haber estado en cualquier sitio.

Observó el lento progreso de los paramédicos mientras tiraban trabajosamente de la camilla entre las piedras y la hierba: el metal cromado resplandecía y resonaba cada vez que bajaba y subía.

Nunca había ido demasiado lejos, pensó Dan. Una semana en Roma. Quince días en el Algarve. En otra ocasión, Sorrento. Y ¡menuda carretera!, solía decir. Era jugarse la vida. Pero ¡oh! La costa era preciosa a medida que se aproximaban a Amalfi, nunca lo olvidaría. Ni el pequeño restaurante junto al mar, donde tomó un vasito de *limoncello* después del postre, cortesía de la casa.

## El despertar

Vendió la casa de todas maneras. Fue una sorpresa, aunque no fue la mayor de todas. Rosaleen se despertó en el hospital de Limerick el día de San Esteban y miró a su alrededor, vio las paredes de color tostado y los adornos navideños hechos a mano, y sonrió.

No tuvo problema para que le dieran una habitación, dijo. Se quedó pensando en ello; en las noticias aseguraban que los pacientes se pasaban días en camillas en el pasillo.

—Todos se han ido a casa por Navidad —dijo la enfermera, que parecía de etnia tamil, con un nombre tan largo que tenía una identificación de plástico extragrande.

Rosaleen escrutó su rostro y sus ojos.

—Qué guapa —dijo.

La enfermera no se ofendió.

—Me siento... No sé cómo describirlo, me siento mucho mejor.

—Eso está bien.

—No me sentía nada bien —dijo—. Pero ahora me siento mucho mejor.

—Sí.

Emmet, que estaba sentado junto a la cama tan atento como siempre, asistió a este intercambio sin dar crédito.

—Estabas en el monte —le dijo.

Rosaleen volvió la cabeza y le sostuvo la mirada. Parecía un tanto perpleja, pero sonrió.

—Sí.

—¿Lo recuerdas?

—Oh, recuerdo el monte perfectamente —dijo, como si el tema no fuese

con ella—. Oh, sí, la montaña.

Le estaba mirando con gran atención.

—Ahora tienes que descansar, Rosaleen —dijo la enfermera.

—Antes del monte, me refiero.

Apoyó la mejilla en la almohada del hospital y miró a su hijo.

—Oh, querido —le dijo.

Emmet no sabía qué contestarle, pero no parecía que ella quisiera una respuesta.

—Oh, querido. Lo siento.

—No pasa nada —dijo él.

—Lo que te he hecho pasar.

—No te preocupes.

—Te he hecho pasar las de Caín.

Rosaleen cerró los ojos lentamente, sin dejar de mirarle, y cuando se quedó dormida, Emmet fue a examinar su historial colgado a los pies de la cama.

—¿Qué está tomando?

—Suero —dijo la enfermera. Luego, después de pensarlo un momento, añadió—: Está contenta.

Y así era, Rosaleen era feliz. Su alegría se prolongó durante algún tiempo. No solo se alegraba del follón que había organizado —las visitas, el periodista al que echó con cajas destempladas, el sacerdote dando gracias por su rescate en la misa matinal, *Aunque cruce por oscuras quebradas, no temeré ningún mal* —, también otras nimiedades la hacían feliz: la luz del sol sobre el suelo del hospital, el ingenioso mando para levantar la cama, las flores que Pat Doran, el del taller, le había traído, a pesar de ser —si le permitían la expresión, dijo —, «flores de gasolinera».

—Qué colores tan bonitos, Pat. No tendrías que haberte molestado.

Rosaleen estaba encantada de estar viva. Algo tan obvio que Hanna se preguntaba por qué la gente no estaba siempre encantada. Llevó al bebé para que lo viera, y se sentaron todos juntos, su madre, Hugh y «el pudin», como Rosaleen lo llamaba. «¡Oh, el pudin!», insistiendo en que le acercaran el niño a la cama para que lo cogiese. Rosaleen dijo que adoraba a los bebés y, por

un instante, fue fácil creerla. Le gustaría «comérselo», decía. Hugh tomó fotos con el móvil y todos las admiraron a medida que aparecían: Rosaleen, tan delgada, y el bebé, tan gordo, delante de ella, metiéndole la mano en la boca y tirándole de la mandíbula.

—Ya, ya, ya, ya —dijo Rosaleen, y el niño se echó a reír.

Estaba encantada. Y el bebé era un encanto. Hanna trató de retenerlo todo para poder recordarlo la próxima vez que el bebé llorara, la imagen de su madre devolviéndole el niño mientras decía:

—Oh, cómo te envidio.

Como si mereciera la pena vivir la vida, como si mereciera la pena reproducirse y todo saliera siempre bien al final.

Emmet fue testigo de algo que no había visto en muchos años: su madre siendo maravillosa. Les entretuvo a todos con las descripciones de la ambulancia, de las manos frías del médico, de la vaca al otro lado de la pared cuando se quedó dormida en el monte.

—Como un avión que despegase en tu oído —dijo.

Cuando Dan llegó, los dos se pusieron a reírse de todo y Emmet no sintió celos. Observó a Rosaleen para comprobar si había sufrido algún tipo de deterioro, pero su cerebro funcionaba bien. Lo que generalmente se conocía como cerebro, es decir, la memoria a corto plazo, a largo plazo, el papa actual, los días de la semana. Solo su humor había cambiado.

Miraba a sus hijos como si le resultasen un prodigio y, de hecho, nosotros mismos nos considerábamos un poco así. Habíamos sido, durante aquellas horas en la ladera oscura del monte, una fuerza. Una familia.

Lo que siguió fue un tiempo de amabilidad y generosidad, no solo por parte de los vecinos y los desconocidos, sino entre los Madigan. Nadie quería ni oír hablar de llevar a Rosaleen a la casa de Ardeevin, «esa casa fría», como decía Constance. Ya tenía lista la habitación, le dijo, y había hecho su equipaje: podría quedarse en Aughavanna tanto tiempo como quisiera.

## Un rostro en la multitud

Dan regresó a Toronto y descubrió que Ludo había colgado un mensaje alertando sobre la desaparición de Rosaleen en las redes sociales, donde decía: «Si alguien conoce a alguna persona en Irlanda, especialmente en la costa oeste, que corra la voz de que ha desaparecido esta mujer».

—Eso fue un poco prematuro —dijo Dan, revisando las respuestas y los buenos deseos, incluido un mensaje de un vidente de Leitrim que ofrecía sus servicios de radiestesia. Se detuvo en otro de un tipo llamado Gregory Savalas y accedió a su perfil, que mostraba montañas y limonares. Dan pensó que debía de tratarse de California, pero la dirección revelaba que era Deyá, Mallorca. Había fotos de un perro, de otro tío, de una piscinita y del propio «Greg», con una gorra vaquera desgastada y vaqueros cortos, un pañuelo azul, botas y la cara extrañamente huesuda. También se le notaba una incipiente barriga y un brillo en los ojos que te decía que no se había curado —cómo iba a curarse—, pero que estaba vivo, joder, inspiraba, espiraba, nadaba, bebía rioja y admiraba el huerto de limoneros, disfrutaba de los limoneros. Estaba habitando una vida y estaba pasándoselo en grande, porque la vida era para disfrutarla.

Greg.

Dan volvió a escrutar la fotografía. Ahí le tenía: aquel tipo sardónico, de ademanes lentos, ligeramente místico, que había muerto, o eso pensaba Dan, a mediados de los noventa. Greg, que en su momento había estado muerto, había resucitado.

El perfil era toda una declaración de su estilo de vida. No se podía calificar de realidad ese mundo de piedra antigua, cuencos de limones, cielos asombrosamente azules, quizá lo más auténtico era una ligera intensidad en

su expresión. Pero ahí, bajo una fotografía de una palmera iluminada por un cometa que cruzaba la Vía Láctea, se leían las siguientes líneas: «Si tuviese los mantos bordados de los cielos / Forjados con luz dorada y plateada». Eran los versos que citaba Dan en las fiestas, cuando jugaba a dárseles de irlandés ante todos ellos.

Dan comprobó su lista de contactos: algunos tenían relación con Ludo, pero no reconoció a nadie de los viejos tiempos, ni siquiera a Arthur, que parecía destinado a vivir para siempre. Buscó y rebuscó, recordando a Billy, recordando a Massimo y Alex, el *loft* de Broome Street. Tenía el corazón invadido por las cohortes de los muertos: hombres a los que debería haber amado y no amó. Hombres a los que había odiado por ser sexis, hermosos, abiertos, moribundos, libres. No era culpa suya. Él se había perdonado, según le decía a Scott, el terapeuta portátil, o había intentado perdonarse años atrás. Pero ahora tenía delante a Gregory Savalas.

Sintió un alivio tan grande que se parecía al amor. Este ser humano, entre tantos otros, había sobrevivido.

Hola, Greg:

Seguro que no te acuerdas de mí, yo sí me acuerdo de ti, de cuando llevabas una galería diminuta en el Lower East Side, una que tenía, literalmente, una única obra perfecta en la pared. Yo era amigo de Billy Walker antes de que nos dejara... Sabes que cada vez que giro una esquina le veo y me estremezco, era un chico tan bello, una bellísima persona. Bueno, soy Dan el irlandés. Sigo con vida. Veo que tú también sigues vivo. Disfruta de los limoneros. Disfruta. Disfruta. Solo quería enviarte saludos.

## Los ojos del Buda

Emmet se sentía exhausto cuando regresó a Verschoyle Gardens. Otra vez. No es que estuviera quemado, solo necesitaba hablar con alguien. Necesitaba leer. Solía meditar durante una hora por las mañanas y, cuando terminaba, estiraba las manos y daba las gracias por las personas que dormían en las habitaciones contiguas, Saar en una y Denholm en la otra. Así es como vivía ahora las relaciones. El sexo con Saar era importante, claro que lo era, el sexo con Saar era un acto íntimo. Pero también sabía que algo distinto al sexo guiaba sus pasos en la vida. Era una tensión de algún tipo y estaba presente en su configuración personal.

Emmet nunca se enamoraría. Sentiría amor, lo haría, se preocuparía por los demás. Los curaría y los guiaría, pero no poseía la indefensión que el amor requiere de uno.

Denholm le daba palmaditas en el hombro y sugería que tuviera hijos. Todos los hombres deberían tener hijos.

—¿Tú crees? —dijo Emmet.

—Sin duda —dijo Denholm. Un tipo que había sido educado en una choza de barro para hablar inglés de convento y escribir con cursiva victoriana. A los ocho años, Denholm sabía recitar los reyes y reinas de Inglaterra y el ciclo de vida de la mosca tse-tse. En Kenia solía caminar de la mano con sus amigos y aquí en Irlanda también hizo lo mismo con Emmet en una ocasión, cuando volvían a casa después de tomar unas copas en Saggart. Había olvidado dónde estaba y con quién estaba, y Emmet se fue a dormir esa noche sonriendo como un tonto.

Una noche de febrero, recibió un correo electrónico de Alice desde Sri Lanka:

¿Sabes que cuando construyen una nueva estatua de Buda dejan los ojos para el final? Utilizan un espejo para pintarlos y, después, le tapan los ojos al artista y lo sacan de la estancia, donde se lava la cara con leche. Esta ceremonia se llama La Apertura de los Ojos del Buda: la madera se hace carne o, por lo menos, presencia. Acudo todas las mañanas al templo de los Dientes y luego trabajo hasta que anochece, me guío por las horas de sol, llevo meses sin despertarme a oscuras. Volveré a Reino Unido en marzo y después, quién sabe. Si te enteras de algo, coméntamelo.

Emmet se sentó y meditó, pero no le sirvió de nada. Cambió de postura varias veces sin saber qué hacer con la erección sagrada que le había provocado una mujer a la que había sido incapaz de amar hacía unos años. Dejó que fluyeran a través de su mente todas las imágenes estruendosas del sexo, dejó que entrasen y saliesen a su ritmo, que resultó ser bastante rápido; *flashes* de tetas y de pollas, el movimiento de una lengua rosa entre los dientes blancos de Denholm (menuda sorpresa, pero tampoco pasaba nada). Dejó que todo esto le inundase y, cuando la corriente se detuvo, se encontró de nuevo con Alice.

Querida Alice:

Es estupendo saber de ti. Me he acordado de ti estos días en el foro sobre malaria que estamos organizando aquí, de hecho es un lugar que deberías tener en cuenta si conseguimos ponerlo en marcha y empezamos a buscar gente. Con un poco de suerte, comenzaremos las entrevistas durante los próximos tres meses. La lluviosa Irlanda, ¿eh? Pero trabajarías bastante sobre el terreno. Sobre todo en Malawi. Si quieres te mantengo informada. No quiero acosarte. Espero que a Sven (??) y a ti os vaya muy bien. Muchos besos, Emmet.

Lo envié y lo lamentó de inmediato. Escribió otro que, a su manera, también era un poco falso.

Pienso en ti todo el tiempo.

También lo envié y escuchó cómo se abría su vida.

## Bienes

Hugh estaba haciendo una pausa entre un trabajo y otro y regresó con Hanna en Año Nuevo para ayudar a organizar la casa y hacer la mudanza antes de poner Ardeevin a la venta. Había comprado una vieja cámara Polaroid y película de la que ya no se fabricaba y, el primer día que pasaron allí, Hanna le oyó deambular por la casa mirándolo todo en silencio. Después se oía el clic-zum-clic mientras emergía la fotografía, luego otro silencio mientras la sacudía para que se secara y, por fin, se dejaba ver un pequeño trozo de su infancia. Las estuvo viendo más tarde: la voluta al final del pasamanos, la grifería chata del baño del piso de arriba, el fantasma que se manifestaba en el papel pintado en el punto donde un armario había protegido su propia forma del sol.

—Es investigación —dijo él.

Mientras el bebé se echaba la siesta, subieron al piso de arriba e hicieron el amor en la cama de su infancia, liberando a todas las versiones de su yo por la habitación: Hanna a los doce años, Hanna a los veinte, Hanna aquí y ahora.

El bebé ya caminaba y se topaba con todo. Hanna le siguió durante la tarde y dondequiera que fueran, encontraban peligros mortales en potencia: el invernadero roto, el arroyo a un lado del jardín, donde podía ahogarse. Pero el bebé también descubrió cosas simples: el placer de subir y bajar la aldaba de la puerta aupado por Hanna, el porche y la textura del granito y la puerta que se abría cuando la empujaba para dar paso a la enormidad del recibidor.

Solicitaron un contenedor grande, compraron pintura. Por la noche, Hanna se duchó y fue hasta Aughavanna con el niño, dejando a Hugh, con su mono de pintor, tapando el bosque de bambú de las paredes del comedor.

Hanna creía que, quizá cuando la casa no estuviera, su sed desaparecería,

pero la casa no había desaparecido aún. Tampoco su madre, que se puso como loca con el niño —«Hola, pequeño. Sí. ¡Hola!»— sin acercarse mucho, evidentemente, porque el bebé tenía las manos pegajosas, pero queriéndole y haciéndole reír.

Fue un día largo. De regreso a Ardeevin, Hanna sucumbió a una botella o dos de vino blanco de la tienda de la gasolinera y se enzarzaron en una pelea de las malas. Hugh la echó de casa a empujones. Literalmente. La echó al jardín y cerró la puerta. Hanna tocó la aldaba y se puso a dar alaridos. Caminó a trompicones y rodeó la casa hasta la ventana de la cocina, donde vio a Hugh vertiendo lo que quedaba de vino por el fregadero. Luego fue de una habitación a otra para apagar las luces y la dejó allí durante mucho rato, mirando la casa a oscuras, llorando en mitad del frío.

A la mañana siguiente, después de besarse, hacer las paces y todo lo demás, Hanna se recostó y miró el techo. Recordaba mirar el mismo techo de niña. Se preguntó qué quería entonces, antes de querer una copa.

Una vida. Quería una vida. Se quedó tumbada en la cama como una chiquilla, llena de sed por lo desconocido.

El bebé dormía, pero se despertó y se bajó del colchón que le habían preparado en el suelo. Ya estaba otra vez trasteando, tirándose libros de las estanterías encima y riendo.

—Ben, para, Ben, ¡no! —La verdad es que no le importaba. Por ella como si rompía la Belleek. En un par de semanas no existiría ninguno de esos objetos.

Cuando volvió a Aughavanna, le dijo a Constance que quizá Dublín fuera el problema, que aquí el niño estaba mucho mejor.

—¡Niños! —exclamó Constance.

Sus hijos se pasaron su primer año de vida berreando, no había manera de consolarlos. Pero cuando echaron a andar, se acabó, no volvieron a llorar.

—Deja que corran y dales de comer —le dijo—. Es de lo único que te tienes que preocupar con los niños.

—Y ¿qué se hace con las niñas? —dijo Hanna—. ¿Ahogarlas al nacer?

—Bueno, sí —dijo Constance—. Hay un barril lleno de agua ahí atrás.

Ambas miraron a Rosaleen de reojo, pero ella no las había oído o fingía

ignorarlas.

De tanto correr por supermercados, laderas frías y pasillos de hospital sofocantes, Constance perdió peso durante las Navidades. Cuando se miró al espejo, el fantasma de su antiguo yo le devolvió la mirada y Constance creyó que le estaba intentando decir algo, incluso cuando se puso de perfil y se alisó el estómago con una sonrisa. Algo terrible estaba a punto de ocurrir, no le cabía duda, pues su madre había jugado con el destino y se las había visto con la muerte en la vereda. Había hecho un pacto con ella y Constance aún no sabía cuándo esta vendría a cobrar su tributo.

Fue estupendo que Hugh hubiera pintado la casa porque la mitad del condado de Clare desfiló por ella el primer sábado, había más gente que en un velatorio. En tres semanas la casa estaba vendida y los trámites acabaron en ocho. El primero de marzo, los Madigan cerraron la puerta por última vez. Quienquiera que la hubiera comprado no se mudó —parece ser que era un constructor—, de modo que la casa se quedó vacía mientras la cuenta bancaria de Rosaleen se llenaba de dinero. Montones. Ninguno se había tomado en serio su promesa navideña: ella siempre había sido muy discreta para los temas monetarios y tampoco era lo que se dice espléndida, por eso sus hijos se sorprendieron mucho al heredar. Tenían dinero, una cantidad de dinero considerable, era una sensación placentera.

Rosaleen no se molestó en regresar a Ardeevin.

—Oh, creo que no —dijo, y Constance no la presionó. Fue una época emotiva. Buscaban casas pequeñas en el periódico y Rosaleen decía: «Una preciosidad». Pero después de todo lo que había pasado, era un salto demasiado grande. Cuando iban a ver alguna, deambulaba del salón a la cocina, de la cocina al dormitorio.

—Oh, mami, mira lo bien aislado que está el termo.

Las casas nuevas en sus nuevas y pulcras urbanizaciones parecían confundirla y, de hecho, era difícil imaginarla allí. Constance se enamoró de una casita de guardeses, una preciosidad con techos altos y grandes ventanas georgianas, pero el jardín era demasiado pequeño y estaba pegada a la carretera principal.

—¿Qué te parece esta, mami? Solo tendrías que instalar una cocina.

—¿Una cocina?

Además, el mercado estaba cambiando. Según Dessie, el mercado se negaba a afrontar la evidencia de que habían cambiado las tornas. Era mejor esperar que comprar.

Pero encontraron una vivienda en el pueblo regalada: una casa antigua cubierta de yedra y empotrada detrás de la iglesia, reformada, cerca de todo.

—¿Eso es caliza o granito? —dijo Rosaleen—. Es de un gris muy oscuro.

Luego vio algo que se movía entre las hojas. Una rata, aseguró más tarde. O eso creyó. Se puso a rebuscar las llaves del coche y las dejó caer en un macizo de hortensias, se tiró del cuello de la blusa y dio media vuelta. Constance la llevó a hacerse varios chequeos al hospital, fueron tres semanas de pruebas y de esperar los resultados. Cuando le dieron el visto bueno, la casita estaba vendida.

Constance la llevó a casa por última vez desde el hospital de Limerick. En el camino pasaron por el puente de arco, más allá de Ardeevin. Las ventanas delanteras estaban tapiadas y la verja estaba abierta, pero Rosaleen ni se fijó en la casa, como si el lugar no hubiera existido nunca. Esa tarde, Constance regresó a coger algunas rosas del jardín descuidado y volvió sintiéndose muy cansada y muy sola.

No encontraría la casa perfecta, era imposible. Porque era imposible complacer a Rosaleen. Aunque el mundo hiciera cola para satisfacerla, fracasaría.

Era un truco que había aprendido de joven, en la sala de estar de Ardeevin, quizá, donde un pretendiente tras otro era rechazado sin piedad por el mero hecho de creer que podía ser digno de la hija de John Considine. O quizá antes aun... Era complicado de precisar. Rosaleen era una mujer difícil de psicoanalizar, pues nunca habló de su infancia hasta que cumplió los sesenta años y lo hacía de tal manera que uno se preguntaba si acaso alguna vez había sido niña.

Lo más llamativo era que los hijos de Rosaleen empleasen tal cantidad de energía en sentirse decepcionados por ella de una manera u otra. Cuando desapareció la casa, hasta el dinero que les regaló les pareció un gesto frío.

Emmet, que había visto tantas injusticias en el mundo, tenía que recordarse cada vez que miraba su cuenta bancaria —se apartaba de la pantalla y luego la comprobaba nuevamente— que su madre nunca había matado a nadie. Y aun así, sus hijos pensaban que era una persona «terrible». Su hija mayor, sobre todo, que la cuidaba, se sentía rechazada y quejumbrosa la mayor parte del tiempo.

—Mami, ¿te gustaría tomar una galleta con eso?

—¿Una galleta? Oh, no.

Rosaleen, una mujer tan necesitada, aprovechaba cualquier oportunidad para rechazarte. Por eso, durante aquellos meses maravillosos después de la vereda, cuando fue tan fácil quererla, sus hijos se sintieron totalmente cautivados.

## Prestar atención

Emmet entró en la casa de Verschoyle Gardens un sábado de noviembre por la tarde y se encontró a su madre sentada en la cocina con Denholm.

—¿Cómo estás, Emmet? —dijo Denholm—. Ha venido tu madre. He preparado una taza de té.

—Madre —dijo él.

—No te creerías el tráfico que hay en la N-7 —dijo ella—. Pensaba que me quedaría sin gasolina.

—Pero no ha sido así.

—Evidentemente —dijo ella—. ¿Podrías echarle un vistazo al freno de mano? Me preocupa que algún día ese cacharro me pase por encima.

—Has venido en coche —dijo él. El coche estaba aparcado en la entrada. Emmet cayó en la cuenta de que lo había visto. Lo había visto al pasar: «Ese es el coche de Rosaleen».

—¡Sí! Por Dios. Y todos los campos anegados. He visto dos cisnes que entraban nadando en un pajar a las afueras de Saggart. Pero las carreteras son muy diferentes en estos tiempos. Llevaba un montón de años sin hacer este camino. No recuerdo cuándo fue la última vez.

Se echó a reír mirando a Denholm, una especie de gorjeo.

Emmet dejó las bolsas de la compra en la encimera y sacó el móvil del bolsillo.

Pues sí, el dispositivo estaba saturado de llamadas perdidas y mensajes de texto: Hanna, Dessie, Dessie, Dessie, Hanna.

De Constance, nada.

—Debería haber venido antes, sabes, ha sido un descuido por mi parte.

—Rosaleen —dijo él.

Su madre se volvió hacia Denholm.

—Nunca me ha gustado Dublín.

—¿De verdad?

—Siempre fue una ciudad tan sucia. Querida y sucia Dublín, así es como la llamábamos. Debería haber venido por Hanna también, ¿sabes? —le dijo a Emmet—. Debería haber estado aquí, con el bebé. Quiero a ese niño.

—Usted es su abuela —dijo Denholm.

—Sí, eso es cierto —dijo ella. Y la risita regresó. Se inclinó hacia delante para tocar a Denholm en el brazo. Sentada en esa silla parecía liviana y diminuta.

Entonces hizo una pausa, como si estuviera planteándose lo que acababa de hacer.

—El bebé de tu hermana. ¿Cómo está el bebé de tu hermana? —dijo ella.

—El bebé está muy bien, gracias.

«Está aquí», escribió Emmet a todos. No se le ocurría otra cosa. Su madre estaba despegando sus encantos ante un keniatá en su cocina.

—Estás aquí —dijo él.

—¡Sí! —dijo ella, con un brillo ligeramente loco en la mirada—. He venido a verte.

Miró a su hijo, le miró a los ojos y, por un momento, Emmet se sintió comprendido. Fue solo un fogonazo, luego desapareció.

—Es una casa muy bonita. En una calle muy bonita. No sabía que había casas como estas, junto a la autovía. Nunca se sabe lo que hay detrás de los árboles.

—Lo siento, solo tenemos té —dijo Denholm.

—Oh. Lo siento. Sí —dijo Emmet, volviéndose hacia las bolsas de la compra—. ¡Galletas! No solemos comprar pero Denholm es adicto a estas galletas belgas con chocolate.

—¡Yo no quiero! Nunca he sido de dulce.

Apoyó la mano en el brazo de Denholm otra vez y, aunque sorprendida, la dejó allí. Unas venas púrpura se apreciaban bajo la piel blanca y frágil de la anciana mano, la superficie del brazo de Denholm parecía muy opaca en comparación. Rosaleen tomó a Denholm de la mano lentamente. La levantó

de la mesa y pasó un dedo curioso por la palma, donde la piel oscura adquiriría, de repente, un tono más claro.

Emmet casi se muere, eso aseguró más tarde. «Casi me muero».

—Oh —dijo Rosaleen.

Denholm retiró la mano con delicadeza y cerró el puño encima de la mesa.

—¿Por qué no lo había visto nunca?

—Rosaleen —dijo Emmet.

—¿Por qué no lo había visto hasta ahora? —dijo ella. Ahora se la veía inquieta—. ¿Por qué crees que será?

—No tengo ni idea —dijo Emmet.

Y Denholm, en un arranque de compasión, le tendió ambas manos y puso las palmas boca arriba y boca abajo.

—Por favor, no le hagas caso a mi madre —dijo Emmet.

Rosaleen se recompuso y clavó la vista en el regazo.

Las llaves del coche estaban en la mesa que había delante de ella y las recogió con decisión. Emmet creyó que iba a marcharse y se alejó de la encimera, pero ella se limitó a pulsar el mando del coche. Llegó hasta ellos un graznido electrónico.

—Mi maleta está en el maletero —dijo ella.

Emmet se detuvo en seco.

—Vale —dijo él.

Y su madre cogió la taza de té.

—Todo el mundo te está buscando, Rosaleen. Constance está fuera de sí.

—Oh, Constance —dijo ella en tono exasperado. Y Emmet recordó que, de hecho, Constance no había llamado.

—¿Qué pasa con Constance?

El aspecto de su madre era horrible repentinamente. Tenía ojeras oscuras y los ojos eran pura pupila, negros como el cristal negro. Comenzó a llorar. Se apoyó en Denholm.

—Constance me ha echado —dijo ella.

Y Denholm dijo:

—¿Su hija? Oh, no. Oh, no. Eso está muy mal.

Por un instante largo y sorprendente, Emmet se lo creyó.

Después llamó al teléfono de casa de su hermana en Aughavanna. Lo cogió Dessie. No se podía poner, dijo. Estaba en la cama.

—Vale —dijo Emmet. Se marchó al salón y comenzó a caminar por la habitación.

Constance no se encontraba bien.

—De acuerdo.

A Dessie le temblaba un poco la voz. Se lo habían diagnosticado, le dijo. La operarían de inmediato y extirparían una gran parte, pero se trataba de una intervención quirúrgica compleja —Dessie hizo una pausa antes de pronunciar la última palabra—, y, cuando se lo contó a Rosaleen por la mañana, Rosaleen lo malinterpretó todo. Cogió el coche y se largó. Constance se puso como loca, estaba más preocupada por su madre que por ella misma. El médico había tenido que acudir y atiborrarla de lorazepam. Típico de Rosaleen (Emmet notó que arrastraba la voz, quizá bajo los efectos del whisky), montar un follón en el momento menos oportuno.

—Todo gira en torno a ella —dijo Dessie, como si tuviera derecho a decir algo así—. Todo gira en torno a ella.

Emmet sintió la necesidad imperiosa de defender a su madre.

«El puto Dessie McGrath».

—Oh, Dios —dijo—. Oh, Constance. Oh, no.

—¿Puede quedarse contigo? —dijo Dessie. Como si Emmet tuviera elección.

—Claro, claro. —Puso los ojos en blanco y continuó caminando por el salón, mientras se preguntaba qué asuntos tendría que cancelar en el trabajo —las cien mil personas junto a la carretera en Aceh, quizá— y si tendría un juego de sábanas limpio. Su madre durmiendo en su cama. Era una idea rara.

—Pero tienes que venir, por favor, continuó Dessie. Por favor, ven. Cuando Constance se reponga. Bien sabía Dios que tenían un montón de camas, les sobraban dormitorios. Quédate un tiempo cuando la traigas de vuelta.

Pero eso tendría que esperar. Por el momento, Emmet miró a su madre sentada en su patética cocina de aglomerado y se sintió extrañamente complacido de verla allí.

—No sé dónde voy a dormir esta noche —le dijo a Denholm—. Aunque no

duermo mucho, ¿sabes? Ya no.

—No.

Parecía muy pequeña allí sentada.

—Siento haberte tocado la mano.

—Oh, por favor —dijo Denholm.

—De verdad —dijo ella.

Y, para ser sinceros, pensaba Emmet, tenía muy mal aspecto.

—He prestado muy poca atención —dijo Rosaleen—. Creo que ese ha sido mi error. Debería haber prestado más atención.

*Ballynahown-Bray-Sandycove*

## **Agradecimientos**

Quiero agradecer la información que he utilizado e inutilizado alegremente en este libro a Seamas Collins, Mary Healy, Barbara O'Shea y Catherine Ginty de Trócaire; Rohan Spong y Trent Duffy; Fintan O'Toole, Tom Conway y Gary Hynes de la Druid Theatre Company; Sinead Dunwoody, Paul Gallagher, Louise Canavan y Tom McGuinn de la Sociedad Farmacéutica de Irlanda, así como Alan Carr, líder del equipo de rescate de las montañas de Galway. Gracias también a Declan Meade, Fawad Qurashi, John Stack. Y a Siddharth Shanghvi, por lo de después.

## **Nota sobre los topónimos**

La vereda que se menciona en la novela es un camino que discurre realmente entre el pedregal de Burren, en el condado de Clare. He utilizado algunos de los topónimos que pueblan este hermoso tramo de costa, conservando la grafía con la que aparecen en los mapas antiguos y nuevos. También he inventado algunos nombres o los he robado de otros distritos, especialmente los lugares relacionados con los Madigan, los Considine y los McGrath. El pueblo donde viven no se menciona. Es mi forma de señalar que esta es una obra de ficción habitada por personajes ficticios. Cualquier parecido con la buena gente del condado de West Clare, o con cualquier otra persona, es pura coincidencia.